
DESTINADOS
A ODIARSE
SERIE VALLE SALVAJE - 2
EMILY YOUNG

# Destinados a odiarse

EMILY YOUNG

Gold Publications

**©EMILY YOUNG**

Título original – Destinados a odiarse

Primera edición, 2026

**Todos los derechos reservados.**



**Él viene del Oeste. Ella pertenece a Escocia.**

**Y estaban destinados a odiarse… hasta que el destino tuvo otros planes.**

Cuando el rudo alguacil estadounidense **Ethan Calder** llega a la mansión escocesa de Calholm con la pequeña Sarah Ann, jamás imaginó que sería recibido con sospecha y hostilidad. Mucho menos por **Caroline Gordon**, la orgullosa viuda que protege con fiereza los caballos, las tierras… y los secretos de su familia.

Caroline no quiere a un extranjero invadiendo su mundo.
Ethan no quiere enamorarse de nadie.

Pero un accidente, una noche imposible de olvidar y la vulnerabilidad que ambos intentan ocultar los empujarán a una cercanía tan peligrosa como inevitable.

**El primer roce fue un choque.**

**El segundo, una tentación.**

**El tercero… podría cambiarlo todo.**

En un lugar donde las montañas guardan secretos y las miradas valen más que las palabras, dos corazones marcados por la pérdida descubrirán que no siempre se elige a quién se odia… ni a quién se ama.

# Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

# Prólogo

*1868*

¿Cómo se le dice a una niña de cuatro años que su madre ha muerto?

El alguacil federal Ethan Calder se hacía esa pregunta mientras permanecía de pie en el porche de la pequeña casa de la señora Henrietta Culworthy. Luego, enderezando los hombros, llamó a la puerta. Ojalá creyera de verdad que estaba haciendo lo correcto. ¿Qué podía ofrecerle a una niña huérfana un hombre como él, que había vivido rodeado de armas y violencia durante los últimos ocho años?

Mary May creía en ti.

Ese pensamiento le atravesó el corazón. Se sentía en parte responsable de su muerte. Había removido el avispero sin pensar en las consecuencias. Al desmantelar el infame escondite de los forajidos, no había tenido en cuenta a quienes quedarían atrapados en el fuego cruzado. El hecho de que Mary May hubiera estado involucrada con aquellos hombres no aliviaba su sentimiento de culpa.

«Sarah. Prométeme que cuidarás de Sarah».

Nunca olvidaría las últimas palabras entrecortadas de Mary May.

Ethan volvió a llamar a la puerta. La señora Culworthy debía de estar esperándolo. Había cuidado de Sarah Ann durante los últimos tres años, pero ahora tenía que regresar al este para atender a un hermano. Ya había pospuesto su viaje una vez, accediendo a esperar hasta que Ethan acabara con los últimos restos de una banda de

forajidos y cumpliera una promesa hecha a un antiguo renegado llamado Diablo.

La puerta se abrió. Apareció el rostro arrugado de la señora Culworthy, suavizado por una expresión de alivio. ¿Se había preocupado por si no regresaba? Él, desde luego, lo había hecho. Había pensado en muchas cosas, entre ellas dónde podría encontrar otro hogar para Sarah Ann. Pero entonces nunca estaría seguro de que estuviera a salvo. Por Dios, se lo debía a Mary May.

—¿Sarah Ann? —preguntó a la señora Culworthy.

—En su habitación —respondió la mujer, mirándolo con esperanza—. Va a llevársela.

Él asintió.

—¿Y su trabajo?

—Voy a dimitir. Antes era abogado. Pensaba montar mi propio bufete en Denver.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la señora Culworthy.

—Gracias a Dios por usted. Adoro a esa niña. La acogería si pudiera, pero…

—Sé que lo haría —replicó él con delicadeza—. Pero estará a salvo conmigo.

Esperaba que fuera cierto.

—Aún no lo sabe, ¿verdad? Lo de su madre.

La señora Culworthy negó con la cabeza.

En ese momento, una cabecita adornada con rizos rojizos y ojos verdes asomó por la puerta. La emoción iluminó el rostro de la niña.

—¡Mamá está aquí!

Ethan sintió un dolor agudo. Por supuesto, Sarah Ann pensaría que su madre había llegado. Mary May había estado allí con él hacía apenas unas semanas.

—Tío Ethan —dijo la niña—. ¿Dónde está mamá?

Desearía que la señora Culworthy ya se lo hubiera dicho. Estaba cansado de ser el portador de malas noticias, y nunca tanto como ahora.

Se arrodilló y tendió la mano hacia la niña.

—Se ha ido al cielo —dijo.

Ella se acercó despacio, con el rostro fruncido por la perplejidad. Luego miró interrogativamente a la señora Culworthy. La mujer rompió a llorar. Ethan no sabía si Sarah Ann comprendía lo que se estaba diciendo, pero era evidente que sentía que algo iba muy mal. La sonrisa se desvaneció y su labio inferior comenzó a temblar.

El corazón de Ethan se estremeció. Había protegido esa parte maltrecha de sí mismo durante años, pero no existían defensas lo bastante altas ni lo bastante sólidas como para resistir las lágrimas de una niña.

Abrió los brazos, sin saber si Sarah Ann lo conocía lo suficiente como para aceptar su consuelo. Ella se acercó y lo abrazó, al principio con rigidez, insegura. Luego, la necesidad de ella superó la incertidumbre de él y estrechó el abrazo.

—Una vez me preguntaste si era tu papá —dijo—. ¿Te gustaría que lo fuera?

Sarah Ann alzó la vista hacia él.

—¿Mamá no va a volver?

Negó con la cabeza.

—No puede, pero te quería tanto que me pidió que cuidara de ti. ¿Te parece bien?

La niña se volvió hacia la señora Culworthy.

—Quiero quedarme contigo, Cully.

—No puedes, cariño —respondió la señora Culworthy con ternura—. Tengo que ir al este, pero el señor Calder te cuidará muy bien. Tu madre también lo creía así.

—¿Dónde está el cielo? ¿No puedo ir yo también?

—Algún día —dijo Ethan con lentitud—. Y ella te estará esperando. Pero ahora mismo te necesito. Yo también necesito a alguien que cuide de mí, y tu madre pensó que podríamos cuidarnos el uno al otro.

De pronto comprendió que era cierto. Necesitaba a alguien a quien amar. Su vida había estado vacía durante demasiado tiempo.

Sarah Ann probablemente tenía mucho que ofrecerle. Pero ¿qué tenía él para ofrecerle a ella?

La niña le apoyó la mano en la mejilla. Sus dedos diminutos eran increíblemente suaves, más que cualquier cosa que hubiera sentido jamás, y frágiles. Lo había perdido todo y, aun así, era ella quien lo consolaba.

La estrechó con fuerza durante un instante y luego se incorporó. La mano de Sarah Ann se deslizó entre las suyas, confiada. Y Ethan supo que moriría antes de permitir que volviera a sucederle algo malo.

# Capítulo 1

*A bordo del Lady Mary, en el océano Atlántico, 1868*

-¡Annabelle!

Ethan intentó ocultar la irritación en la voz mientras metía la cabeza bajo el bote salvavidas. La camisa que había cogido a toda prisa y se había puesto sin abrochar los botones ondeaba al viento.

Maldita sea, qué frío hacía.

Había sentido frío antes, pero nunca como aquel. El viento gélido del océano le calaba hasta los huesos y tampoco ayudaba a su pierna lesionada, entumecida durante el viaje.

—Annabelle, vamos, sal de ahí —insistió, utilizando el mismo tono tranquilizador que tantas veces había empleado para atraer a su presa fuera del escondite.

Por desgracia, la fugitiva actual no respondía mucho mejor que las anteriores.

—¿Señor Calder?

Sacó la cabeza y entrecerró los ojos para mirar a la señora Franklin T. Faulkner. La viuda, que se había sentado con él a la mesa del capitán la noche anterior, fruncía los labios en señal de desaprobación.

Ojalá sus compañeros marshals pudieran verlo ahora. Se morirían de risa.

—Estoy buscando el gato de mi hija —explicó con sequedad antes de volver a su misión, hurgando más a fondo bajo el bote salvavidas.

Sarah Ann estaría inconsolable si perdía al gato calicó, ya casi adulto, que habían rescatado de las calles de Boston antes de embarcar. Sin embargo, la gata había demostrado ser irritantemente desagradecida. Una vez adoptada y sintiéndose segura, se deleitaba escapando del camarote para hostigar a los gatos cazadores de ratas del barco. Atraparla estaba poniendo a prueba todas las habilidades de caza de Ethan.

—¿Un gato? —repitió la señora Faulkner.

—Un gato —confirmó él, estirando la mano hacia el desaliñado ovillo de pelo.

—¿Annabelle? —añadió ella, incrédula.

Ethan no respondió. Deseaba que la mujer se marchara tan rápido como Annabelle había huido de su camarote minutos antes. La idea lo divertía. La corpulenta señora Faulkner no podría correr ni aunque su vida dependiera de ello.

—¡Señor Calder! —exclamó una voz indignada.

Maldijo en voz alta y oyó un grito de sorpresa como respuesta. Apretó los dientes. Estaba acostumbrado a estar solo o rodeado de hombres tan rudos como él. Tendría que moderar su lenguaje y sus maneras durante los próximos meses. Pero, por el momento, al diablo con la cortesía.

Casi consiguió agarrar a Annabelle, pero ella estiró la pata y le arañó el brazo con las garras. Ethan la sujetó por una pata y empezó a arrastrarla.

—Te tengo —murmuró con tanta satisfacción como si hubiera capturado a un asesino tras meses de persecución.

Annabelle fingió de pronto una docilidad sospechosa, aunque él no se la creyó ni un instante. Se acurrucó contra su pecho y empezó a ronronear, satisfecha. Ethan juró venganza en silencio, aun

sabiendo que jamás la llevaría a cabo. Salvo en contadas ocasiones, Annabelle lo tenía atrapado por sus pequeñas garras casi con la misma firmeza con la que Sarah Ann lo sujetaba con sus diminutos dedos. Estaba descubriendo que había algo en los bebés que provocaba ese efecto.

Antes de conocer a Sarah Ann, nunca había experimentado los besos húmedos de un niño ni las ásperas lamidas de la lengua de un gatito en la mejilla. Ambos tenían algo profundamente enternecedor, aunque jamás lo habría admitido en voz alta. Se limitó a fruncir el ceño hacia la señora Faulkner cuando salió lenta y torpemente de debajo del bote salvavidas con su trofeo apretado contra el pecho.

La mirada de la mujer descendió hasta su pecho desnudo y luego subió hacia su rostro medio afeitado. Ethan supo que aún conservaba restos de jabón en algunos puntos. Se abrochó la camisa con una mano, apresuradamente.

—Mis disculpas por estar sin vestir —dijo con rigidez.

Seis meses atrás no le habría importado cómo lo vieran los demás. Tras semanas, a veces meses, siguiendo la pista de un forajido, su ropa y su barba solían estar en un estado lamentable. Pero el futuro de Sarah Ann, su aceptación como miembro de la alta sociedad, bien podía depender de él y de su conducta. Aún le costaba asimilar los acontecimientos del último mes y la noticia que ahora lo enviaba a Escocia.

La señora Faulkner lo observó con curiosidad.

—Su hija es un angelito, pero no se parece en nada a usted.

Ethan detestaba la curiosidad de la mujer, aunque una parte de él se sintió extrañamente complacida. Sarah Ann era preciosa, con sus rizos rojizos y sus ojos verdes, una pequeña réplica de su madre.

—¿No le parece? —respondió, forzando una nota de decepción en la voz.

Deseaba deshacerse de la señora Franklin T. Faulkner y de sus preguntas apenas disimuladas. Sospechaba que tenía segundas

intenciones, sobre todo en lo referente a su hija soltera. Si supiera algunas de las cosas que él había hecho, no estaría tan ansiosa por considerarlo un buen candidato.

Había sido muy cuidadoso al compartir información con los demás pasajeros, limitándose a decir que era abogado y viajaba con su hija. Por naturaleza, era un hombre prudente. Un hombre de ley debía serlo.

Además, aún quedaban demasiadas preguntas sin respuesta. Si Sarah Ann encontraba un nuevo hogar en Escocia, una familia que la cuidara, él regresaría a Estados Unidos. Le partiría el corazón, pero una familia propia sería mejor para ella que un hombre que sabía más de cazar forajidos que de secar lágrimas. Y si nada salía según lo esperado, entonces ambos volverían juntos y él retomaría su plan original.

Aun así, había tomado precauciones. Había adoptado oficialmente a la niña. Según parecía, una considerable suma de dinero formaba parte de la posible herencia de Sarah Ann, y por experiencia sabía que el dinero corrompía. Cuanto mayor era la cantidad en juego, mayor era la corrupción.

—Pobre niña huérfana de madre —comentó la señora Faulkner, decidida a no rendirse—. Debería volver a casarse.

Sus ojos brillaban con avidez en nombre de su hija.

—La madre de Sarah Ann murió hace solo unos meses —replicó con brusquedad, intentando dar por terminada la conversación.

—Aun así, necesita las manos de una madre.

—Ahora mismo necesita a Annabelle —respondió—. Por favor, discúlpeme.

Un sonoro resoplido lo siguió mientras se dirigía a las escaleras, y luego oyó:

—Qué padre tan cariñoso.

Ethan sonrió. Decidió que aquella noche él y Sarah Ann cenarían en el camarote, en lugar de arriesgarse a compartir de nuevo la mesa del capitán con la señora Faulkner y su hija en edad casadera.

En el camarote encontró a Sarah Ann de pie en medio de la pequeña estancia, con los ojos muy abiertos, ansiosos, y el labio inferior tembloroso.

—La has encontrado —exclamó, feliz.

Ethan se sintió inmensamente alto, mucho más que cuando había entregado a un hombre para ser ahorcado.

Al quitarle el gatito de las manos, advirtió la sangre en su propia mano y regañó a Annabelle.

—Gata mala.

No había rencor en sus palabras. Annabelle le lamió la mejilla con evidente satisfacción, más orgullosa que arrepentida.

Sarah Ann colocó a la gata en su cesta y cerró la tapa. Luego tocó el arañazo sangrante de Ethan.

—¿Te duele? —preguntó con preocupación.

Desde que él le había dicho que la necesitaba, ella se había tomado muy en serio su papel de cuidadora. A veces parecía una pequeña madre, madura en ciertos aspectos y, en otros, muy infantil.

Ethan sonrió.

—No, mi muñequita. No me duele nada. Pero tendremos que tener más cuidado y mantener a Annabelle dentro del camarote.

Sarah Ann parecía arrepentida, pero suplicó que le permitieran «curarle» la mano. La lavó con cuidado, tal como él había hecho con sus pequeños cortes.

—Cuéntame sobre mi nueva familia —exigió.

Él ya se lo había contado varias veces, pero ella nunca se cansaba de escucharlo, lo cual era una suerte, porque no se le daban bien los cuentos de hadas.

—Bueno… —alargó la palabra— hay dos damas Calholm. Caroline Gordon y Grace Gordon. Estaban casadas con tus tíos, Hamish y Jamie.

—Los hermanos de mi papá —aclaró Sarah Ann.

Ella nunca había conocido a su padre. Había muerto en una mesa de póquer antes de que naciera, dejando a Mary May, viuda y embarazada, sola con una hija que mantener. Para sobrevivir, Mary May se había convertido en chica de salón y confidente de forajidos, una herencia poco deseable.

Pero ahora había otra herencia, mucho más prometedora, al menos eso esperaba Ethan. Al parecer, aquel sinvergüenza había sido el tercer hijo de un marqués escocés y, como los tres hermanos habían muerto sin dejar descendencia, Sarah Ann era la heredera de un título y de una vasta propiedad. La idea le había parecido más fantasiosa que real, pero Silas Martin, el fiscal federal que actuaba en nombre del abogado escocés de los Gordon, lo había convencido de que todo era cierto.

A pesar de sus propios sentimientos y planes, e incluso de la tentación de ignorar la citación para viajar a Escocia, no podía negarle a Sarah Ann el derecho a conocer su herencia y a su verdadera familia. Así que, tras haber sido su tutor durante apenas unos meses, cerró su recién inaugurado bufete en Denver, empaquetó algunas pertenencias y allí estaban, rumbo a Escocia.

—Así es —continuó—. Son tus tías.

—¿Quién más hay? —preguntó Sarah Ann, entusiasmada.

—Está tu primo William —prosiguió Ethan, intentando ocultar su desagrado.

Silas Martin le había contado que William Gordon, siguiente en la línea de sucesión tras Sarah Ann, había intentado sobornarlo para

que no investigara con demasiada insistencia el origen de la niña. Ethan se preguntaba hasta dónde llegaría la ambición de aquel aspirante al título.

Se habían producido demasiadas muertes en la familia Gordon, un número inusual. Ethan nunca había creído en las coincidencias. Aquella familia parecía marcada por la tragedia, una combinación que olía a desastre. No creía en las maldiciones, pero de hacerlo, habría jurado que una se había abatido sobre los Gordon.

Dependía de él asegurarse de que esa sombra, fuera lo que fuese, no alcanzara a Sarah Ann. Y que Dios ayudara a cualquiera que intentara interponerse.

No permitió que su inquietud se reflejara en el rostro mientras tejía una historia de castillos mágicos, lagos escoceses y princesas.

—¿Soy una princesa?

—No, pero creo que serás una Lady.

Eso siempre la hacía reír. Ethan había intentado explicarle los títulos nobiliarios, los lores, las ladies y los marqueses. Sus propios conocimientos eran incompletos, quizá erróneos, pero a ella le encantaba escucharlo.

—¿Y tendré que hacer reverencias?

—Sí, claro —respondió—, tal y como te enseñó Cully. Seguro que ella sabía en secreto que eras una auténtica dama.

Recordó la primera vez que Mary May lo llevó a conocer a su hija y Sarah Ann le hizo una reverencia perfecta. En ese instante, la niña se ganó su corazón.

—¿Les caeré bien? —preguntó ella, ansiosa.

—Por supuesto.

Esperaba por Dios que fuera cierto. Pero ¿cómo no iban a adorarla, con aquellos ojos grandes, esa sonrisa melancólica y los rizos rojizos siempre revueltos? Y ese deseo tan intenso de gustar y ser querida.

—¿Y les gustarán Annabelle y Suzanna?

Suzanna era su muñeca, su compañera inseparable. La aferraba con la misma fuerza que al pañuelo que llevaba al cuello, el último regalo que le había hecho su madre.

Llevaba el pañuelo incluso mientras dormía, asegurando que ahuyentaba a los «osos», como llamaba a las pesadillas. Pero no siempre funcionaba. Con demasiada frecuencia, Ethan se despertaba con sus gemidos y sabía que los demonios nocturnos seguían acosándola.

En respuesta a su pregunta, él asintió, y ella le echó los brazos al cuello.

—Te quiero, papá —dijo—. Y Annabelle también.

El corazón de Ethan se estremeció ante la ternura abrumadora que sentía, una ternura que casi lograba ahogar el presentimiento que le helaba los huesos.



Estaba de pie en la cubierta, sosteniendo a Sarah Ann para que pudiera ver por encima de la multitud que se agolpaba junto a la barandilla. El viento era frío y húmedo; siempre parecía serlo en aquel rincón del mundo. El barco se aproximaba a los muelles de Glasgow y Sarah Ann se retorcía de emoción.

El puerto, como todos los del mundo, estaba sucio y abarrotado. Estibadores y ciudadanos elegantemente vestidos aguardaban en el muelle mientras el barco maniobraba entre otras embarcaciones, algunas de vapor y otras esbeltas naves de vela.

Ethan se preguntó si habría alguien allí para recibirlos, pero desechó la idea. No era como si fueran realmente bienvenidos. Más bien al contrario, si la advertencia de Martin sobre William Gordon resultaba cierta.

Aun así, Martin había informado a los Gordon de que había localizado a la hija del difunto Ian Gordon y de que la niña y su tutor habían reservado pasaje en un barco con destino a Glasgow. Ethan no estaba seguro de si había especificado el nombre del navío. Además, había retrasado una salida anterior para asegurarse de que su tutela fuera plenamente legal.

Sarah Ann volvió a moverse inquieta entre sus brazos y él la estrechó con más fuerza. Con cada día que pasaba, se sentía más como un padre, aunque muchas veces fuera un padre desconcertado. Incluso se estaba acostumbrando a que ella lo llamara papá. Al principio aquel término le había resultado extraño, casi incómodo, pero sabía cuánto anhelaba ella tener un padre propio y ahora disfrutaba de ese sonido.

Le encantaba su sonrisa, tan rara en las semanas posteriores a la muerte de su madre y, sin embargo, cada vez más frecuente, y aquella pose entrañablemente adulta. A veces parecía mayor de lo que era, una pequeña persona sabia que no dejaba de sorprenderlo. Ya sabía leer un poco y contar hasta cincuenta, y poseía una curiosidad inagotable. Siempre respondía a sus «por qué». Sus preguntas le hacían ver el mundo de otra manera, replantearse viejas certezas e incluso inventar razones para explicar por qué el cielo era azul. Ella estaba ampliando su imaginación de forma extraordinaria.

Ahora, la gran incógnita que tenían por delante provocaba en Sarah Ann un torrente incesante de preguntas.

—¿Dónde estamos? ¿Cuándo podremos irnos? ¿Cuándo tendré un poni?

Él le había prometido un poni y ropa nueva cuando llegaran a Escocia, aunque ella había mostrado poco interés por lo segundo.

La incertidumbre también despertaba su miedo. Sarah Ann se acurrucó aún más contra él.

—No te vayas nunca —susurró por centésima vez en tantos días.

La insistencia siempre le dolía, porque revelaba que todavía no se sentía segura.

—Siempre estarás a salvo —juró—. Te lo prometo.

La respuesta pareció tranquilizarla. Entonces su mirada se posó en los caballos alineados en la calle más allá del muelle.

—¿Podemos comprar un poni aquí?

—Cuando lleguemos a Calholm.

—¿Cuánto falta?

Ethan sonrió. Según la información que tenía, habría unas veinte millas en carruaje hasta Calholm.

—Muy pronto, mi muñequita. Por ahora buscaremos un hotel, nos daremos un buen baño caliente y mañana veremos lo del carruaje.

—Quizá yo pueda ayudar. Conozco bien Glasgow.

Ethan se volvió y reconoció a Andrew Cameron. Cameron parecía haberlos observado durante la travesía, cautivando a Sarah Ann con varios trucos de magia. Aquella curiosidad no le había granjeado la simpatía de Ethan.

Andrew Cameron era un jugador y una especie de lord escocés. Seductor, de sonrisa fácil y trato amable con Sarah Ann, aunque se decía que era letal en los juegos de cartas. Otros pasajeros afirmaban que hacía trampas, y el capitán había puesto fin a las partidas hacía unos días, advirtiéndole que no era bienvenido en ninguno de sus barcos.

Ethan se reservó su opinión. Cameron era un enigma: agradable en apariencia, pero con un trasfondo oscuro y melancólico que lo mantenía en guardia. Demonios, él mismo tenía sus sombras, pero Cameron había hecho demasiadas preguntas, sobre todo desde que supo que se dirigían a Calholm.

Así que se limitó a asentir en agradecimiento por la oferta.

—Me vendría bien el nombre de un buen hotel.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Solo hasta que podamos tomar la diligencia a Edimburgo. Tengo entendido que pasa cerca de Calholm.

—Así es —confirmó Cameron—. Se detiene en un pequeño pueblo llamado Duneagle. Allí puedes alquilar un carruaje hasta Calholm.

Hablaba de la finca con familiaridad, lo que llevó a Ethan a preguntar:

—¿Has estado en Calholm?

—Conozco a la familia.

Sin añadir nada más, Cameron cambió de tema.

—En cuanto a una posada para esta noche, puedes probar el Four Horses. Es pequeña, pero la comida es buena, está limpia y queda cerca de la parada de Edimburgo. —Sonrió de pronto—. Normalmente es demasiado respetable para mí, pero creo que os resultará adecuada.

—La probaremos, entonces. Gracias.

—Es un placer ayudar a una muchacha tan bonita —respondió Cameron.

Era alto, de cabello castaño claro y ojos color avellana. Su sonrisa resultaba contagiosa, y Sarah Ann le devolvió una sonrisa encantada.

—Quizá volvamos a vernos. Yo también voy a Edimburgo, ahora que me han expulsado de la línea Blankenship.

Lo dijo con indiferencia, sin rastro de preocupación. Ethan se preguntó si aquello de ser «expulsado» era algo habitual para él.

Sarah Ann observaba a Cameron con abierta adoración. Él se inclinó, le quitó algo de detrás de la oreja y lo hizo girar entre los dedos. Una moneda.

—Eres la única chica que conozco que guarda el dinero detrás de la oreja —bromeó.

Sarah Ann rió al aceptar el penique.

—Papá me va a comprar un poni.

—Eso es estupendo —dijo Cameron—. Calholm será un buen hogar, y tú también lo serás para él. Es un lugar precioso…

Se interrumpió un instante y, como si regresara de un sitio lejano, añadió:

—Las colinas son tan verdes como los ojos de la muchacha.

Una leve señal de alarma resonó en la mente de Ethan. Pero ¿por qué no iba a conocer Andrew Cameron Calholm, sobre todo si pertenecía a la nobleza? ¿Conocía al padre de Sarah Ann, Ian Gordon? ¿Compartían ambos hombres la afición por el engaño en las cartas? Apenas había conseguido sofocar esos pensamientos cuando Cameron volvió a hablar, esta vez en voz baja.

—Ten cuidado. Los muelles de Glasgow pueden ser peligrosos. Cuídate… y cuida de la pequeña.

Vestido con ropa de ciudad —un traje de lana fina comprado en Boston y un abrigo pesado y holgado—, Ethan sabía que parecía más un hombre de negocios estadounidense que un alguacil del Oeste, y así quería que siguiera siendo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Calholm? —preguntó Cameron.

Ethan se encogió de hombros, molesto por la persistencia.

—No estoy seguro.

Frunció el ceño, pero su mirada no pareció inquietar a Cameron.

—Tengo familiares allí —intervino Sarah Ann, prolongando una conversación que Ethan deseaba dar por terminada.

—Ah, eso suena bien —respondió Cameron, mirando de nuevo a Ethan con una sonrisa aún prendida en los labios.

Ethan suspiró. Cameron no era de los que captaban indirectas. Sarah Ann tampoco. Y se preguntó si no estaría siendo demasiado suspicaz. Primero la guerra y luego su profesión lo habían convertido en un solitario. Su trabajo como alguacil federal le había impedido entablar amistad con nadie salvo con algunos compañeros, y aun esos eran pocos. La palabra «confianza» casi había desaparecido de su vida.

Desvió la atención hacia la costa. El barco había atracado y los pasajeros comenzaban a descender por la pasarela. Algunos se abalanzaban hacia tierra mientras, al mismo tiempo, un hombre del muelle empujaba para subir a cubierta. Se detuvo a hablar con el sobrecargo. Ethan estaba a punto de apartar la mirada cuando vio que ambos hombres se volvían hacia él y luego se alejaban. Por un instante pensó que hablaban de él, pero las miradas fueron tan fugaces que no pudo asegurarlo.

El hombre del muelle, corpulento y con el rostro magullado como el de un boxeador, siguió observando a los pasajeros mientras entregaba un paquete al sobrecargo. Luego descendió por la pasarela y desapareció entre la multitud.

Ethan se volvió hacia Cameron.

—Quizá nos volvamos a ver.

Tomó la mano de Sarah Ann y se dirigió al sobrecargo.

El oficial hablaba con varios pasajeros, advirtiéndoles que tuvieran cuidado en los muelles y ofreciéndoles la ayuda de la tripulación para transportar el equipaje hasta los carruajes de alquiler alineados en la calle.

Ethan preguntó por su equipaje.

—Haré que un marinero se encargue de ello —respondió el oficial—. ¿Dónde se alojarán usted y la joven?

—El señor Cameron sugirió el Four Horses. ¿Lo conoce?

—¿Lord Kinloch? —preguntó el hombre, visiblemente sorprendido—. Sí, claro. Es una buena posada, aunque me extraña que Kinloch la haya mencionado. —Frunció el ceño—. Su gusto suele inclinarse hacia lo más… turbio.

—¿Kinloch?

—Es el título de Cameron, aunque lo ha deshonrado bastante.

A pesar del desprecio del sobrecargo hacia Andrew Cameron, la confirmación de la posada convenció a Ethan para probarla.

Vendedores ambulantes pregonaban la calidad de sus mercancías mientras Ethan y Sarah Ann avanzaban por el muelle hacia los carruajes de alquiler. Las maletas, aseguró el sobrecargo, llegarían en breve. Sujetando con firmeza la mano de Sarah Ann, Ethan alcanzó el final del muelle y empezaba a abrirse paso entre pilas de cajas cuando oyó una voz familiar gritar a su espalda.

—¡Cuidado!

Al mismo tiempo que recibía la advertencia de Cameron, escuchó el crujido de las cajas al desplazarse. Sus instintos, bien entrenados, activaron al instante la alarma: peligro. Ethan empujó a Sarah Ann delante de él justo cuando una de las cajas se desplomó sobre su cuerpo y todo se volvió negro.

# Capítulo 2

*Calholm*

Caroline Gordon intentó, sin éxito, cenar mientras su cuñada Grace y su primo William discutían sobre la inminente llegada de la nueva heredera de Calholm. Caroline detestaba la discordia; había crecido rodeada de ella.

Sin embargo, en aquella ocasión comprendía hasta cierto punto los nervios a flor de piel de sus compañeros de mesa. El administrador de Calholm, John Alistair, les había comunicado hacía un mes que se había localizado a una heredera y, la semana anterior, les había informado de que la niña —y su tutor— llegarían a Glasgow en cualquier momento.

No había dado una fecha concreta. La noticia había provocado reacciones muy distintas: ira por parte de William, curiosidad en Grace y, en ella, una cautelosa esperanza.

—Ethan Calder —dijo William con desdén—. Suena como un rufián estadounidense. Sin duda se ha aferrado a nuestra pequeña prima por el dinero.

Caroline coincidía en privado en que aquello era, probablemente, cierto. Aun así, se preguntaba qué pensaría el americano de aquella casa, si la encontraría tan inquietante como ella misma. A través de una maraña de testamentos y fideicomisos, tanto ella como Grace, viudas de sucesivos marqueses, tenían derecho a residir en Calholm de por vida. Tras la muerte de su marido, Jamie, William se había instalado con ellas como presunto heredero, ocupándose de algunos asuntos relacionados con la cría

de ovejas de la finca. Sin embargo, John Alistair se había negado a solicitar al Parlamento que confirmara a William como heredero y había iniciado la búsqueda de Ian, por muy descarriado que hubiera sido.

Nadie esperaba encontrar a Ian. Pero, al cabo de un año, la búsqueda no dio con él, sino con su hija. La heredera.

La noticia había aplastado las aspiraciones de William y reavivado las suyas. Ella y William llevaban mucho tiempo enfrentados por el futuro de la cría de caballos de Calholm. Caroline estaba tan comprometida con ella como lo había estado el viejo marqués. John Gordon había albergado durante toda su vida el sueño de crear un establo sin igual en el Imperio Británico. Su objetivo era criar un campeón para el Grand National, la carrera de obstáculos más prestigiosa de las islas.

Y ahora tenían una promesa: Shadow, un semental gris de cinco años, nacido el mismo día en que Caroline llegó a Calholm como novia. Siempre se había sentido unida a aquel gran caballo. Lo había ayudado a entrenar, había pasado horas cepillándolo y hablándole, y cuando Jamie murió —dos años después de la muerte de su padre y un año después de la de su hermano mayor, Hamish —, ella asumió aquella misión como propia. Le daría a Calholm su campeón.

Vivía para ese objetivo. Hasta que llegó William, decidido a vender los caballos y orientar la finca hacia la cría de ovejas.

También estaba el asunto de las veinte familias arrendatarias, otro foco constante de enfrentamiento. John Gordon se había comprometido con los descendientes de los hombres que habían luchado junto a su padre, el primer marqués, durante las guerras napoleónicas. Aquellos hombres habían ayudado al marqués a distinguirse, ganándose así el favor del rey, un título y las tierras. William sostenía que esas familias desperdiciaban tierras que podrían aprovecharse mejor como pastos para ovejas. Caroline no lo permitiría. No mientras siguiera con vida, no mientras quedara la menor esperanza.

Con la aparición de la heredera de Calholm, William parecía haberlo perdido todo. También Bárbara, que había ligado su futuro al de él. El destino de ambos, y el de Caroline, parecía depender ahora del estadounidense que ejercía la tutela de la hija de Ian. Ninguno sabía qué esperar, ni siquiera si la reclamación era legítima. Tal vez no existieran pruebas de que la niña fuera realmente una Gordon.

La pregunta era sencilla y terrible a la vez: ¿el americano y la niña traerían la salvación o la ruina de Calholm?

—No tienen ningún derecho —dijo William con amargura, pinchando la carne de su plato—. La carta decía que la madre de la niña era una artista. ¡Una artista!

—Creía que te gustaban las artistas, sobre todo las actrices —replicó Caroline, sin ocultar el sarcasmo.

William era un libertino notorio, cargado de deudas y sostenido únicamente por la expectativa de heredar Calholm. Él la miró con ira. Sabía que Caroline había apoyado con entusiasmo la búsqueda de otro heredero.

—¿Prefieres que un oportunista estadounidense reclame Calholm? —preguntó, alzando una ceja.

—Al menos no lo perderá en el juego —respondió ella, incapaz de contener la impaciencia—. John Gordon se revolvería en su tumba si supiera lo que planeas hacer con lo que él construyó con tanto empeño.

—Te importan más esos malditos caballos que las personas —replicó William—. Y sabes que he dejado de jugar.

—No, no lo sé —contestó Caroline—. Tus acreedores desaparecieron en cuanto pareció que quizá no heredarías.

—Ya verás —dijo él—. El americano venderá tus malditos caballos. Es lo único sensato. Y echará a esos inquilinos con mucha menos piedad que yo. Solo le interesa el dinero. No sentirá ninguna obligación de mantener a un puñado de granjeros pobres, al diablo con la lealtad familiar.

—No puede destruir Calholm más rápido que tú —replicó Caroline, sintiendo un nudo en el estómago.

William quizá tenía razón. Tal vez su causa estuviera perdida. Aun así, tenía que creer. Por Jamie. Por las familias que dependían de la finca para sobrevivir.

Disponía de fondos suficientes para vivir con comodidad, aunque sin lujos. Jamie le había dejado una cantidad en fideicomiso y su derecho vitalicio a residir en la casa estaba garantizado. Aun así, dudaba que quisiera permanecer allí si William tomaba el control absoluto de la finca. Quedarse no significaría nada si no podía cumplir las promesas que había hecho a Jamie y a su padre.

—Me pregunto cómo será —reflexionó Grace—. Nunca he conocido a un estadounidense.

Caroline percibió la rápida mirada de William hacia Grace y casi sintió lástima por él. William pensaba que Grace le pertenecía. De hecho, Caroline sabía que habían mantenido una relación desde poco después de la llegada de William a Calholm. En otras circunstancias, habría creído en un amor a primera vista. Pero William tenía una reputación bien ganada de libertino, y Grace una fama no menos merecida de coqueta. Un brillo expectante asomó a sus ojos ante la idea de un hombre nuevo en la casa.

Y el americano sería vulnerable. Todos los hombres lo eran. Grace era una gran belleza, con el encanto a la altura. Si no hubiera empleado esas armas con fines tan cuestionables, Caroline quizá la habría apreciado. En muchos aspectos, Grace se comportaba como una niña: encantadora y alegre siempre que obtenía lo que deseaba.

Era principios de noviembre y Grace ya había agotado, e incluso superado, su asignación anual. Caroline sabía que nunca recuperaría el dinero que le había prestado y se había negado a darle más, pese a las insistentes súplicas. Todo lo que tenía estaba destinado a los caballos: su cuidado, su entrenamiento, su alimentación. Grace lo resentía.

William miró a Grace con irritación.

—Probablemente sea un viejo rústico. No es tu tipo.

Luego añadió con malicia:

—Quizá prefiera a Caroline.

A Caroline no le gustó la sonrisa divertida de Grace, aunque sabía que no era una belleza. Nunca había intentado serlo; le parecía una pérdida de tiempo.

—O quizá tenga esposa —replicó Caroline, aunque el señor Alistair no había mencionado nada al respecto.

O tal vez fuera viejo y decrépito, como insinuaba William. Pero ni siquiera eso detendría a Grace si veía la oportunidad de poner las manos sobre Calholm.

De pronto, Caroline perdió el apetito. Demasiadas cosas dependían de Ethan Calder y de su integridad. Por desgracia, con la excepción de Jamie, la mayoría de los hombres que había conocido carecían de ella. Incluso Jamie había sido incapaz de negarle a Grace nada de lo que realmente deseaba.

—Será bajito y gordo —dijo William, consciente de que Grace prefería a los hombres atractivos. Y William lo era.

Grace le lanzó una mirada irritantemente satisfecha.

—Si tú… —empezó a decir, en tono de amenaza.

Caroline no lo soportó más. Se levantó de la mesa, y su perro, Enrique VIII, que había estado echado junto a su silla, se incorporó con ella.

—¿Tienes que traer a esa bestia al comedor? —protestó Grace —. No creo que al yanqui le haga ninguna gracia.

Enrique VIII, una enorme criatura lanuda, se estiró, ignorando a Grace como siempre hacía. William y Grace le importaban tan poco como ellos a su dueña.

Su cola golpeó la silla de Grace con un ruido seco. Ella dio un pequeño respingo. Henry volvió a agitarla con descaro y Caroline no pudo evitar sonreír. El perro era una fuente constante de discordia

en la casa, pero la acompañaba a todas partes, y el americano tendría que aceptarlo. Caroline lucharía por tres cosas: los arrendatarios de Calholm, su perro y sus caballos.

—Quizá al americano no le moleste —dijo, encogiéndose de hombros—. Tal vez le gusten los perros.

—No ese perro tan feo —replicó Grace, estremeciéndose.

—No es feo —protestó Caroline en defensa de Henry, aunque a él le daba igual. A ella no. Era su mejor amigo. Su único amigo.

Siempre había sido una espectadora, a menudo a su pesar. Lo era también ahora, en aquella casa. Calholm nunca había sido realmente suyo, ni siquiera durante el breve periodo en que fue su señora oficial.

Pronto perdería incluso el control nominal. La nueva heredera, una simple niña, tendría derecho a la finca hasta que diera a luz a un hijo. Al menos, esa era la interpretación más extendida de la confusa amalgama de testamentos y derechos.

Si Jamie hubiera vivido…

—El americano podría incluso vender ese animal desaliñado que tienes —provocó Grace.

—O hacerte vivir de tu asignación —replicó Caroline.

Enfadada consigo misma por haber entrado al trapo, cansada de la disputa y de las conjeturas, se dirigió hacia la puerta.

—Voy a sacar a Shadow.

—No deberías montar sola —objetó William, con una preocupación poco habitual.

Caroline lo miró con recelo, pero no vio malicia en sus ojos.

—Recuerda lo que le pasó a Jamie —añadió él.

¿Cómo podría olvidarlo? Aquel día permanecía grabado con una nitidez cruel: Black Jack, el caballo favorito de Jamie, regresando cojo durante una cacería; la búsqueda angustiosa; el hallazgo del

cuerpo; el veredicto del magistrado, declarando la muerte accidental. Ella nunca lo había aceptado del todo. Jamie había sido un jinete excepcional.

—No lo haré —respondió con aspereza—. Voy a ensillar mi propio caballo.

La insinuación flotó entre ellos como una espada. Nunca había acusado a nadie abiertamente, pero había dejado claras sus dudas sobre aquel veredicto.

Necesitaba aire. Aún faltaba una hora para que anocheciera. Subió las escaleras, se puso unos pantalones de chico y una camisa, y bajó por la escalera trasera hasta el establo. No quería soportar las miradas de desaprobación de William y Grace por su atuendo. Hacía tiempo que había comprobado que esa ropa era mucho más práctica para entrenar y montar, aunque siempre tenía cuidado con cuándo y dónde la llevaba.

Shadow estaba impaciente. Ajustó con rapidez la silla ligera. Callum Trapp, el entrenador de Calholm, y los mozos de cuadra ya se habían retirado por aquel día, y Caroline lo agradeció. Quería estar sola. Quería libertad.

Dejó que el caballo galopara por el camino mientras el viento frío del otoño la azotaba. Una euforia familiar la invadió, una alegría pura y momentánea. No pensaría en el mañana ni en el día siguiente, ni en la inminente llegada de su sobrina y del estadounidense, ni en lo que eso significaría para Calholm y para sus propios sueños.

Solo podía esperar que el hombre no fuera un oportunista dispuesto a agotar los recursos de la finca. Aun así, no lograba sofocar del todo aquel hilo de miedo. El señor Alistair había dicho que el tutor era abogado, y su experiencia con los abogados, salvo contadas excepciones, le había demostrado que solían ser sanguijuelas, apenas un escalón por encima de los delincuentes.

Caroline dirigió a Shadow hacia una valla. La euforia se intensificó cuando el gran semental saltó la barrera con elegancia, sin vacilar. Al aterrizar, fue frenándolo poco a poco, se inclinó sobre su cuello y lo acarició, murmurándole palabras suaves. Shadow arqueó el cuello, como si le asegurara que podía hacerlo cuando quisiera.

—Eres un gran farsante —murmuró ella.

Henry VIII ladró desde el otro lado de la valla. Era un ladrido claramente desaprobador, y Caroline negó con la cabeza. Henry era lo bastante grande como para saltar la valla él mismo, pero resultaba escandalosamente perezoso. Si no hacía más ejercicio, acabaría tan gordo como su homónimo.

Volvió a encaminar a Shadow hacia la valla. De nuevo, el caballo la superó con facilidad, resoplando con arrogancia bien ganada mientras regresaban al establo, con Henry corriendo a su lado, la lengua colgándole de un lado.

La euforia de Caroline se desvaneció al aproximarse a la gran mansión de piedra de Calholm. En pocos días, todos los caballos podrían haber desaparecido, y con ellos la única felicidad que había conocido.

Vivía al día. Al día siguiente volvería a sacar a Shadow a saltar. Si Ethan Calder pudiera verlo, comprendería el potencial del establo de Calholm. Tenía que creerlo.

El carruaje destartalado avanzaba dando tumbos por el camino lleno de baches, hasta que Ethan tuvo la sensación de que todos los huesos de su cuerpo se habían desencajado. Los sacudones no le hacían ningún favor a los moretones del costado derecho. Aquellos, junto con el chichón en la cabeza, eran, por fortuna, las únicas lesiones que había sufrido cuando las cajas se desplomaron sobre él.

Las dudas persistentes sobre aquel viaje se intensificaron. La caída de las cajas podría haber sido un simple accidente —lo más

probable—, pero Ethan siempre había desconfiado de las coincidencias.

Cameron no había visto nada sospechoso, ni tampoco nadie más. Ethan había aceptado su ofrecimiento de acompañarlos hasta el Four Horses, donde todos se alojaron. Incluso Cameron decidió quedarse, alegando que también pensaba tomar la diligencia a Edimburgo a la mañana siguiente.

Eso había sido dos días atrás, y por fin él y Sarah Ann se aproximaban a Calholm, después de haber abandonado la diligencia principal en un pueblo y alquilado aquel viejo carruaje para el último tramo del trayecto. El maldito artilugio crujía al tomar las curvas, ladeándose durante un instante antes de asentarse de nuevo sobre las ruedas.

Sarah Ann abrió los ojos. Había dormido casi todo el camino. La noche anterior había sufrido pesadillas y se había despertado gritando. Los «osos» habían vuelto, le había dicho con su vocecita asustada. Estaba sola en una habitación oscura, sin puertas, que se encogía cada vez más. Lloraba sin cesar, pero nadie acudía.

Y hoy no tenía a Andrew Cameron, desde Duneagle, para entretenerla con historias y trucos de magia.

—Ya casi hemos llegado, señor —anunció el cochero.

Sarah Ann se removió y se acercó a Ethan.

—Ya casi hemos llegado, Mi muñequita —le dijo él.

Ella le dedicó una sonrisa adormilada, luego tomó la cesta de Annabelle y levantó la tapa.

—¿Ves, Annabelle? Hemos llegado.

La gata respondió con un maullido lastimero y Sarah Ann la sacó de la cesta. En las últimas semanas, Annabelle había crecido considerablemente. También sus garras. Además de moretones, Ethan lucía ahora varios arañazos visibles.

Annabelle, sin embargo, parecía feliz simplemente por estar fuera de la cesta. Se acomodó en el regazo de Sarah Ann, aceptando los arrullos como un tributo merecido.

Ethan miró por la ventanilla. Una estructura majestuosa se alzaba en la distancia y sus presentimientos regresaron con fuerza. ¿Qué hacía en un lugar como aquel, en un país que no era el suyo?

Entonces, de la nada, apareció un caballo con un jinete encorvado sobre el lomo. El carruaje se tambaleó y el cochero tiró con fuerza de las riendas para evitar la colisión. El movimiento brusco hizo que el vehículo se inclinara y, al instante siguiente, volcara.

Ethan solo tuvo tiempo de aferrar a Sarah Ann antes del impacto. Annabelle chilló y salió disparada por una de las ventanillas. Ethan oyó maldiciones en el exterior mientras intentaba incorporarse, con el cuerpo protestando en cada músculo.

—Sarah Ann —dijo, estrechándola—. ¿Estás bien?

—Annabelle… —susurró ella—. Annabelle se ha ido.

—La encontraremos —la tranquilizó, preguntándose qué insensato había cabalgado como un demonio por aquel camino.

La puerta, ahora situada sobre sus cabezas, donde debería estar el techo, se abrió de golpe.

—¿Hay alguien herido ahí dentro?

Ethan maldijo en voz baja y ayudó a Sarah Ann a incorporarse. Quien había abierto la puerta ya no estaba. Se asomó por la abertura. El cochero permanecía en la carretera, sacudiéndose el polvo, lo que llevó a Ethan a deducir que la voz había pertenecido al joven delgado y desaliñado que estaba junto a los caballos. Sin duda era el responsable del desastre, pues un caballo gris sin jinete pisoteaba nervioso cerca de allí.

El muchacho vestía pantalones holgados de algodón, un abrigo de tweed informe y una gorra calada hasta los ojos.

—De todos los descuidos malditos… —empezó Ethan.

—No esperábamos a nadie —replicó el joven, más acusador que arrepentido.

Se quitó la gorra y una larga trenza castaña cayó sobre su espalda. Ethan comprendió entonces que no era un muchacho, sino una mujer.

—Shadow podría haber resultado herido —añadió ella, frunciendo el ceño.

Ethan apenas logró contener un rugido.

—Maldita sea, cualquier tonto sabe que no se galopa así por un camino.

—Este no es un camino público. Pertenece a Calholm —empezó ella, airada.

Ethan alzó a Sarah Ann para que pudiera verla. La voz de la mujer se apagó. Se acercó con rapidez.

—No está herida, ¿verdad?

Sus propias lesiones parecían no importarle, pero al menos reconocía el peligro en el que había puesto a una niña.

—No gracias a ti —replicó él.

Ella lo ignoró y observó a Sarah Ann, sentada ahora en el borde de la puerta. De pronto, la aprensión se reflejó en sus ojos.

—No estarás…

Sarah Ann rompió a llorar.

—Quiero a Annabelle.

Ethan se estremeció. Sarah Ann rara vez lloraba, y eso siempre le había preocupado. Salvo por algunas lágrimas aisladas, había soportado todos los cambios con un estoicismo impropio de su edad.

La mujer, encaramada en la rueda, le habló con suavidad.

—¿Quién es Annabelle?

Sarah Ann sorbió por la nariz.

—Mi gatita. Quiero bajar y encontrarla.

La mujer sonrió de pronto.

—Creo que tu Annabelle está bien. Está muy ocupada persiguiendo a mi perro.

El humor brilló en sus ojos, y Ethan advirtió entonces que era más atractiva de lo que había pensado al principio. También cayó en la cuenta de que seguía medio colgado del carruaje.

—¿Puedes bajarla? —preguntó.

—Sí.

Se inclinó y tomó a Sarah Ann con facilidad. Era más fuerte de lo que aparentaba; tenía que serlo para dominar al enorme semental que había montado.

Cuando Sarah Ann estuvo a salvo en el suelo, Ethan salió por la puerta y, con lentitud y dolor, se dejó caer. La pierna izquierda, siempre problemática, estaba más rígida de lo habitual, y todo el cuerpo le dolía.

Sarah Ann buscaba a Annabelle con desesperación.

La mujer se arrodilló, suavizando el gesto.

—Vi a tu gatita saltar del carruaje y salir tras Enrique VIII. Es un gran farsante y se deja arrastrar por cualquier juego.

—¿Enrique VIII? —preguntó Ethan.

—Mi perro.

Al ver el rostro consternado de Sarah Ann, añadió:

—Henry no haría daño ni a un ratón. Por eso lo tengo. Se negaba a cazar zorros o señalar codornices, y mi vecino quería sacrificarlo. Decía que era cobarde. Yo creo que es bondadoso. Enviaré a algunos hombres a buscar a tu Annabelle.

Sarah Ann no se tranquilizó. Su rostro empezó a descomponerse.

—Será mejor que vayamos ahora —dijo Ethan, con más aspereza de la que pretendía.

Estaba cansado de accidentes, reales o no, y no toleraba la irresponsabilidad cuando ponía en peligro a la niña.

No sabía quién era aquella mujer. Tal vez una sirvienta que había tomado prestado un caballo. Desde luego, no parecía una Gordon.

Había oído hablar de la aristocracia inglesa y suponía que los escoceses no diferirían demasiado.

Fuera quien fuese, pareció sorprendida por su tono, pero asintió.

Entonces, un ladrido profundo resonó desde un bosquecillo al otro lado del muro de piedra.

—¡Henry!

Sin decir nada más, montó de un salto en el caballo, lo hizo retroceder unos metros y salvó el muro como si midiera dos pies en lugar de cinco.

Ethan quiso ir tras ella. Hacía años que no se quedaba atrás dejando que otro hiciera el trabajo, y menos una mujer menuda y, a su juicio, imprudente.

Se aseguró de que el cochero y los caballos estuvieran bien. Luego regresó junto a Sarah Ann y volvió a examinarla. Solo tenía algunos moretones.

La levantó y la sentó sobre el muro. Saltó a su lado.

—¿Quién es ella? —preguntó Sarah Ann.

Ethan se encogió de hombros.

—¿Por qué lleva pantalones?

Eso era más difícil de explicar. Solo conocía a una mujer que vistiera así, la hija de un forajido en territorio indio. Incluso en el Oeste aquello resultaba atrevido. Dios sabía cómo se vería allí.

Intentó escrutar el bosque, pero no distinguió nada. Oyó ladridos, un maullido agudo y, después, un aullido. De pronto, una criatura que parecía un pequeño poni salió disparada del bosque, giró bruscamente, desapareció por una abertura invisible del muro y reapareció al otro lado solo para desplomarse a pocos metros de ellos. Apoyó la enorme cabeza peluda sobre las patas, con la lengua colgando, y los observó con cautela.

Poco después, la mujer emergió del bosque con algo apretado contra el pecho.

—¡Tiene a Annabelle! —exclamó Sarah Ann.

—Eso parece —murmuró Ethan.

Se preguntó qué demonios habría hecho la gatita al perro y a la mujer, que la sostenía con tanta precaución.

Mientras se acercaba, Ethan pudo estudiarla mejor. No era hermosa. Sus rasgos eran corrientes y el rostro estaba cubierto de pecas pasadas de moda, que no se había molestado en disimular con polvos.

Pero sus ojos eran extraordinarios. Avellana, con matices de ámbar, verde y gris. Deberían haber sido serenos. No lo eran. En ellos había cautela, desconfianza y una ira rápida, recién encendida por su acusación. Eran ojos que habían aprendido a protegerse, a ocultar cosas.

Y, según la experiencia de Ethan, eso era inusual en una mujer.

¿Quién demonios era ella?

Finalmente llegó junto a ellos, al muro de piedra, y entregó con delicadeza el gatito a Sarah Ann, que al instante lo estrechó con fuerza contra el pecho.

—Gracias —murmuró Sarah Ann con cortesía.

Ethan supo que, de haber estado en pie, habría hecho una reverencia perfecta.

—De nada —respondió la mujer.

El caballo se encabritó bajo ella y Ethan advirtió la sangre que manaba de un arañazo en su mano. Ella lo observó, y él percibió la silenciosa evaluación en aquellos ojos grandes.

—Usted debe de ser el abogado de Estados Unidos.

Su voz era ronca, grave, pero no había duda de su feminidad ni de su marcado acento escocés.

—Y —añadió, volviendo la mirada hacia Sarah Ann y dejando que una nota divertida se colara en el tono— tú debes de ser la nueva señora de Calholm.

Sarah Ann pareció desconcertada y buscó a Ethan con expresión interrogativa.

—Papá me lo ha contado todo —explicó—, pero sigo pensando que solo soy una niña.

—Eso también —replicó la mujer—, y además una muy guapa.

Sarah Ann sonrió, encantada.

Ethan decidió que ya era hora de averiguar quién era aquella desconocida.

—¿Y a quién tenemos el… eh… honor de dirigirnos?

—¿O la desgracia? —replicó ella con rapidez, esbozando una sonrisa.

A Ethan le agradó su espíritu.

—Se redimió al encontrar a Annabelle —comentó—. ¿Y cómo se redime Annabelle?

—No siente la necesidad —contestó ella.

—Ya veo.

La sonrisa de la mujer se amplió.

—Soy Caroline Gordon, otra… dama de algún tipo.

El humor brillaba en sus ojos, haciendo que su rostro, bastante sencillo, resultara atractivo.

—Ahora somos tres en la casa. Mi cuñada, Grace, también es marquesa viuda, aunque yo no la llamaría así a menos que quieras que te lance un vaso.

Ethan se quedó sorprendido. Aquella mujer parecía más un mozo de cuadra que un miembro de la nobleza.

—¿Es usted Caroline Gordon?

—La misma imprudente —admitió ella, recordándole su primera acusación—. Lamento el accidente, pero normalmente no hay tráfico en este camino y estaba saltando con Shadow…

—¿Es tu caballo? —preguntó Sarah Ann, entusiasmada.

—Sí. Lo estoy entrenando.

—¿Puedo montarlo?

—Es un poco grande para ti.

—Papá me prometió un poni —confesó Sarah Ann.

—¿Ah, sí? —comentó Caroline antes de mirar a Ethan—. Entonces, ¿piensan quedarse?

—¿Pensaba que no?

—Sabemos muy poco —reconoció ella—. Quizá pueda ayudarle con lo del poni.

Aunque la oferta era amable, una repentina reserva se había instalado entre ellos. La sonrisa había desaparecido.

—Quizá —respondió Ethan con una ligera ironía—, pero ahora nos gustaría llegar a Calholm. Empezábamos a pensar que no existía.

—Existe —le aseguró Caroline—. Justo al otro lado.

Ethan se deslizó por el muro, ayudó a Sarah Ann a bajar y luego cojeó hasta el carruaje.

—¿Está herido? —preguntó Caroline.

Ethan vio cómo la preocupación sustituía a la cautela en su rostro, una cautela que despertaba su curiosidad.

—Una vieja lesión —atajó con sequedad.

Y una nueva en Glasgow, añadió para sí.

—Volveré a Calholm y enviaré nuestro carruaje para usted, además de algunos hombres para arreglar el suyo —informó ella—. Espero que el resto de su viaje haya sido menos… accidentado.

Ethan no respondió, pero no pudo evitar la pregunta que surgió de inmediato en su mente. ¿Había tenido ella algo que ver con el accidente de Glasgow? ¿Se beneficiaría si la nueva heredera desaparecía… o moría?



Caroline reflexionó sobre el encuentro con la heredera y su tutor mientras regresaba a Calholm. Sarah Ann, sin duda, era un encanto: una niña preciosa y educada, incluso en circunstancias tan adversas.

El estadounidense, en cambio, era otra historia. Mucho más compleja.

Ethan Calder era reservado, como ella esperaba de un abogado. Desde luego no era enclenque, viejo ni gordo, como William había imaginado. Lo visualizó de nuevo con aquella chaqueta de piel de oveja pasada de moda, que hacía que sus hombros parecieran enormes. Calzaba las botas más extrañas que había visto nunca: cuero marrón, diseño sencillo, con un ligero tacón que lo hacía parecer aún más alto de lo que ya era. Su tamaño resultaba casi abrumador.

Estaba segura de que Grace se le pegaría como una sanguijuela. ¿Le resultaría tan fácil manipularlo como a los demás?

Caroline lo dudaba. Al recordar la mirada alerta y cautelosa de sus ojos, y su clara indiferencia ante sus intentos de humor, comprendió que no era un hombre fácil de influir.

Era interesante. No era guapo; su rostro resultaba demasiado tosco para ello, marcado por líneas que partían de los ojos y surcaban las mejillas. No parecían fruto de la risa. Su piel estaba bronceada, como si llevara años bajo el sol, algo inusual en un abogado. El cabello castaño claro tenía reflejos dorados y los ojos, de un azul sorprendentemente claro, eran vigilantes y desconfiados.

No había sonreído. Pero, dadas las circunstancias de su encuentro, ¿por qué habría de hacerlo? Ella no había causado una buena primera impresión, y eso no auguraba nada bueno para ganarse su confianza.

«Imprudente». Así la había calificado. Y capturar al gato —ni siquiera ella podía llamarlo rescate— no parecía haber ayudado.

No tenía aspecto de oportunista. Pero ¿cómo era, en realidad, un oportunista?

¿Y qué quería de Calholm? El dinero era la respuesta lógica.

Tal vez lo estaba juzgando mal. Tal vez él fuera la respuesta a sus plegarias, y no su peor pesadilla. Para su inquietud, no tenía forma de saber cuál de las dos cosas sería.

Con un suspiro profundo, Caroline espoleó a Shadow para que acelerara el paso. Ethan Calder estaba esperando, y tenía que comunicarle a su cuñada y a su primo que el nuevo Gordon había llegado a Calholm.

# Capítulo 3

Ethan consultó su reloj de bolsillo. Había transcurrido casi una hora desde que Caroline Gordon se marchara, tiempo más que suficiente para que hubiera alertado a la familia. Se preguntó si enviaría un carruaje.

En ese momento vio acercarse uno bastante gastado. El equipaje ya había sido bajado al suelo, y Sarah Ann estaba sentada sobre un baúl de buen tamaño, con las manos firmemente aferradas a la parte superior de la cesta de Annabelle. No pensaba correr más riesgos.

Su salvador era poco más que un muchacho. Al detenerse se quitó la gorra, volvió a colocársela y saltó al suelo, dirigiéndose de inmediato al equipaje. Tres hombres cabalgaban detrás de él y se pusieron enseguida a enderezar el carruaje.

—Me llamo Geordie —dijo el chico—. Mi madre es Fiona, la cocinera, la mejor del condado. Yo ayudo en el establo y en todo lo demás.

Se inclinó con las manos en la cintura y guiñó un ojo a Sarah Ann.

—Y tú debes de ser la nueva gran lassie.

—Me llamo Sarah Ann Gordon Calder —le corrigió ella, adoptando su actitud más adulta.

El chico sonrió.

—Bueno, encantado de conocerte, Sarah Ann Gordon Calder.

Alzó la vista hacia Ethan.

—¿Y usted es el señor Calder?

Ethan asintió.

—Sentimos mucho que haya tenido este percance, pero le llevaremos a casa enseguida.

Casi sin esfuerzo, Geordie empezó a colocar el equipaje en la parte trasera del carruaje, mientras Sarah Ann lo observaba con admiración. Ethan le echó una mano y, en cuestión de minutos, ya estaban dentro, avanzando por la carretera. El conductor del carruaje volcado quedó atrás, organizando los esfuerzos de los tres hombres de Calholm.

—Me gusta ese chico, pero no entiendo todo lo que dice —comentó Sarah Ann con preocupación, acariciando su preciada cesta mientras se estiraba para mirar por la ventana.

—Yo tampoco —admitió Ethan.

Él también había tenido dificultades para entender el marcado acento escocés. No le sorprendía que a ella le agradara Geordie. A Sarah Ann le gustaba todo el mundo. A veces le inquietaba que fuera demasiado confiada, demasiado abierta. Andrew Cameron le vino a la mente de inmediato.

Apartó ese pensamiento y fijó la vista en la mansión que se alzaba ante ellos. Como tutor de la heredera, pasaría a ser responsable de la finca. Sin embargo, su formación en derecho estadounidense y su experiencia como soldado y alguacil federal no lo habían preparado para aquel papel. Se preguntó si existiría algún administrador que llevara el peso real de la propiedad.

Se sentía como un toro entre caballos, o más bien entre ovejas. Dios sabía que él y Sarah Ann habían visto muchas ovejas desde los carruajes. Las pocas reses que aparecían no se parecían en nada a las que conocía de Estados Unidos: animales peludos, con tanto pelo como un búfalo.

El carruaje describió una amplia curva y se detuvo frente a la mansión. Era enorme, tan majestuosa como un palacio. La casa de

su infancia en Chicago habría cabido veinte veces en ella. ¿Cómo podía alguien sentirse allí como en casa, y más aún Sarah Ann, que había pasado sus primeros años en una pequeña cabaña?

Sintió cómo la mano de la niña se deslizaba entre las suyas y se cerraba con fuerza, buscando protección. Ojalá supiera si estaba haciendo lo correcto. Deseaba darle una familia, convencido de que merecía algo mejor que un solterón cínico que llevaba años desdeñando los lazos familiares. Esperaba que sus parientes escoceses no pudieran evitar encariñarse con ella, igual que le había sucedido a él. Si tan solo estuviera seguro…

Cuando el carruaje se detuvo, la puerta de la mansión se abrió y Caroline Gordon apareció en la entrada. Había aprovechado bien el tiempo. Había cambiado su atuendo masculino por un vestido sencillo de color gris claro que caía con elegancia hasta el suelo, sin miriñaque. Su único adorno era una tela de cuadros rojos y azules ceñida a la cintura y drapeada sobre el hombro, sujeta por un broche discreto. El cabello castaño rojizo estaba cuidadosamente recogido con una cinta azul. Habría parecido serena y refinada de no ser por el brillo desafiante de sus ojos. Ethan tuvo la sensación de que era una actriz a punto de interpretar un papel que detestaba.

Avanzó hacia el carruaje justo cuando apareció otra mujer. Su vestido era mucho más elaborado que el de Caroline y, por un instante, Ethan no logró apartar la mirada. Era la mujer más hermosa que había visto jamás.

Debía de tratarse de la segunda viuda, Grace Gordon, marquesa viuda de Calholm. Sus ojos eran de un intenso color violeta, un tono que él nunca había visto antes. El cabello negro azabache enmarcaba un rostro de rasgos perfectos.

Ethan descendió del carruaje y ayudó a Sarah Ann a bajar. Ella sostenía la cesta del gatito con una mano y con la otra se aferraba a la de él.

Grace Gordon avanzó hacia ellos deslizándose más que caminando, y extendió la mano.

—Bienvenido a Calholm.

Ethan tomó su mano libre y no pudo evitar notar su suavidad.

—Ethan Calder —se presentó—. Y esta es mi sobrina, Sarah Ann.

—Eres guapa —dijo Sarah Ann con total ingenuidad.

Ethan, que había medido sus palabras desde que tenía uso de razón, siempre se divertía con aquella franqueza absoluta. Era solo una de las muchas cosas que le fascinaban —y lo sorprendían— de su joven pupila.

—Gracias —respondió Grace con amabilidad—. Caroline nos ha contado lo de tu accidente. Le he advertido que no debe montar a caballo por el campo como una bárbara. Debes de estar cansado. Los sirvientes han preparado habitaciones y algo de comida.

Ethan miró a Caroline, que se había acercado, aunque permanecía unos metros detrás de su cuñada. Al mencionar las habitaciones y la comida, ella había arqueado una ceja y la comisura de sus labios había temblado. En ese instante comprendió que había sido Caroline quien había hecho los preparativos, no Grace.

La animadversión entre ambas era palpable. Se percibía en el aire, en la forma en que Grace ignoraba a su cuñada y en la leve expresión de diversión que Caroline no se molestaba en ocultar. Intuyó que él era la causa de esa diversión y comprendió por qué. Caroline debía de estar muy acostumbrada a la reacción que provocaba su cuñada.

Era, pensó con ironía, casi imposible no mirar a Grace Gordon, tan imposible como apartar la vista de un gran cuadro.

—Gracias a las dos —dijo—. Sarah Ann está cansada y a ambos nos vendría bien un baño.

Caroline se mostró sorprendida; Grace, desconcertada por el hecho de que él hubiera incluido a su cuñada en el agradecimiento. Sin duda, Grace estaba acostumbrada a acaparar toda la atención.

Ethan, en cambio, conocía demasiado bien a las mujeres hermosas. Podía disfrutar mirándolas, pero no confiaba en ellas.

—William estará devastado por no encontrarse aquí para daros la bienvenida —comentó Grace.

Ethan recordó que William era quien había intentado sobornar a Silas Martin para impedir que encontrara al heredero.

—Ha tenido que ir al pueblo por negocios —añadió ella—. Ha estado administrando la finca hasta que tú… ella… ah…

Se detuvo a mitad de la frase, visiblemente incapaz de decidir cómo continuar.

—Eso no es del todo cierto —intervino Caroline.

—Bueno, lo estaría haciendo si tú no interfirieras continuamente —replicó Grace.

Las corrientes hostiles se intensificaron y Ethan observó la escena con interés. Tendría que avanzar con cautela, aprendiendo a distinguir el terreno firme de las arenas movedizas. Parte de su inquietud debió de reflejarse en su expresión, porque el rostro de Grace volvió a iluminarse con una sonrisa deslumbrante.

—He pedido al cocinero que prepare unos bollos para ti —anunció—. Ven con nosotras y te daremos una buena bienvenida escocesa.

Se giró hacia la puerta, dando por sentado que Ethan la seguiría. Él dirigió una mirada a Caroline.

—Sí —dijo ella con un tono excesivamente dulce—. Ve. Geordie llevará tus maletas a tu habitación y yo haré que calienten agua para el baño.

Era evidente que entre ambas se estaba gestando una batalla. A Ethan le sorprendió que Caroline participara en un juego tan descarado de rivalidad, ya que no parecía de ese tipo. Sin embargo, daba la impresión de no estar implicada del todo, y él sospechó que consideraba que su cuñada había ganado la primera escaramuza.

Se preguntó en qué consistía aquel juego. No sabía qué esperar al llegar. Lo más probable era que se encontraran con hostilidad hacia él y Sarah Ann. En cambio, los habitantes de Calholm parecían decididos a cortejarlos y complacerlos. ¿Qué premio buscaban los Gordon?

Ethan esbozó una sonrisa irónica. Al fin y al cabo, podía resultar una aventura interesante.



Caroline estaba decidiendo qué ponerse para la velada cuando llamaron suavemente a la puerta. Al abrirla, se encontró con un mayordomo profundamente perturbado.

Duncan MacCormick era demasiado mayor para continuar en el servicio, pero se resistía a todos los intentos de convencerlo de que se jubilara. Caroline no tenía corazón para obligarlo a marcharse. Duncan oía mal, solía dejar caer las cosas y olvidaba con facilidad. Aun así, había servido a la familia desde que el padre de Jamie era joven y se sentía inmensamente orgulloso de Calholm y de su papel como mayordomo jefe. Cada vez que ella le sugería retirarse, gruesas lágrimas le recorrían las mejillas. Los Gordon, con todos sus defectos, eran su familia, todo lo que tenía.

En ese momento parecía como si se hubiera tragado una anguila cruda: estaba sorprendido y profundamente ofendido.

—El… americano —tartamudeó—, no le gustan las habitaciones.

Caroline sintió cómo la ira empezaba a arderle en el pecho. Había elegido con sumo cuidado la habitación de aquel hombre. Era la mejor de la casa, aparte del dormitorio principal, y había pocas alternativas aceptables, ninguna en el ala oeste, donde ella quería alojarlo, lejos de las habitaciones de William y Grace en el ala este. Pensó que lo más prudente era no poner la tentación demasiado

cerca del camino de Grace. La niña, por supuesto, se quedaría en la guardería.

—Sin duda quiere el dormitorio principal —dijo.

—No.

Duncan negó con la cabeza, con la angustia grabada en su viejo rostro. Sabía, como el resto de sirvientes e inquilinos de Calholm, que el recién llegado significaba cambio y, muy probablemente, problemas. Todos temían por sus puestos.

—Quiere tener a la pequeña cerca —añadió—. Ha dicho que la guardería no le sirve en absoluto.

No era la respuesta que Caroline esperaba y, de hecho, la dejó desconcertada. Los niños siempre se alojaban en la guardería, normalmente al cuidado de una niñera o de una institutriz. Había sido su refugio durante la infancia, un lugar seguro frente a la violencia que siempre parecía a punto de estallar en la casa de los Campbell. Había planeado buscar una niñera en el pueblo a primera hora de la mañana siguiente, ya que Grace, como de costumbre, había ignorado por completo los aspectos prácticos de la situación. Sin embargo, parecía que Ethan Calder no estaba dispuesto a esperar a que ella resolviera el problema.



Ethan tenía pocas reservas respecto a cambiar las habitaciones asignadas a Sarah Ann y a él mismo. Si Silas Martin estaba en lo cierto, tenía la autoridad necesaria y podía dormir donde le viniera en gana.

No quería imponer su poder. Nunca le habían gustado los matones ni la arrogancia. Pero hacía mucho que no se sentía el títere de nadie y no pensaba volver a serlo.

A Sarah Ann la habían instalado un piso más arriba, muy lejos de su propia habitación. La guardería era el único lugar apropiado para una niña, había proclamado el viejo mayordomo, visiblemente horrorizado y alterado por el hecho de que a Ethan no le pareciera adecuado el arreglo. Al observar la estancia, tuvo que admitir que era bonita y estaba repleta de juguetes, incluido un caballito balancín. Sin embargo, cuando Sarah Ann comprendió que se esperaba que durmiera allí sola, rompió a llorar.

Había sido demasiado para ella: la muerte de su madre, la separación de la señora Culworthy, el viaje largo y agotador y, ahora, aquella casa llena de desconocidos. Probablemente también había percibido la tensión que flotaba en el ambiente; era demasiado sensible a los estados de ánimo como para no notarlo.

Así que se había negado a separarse de él. El mayordomo, rígido como una estaca, anunció que tendría que consultar con Lady Caroline y se marchó enfadado.

Ethan miró a Sarah Ann. Ya no lloraba, pero seguía aferrada con fuerza a la cesta de Annabelle y a su muñeca. Cuando inclinó la cabeza y lo miró, su corazón estuvo a punto de romperse al ver la expresión ausente en sus ojos.

—Ven conmigo —la invitó, guiñándole un ojo mientras la conducía hacia la ventana.

Desde allí se extendía la parte trasera de la casa.

—Mira.

La alzó para que pudiera contemplar las colinas cubiertas de brezo más allá de la finca y, a lo lejos, un lago que brillaba bajo el sol de la tarde.

Era un mundo completamente distinto del invierno seco y gris de Texas.

La vista arrancó un suspiro de asombro a Sarah Ann.

—¿Podemos ir de picnic? —preguntó con nostalgia—. Como los que me llevaba mamá.

—Hace un poco de frío para eso —respondió él—, pero iremos a explorar.

Pensó en conseguir un caballo para sí y un poni para Sarah Ann. También quería viajar pronto a Edimburgo y hablar con el administrador de la finca. Pero Sarah Ann necesitaba unos días para descansar y adaptarse, y él necesitaba tiempo para comprender la política de Calholm.

De pronto, ella se apartó de la ventana y lo abrazó con fuerza. La cesta de Annabelle, aún sujeta a su mano, se le enredó en el cuello. No estaba seguro de que alguna vez se acostumbrara a aquellos abrazos, a la confianza y a la dulzura que contenían.

—¿No te irás? —susurró.

—No, cariño —le aseguró, rodeándola con los brazos—. Estás atrapada conmigo.

Sarah Ann soltó una pequeña risa, pero no aflojó el abrazo. Ethan sintió la inseguridad y el miedo que aún la habitaban y apretó las manos a su alrededor. Todavía le costaba creer la riqueza que ella había traído a su vida; se preguntaba cómo había podido existir sin ella. Antes había sobrevivido sin dificultad, simplemente porque no sabía lo que se estaba perdiendo.

Su madre había muerto cuando él era muy joven. Su padre, un abogado taciturno, vivía consumido por el bufete. Rara vez sonreía y nunca tocaba a su hijo, y mucho menos lo besaba. Solo existía el deber.

—Señor Calder.

El sonido de su nombre lo hizo girarse.

Caroline Gordon se encontraba en la puerta, con la cabeza ligeramente inclinada, como si observara una escena que despertaba su curiosidad. Ethan dejó a Sarah Ann en el suelo sin soltarle la mano.

—Señora Gordon —saludó. Los títulos lo confundían y, incluso cuando los entendía, le resultaban incómodos—. No estoy seguro de

cuál es el tratamiento adecuado.

—Grace y yo somos formalmente Lady Calholm —explicó—. Pero los sirvientes, y muchos conocidos, nos llaman Lady Caroline y Lady Grace. De lo contrario, sería un caos.

—¿Lady Caroline, entonces?

—En familia prescindimos de todo eso. Caroline bastará.

—Caroline —repitió él, escrutando su rostro.

Aunque sus palabras rozaban la cordialidad, sus ojos revelaban otra cosa.

—Entiendo que no estás satisfecho con su alojamiento —comentó de pronto.

—Sin haber visto el mío, no tengo motivos para quejarme. Pero he sabido que la guardería está en el tercer piso y mi habitación en el segundo. Preferiría estar más cerca de Sarah Ann. —La observó con atención—. Acaba de cumplir cuatro años. Es demasiado pequeña para estar tan lejos de cualquiera.

—Pensé que podríamos buscar una niñera —propuso Caroline —. Es lo habitual…

—Me importa un comino lo que sea habitual.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Caroline y sus ojos se abrieron con sorpresa, quizá por su vehemencia o por lo poco convencional de la petición.

—¿Una habitación contigua sería suficiente?

Ethan dudó. Sarah Ann había dormido en su camarote durante la travesía y en las posadas del camino. Él se había vuelto experto en improvisar cortinas mientras se vestía.

—Quiero quedarme con papá —susurró Sarah Ann, casi desesperada.

—Y así será —afirmó Caroline sin vacilar—. Al diablo con las convenciones.

Ethan recordó los pantalones que ella había llevado y cómo había saltado un muro de piedra de más de metro y medio montada en un semental que pocos hombres podían dominar.

—Hay otra habitación en el ala oeste —continuó—. No es tan buena como la que había pensado para usted, pero comunica con una estancia más pequeña.

—No necesito nada elegante —respondió Ethan—. He dormido muchas veces en el suelo.

Caroline arqueó una ceja, pero no pidió explicaciones.

—Le pediré a Duncan que les muestre la habitación. Está por ahí, en algún punto del pasillo. —Con una sonrisa suave añadió—: Es bastante terco.

A Ethan le pareció que el trato de Caroline hacia el sirviente se parecía más al de una hija indulgente que al de la señora de una gran finca.

—La habitación necesitará airearse y limpiarse —continuó—. Quizá Sarah Ann pueda cenar en la cocina mientras nosotros cenamos.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Ah…

Caroline se detuvo.

—Sarah Ann y yo cenamos juntos.

Ella se giró de nuevo y, esta vez, una sonrisa sincera iluminó su rostro.

—Se lo diré a Grace —anunció—. Ella y William estarán encantados de tenerlos a los dos a la mesa.

Por el matiz travieso de su voz, Ethan dedujo que Grace y William no estarían tan encantados. Sintió el impulso de devolverle la sonrisa, pero no estaba dispuesto a tomar partido en lo que ya se perfilaba como una disputa familiar.

—Me alegra saber que somos bienvenidos —replicó con sequedad.

Caroline sonrió ampliamente. Ethan tuvo la extraña sensación de que había comprendido exactamente lo que él estaba pensando.

—Esta noche, entonces.

Se volvió para intercambiar unas palabras con Duncan, que aguardaba fuera, y se marchó.

Duncan debía de rondar los setenta, quizá los ochenta, calculó Ethan. No era extraño que detestara los cambios. A su juicio, el mayordomo debería haberse jubilado hacía años, una observación que no mejoró su impresión de Caroline Gordon. Había oído hablar de la lealtad de los sirvientes familiares, pero aquello rozaba lo absurdo. Dependiendo de la autoridad real que tuviera, intentaría que el hombre se retirara cuanto antes.

Ethan y Sarah Ann siguieron al anciano por un tramo de escaleras, y durante todo el trayecto Ethan se preguntó si sería capaz de llegar. Recorrieron un largo pasillo hasta que, cerca del final, el mayordomo abrió una puerta.

La habitación era grande y estaba claramente en desuso. Olía a polvo, los muebles eran antiguos y las telas, descoloridas. Sin embargo, una amplia ventana daba al lago. En comparación con los hoteles y barracones en los que Ethan se había alojado, aquello le pareció magnífico.

Abrió una de las puertas interiores y descubrió una estancia más pequeña, que en otro tiempo había podido servir como sala privada. También tenía una gran ventana con vistas al lago.

Duncan olfateó con desaprobación.

—Necesita airearse.

—Es preciosa y enorme —exclamó Sarah Ann, asomándose a la ventana.

El rostro rígido del mayordomo se suavizó ligeramente.

—Geordie traerá el caballito y otros juguetes cuando termine de subir el equipaje. Effie traerá agua y aireará las habitaciones durante la cena.

Sarah Ann soltó la mano de Ethan y probó la cama. Era muy alta. Ethan y Duncan la observaron mientras se subía y saltaba con alegría. No habían pasado ni treinta segundos cuando dejó de brincar y se tumbó entre los pliegues del grueso edredón, cerrando los ojos pese a sus esfuerzos por mantenerlos abiertos.

—Es una niña preciosa —murmuró el mayordomo con nostalgia.

—Sí, lo es —asintió Ethan.

—Calholm no ha sido una casa feliz desde que el joven Ian se marchó y murió el viejo marqués —añadió Duncan en voz baja—. Quizá ella pueda devolverle algo de vida.

Ethan se limitó a asentir. No estaba seguro de que fuera posible. El ambiente resultaba sofocante, las tensiones demasiado intensas, y aquello solo reforzaba sus dudas sobre la sensatez de aquella aventura.

Miró a Sarah Ann, casi invisible en la enorme cama. Sonreía mientras dormía. Había descubierto que las cosas pequeñas la hacían feliz: un guiño, un gatito, ahora una cama cómoda.

Se inclinó, sacó a Annabelle de la cesta y la acomodó bajo el brazo de Sarah Ann. Para su sorpresa, la gatita se quedó allí. Probablemente también estaba exhausta tras su gran aventura, aunque Ethan estaba convencido de que no había sentido miedo alguno. Annabelle creía que podía lamer el mundo, en sentido figurado y literal.

Ojalá él se sintiera tan seguro de sí mismo en aquel país verde y brumoso. Estaba acostumbrado a la franqueza, no a la sutileza; a la hostilidad abierta, no a la desconfianza encubierta; a los forajidos declarados, no a las personas que se ocultaban tras títulos y ropas elegantes.

En las pocas horas que llevaba en Calholm, Ethan había intuido que cada paso que diera sería como caminar entre cargas de dinamita, sin saber nunca cuándo estallaría una.

# Capítulo 4

Las corrientes se agitaban alrededor de la biblioteca de Calholm mientras se servía y se degustaba el jerez previo a la cena. Y «agitaban» era la palabra exacta, pensó Ethan, mientras su mirada recorría a los tres miembros adultos de la familia Gordon. La estancia, relativamente pequeña, con su sofá de cuero, el enorme escritorio de nogal y el persistente y civilizado aroma a brandy y puros, apenas podía contener el oleaje de emociones candentes que rebotaba contra las paredes cubiertas de libros.

Con Sarah Ann sentada a su lado en el sofá, Ethan continuó observando a los demás con aparente despreocupación. Grace se mostraba abiertamente seductora; el primo William irradiaba hostilidad; y Caroline permanecía alerta, vigilante. La calidez brillaba por su ausencia. Solo la tímida sonrisa de Sarah Ann aportaba un pequeño destello de luz.

William lo contempló con desdén.

—¿Ethan? ¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó con una superioridad desdeñosa—. Seguramente debería ser Benjamin o…

—No —replicó Ethan, encogiéndose de hombros—. Solo Ethan. A mi padre no le gustaban los nombres extravagantes.

Era mentira. Su verdadero nombre era Bennett Sebastian Calder, pero no tenía el menor interés en compartirlo. Un sonido ahogado a su espalda lo hizo volverse. Caroline estaba tosiendo, o más bien ocultando una risa. No supo si le divertía su fingida simplicidad o la rapidez con la que William lo había aceptado como alguien inferior.

William, que se había presentado como William Mathew Albert Gordon, pareció desconcertado durante un instante antes de recuperar su expresión satisfecha. Ethan pudo leerle el pensamiento con claridad: el estadounidense era un paleto, un hombre fácil de manejar y utilizar. Exactamente la impresión que deseaba dar.

—Ethan es un nombre tan… sencillo —comentó Grace tras el breve silencio—. ¿Y qué os parece Calholm a ti y a la pequeña Sarah Ann?

Sarah Ann, aferrada a su mano izquierda, se acercó un poco más a él.

—Es… impresionante —respondió Ethan.

En ese momento, Henry VIII anunció su llegada con un ladrido atronador. Entró con toda calma, bostezó ruidosamente y se acercó a Sarah Ann, extendiendo su enorme lengua para lamerle un dedo. Envalentonado por el éxito, pasó a babearle alegremente la cara. Sarah Ann rompió a reír y se inclinó para acariciarlo. Le encantaban todos los animales y no les tenía miedo.

Grace palideció.

—Advertí a Caroline que no dejara entrar al perro esta noche.

—No te corresponde advertirme nada —respondió Caroline con suavidad—. Esta también es la casa de Henry.

Grace miró a Ethan con ojos suplicantes.

—No es saludable para la niña.

De pronto, todas las miradas se posaron en él, como si esperaran que Moisés descendiera del monte Sinaí. La primera prueba, comprendió. Todos aguardaban su veredicto: Caroline con recelo; Grace expectante; William regodeándose; y Sarah Ann suplicante. Al menos, sabía perfectamente lo que ella deseaba.

Se encogió de hombros.

—Después de compartir espacio con el gato del diablo, dudo que Henry pueda causarle ningún daño.

Su mirada se cruzó con la de Caroline. En sus ojos brilló la aprobación.

Ethan volvió la vista hacia Grace. Sus ojos violetas se abrieron con algo parecido al asombro, aunque se recompuso enseguida.

—Solo pensaba en la niña —dijo—. No me gustaría que enfermara. Los animales transmiten toda clase de dolencias.

—Las personas también —intervino Caroline en voz baja—. ¿Cómo está la gatita?

El rostro de Sarah Ann se iluminó.

—Papá dijo que tenía que dejarla arriba, pero le gusta la cama. Alguien le ha traído leche y está muy contenta. Aunque no creo que le guste Henry.

Frunció el ceño.

—¿Crees que serán amigos?

—Después de conocerse, quizá —respondió Caroline con diplomacia.

¿El gato diabólico y el enorme perro bonachón? Ethan no pudo evitar sonreír. Hasta entonces, a Annabelle solo le agradaba Sarah Ann, y dudaba mucho que Henry entrara pronto en esa breve lista.

—Sin embargo, Sarah Ann —dijo Ethan—, creo que ya has tenido suficiente baño por hoy.

La apartó con suavidad del alcance de la lengua de Henry y miró a Caroline, que captó la indirecta al instante.

—Creo que es hora de cenar —anunció ella, encaminándose hacia otra estancia.

Ethan la siguió con Sarah Ann, permitiendo que Grace y William avanzaran detrás.

Entraron en un gran comedor presidido por una mesa enorme, con capacidad para al menos treinta comensales. En el extremo más alejado habían dispuesto cinco cubiertos: el de la cabecera,

flanqueado por dos a cada lado. Una de las sillas del lado izquierdo tenía un grueso cojín acolchado.

Ethan miró a Caroline.

—¿El de Sarah Ann?

—A menos que lo quieras tú —respondió ella con una sonrisa enigmática.

Era, con diferencia, el mayor misterio de los tres: llena de contradicciones, a veces hostil, a veces divertida, a veces meramente observadora. Él deseaba poder leer su mente.

Ayudó a Sarah Ann a acomodarse en su asiento y esperó para ver quién ocuparía la cabecera. William retiró la silla frente a Sarah Ann para Grace y la contigua para Caroline. Después tomó él mismo el asiento principal.

El heredero presuntivo. Como tal, William parecía haberse arrogado la autoridad nominal sobre la viuda más reciente y, por ende, más poderosa: Caroline. Pero ¿quién mandaba realmente en aquella casa?

Ethan se sentó junto a Sarah Ann y la ayudó a colocar la servilleta sobre el regazo. Ella observó la profusión de cubiertos con ojos asombrados.

—Hay tantos —susurró, aunque todos pudieron oírla.

Ethan sonrió. Había cuchillos, tenedores y utensilios de todo tipo. Tal vez estuviera algo oxidado, pero había asistido a suficientes cenas formales en su época de joven abogado como para descifrarlos.

—Solo necesitas uno cada vez —le murmuró.

William frunció el ceño.

—Si pensáis quedaros, la niña necesitará instrucciones. Quizá tú también.

—Oh, pensamos quedarnos —respondió Ethan con naturalidad —. Y creo que en esta casa se necesita con urgencia cierta

instrucción, sobre todo en buenos modales, si no en el uso de los tenedores.

William se sonrojó; Grace dejó escapar un leve jadeo; Caroline mostró su aprobación sin disimulo. Ethan sintió cómo una ira lenta comenzaba a hervirle por dentro. Podía comprender el resentimiento de William Gordon, incluso su furia, después de haber perdido lo que creía suyo. Pero ya era suficiente.

Miró a William con deliberada calma al otro lado de la mesa, sin ocultar su escrutinio. Gordon era alto y se mantenía erguido. Probablemente muchas mujeres lo considerarían atractivo, pero la insatisfacción de sus ojos y la amargura marcada en su boca restaban encanto a un rostro que, de otro modo, habría sido agradable. Tenía el cabello rubio rojizo y los ojos de un azul oscuro.

—William no pretendía ofenderte —intervino Grace—. Solo quería decir que algunas de nuestras… costumbres te resultarán nuevas, y deseamos que disfrutes de Calholm.

Era una mentira evidente, envuelta con elegancia. Ethan captó la mirada de advertencia que ella dirigió a William y comprendió que entre ambos existía algo más que un parentesco distante.

William permaneció hosco y no ofreció disculpa alguna.

Grace centró entonces toda su atención en Ethan y le regaló una sonrisa deslumbrante.

—¿Has tenido buen viaje?

—Bastante bueno —respondió.

—¿Y qué te parece Escocia?

—Interesante.

No añadió nada más mientras una joven camarera servía cuencos de sopa humeante.

—He oído que Estados Unidos es muy impresionante —comentó Grace con evidente esfuerzo.

Ethan tuvo que reconocer su perseverancia. Se inclinó ligeramente hacia delante, sin mostrar irritación por sus respuestas lacónicas. Sus largas pestañas negras batían con frecuencia sobre aquellos grandes ojos violetas. Estaba coqueteando, y lo hacía con la seguridad de quien rara vez fracasa.

—Impresionante —repitió él con una sonrisa cortés.

—Nunca he conocido a un estadounidense.

Lo dijo como si se tratara de un privilegio. William carraspeó con fastidio. Caroline arqueó una ceja, plenamente consciente de lo que Grace estaba haciendo.

—Tengo tantas preguntas —prosiguió Grace, rebosante de entusiasmo—. Estados Unidos debe de ser maravilloso.

—Maravilloso —repitió Caroline con sequedad—. Pero creo que a nuestro invitado le gustaría cenar.

Ethan sonrió.

—Creo que Sarah Ann tiene hambre.

Encontró con rapidez una cuchara entre la cubertería de plata y se la entregó. Sarah Ann le devolvió una sonrisa vacilante, y él comprendió que percibía la hostilidad que impregnaba la sala.

Ella probó la sopa con cautela, dio un sorbo y luego otro. Nunca había sido exigente con la comida, probablemente gracias a la señora Culworthy.

Ethan también tomó algunos sorbos antes de preguntar:

—Cuéntame más sobre Calholm. ¿Cuál es su extensión? ¿Qué cultivos tenéis?

—Nuestros principales ingresos proceden de las ovejas —respondió Grace—. Podríamos duplicarlos si Caroline aceptara ciertos cambios. Estoy segura de que tú los aprobarías.

—Siempre que él tenga algo que decir —gruñó William—. Mi abogado no está de acuerdo en que exista una reclamación válida.

—El señor Alistair no está de acuerdo —replicó Caroline con suavidad.

Se volvió hacia Ethan.

—El padre de mi marido empezó a criar caballos para carreras de obstáculos, y mi marido continuó la tradición. Tenemos algunos de los mejores caballos de Escocia. Uno de ellos, Robbie's Shadow, correrá en el Grand National de Inglaterra el próximo año. Si gana, podremos pedir precios excepcionales…

—Si gana —la interrumpió William—. Mientras tanto, esos malditos caballos y los impuestos están desangrando Calholm. No quedará nada para cuando ese condenado semental recupere siquiera una fracción del coste de esos establos.

—El marqués dedicó su vida a crear esa estirpe —replicó Caroline con pasión—. Sabes que soñaba con un campeón del Grand National.

—Y ese sueño mató a tu marido —interrumpió Grace—. No veo cómo puedes seguir involucrada con esos caballos.

Durante un instante, Caroline pareció abatida, pero enseguida se recompuso. Ignoró el comentario y volvió a dirigirse a Ethan.

—¿Monta a caballo, señor Calder?

—Un poco.

Su respuesta, poco entusiasta, pareció decepcionarla. Al mismo tiempo, el rostro de Grace se iluminó con un destello de triunfo.

—Tengo entendido que eres del oeste. Pensaba que todos los occidentales eran… ¿cómo los llaman? Cowboys —intervino William.

—No todos —respondió Ethan—. Hacemos otras cosas.

—¿El señor Alistair dijo que eras abogado? —Grace cambió de tema con habilidad.

—Por formación.

No vio necesidad de añadir que no había ejercido en los últimos ocho años. Su trabajo había sido bastante más peligroso.

—¿Participaste en la lucha por la independencia del Sur? —preguntó William.

Ethan sabía que muchos británicos, escoceses incluidos, habían apoyado al bando rebelde. También tenía la impresión de que William Gordon era muy consciente de su ausencia de acento sureño.

—¿Te refieres a la rebelión? —replicó—. Tengo entendido que vosotros también tuvisteis algunas. ¿Debería preguntar de qué lado estaban tus antepasados?

—En otras palabras, William, ocúpate de tus asuntos —intervino Caroline.

—Calholm es mi asunto —respondió él, y las chispas volvieron a saltar sobre la mesa.

Ethan se preguntó si aquella batalla se libraba por su beneficio o si las discusiones formaban parte de la rutina nocturna en Calholm.

—William solo sentía curiosidad —dijo Grace en voz baja—. No vemos a muchos estadounidenses.

Le dirigió una mirada violeta.

—¿Has visto a algún indio?

—A unos cuantos —respondió Ethan con cautela—. Más de los que me hubiera gustado.

Era cierto. Salvo cuando se trataba de renegados, había desarrollado una política de vivir y dejar vivir. Nunca había comprendido el odio visceral que la mayoría de los blancos sentían hacia los indios.

—¿De verdad arrancan el cuero cabelludo a la gente? —preguntó Grace, frunciendo los labios en una pequeña y atractiva O.

Ethan miró a Caroline, intentando averiguar si compartía la morbosa curiosidad de su cuñada. Su expresión era neutra. Escuchaba, pero resultaba imposible saber qué pensaba, si es que pensaba algo.

—¿Qué es un cuero cabelludo? —la vocecita de Sarah Ann rompió el silencio repentino.

—Es lo que tiene un hombre en la cabeza, cariño —respondió Ethan.

—Creía que era pelo.

—Lo es —aclaró—, pero debajo está el cuero cabelludo.

La observó mientras asimilaba la información. Para él, el modo en que funcionaba su mente seguía pareciéndole un pequeño milagro.

La camarera retiró los platos de sopa y los sustituyó por el siguiente servicio.

Sarah Ann contempló su plato con desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Salmón —respondió Caroline—. ¿Te gusta el pescado?

—No lo sé —dijo con sumo cuidado—, pero Cully decía que debía comerme todo lo que hubiera en el plato. Las niñas buenas se comen todo lo que hay en el plato.

Lo recitó como una norma aprendida de memoria.

—Aunque no tengo mucha hambre —añadió, apagándosele la voz.

—¿Quién es Cully? —preguntó Caroline.

—Cully me cuidaba —respondió la niña—. La echo de menos.

A Ethan se le encogió el corazón. Empujó la silla hacia atrás y la sentó en su regazo, ignorando al resto de comensales.

—No tienes que comer si estás cansada. Ni siquiera si no te apetece.

No sabía cómo no había visto antes las señales. No estaba retraída por naturaleza; estaba asustada. Debería haberlo comprendido, pero sabía demasiado poco de niños, de sus necesidades y de sus miedos.

—No estoy cansada —insistió ella.

—Creo que es hora de retirarse —dijo él—. Ha sido un día largo para Sarah Ann.

—La criada puede llevarla a su habitación —propuso Grace, con visible decepción.

—También ha sido un día largo para mí —replicó Ethan.

Luego, mirando a William con ironía, añadió:

—Pero te agradezco tu bienvenida.

Dejó a Sarah Ann en el suelo y se puso de pie, apoyándose en la pierna izquierda. Maldición, cómo le dolía.

Caroline también se levantó.

—Te enviaré leche caliente y brandy.

—Preferiría whisky, si tienes.

Ella vaciló un instante y luego dijo, casi a regañadientes:

—Me gustaría enseñarte los establos mañana.

Sarah Ann se animó de inmediato. Ethan sintió cómo despertaba por completo.

—Eso estaría bien.

Se inclinó y alzó a la niña en brazos.

—¿Por casualidad no tendrás un poni?

—Hay algunos potros y una potranca, pero ningún poni para montar —respondió Caroline—. Le pediré a Callum que busque uno por los alrededores.

—¿Callum?

—Callum Trapp. Es nuestro entrenador de caballos.

—Gracias —dijo Ethan, recorriendo la sala con la mirada.

William también se había puesto en pie y no parecía nada complacido.

—¿Entonces piensas quedarte?

Ethan lo miró fijamente.

—¿Esperabas lo contrario?

—No perteneces aquí. No tienes derecho…

—Tampoco tú, si se mantiene la reclamación de Sarah Ann —replicó Ethan en voz baja—. Es su derecho de nacimiento.

—Maldita sea —estalló William—. No seas tan santurrón. Tú quieres el dinero. Lo cogerás y te irás…

—Piensa lo que quieras.

Dios, la pierna le dolía cada vez más. Cuanto más tiempo permanecía en pie, peor era.

Se volvió hacia las damas.

—Buenas noches.

Ethan salió llevando a Sarah Ann en brazos, aferrada a él con fuerza. Un trago de ese whisky que había mencionado Caroline Gordon y a la cama. Eso era todo lo que necesitaba.

Eso y algo de claridad para la confusión que le llenaba la cabeza.

¿Qué había querido decir Grace cuando afirmó que el sueño del marqués había matado al marido de Caroline? ¿Otro accidente? Recordó las cajas en Glasgow. Los accidentes parecían producirse con demasiada frecuencia.

Pensando en la abierta hostilidad de William, se preguntó si el joven tenía la astucia o el estómago necesarios para la violencia. Sin

duda, los tenía para el soborno.

¿Y Grace? Sospechaba que era tan astuta como encantadora. Además, protegía a William. Tal vez, juntos, habían planeado el ataque en el muelle.

¿Y Caroline Gordon? Era la más difícil de leer. Su rostro revelaba poco, pero su pasión por los caballos resultaba evidente. ¿Tanta como para enviar a unos villanos contra un desconocido y una niña? ¿Qué ganaría con ello? William heredaría.

Demonios, todo era un rompecabezas.

Apartó esos pensamientos al entrar en la suite. Agradecido, dejó a Sarah Ann en el suelo. Ella fue directa a la cesta de Annabelle, cogió al gato y lo abrazó con posesividad. Le susurró algo y luego se dirigió a la gran cama de plumas. Llevaba el pañuelo de su madre enrollado al cuello, y Ethan sabía que dormiría con él, como siempre. Tenía que encontrar la manera de lavarlo. El azul cielo se había vuelto de un gris ahumado.

Las niñas buenas se comen todo lo que hay en el plato.

Sarah Ann se había esforzado mucho por ser buena. Ya era hora de que volviera a ser simplemente una niña. Y eso incluía el ansiado poni.

El anciano mayordomo se detuvo en la puerta abierta antes de entrar. Duncan llevaba una bandeja con dos vasos, una jarra de leche caliente y una botella de whisky dorado. Incluso había añadido un cigarro. Ethan bendijo a Caroline Gordon, aunque sospechaba que tanta generosidad ocultaba alguna intención.

Se sentó junto a Sarah Ann mientras bebía la leche y luego la ayudó a ponerse un camisón largo. Tocó el pañuelo con la yema de los dedos.

—Quizá podríamos pedirle a alguien que lo lave —sugirió.

Ella agarró la tela sucia.

—No —dijo con obstinación.

—¿Algún día, entonces?

—Algún día —aceptó, ya somnolienta.

Para Ethan resultaba evidente que ese «algún día» quizá no llegara nunca. Pensó en quitárselo cuando se durmiera, pero imaginó las consecuencias si despertaba y no lo encontraba.

Todavía no. No era el momento de arriesgar su confianza solo por lavar un trozo de tela que representaba seguridad.

Annabelle lo miró con recelo, como si conociera todos sus pensamientos, y luego se acurrucó junto a su dueña. La cama estaba destinada a ser suya, pero las jóvenes intrusas la aprovecharían mucho mejor.

Con un leve suspiro, Ethan se inclinó y arropó a Sarah Ann y a Annabelle. Los ojos de la niña se abrieron un instante.

—Creo que me gusta estar aquí. Si puedo tener un poni.

—Tendrás tu poni, te lo prometo.

—¿Me contarás un cuento?

Pensó en el whisky… en el cigarro… y decidió que no había nada que deseara más que contarle un cuento.

Su repertorio era limitado. Su padre nunca le había contado historias, pero en Boston había encontrado un libro de cuentos de hadas y se había aprendido una docena de memoria. Había intentado darles algún giro, pero Sarah Ann siempre lo rechazaba. Le gustaban los mismos, una y otra vez.

—Érase una vez —comenzó—, una hermosa princesa que vivía en un castillo.

—¿Como este?

—Exactamente como este.

—¿Y tenía una gata llamada Annabelle?

—Una gata traviesa llamada Annabelle —respondió.

Annabelle se ofendió. Se puso en pie, arqueó el lomo y paseó varias veces por la cama antes de regresar al lugar que consideraba más mullido.

Sarah Ann se rió.

—Te ha entendido.

Si no supiera que era imposible, estaría de acuerdo. Aquella maldita criatura era a veces inquietante. La peligrosa vida en los callejones de Boston parecía haberle otorgado habilidades extraordinarias.

—Ella no cree que sea traviesa —dijo Sarah Ann—. Tú tampoco, ¿verdad?

—Por supuesto que no —mintió él, cruzando los dedos.

Ella misma le había dicho que no pasaba nada por decir pequeñas mentiras si se cruzaban los dedos.

—Y es preciosa —añadió.

Ni con todos los dedos cruzados del mundo habría podido decir una mentira tan grande. La gata, aún en crecimiento, estaba demasiado delgada pese a su voracidad; tenía la cabeza deformada, le faltaba media oreja izquierda y sus ojos eran de distinto color.

—Annabelle es… peculiar —respondió evasivamente.

Sarah Ann sonrió, encantada.

—¿Qué significa «peculiar»?

—Diferente, cariño.

—Y bonita —insistió.

Como no pensaba rendirse, él asintió.

Satisfecha, Sarah Ann volvió a la historia.

—Sigue.

Ethan continuó durante unos minutos, hasta que las largas pestañas de la niña descendieron y se quedó dormida. La arropó con cuidado y la observó un buen rato, sintiendo cómo una profunda satisfacción lo invadía. Tanto Sarah Ann como Annabelle parecían perdidas en la inmensidad de la cama.

Finalmente, apagó todas las lámparas de queroseno salvo una, que dejó en un resplandor mínimo, y salió hacia su propia alcoba, más pequeña.

Contempló el whisky y el cigarro con aprecio. Se serviría una copa, fumaría y luego se acostaría.

El whisky resultó excelente y el cigarro, magnífico. Aun así, habría preferido estar de vuelta en Colorado. Había llegado a amar las montañas y la libertad que le ofrecían para ser quien quería ser. La idea de volver a ejercer la abogacía se había vuelto cada vez más atractiva en los últimos meses.

No pertenecía a aquel lugar. Lo intentaría por el bien de Sarah Ann, pero…

Recordó el comentario amargo de William.

«Quieres el dinero».

William se equivocaba. No quería el dinero. No quería Calholm. No deseaba formar parte de una familia que se lanzaba pullas durante la cena. Le daría dos meses por Sarah Ann, pero no pensaba dejarla allí sola, no en aquellas circunstancias.

Terminó su bebida y su cigarro y, como de costumbre, sacó la pistola de la maleta y la colocó bajo la almohada. Dudaba que existiera un peligro real, pero el accidente de Glasgow lo inquietaba. Tal vez había sido un accidente, pero sus años como agente de la ley le habían enseñado a desconfiar.

Apagó la luz, esperando con cierto anhelo el día siguiente, en especial la visita a los establos. Siempre le habían gustado los buenos caballos y ansiaba volver a montar.

Con ese pensamiento, cerró los ojos y se obligó a dormir, deseando en parte tener un forajido al que perseguir. Eso era sencillo. Blanco o negro.

Calholm era algo completamente distinto.



Caroline no lograba dormir. Y el hombre corpulento que había entrado en su casa era el responsable.

Intentó evocar a Jamie, su rostro sensible, sus manos amables. Pero el americano, tosco y directo, desplazaba esos recuerdos una y otra vez.

Nunca había conocido a nadie como Ethan Calder. Resultaba evidente que le importaba poco lo que los demás pensaran de él; ni siquiera la opinión de Grace parecía afectarle. Y había sido tan atento con Sarah Ann. Con su sobrina. La había llamado «Mi muñequita».

Ella misma, como los demás, había supuesto que el estadounidense se había aferrado a la niña por la herencia. Ahora empezaba a dudarlo. Nadie podía fingir el afecto que había percibido en su voz.

Durante la cena, Caroline había notado la confusión de Sarah Ann, aunque la niña se había esforzado por ocultarla. Lo había sentido porque ella misma había conocido esa incertidumbre a la misma edad. Pero Ethan Calder poseía un don para consolar, un don que su propio padre nunca había tenido.

Caroline se incorporó y se puso la bata. La idea de que Sarah Ann estuviera sola en un lugar extraño y potencialmente aterrador le provocó una punzada de inquietud. Iba a verla, a asegurarse de que dormía tranquila.

Encendió una vela y salió al pasillo. La llama titilante proyectaba sombras móviles sobre las paredes. Calholm nunca había sido realmente su hogar. Sin embargo, allí había estado a salvo, y eso había bastado.

Sus zapatillas no hicieron ruido sobre la moqueta. Pasó frente a la habitación grande que ocupaba Ethan Calder y se dirigió a la siguiente, donde dormía Sarah Ann. Sosteniendo la vela a un lado, protegiendo la luz para no despertarla, se acercó a la cama individual.

Un tenue olor a humo de cigarro le llegó de pronto a la nariz y se tensó.

En el instante siguiente, la cama pareció estallar.

Algo le aferró la muñeca y salió rodando hasta caer sobre una superficie dura. La vela se le escapó de los dedos y algo frío y redondeado se le clavó en el costado. Metal. Una pistola.

Un grito brotó de sus labios.

—¿Qué demonios…? —bramó una voz masculina.

Caroline fue incapaz de responder. El aire se le quedó atrapado en la garganta al comprender, de golpe, que estaba tendida sobre Ethan Calder, que le apuntaba con una pistola al costado… y que él estaba completamente desnudo.

# Capítulo 5

-¿Qué demonios?

Las palabras estallaron como un trueno en la boca de Ethan antes de que comprendiera que el cuerpo blando que yacía sobre él era femenino, una mujer adulta, escasamente vestida y desarmada.

Ella se retorció bajo su firme agarre y el roce entre ambos despertó de inmediato cada terminación nerviosa de su cuerpo, como si lo sacudieran para arrancarlo de un sueño profundo. Ethan volvió a maldecir, esta vez en silencio. Había vivido tanto tiempo al filo del peligro que ya no sabía reaccionar como un hombre corriente. ¿Cuándo se había convertido en una bestia, como aquellas a las que había cazado?

La mujer quedó inmóvil sobre él. Ethan intentó obligarse a relajarse, pero fue inútil. La sensación de su calor y su suavidad se filtró por su piel y le incendió la sangre. Su cuerpo reaccionó, y supo que ella lo notó. Un gemido leve se le escapó de los labios.

Aunque no podía verla, sabía quién era. Tal vez por el aroma sutil que desprendía o por la esbeltez de su figura. Caroline Gordon estaba sobre él, con muy poca tela entre ambos, y el pensamiento hizo que la sangre le ardiera aún más.

Esperó un grito. En lugar de eso, oyó una inspiración brusca. Ella volvió a moverse y, esta vez, él aflojó la presión. Pero al deslizarse sobre su cuerpo para incorporarse, la fricción aumentó. Ethan tuvo que reprimir un gemido. El fuego le recorrió las venas como un incendio que devora la pradera del territorio indio.

Rodó a un lado y distinguió un destello en el suelo. Una llama. La vela que había caído de su mano.

Empujó a Caroline, alcanzó la vela y sofocó el fuego golpeando la alfombra con la palma libre. Luego se dejó caer sobre la cama con un resoplido y apagó la vela, sumiendo la habitación en una oscuridad absoluta.

Caroline quedó aturdida contra la pared, donde había sido arrojada como una muñeca de trapo. No sabía si sentirse indignada o agradecida. Ethan Calder había evitado un incendio, pero ella no habría soltado la vela si él no la hubiera atacado.

Maldita sea. Había ido a comprobar si dormía una niña y se había topado con un volcán.

Se incorporó con dificultad, apoyándose en la pared, y se apartó el cabello del rostro con una mano temblorosa. Al instante siguiente, algo volvió a abalanzarse sobre ella desde la oscuridad. Algo con garras. Las uñas atravesaron la fina tela del camisón y de la bata, y Caroline gritó.

—¡Maldita sea! —estalló la voz de Calder a escasos centímetros —. ¿Pretendes despertar a toda la casa? —gruñó.

Un cuerpo peludo saltó sobre ella y desapareció después en la negrura. Caroline soltó un improperio que habría hecho enrojecer a un mozo de cuadra y oyó la risa de Calder.

Aquella risa hizo que su ira hirviera. Aquel hombre… aquella seguía siendo su casa. Hasta que Sarah Ann fuera reconocida oficialmente, ella continuaba siendo la señora de Calholm.

Entonces Calder murmuró:

—No creo que queramos visitas, ¿verdad?

Las implicaciones le helaron la sangre. Aunque nunca había sido especialmente convencional, había situaciones inadmisibles, y aquella lo era. Estaba en el dormitorio de un hombre, vestida solo con un camisón, y él estaba desnudo. Completamente desnudo. Y,

para colmo, su cuerpo había reaccionado con una evidencia imposible de ignorar.

—Te sugiero que te pongas algo de ropa —soltó ella, esforzándose por dotar de autoridad a su voz.

Sonó más recatada de lo que pretendía y se estremeció ante lo absurdo de la escena.

—¿Me lo sugieres? —repitió él, con diversión evidente.

Tuvo ganas de abofetearlo para borrar aquella nota burlona. Debería estar tan horrorizado como ella. Resultaba obvio que no tenía prisa por remediar la situación; más bien parecía disfrutarla.

Extendió una mano y se sobresaltó al tocar una pierna humana, musculosa. Se echó hacia atrás y volvió a chocar con la pared.

Avergonzada, buscó desesperadamente un resto de dignidad. Inútil. La habitación estaba a oscuras, pero en su mente lo veía con claridad. Desnudo. Cerca. Demasiado cerca.

—El gato… —logró articular.

Una risita flotó entre ambos, seguida de una maldición. Caroline supuso que Calder se había convertido en el nuevo objetivo de Annabelle.

—Annabelle —advirtió él con un tono letal que Caroline supo que nunca querría oír dirigido hacia ella.

—¿Papá? —llegó una voz aterrorizada desde la habitación contigua.

—No pasa nada, Sarah Ann —respondió él al instante—. Solo es Annabelle.

Caroline percibió movimiento. Luego, una silueta grande se inclinó sobre ella.

—Quédate aquí —ordenó.

Cuando sus ojos se adaptaron un poco a la oscuridad, vio a Ethan inclinarse y tirar de algo. Sonó una cerilla al encenderse y, después, la llama temblorosa de una lámpara de queroseno.

El gato huyó hacia la otra habitación. Al volver a mirarlo, el estadounidense estaba frente a ella con unos pantalones puestos a medias. El resto de su cuerpo seguía peligrosamente desnudo… e imponente. Por un instante, Caroline también quiso huir, como Annabelle, pero algo la mantuvo clavada allí.

No fue la orden. Nunca había tenido paciencia con las órdenes. Fue la curiosidad.

Aun así, no podía negar que la visión de Ethan Calder semidesnudo resultaba perturbadoramente atractiva. Un cosquilleo le recorrió la espalda y se extendió por todo el cuerpo. El torso de Calder era delgado y durísimo. El pecho parecía tallado en mármol, con la cicatriz que le cruzaba el costado como una imperfección deliberada del escultor. Tenía el cabello revuelto, un mechón cayéndole sobre la frente, y las mejillas cubiertas de barba incipiente. Nunca había visto una masculinidad tan rotunda. Dominaba la pequeña habitación como un gigante, y su ceño fruncido habría hecho retroceder a un ejército de ángeles.

Murmuró algo inaudible, se dio la vuelta y desapareció en la habitación contigua con la lámpara.

Incapaz de decidirse, Caroline permaneció inmóvil. Miró a su alrededor. A la luz que se filtraba desde la otra estancia, distinguió la ropa de Ethan cuidadosamente doblada sobre la única silla. No había rastro de él, salvo la huella poderosa de su presencia. Y eso bastaba. De sobra.

Su mirada se detuvo en la pistola que descansaba sobre la cama. Otra sorpresa. No se parecía en nada a las viejas pistolas de duelo que conocía. Tenía el cañón corto, la empuñadura sencilla. Un arma práctica. Muy usada.

Pensó en el hombre al que pertenecía: la rapidez de sus reflejos, la naturalidad peligrosa de sus movimientos, la fuerza y las

cicatrices de su cuerpo curtido por el sol. La conclusión fue inmediata. Ethan Calder no era un simple abogado. A menos que los abogados estadounidenses fueran criaturas muy distintas de los escoceses.

La pregunta, entonces, era inevitable: ¿quién y qué era en realidad?

Caroline respiró hondo y se acercó a la puerta con cautela. Espió sin el menor pudor.

Calder estaba sentado en la gran cama de plumas. Tenía la cabeza inclinada y susurraba algo inaudible. Luego arropó a Sarah Ann con una manta; la niña apenas se distinguía en la inmensidad del colchón. Esperó un instante y se incorporó con una elegancia que contradecía su cojera, más marcada a lo largo del día.

Regresó con la lámpara y cerró la puerta con cuidado.

—Está dormida —anunció—. Ahora quizá me expliques tu intrusión.

Caroline era dolorosamente consciente de su pecho desnudo, del cabello revuelto, de la atención expectante de sus ojos.

—Pensé que estarías… en la otra habitación —admitió, con la voz temblorosa.

La dureza que cruzó su mirada fue como un golpe.

—Creí que Sarah Ann dormiría aquí —prosiguió—. Solo quería asegurarme de que estuviera abrigada… y tranquila.

La incredulidad se reflejó en el rostro de Ethan y Caroline sintió un escalofrío.

—¿No pensarás que quería hacerle daño?

—No pienso nada —replicó él con frialdad—. Solo detesto que la gente entre a escondidas en mi casa por la noche.

La indignación le devolvió la voz.

—Esta es mi casa y no me cuelo en ella —espetó—. Tampoco tengo animales tan maleducados que muerdan a su anfitriona y, ya puestos, a su propio dueño.

Guardó silencio un segundo. De pronto, para su sorpresa, él soltó una carcajada.

—En una cosa tienes razón —concedió—. Annabelle carece de toda educación. La encontramos en las calles de Boston. Está tan acostumbrada a defenderse de villanos que ataca primero y pregunta después.

—No muy distinto de su dueño —ironizó Caroline.

Él hizo un gesto de dolor inesperado.

—Solo con los intrusos nocturnos. Ahora, déjame ver esa mano.

Le tomó el brazo, que sangraba ligeramente por los arañazos, y con un dedo le subió la manga del camisón.

La delicadeza del gesto la desconcertó. ¿Cómo podían unas manos tan grandes ser tan cuidadosas? El pulgar recorrió los arañazos recientes y los de la mañana.

—No es grave —comentó—, pero debo disculparme por Annabelle. Ella no lo hará. Se cree por encima de la ley. Solo obedece a Sarah Ann, y a veces ni siquiera a ella.

El tono llevaba una ironía casi admirativa.

Caroline frunció el ceño. Enrique VIII no era un modelo de virtudes, pero no iba mordiendo a la gente. A veces era demasiado bondadoso para su propio bien. Annabelle, desde luego, no lo era.

—Annabelle… —repitió—. Un nombre muy inocente.

La comisura de los labios de Calder se alzó en una sonrisa torcida, como si no estuviera acostumbrado a sonreír.

—Lo es, ¿verdad? —asintió—. Siempre me ha parecido poco apropiado, pero Sarah Ann insistió.

Alzó la vista y la miró con una intensidad que le atravesó la piel.

—Debes de haberte quemado la mano —intervino ella, buscando romper la tensión—. Voy a buscar algo para curártela.

—No voy a dejarte marchar tan fácilmente.

Caroline ladeó la cabeza.

—Sigo queriendo saber por qué estabas en esta habitación.

—Ya te lo he explicado —replicó, con la ira resurgiendo—. Pensé que era la de Sarah Ann. Esta casa es fría… y puede resultar aterradora. Yo…

Se detuvo. No quería confesar cuántas noches había pasado aterrorizada cuando era niña.

Los ojos de Ethan parecían una hoja afilada, buscando grietas.

—¿Por qué estás tú aquí? —contraatacó ella.

—Porque a Sarah Ann le gusta esa cama y a mí no.

Miró la estrecha cama individual que él había elegido.

—Estoy acostumbrado a lo sencillo —añadió con sarcasmo—. ¿No es eso lo que pensáis todos? ¿Que soy un cazafortunas aferrado a una heredera?

Era lo que todos habían creído. Ella misma lo había pensado. Ahora ya no estaba tan segura.

—Quizá —admitió.

—Lo creas o no —continuó él—, me volvería a casa ahora mismo si no fuera por Sarah Ann. Pero no le arrebataré su herencia.

La franqueza brutal de su mirada la obligó a creerle.

Volvió a tomarle la mano.

—Será mejor que cures esto.

—Los dos necesitamos curarnos —convino ella—. ¿Me acompañas a la cocina? Allí están los ungüentos.

Él miró hacia la habitación de Sarah Ann.

—Aquí está a salvo —aseguró Caroline, adivinando sus pensamientos—. Nadie le hará daño.

Esbozó una sonrisa súbita.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ese gato.

Ethan dudó un instante y asintió. Tomó una camisa de la silla y se la puso sin abrochar. Su masculinidad descuidada era una fuerza poderosa, ajena a todo lo que ella había conocido. Jamie siempre había sido escrupuloso con las normas: se desnudaba en la oscuridad y vestía camisón incluso para amar.

La seguridad de Ethan Calder resultaba intimidante. Dormía desnudo y, incluso entonces, apenas se sometía a las convenciones. La llama de la lámpara de queroseno tenía algo diabólico, jugando con las sombras sobre su pecho y haciendo que los vellos rubios brillaran como si fueran de oro. Caroline se estremeció ante aquellos sentimientos indeseados que la embestían como olas contra la costa escocesa.

Él frunció el ceño.

—¿Tienes frío?

—Un poco —respondió ella, aunque era mentira.

Su temblor nada tenía que ver con la noche helada. La mirada de Ethan recorrió su fino camisón y la bata ligera, y Caroline sintió como si realmente la hubiera tocado. Torpemente, se echó algunos mechones tras la oreja y comenzó a trenzarlos. Odiaba su cabello: rizado, rebelde, siempre empeñado en desobedecerla. Y pocas veces se había sentido tan cohibida por él como en ese instante.

Aquel pensamiento le tensó los hombros. Ese hombre tenía un poder enorme sobre su futuro, y sería una necia si bajaba la guardia ante él. No podía confiar en Ethan Calder, ni siquiera aunque quisiera. Todavía no. Quizá nunca.

—No lo hagas —dijo él de pronto.

Ella parpadeó, desconcertada.

—¿No hacer qué?

—No te recojas el pelo. Es muy bonito.

Las palabras sonaron más como una valoración que como un cumplido, pero su sinceridad la envolvió en una oleada de calor.

Intentó moverse, pero su mirada la mantuvo clavada en el sitio. Era dolorosamente consciente de su imponente estatura y de la seguridad que emanaba de cada uno de sus gestos.

Él le tocó el cabello con un movimiento rápido que la tomó por sorpresa. Caroline alzó la mano y atrapó sus dedos entre los suyos, pasando el pulgar por encima. Notó los callos. Aquellas no eran manos de abogado, y eso añadía otro matiz al misterio.

—¿Estás seguro de que eres abogado? —preguntó.

—Abogado —la corrigió él, sonriendo levemente ante su incredulidad—. Lo soy.

—¿Todos los abogados estadounidenses duermen con armas?

—Si tienen clientes descontentos —respondió con indiferencia.

Luego bajó la mirada.

—¿Y cómo te hiciste todos esos callos?

De pronto le sujetó la mano. Era enorme, casi como la pata de un oso, pero sus dedos se movieron con suavidad al recorrer los callos de ella.

—¿La mano de una dama? —murmuró.

—Como probablemente habrás notado, no siempre soy una dama.

—Depende de tu definición de dama.

Una oleada de placer recorrió a Caroline. Sin embargo, tan pronto como él habló, sus ojos volvieron a mostrarse cautelosos. Aún no había aceptado su explicación sobre por qué se encontraba

en aquella habitación. Y ella seguía sin comprender qué hacía realmente allí.

Le costaba creer que hubiera renunciado a la habitación grande por una niña y un gato indomable. En su familia, los niños apenas existían como algo más que una fuente de ira.

¿De verdad creía que Sarah Ann corría peligro? ¿Por eso la había instalado en la que debería haber sido su propia habitación? La idea era absurda. Nadie en Calholm haría daño a una niña.

—Ven —dijo ella—. Te pondré algo para esa quemadura.

Él vaciló un instante, luego asintió.

—Milady —dijo casi en tono burlón, dirigiéndose hacia la puerta y aguardando a que ella pasara primero.

Cuando Caroline cerró la puerta tras ellos, lo miró con curiosidad.

—Annabelle —explicó él—. No se sabe adónde iría si tuviera la oportunidad. Al menos Henry no está por aquí.

La diversión había regresado a su voz, y a Caroline le sorprendió lo agradable que resultaba. No había rastro de crueldad en su humor, como solía ocurrir con el de William.

Le gustaba Ethan Calder.

Un pensamiento incómodo.

—¿Por qué lleva siempre el pañuelo? —preguntó Caroline mientras caminaban juntos por el pasillo.

—Era de su madre —respondió él—. No quiere separarse de ella.

Caroline estuvo a punto de preguntar por la madre de Sarah Ann, pero la voz de Ethan se había vuelto dura, fría.

Él también está sufriendo, pensó.

Había sido tan directo, tan brusco… tan americano. Resultaba extraño que abordara con tanta sequedad un asunto que parecía

causarle un dolor evidente.

O quizá no lo fuera tanto. Tal vez había sentido algo profundo por la madre de Sarah Ann. Tal vez había estado enamorado de ella y aún la lloraba. Eso explicaría su ternura hacia la niña, que ni siquiera era suya.

De pronto, Caroline se preguntó si Sarah Ann era realmente sobrina de Ethan Calder. Los certificados de nacimiento podían falsificarse. Quizá Calder había conspirado con el abogado estadounidense que Alistair había contratado. A William le encantaría demostrarlo.

Sin embargo, aquella idea no le resultaba en absoluto agradable. No quería que Ethan Calder fuera un mentiroso. Por el bien de su sueño y del de Jamie, necesitaba que él y Sarah Ann fueran exactamente lo que decían ser. Se negó a admitir que también existían razones más personales para desear que Calder fuera honesto y digno de confianza.

Llegaron al final de la escalera y atravesaron la planta baja hasta la cocina. Caroline encendió varias lámparas y fue al almacén donde se guardaban las hierbas y el botiquín. Encontró también una botella de brandy reservada para usos medicinales. No sabía si el estadounidense la necesitaría, pero ella sí.

Cargada con sus provisiones, regresó a la cocina. Ethan estaba recostado contra una de las paredes, con un aspecto de dos toneladas de masculinidad.

Estaba descalzo. Se había abrochado la camisa hasta la mitad, y Caroline soltó un suspiro de alivio. Aun así, su mirada se dirigió de inmediato al tramo de pecho que quedaba al descubierto. Por Dios, no había imaginado que fuera tan impresionante, ni siquiera en la penumbra.

Se reprendió por aquellos pensamientos. Podía ser un estafador. Un ladrón. Podía ser cualquier cosa.

Y aun así lo necesitaba.

Durante un instante pensó que aquella necesidad se parecía demasiado a la de una víbora.

Caroline se sintió un poco como una víbora y dejó la caja de medicinas sobre la mesa de la cocina.

—¿No tienes frío? —preguntó.

Él la miró con languidez por encima del camisón.

—¿Y tú no?

—¿Siempre respondes a las preguntas con otra pregunta? —No pudo ocultar la exasperación en su voz.

—No siempre —respondió con satisfacción.

La frustración la invadió.

Lo necesitas de tu lado. Incluso si es un charlatán.

William es la alternativa.

Forzó una sonrisa.

—¿Dónde está tu hogar? —preguntó—. ¿En Estados Unidos?

—Sí.

—¿Dónde exactamente?

—El último lugar fue Denver.

—¿El último?

—Me mudo mucho.

—¿Dónde naciste, entonces?

—En Chicago.

Era como sacarle una muela. No le ofrecía nada a lo que aferrarse.

—¿Dónde nació Sarah Ann?

—En Denver —respondió lacónicamente.

Luego se dirigió a la mesa y comenzó a rebuscar en el botiquín. A cualquier otro le habría llevado siete pasos cruzar la habitación; a él, apenas cuatro. Caroline deseó no ser tan consciente de su tamaño ni de cómo se cernía sobre ella.

Todo su cuerpo se estremeció al recordarlo inclinándose sobre él unos minutos antes.

Sacó ungüentos y vendas.

—Siéntate —le ordenó.

Caroline obedeció, sorprendida por la autoridad de su voz.

Ethan le tomó el brazo, examinó los arañazos, los limpió y aplicó el ungüento con cuidado.

—Yo iba a curarte —protestó ella—. Puedo hacerlo sola.

—Yo también —replicó él, con una sonrisa torcida.

Llevaba demasiado tiempo cuidándose sola.

—Háblame de William y Grace —dijo Ethan.

Caroline bajó la mirada y se encogió de hombros, intentando ocultar su turbación. No quería hablar de William y, mucho menos, de Grace. Pero había sabido desde el principio que aquel momento llegaría. Todos los hombres querían saber sobre Grace.

—¿Qué quieres oír?

—Que no os lleváis bien.

No era una pregunta.

—No estamos de acuerdo —corrigió ella—. Admiramos cosas distintas.

—¿Qué admiras tú?

—A las personas que trabajan duro. A los animales, que conservan cierta inocencia. La honestidad.

Alzó la vista.

—Pero estoy dispuesta a utilizarte aunque seas deshonesto.

Intentó no pensar en cuánto tendría que traicionarse a sí misma.

—¿Y qué admira Grace?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—¿Y William?

—Pregúntaselo a él.

Sus ojos la atravesaron y la sonrisa desapareció. Parecía sopesarla, medirla. Caroline se sintió terriblemente insuficiente.

—¿Cuánto poder tendré exactamente si Sarah Ann es reconocida como heredera?

—Muchísimo —respondió ella—. Heredaría Calholm y todas sus tierras, además de una parte considerable de la fortuna y las inversiones. Grace y yo tenemos arrendamientos vitalicios en la casa, pero tú podrías volverlos insostenibles si así lo quisieras.

—Debes resentirlo.

—No lo sé —dijo ella.

—¿Por qué?

Era como un leñador manejando una sierra. Solo que, en este caso, no estaba cortando madera. La estaba cortando a ella.

—Puede que seas la mejor opción —concedió Caroline.

Estuvo a punto de añadir «entre dos males», pero se contuvo. Aun así, sus ojos brillaron, como si hubiera comprendido perfectamente lo que no había dicho.

—¿Mejor que William Mathew Albert Gordon? —replicó Calder, imitando a William con una precisión inquietante.

—Quiere vender los caballos.

—¿Valen tanto?

—No tanto como valdrán dentro de unos años, cuando tengamos un campeón.

—¿Estás apostando por eso?

—El padre de Jamie apostó por ello. Y por Jamie. Eso era lo que querían.

—¿Y lo que tú quieres? —remató él.

—Sí —afirmó ella, desafiante.

Calder guardó silencio un instante antes de preguntar:

—¿Cómo murió tu marido?

La pregunta la golpeó con una fuerza inesperada. Era impertinente y no le incumbía, y sin embargo se oyó responder.

—La cincha de su caballo cedió mientras saltaba. Se rompió el cuello.

Calder terminó de atenderle el brazo y retiró las manos, dejándola con una vaga sensación de pérdida. Sus dedos le habían dejado una huella cálida en la piel.

Buscando en la cesta, Caroline encontró una mezcla de hierbas para quemaduras.

—Lo justo es lo justo —comentó, tomándole la mano.

Examinó la quemadura. Al igual que los arañazos, no era grave, pero una cataplasma aliviaría el escozor.

—Quédate ahí —ordenó, intentando imitar su tono autoritario.

Él obedeció. Caroline añadió agua de una jarra a las hierbas, volvió con la pasta y la aplicó sobre la quemadura. La expresión de Calder no varió, y ella no supo si el dolor había disminuido.

Sus ojos eran hielo y fuego a la vez. Fríos en apariencia, pero capaces de atravesarla. Deseó, de manera absurda, que aquella cataplasma pudiera curar también ese otro tipo de herida.

—Gracias —murmuró él con cierta rigidez.

—De nada —respondió ella, pensando que no parecía agradecido, sino más bien desconcertado.

¿Alguna vez alguien había cuidado de él?

¿Lo había hecho la madre de Sarah Ann?

Las preguntas se le agolparon en la mente.

Calder se incorporó.

—¿Puedo esperar más excursiones nocturnas? —preguntó con aquella sonrisa torcida.

—De mí, no. Annabelle es una gata demasiado eficaz como vigilante.

—¿Y Henry?

—Probablemente duerme profundamente en mi cama.

—Un perro inteligente.

El aire se cargó de insinuaciones. La habitación pareció vibrar, crepitando con una electricidad peligrosa. Un minuto más y ella se perdería en aquella cercanía cargada de intimidad.

Él le rozó la mejilla.

—Ha sido una velada… interesante.

Las piernas de Caroline empezaron a flaquear.

—Sí.

—Creo que Escocia me va a gustar más de lo que imaginaba.

—Es… muy bonita —respondió ella—, sobre todo cuando las colinas están cubiertas de brezo.

Estaba balbuceando. Ella nunca balbuceaba.

—Deberías ver Texas en primavera y Colorado en otoño.

Dios santo, la estaba mirando como si quisiera devorarla.

Se sintió obligada a replicar.

—Pero no puede ser más grandioso que el lago cercano.

—¿El que se ve desde la ventana? —preguntó él, y ella asintió —. Le he prometido a Sarah Ann que la llevaré allí. ¿Podrías

guiarnos?

Una oleada de placer, lenta y cálida, la recorrió.

—Haré que el cocinero prepare algo especial. Scones con nata y mermelada.

—A Sarah Ann le gustará.

Caroline deseó añadir que a él también le gustaría. No lo hizo. A pesar del tono suave de sus palabras, mantenía una distancia emocional clara. Por un instante, ella anheló acortar esa distancia.

Pero no podía. No debía permitir que impulsos caprichosos se interpusieran en lo que necesitaba que fuera una relación firme, práctica, casi comercial. Los sentimientos eran traicioneros.

—Buenas noches —se despidió—. Apagaré las lámparas.

Calder asintió. Dudó apenas un instante antes de dirigirse a las escaleras.

Caroline se quedó atrás, observando la botella de brandy. Nunca bebía sola.

Las circunstancias eran, como mínimo, inusuales. Lo bastante como para justificar una copa con fines medicinales.

Se sirvió una y la apuró de un trago, dejando que el líquido ardiente le quemara la garganta y el estómago.

No ayudó en absoluto.

Molesta consigo misma, regresó a su habitación. Henry dormía ajeno al mundo, incluido el reciente ataque y el tumulto de emociones de su dueña. Roncaba plácidamente sobre la cama. Apenas levantó la cabeza cuando ella dejó la lámpara de la cocina y se sentó a su lado.

—Perro inútil —murmuró con afecto.

Henry gimió. Gimoteaba a menudo, a veces de placer, a veces como respuesta a su voz. A Caroline le gustaba pensar que entendía

gran parte de lo que ella decía, aunque sabía que simplemente disfrutaba de la atención.

Lo abrazó. Henry se estremeció de placer y volvió a gemir.

—¿Qué opinas de él? —le preguntó.

Henry gimió.

—Eso no es una respuesta.

Él le lamió la mano con simpatía.

—Así está mejor.

Caroline lo abrazó con más fuerza, agradecida por aquella presencia sencilla y sin complicaciones. Un alivio enorme tras la presencia tan compleja de Ethan Calder.

Se preguntó si lograría dormir algo aquella noche.

# Capítulo 6

Ethan volvió a despertarse con un cuerpo rebotando sobre él. Esta vez, sin embargo, era pequeño.

¿Qué demonios le estaba pasando a su instinto? Normalmente, el más leve ruido lo sacaba del sueño. Le había ocurrido la noche anterior; ¿por qué no esa mañana? Si la gente iba a seguir acercándose sigilosamente mientras dormía, tendría que empezar a hacerlo vestido. Adiós a sus viejos hábitos de soltero.

Sarah Ann saltó de nuevo con entusiasmo y un «uf» involuntario escapó de sus labios. Estaba empezando a pesar.

—¿Podemos comprar un poni hoy?

Con el recuerdo incómodo de varios episodios de la noche anterior —¿o ya era de madrugada?—, miró alrededor con cautela. En lugar de responder, preguntó:

—¿Dónde está Annabelle?

—Lady Caroline le ha traído nata.

Dios santo. Si alguien había entrado en la habitación de Sarah Ann sin que él se despertara, sus instintos se habían ido al demonio.

—Qué detalle por su parte —dijo, sin comprometerse.

—Fue… espléndido —afirmó Sarah Ann.

—¿Espléndido?

Ella asintió con solemnidad.

—Sí, espléndido. Eso significa muy agradable. Lady Caroline dijo que Annabelle era una gata espléndida.

Lady Caroline era una mentirosa. Pero llevarle el desayuno a Annabelle había sido un gesto amable, sobre todo teniendo en cuenta que el animal la había arañado dos veces.

—¿Cuándo se lo trajo? —preguntó.

—Hace un momento. Estaba muy callada. Dijo que no quería despertarte. Me hizo callar.

Sarah Ann se llevó un dedo a los labios.

—Shhh.

—¿Lo hizo? —murmuró Ethan, entre divertido y aún más inquieto.

¿Qué había sido de esos malditos instintos?

Claro que la puerta entre su habitación y la de Sarah Ann había estado cerrada. Y él había pasado buena parte de la noche en vela intentando descifrar a Caroline Gordon. Al parecer, ella no había tenido problemas para dormir si había estado de visita tan temprano. La idea no le gustó en absoluto.

Annabelle apareció entonces, con manchas blancas en los bigotes desgreñados. Saltó al regazo de Sarah Ann y comenzó a amasar con las patas los pantalones que Ethan había decidido no quitarse al regresar a la cama. La gata estaba peligrosamente cerca de una parte de su anatomía que prefería mantener a salvo de arañazos.

—Ahora que Annabelle ha comido —sugirió—, creo que podríamos ir en busca de comida.

—¿Y luego un poni? —preguntó ella, esperanzada.

—Quizá —respondió—. No sé cuánto tardaremos en encontrar uno.

—Creo que hoy encontraremos uno espléndido —declaró, muy satisfecha consigo misma.

Ethan hizo una mueca. No quería apagar su entusiasmo, pero encontrar un poni podía no ser tan sencillo. Bajó a Annabelle al

suelo y se incorporó. Luego ayudó a Sarah Ann a ponerse de pie.

—Lávate —dijo—. ¿Sabes qué vestido quieres ponerte?

Ella ladeó la cabeza, pensativa.

—El azul. A un poni le gustará el azul.

Suspiró. No iba a conseguir distraerla de aquel maldito poni.

—De acuerdo —concedió—. Voy a afeitarme y luego vendré a ayudarte con los botones.

—Puedo abrocharme el vestido azul yo sola.

Sabía que esa era una de las razones por las que le gustaba tanto: los botones delanteros la hacían sentirse mayor.

—Entonces te ayudaré a peinarte.

—De acuerdo —aceptó ella alegremente, imitando su tono—. Vamos, Annabelle. Vamos a comprar un poni.

Desapareció en la habitación contigua en una ráfaga de rizos rojos y camisón blanco.

Ethan negó con la cabeza. La fe de una niña. Y toda esa fe estaba depositada en él.

De algún modo tendría que encontrarle un poni.

También tendría que enfrentarse a Caroline Gordon a plena luz del día. El recuerdo de su cuerpo apretado contra el suyo la noche anterior le provocó un dolor profundo. Hacía meses que no se acostaba con una mujer. La última había sido la madre de Sarah Ann, y ese pensamiento le atravesó el pecho con una punzada aguda.

No había amado a Mary May; no la había conocido el tiempo suficiente. Pero le había gustado más que ninguna otra mujer, y con más tiempo probablemente la habría amado. Tenía un entusiasmo por la vida poco común, además de sentido del humor.

Caroline Gordon también lo tenía. Llamar «animal espléndido» a Annabelle requería, sin duda, cierto ingenio; igual que bautizar a

un perro gigante y peludo como Enrique VIII. Ethan interrumpió el afeitado lo justo para esbozar una sonrisa.

La sonrisa se desvaneció enseguida.

Instintos, se recordó. No olvides tus instintos.

Caroline Gordon, Lady Calholm, quería algo de él, y probablemente saldría beneficiada si hubiera un heredero menos.

Se miró en el espejo, deteniéndose en las arrugas de su rostro. Las que rodeaban sus ojos eran fruto de años entrecerrándolos contra el sol. Otras tenían orígenes menos amables: la guerra, el dolor, la responsabilidad, demasiadas decisiones de vida o muerte tomadas en segundos. Estaba preparado para una existencia más tranquila, y Sarah Ann también se merecía una así: una vida serena, libre de pérdidas e incertidumbre.

No estaba seguro de que Calholm fuera el lugar adecuado para encontrarla.

Terminó de afeitarse, se puso una camisa blanca limpia y se cambió a unos pantalones de montar. ¿Qué se vestía por la mañana en la campiña escocesa? No lo sabía y, francamente, no le importaba. No pensaba limitarse a llevar corbata y chaleco.

Entró en la habitación de Sarah Ann. Tal como había prometido, ya estaba vestida y se ataba con paciencia sus mejores zapatos. El vestido estaba algo torcido, con los botones mal colocados. El pañuelo sucio asomaba por el cuello.

Ella lo miró.

—Estás muy guapo —dijo con solemnidad.

—Y tú estás muy guapa, Lady Sarah Ann.

—Yo no soy…

—Una lady, lo sé —la interrumpió—, pero pronto lo serás.

—Las ladies tienen ponis, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Entonces lo pensaré.

—Hazlo, Sarah Ann —dijo él con gravedad.

Le cepilló el pelo y se lo recogió con una cinta azul. Ella se plantó ante él con orgullo, como si pasara revista. Con toda la discreción posible, le corrigió los botones mientras la contemplaba con admiración.

—Estás muy majestuosa, Mi muñequita.

—Me gustan más los mi muñequita que las ladies.

Lo dijo con total seriedad y Ethan tuvo que contener una risita. A menudo se veía obligado a ocultar su diversión por miedo a ofenderla. Antes de convertirse en su tutor, rara vez se había permitido reír.

—Puedo entender por qué prefieres los muñecos a las ladies —dijo al fin, al darse cuenta de que ella esperaba su aprobación.

—¿A ti también te gustan más los muñecos?

Se atragantó.

—Depende.

—¿Depende de qué?

Otra vez aquellas preguntas infernales. Sarah Ann lo miró expectante, como si aguardara una gran revelación.

—Depende del muñeco y de la lady.

—Oh.

Pareció desconcertada por la respuesta enigmática. Él sintió una breve victoria que se desvaneció enseguida.

—¿Te gusta Lady Caroline?

—Sí —respondió con cautela.

—¿Mucho?

—No la conozco tan bien.

—¿Y Lady Grace?

—No lo sé —dijo—. ¿Tú qué crees?

Ella reflexionó.

—Es muy guapa.

—Sí.

En ese momento, Annabelle saltó a su regazo y Sarah Ann se distrajo.

—¿Te gusta estar aquí? —le preguntó a la gata.

Annabelle no se dignó a responder.

—Creo que sí —sentenció Sarah Ann en su nombre—. ¿Por qué?

Ethan decidió cambiar de táctica.

—Porque tendrá un poni con el que jugar.

No sirvió de nada. Sarah Ann no podía sacarse el maldito poni de la cabeza.

—No sé si Annabelle comparte tu entusiasmo por los ponis.

—Lo hará. Le gusta todo lo que me gusta a mí.

Era una suposición dudosa, pero no tenía energía para iniciar otra ronda de preguntas.

—Vamos, Mi muñequita.

—Nos llevaremos a Annabelle.

—Será mejor dejarla aquí y avisar a la criada. No querrás que se pierda.

—Henry va a todas partes.

—Henry no araña a todo el mundo.

—Annabelle tampoco. Solo cuando está asustada.

Y eso ocurría la mayor parte del tiempo.

—Podrás jugar con ella después del desayuno. Creo que necesita dormir un poco. Ha tenido una noche difícil.

—¿Tú has tenido una noche difícil?

—Una noche muy difícil —admitió—. Ahora ven.

Cogió a Annabelle y la metió en la cesta. Como la gata ya estaba aprendiendo a abrirla, la solución era, en el mejor de los casos, provisional.

—¿Qué es una noche difícil?

—Es cuando un gato te salta encima mientras duermes profundamente.

No describía con exactitud lo ocurrido la noche anterior, pero se acercaba bastante. Annabelle era capaz de arruinar el descanso de cualquiera, incluso sin ayuda.

—Oh —repitió ella, con el ceño fruncido por una preocupación repentina—. ¿Annabelle ha sido una gata mala?

—Annabelle ha sido Annabelle —la tranquilizó—. Ahora vamos a desayunar.

Sarah Ann pareció desconcertada, pero decidió no insistir. Le tomó de la mano y salieron juntos para afrontar su primer día completo en Calholm.



Después de dejarle a Annabelle un cuenco de nata y asomarse a comprobar que Sarah Ann seguía dormida, Caroline había salido a jugar con Henry. Ahora entraba en el comedor con el perro pegado a sus talones.

Para su sorpresa, Grace apareció poco después, espléndida con un vestido violeta y el cabello oscuro recogido en un moño. A Caroline, aquel estilo severo la habría vuelto aún más desgarbada,

pero en Grace realzaba la elegancia natural de su rostro. Ella, en cambio, se sintió como un cuervo con su vestido negro de montar.

—Te has levantado temprano —comentó con cordialidad—. ¿Alguna ocasión especial?

Grace la observó con suspicacia.

—Solo quería que nuestros… invitados se sintieran como en casa.

—¿Y William?

Grace se encogió de hombros.

—Por las mañanas es un oso.

Caroline se sirvió del aparador. Había pedido que prepararan más de lo habitual, pues desconocía los hábitos alimenticios de Ethan Calder y de Sarah Ann. Llenó su plato de beicon, bollos y huevos, mientras comprobaba que Grace apenas tomaba una tostada.

A Caroline le gustaba comer. Trabajaba lo suficiente durante el día como para permitírselo.

—Tienes el apetito de un campesino —observó Grace con desagrado, mientras Caroline untaba nata en el bollo.

—Sí —replicó ella, satisfecha—. No sabes lo que te pierdes.

—No entiendo cómo puedes comer por la mañana.

—Dormir bien abre el apetito.

Era mentira, al menos en lo que respectaba a la noche anterior, pero servía como respuesta.

—Qué bien.

La voz grave masculina llegó desde atrás y sobresaltó a Caroline, que sintió cómo el rubor le subía a las mejillas. Un cosquilleo le recorrió la piel. Podía percibir la presencia del estadounidense incluso antes de verlo; probablemente lo habría notado aunque no hubiera hablado.

—Buenos días.

Sonaba seguro de sí mismo. El recuerdo no deseado del contacto de la noche anterior y de la visión de su piel desnuda intensificó el sonrojo.

Grace sonrió con encanto.

—Buenos días, señor Calder. Y a ti también, Sarah Ann. He pensado que podríamos ir al pueblo. Hay una pequeña tienda y una modista. Podemos encargar vestidos nuevos para Sarah Ann. Y un pañuelo nuevo —añadió con un deje de desaprobación.

—No quiero un pañuelo nuevo.

Sarah Ann se acercó a Henry, se arrodilló y le frotó la cabeza contra la suya. El perro respondió con un gran lametón. La niña rió y se levantó, ignorando por completo a Grace.

—Claro que sí —insistió Grace con confianza, convencida de que acabaría persuadiéndola.

Ethan Calder se apoyó en el aparador.

—No.

Sarah Ann alzó la barbilla.

—Papá dijo que buscaríamos un poni, y no quiero un pañuelo nuevo.

Grace miró a Ethan con expresión suplicante.

—Me encantaría llevarla de compras.

Él dudó. Caroline pensó, no sin desagrado, que tal vez aceptaría.

—Quiero mi propio pañuelo —insistió la niña—. Y no quiero un vestido nuevo. Quiero un poni.

—El pañuelo era de su madre —explicó Ethan con suavidad.

Caroline percibió la simpatía que sentía por Grace y tuvo que reprimir el impulso de intervenir. Grace era una actriz consumada, y

dudaba mucho que su preocupación por Sarah Ann fuera sincera.

—Oh… —murmuró Grace, dedicándole a Ethan una sonrisa agradecida—. Lo entiendo.

Luego se volvió hacia Sarah Ann.

—Entonces, por supuesto, debes quedarte con tu pañuelo. Y algún día cuéntame cosas de tu madre.

Sarah Ann, satisfecha con su victoria, sonrió.

Caroline observó a Ethan ayudar a la niña a servirse el desayuno, agachándose para preguntarle qué quería y colocando dos bollos y un huevo en su plato. Luego llenó el suyo con jamón, salmón, huevos y un bollo, llevó ambos a la mesa y acercó una silla a Sarah Ann. El cojín ya estaba colocado. Ethan le dedicó una sonrisa rápida de agradecimiento que ella sintió hasta en la punta de los dedos.

Sarah Ann la miró expectante.

—Dijiste que podríamos ir a buscar un poni.

—Depende de tu padre —respondió Caroline, lanzándole una mirada desafiante a Ethan, deseando que aceptara la propuesta de Grace.

Él asintió.

—No escucharé nada más hasta que lo hagamos.

Luego se volvió hacia Grace.

—Quizá podamos ir de compras otro día. La semana que viene, tal vez. Esta tengo que reunirme con John Alistair en Edimburgo.

—Iré contigo a Edimburgo —se apresuró Grace—. Puedo presentarte al señor Alistair y a otras familias. Los MacLeod tenemos una casa en la ciudad que podrías usar.

Ethan vaciló.

—Creo que será mejor un hotel. Solo estaremos allí un día.

—¿Nosotros?

—Sarah Ann y yo.

Grace mostró una clara decepción.

—Pensaba que Fiona y Maisie podrían cuidarla aquí.

Ethan ya sabía que Fiona era la cocinera y Maisie, la doncella de Grace. Effie, la hermana de esta última, servía a Caroline. Las tres habían ayudado a preparar las habitaciones y a ocuparse de la ropa de Sarah Ann.

—No —cortó él.

Grace volvió a encogerse de hombros.

—Aun así, me gustaría viajar con vosotros. Necesito vestidos nuevos.

Caroline se mordió la lengua y se limitó a alzar una ceja.

—¿Y tú, Caroline? —preguntó Ethan—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—Gracias, pero tengo mucho que hacer aquí. El entrenamiento de Shadow es crucial ahora.

Ethan asintió y terminó su desayuno. A Caroline le gustaba verlo comer; era evidente que lo disfrutaba.

—¿Te gustan los scones? —preguntó.

—Me gusta todo excepto la cecina y las galletas duras.

—¿Qué es eso?

—No te conviene saberlo.

—Sí quiero saberlo.

Él dudó un instante antes de responder.

—El gallete es una galleta dura de harina y agua, y la cecina es carne de res cocinada hasta quedar casi imposible de masticar. Pero ambas se conservan durante mucho tiempo cuando viajas.

—¿De viaje?

Volvió a dudar.

—De viaje largo.

Aquello intrigó a Caroline. Antes había mencionado que montaba "un poco", pero sonaba como si hubiera pasado demasiado tiempo alimentándose de galletas y carne seca.

—¿No hay trenes en Estados Unidos? —intervino Grace.

—Sí, pero es un país enorme —explicó él—. Hay extensiones inmensas sin carreteras, y mucho menos trenes.

—Creo que me gustaría ir allí algún día —suspiró Grace.

—¿A pesar de los indios?

Ella se estremeció.

—¿Hay indios en Nueva York?

—No. Están más al oeste.

—Entonces me gustaría ir a Nueva York.

—A mí me gustaría ir al oeste —intervino Caroline—. He leído que las montañas son más grandes que nuestras Highlands.

—Caroline es de las Highlands —añadió Grace con un tono casi de disculpa.

Caroline sabía que Grace y William consideraban a los highlanders poco menos que bárbaros. Ella, en cambio, pensaba que muchos habitantes de las tierras bajas eran menos escoceses de lo que pretendían. Decidió no ofenderse. Estaba demasiado interesada en que el estadounidense siguiera hablando.

—Me gustaría visitar las Highlands algún día —desvió él el tema.

A Caroline le habría encantado enseñárselas. Aquellas montañas habían sido su refugio, un lugar hermoso lejos de un hogar cargado de fealdad.

—En verano están cubiertas de brezo —explicó—. Es la mejor época. En invierno pueden ser muy frías.

—Toda Escocia parece fría —observó él—. El viento te cala hasta los huesos.

—¿No ocurre lo mismo en Estados Unidos? —preguntó Grace.

Caroline notó su irritación. Por primera vez, un hombre prestaba más atención a ella que a Grace.

—En algunos lugares, sí —respondió Ethan—. Los inviernos en Colorado y Chicago pueden ser terribles, aunque sin esta humedad constante.

Sarah Ann empezó a moverse inquieta y Caroline se levantó. La niña había sido muy paciente.

—Si estás listo —le indicó a Ethan—, bajaremos a los establos. Callum debería estar allí y quizá pueda decirnos dónde encontrar un poni. Tú puedes elegir un caballo.

Vio un destello rápido de entusiasmo en los ojos de Ethan. ¿Había minimizado su habilidad como jinete? Pronto lo sabría.

—Sarah Ann necesitará su abrigo —advirtió él.

—Tú también —replicó Caroline—. En cinco minutos, en el vestíbulo.

La emoción de Sarah Ann le apretó el corazón. La niña ya estaba devolviendo a aquella casa una chispa de asombro que hacía tiempo se había perdido.

Caroline tomó su abrigo largo de montar y se dirigió a los establos.

Callum Trapp cepillaba a Shadow.

—Llegas tarde esta mañana —comentó—. Nuestro muchacho está impaciente.

—Ha llegado nuestra nueva heredera.

Él frunció el ceño.

—No está bien —murmuró—. Deberías quedarte con Calholm. Eres la única a la que le importa.

—Creo que estaría mejor en manos de su tutor que en las de William —replicó ella.

Probablemente no debería usar el nombre de William con tanta familiaridad, pero Callum era tanto amigo como entrenador. Desde que había llegado a Calholm, había sido el único con quien había podido hablar con franqueza. Incluso Jamie consideraba a los caballos un negocio y, a menudo, parecía indiferente ante aquellas criaturas maravillosas y sensibles.

—Ni el señor William ni el americano deberían quedárselo —insistió Callum, acariciando el cuello del caballo—. Shadow es orgulloso. Puede hacer famoso a Calholm y dar una lección a esos malditos ingleses.

—Deberías haberlo visto saltar el muro de piedra —comentó ella con orgullo.

—Solo tú podrías haberlo hecho. Solo trabaja para su ama.

—Jamie era bueno con él.

Callum ignoró el comentario.

—Cabalgaré contigo y lo veré saltar.

Ella negó con la cabeza.

—El señor Calder y su… hija vendrán a ver los caballos. Sarah Ann quiere un poni y esperaba que nos ayudaras a encontrar uno bueno.

Callum masculló algo, pero ella no se ofendió. Murmuraba a menudo. Lo miró con afecto. Era bajo y fibroso; aunque sabía que rondaba los cuarenta y tantos, parecía no tener edad. No le gustaba la gente y no lo ocultaba, pero con los caballos era infinitamente paciente. No tenía familia, que ella supiera, y nunca hablaba de sí mismo, por mucho que ella lo intentara. Por lo que sabía, solo tenía un amor: los caballos. Sus odios eran amplios y variados, desde los

ingleses hasta los «nabobs» escoceses y los jinetes «sin valor». No sabía qué opinaba de los estadounidenses, pero sospechaba que tampoco los tendría en gran estima.

—Lo necesitamos, Callum —le pidió—. Sé civilizado.

Él sostuvo su mirada. Sus ojos, de un marrón tan oscuro que casi parecía negro, resultaban imposibles de descifrar.

—No toleraré a un tonto. No como ese primo tuyo.

—No creo que este hombre lo sea —respondió ella con una leve sonrisa.

—¿Le gustan los caballos? —preguntó Callum con ferocidad, como si estuviera dispuesto a atacarlo con una horquilla de no ser así.

—Creo que le gustan los animales —contestó ella—. Su hijita tiene un gato.

Callum arrugó la nariz con disgusto.

—Un maldito gato no es compañía para una niña. Solo sirve para una cosa: cazar ratas.

—Sarah Ann cree que Annabelle es perfecta —dijo Caroline en voz baja—. Yo creo que es una niña solitaria.

—Entonces él es un bruto —sentenció Callum con cierta satisfacción.

—Espero que no.

La voz grave llegó desde la puerta. Caroline se volvió y vio a Ethan Calder. Sarah Ann contemplaba el interior de los establos con una expresión de absoluto asombro.

Caroline sintió que se sonrojaba al haber sido sorprendida hablando de él con un empleado. Callum, en cambio, adelantó la mandíbula con aire desafiante.

—Este es Callum Trapp —lo presentó ella—. El señor Calder y Sarah Ann Gordon.

—Sarah Ann Gordon Calder —corrigió Ethan.

Caroline cerró los ojos un instante, rogando para que Callum se comportara. Demasiadas cosas dependían de aquel estadounidense.

—He oído que quiere un poni —comentó Callum.

Se estaba portando bien. Caroline soltó el aliento con alivio. Aun así, no le gustó la expresión de sus ojos ni el tono repentinamente servil. Sarah Ann se acercaba sigilosamente a Shadow, y Caroline le apoyó una mano en el hombro para detenerla.

—Deja que se acostumbre a ti —le indicó con suavidad.

Sacó un trozo de zanahoria del bolsillo y lo puso en la mano de la niña.

Sin miedo al enorme animal, Sarah Ann le ofreció la golosina. Shadow la olfateó y luego la tomó con los labios.

—Le ha gustado —exclamó con una sonrisa radiante.

—Así es. No suele hacerlo con muchos —confirmó Caroline—. Es muy selectivo con sus amigos.

Retomó las presentaciones.

—Callum es nuestro entrenador. El mejor de toda Escocia.

Ethan tendió la mano, pero Callum se volvió hacia los caballos. Caroline hizo una mueca para sí cuando Ethan le dedicó una mirada irónica y bajó la mano. En Escocia, la gente de clase alta no estrechaba la mano a los sirvientes, pero Caroline conocía la informalidad estadounidense y la aprobaba. Ella misma siempre había mantenido una relación más directa con los empleados. Callum, sin embargo, parecía decidido a complicarlo todo. Más tarde alegaría que no se había dado cuenta del gesto.

—Te enseñaré el resto de los caballos —intervino ella con rapidez.

Guio a Ethan por las dos filas de establos y le presentó a los doce saltadores, tres potros jóvenes y una potra. Observó cómo él se detenía varias veces para acariciar el cuello de un caballo.

Hablaba poco, pero en su mirada había aprobación, y eso la tranquilizó.

Aferrada a su mano, Sarah Ann se maravillaba con los animales y reía cuando alguno bajaba la cabeza para rozarla con el hocico.

Al terminar, Caroline aguardó una reacción.

—Son buenos animales —comentó él.

Ella tuvo que conformarse con eso. Ya había aprendido que decía poco y casi nunca lo que pensaba.

—Son de los mejores de Escocia —afirmó—. Estamos recibiendo ofertas incluso desde Inglaterra.

—¿Pero no quieres venderlos?

—Todavía no. Si Shadow gana el Grand National el año que viene, su valor se duplicará.

—¿El Grand National?

—Es la carrera de obstáculos más importante del mundo —explicó—. Se celebra en Aintree, cerca de Liverpool. Hemos reproducido el recorrido aquí lo mejor posible: treinta vallas a lo largo de siete kilómetros. Shadow ya ha ganado varias pruebas en Escocia, pero el Grand National…

Notó la emoción vibrando en su propia voz. Los ganadores de aquella carrera habían dado fama y prosperidad a los establos de Irlanda y Gran Bretaña. Ya era hora de que Escocia demostrara lo que valía.

Ethan guardó silencio un momento, pensativo.

—¿Crees que puede ganar?

—Lo sé —aseguró ella—. Y uno de los potros de dos años promete ser un campeón dentro de tres.

—¿Tres años?

—Es raro que incluso un caballo de cinco gane el Grand National —explicó—, pero Shadow es excepcional.

—Nosotros competimos con caballos de tres años.

—La mayoría de las carreras estadounidenses son en pistas llanas y menos exigentes —replicó—. El Grand National requiere fuerza y resistencia, cualidades que un caballo joven aún no ha desarrollado. Exige años de entrenamiento. Nosotros ya hemos invertido esos años.

Lo miró con una súplica silenciosa.

En lugar de responder, él cambió de tema.

—Sobre el poni…

Callum, que los seguía, intervino con un tono forzadamente cortés.

—Douglas podría saber de alguno.

—¿Douglas?

—El herrero del pueblo —aclaró Caroline.

Ethan asintió y volvió a observar los caballos con interés.

—Me quedaré con Shadow.

—¿Y cuál para él? —preguntó Callum.

Caroline miró a Ethan.

—¿Cómo montas? Tenemos caballos desde muy dóciles hasta… complicados.

—Dóciles —respondió él—. Sarah Ann montará conmigo.

Eso no le dijo demasiado. ¿Era una excusa? Aun así, había en él una competencia implícita que la hacía pensar que sabía lo que hacía.

Asintió hacia Callum.

—Samson —decidió—. Es tan grande como su nombre, pero de mejor carácter.

Ethan esbozó una sonrisa torcida y a Caroline se le aceleró el pulso.

—Suena bien.

Oyó a Callum murmurar algo sobre los estadounidenses, pero lo ignoró.

—Puedo ensillar mi propio caballo —ofreció Ethan.

Callum negó con la cabeza.

—A lady Caroline no le gustaría que hubiera más accidentes.

Con un resoplido desdeñoso, se dirigió al cuarto de los arreos. Volvió poco después con una silla y la llevó al establo del fondo.

Caroline evitó la mirada inquisitiva de Ethan mientras colocaba con rapidez la brida y el bocado a Shadow y lo sacaba al pasillo. Empezó a levantar la silla lateral del caballete, pero él se la quitó de las manos con firmeza. Observó cómo ajustaba la cincha con soltura, pese a los nerviosos pasos del caballo. Al tocarle el cuello, Shadow se calmó de inmediato.

—Es un buen animal —comentó él.

Las piernas de Caroline temblaron ligeramente al ver sus manos recorrer el cuerpo del caballo con tranquila aprobación. Sabía más que un poco de caballos. ¿Querría quedarse con Shadow? ¿O venderlo?

Ethan la ayudó a montar. Sus ojos permanecían neutrales.

—Me gustaba más cómo montabas antes —comentó, como si compartieran un secreto.

—A mí también —admitió—, pero Grace y William no me lo perdonarían si montara a horcajadas en el pueblo.

—¿Te importa?

La pregunta la descolocó. A una parte de ella no, pero a otra, a la niña que aún buscaba aprobación, sí. La rebeldía había sido siempre el refugio de los solitarios.

—No —respondió al fin.

Él la observó con atención, cauteloso. ¿Era un estafador? Todavía no lo sabía.

A pesar de su trato correcto, emanaba una rudeza primitiva. Quizá la guerra había forjado ese carácter familiarizado con el peligro; desde luego, la abogacía no lo había hecho.

Fuera cual fuese el origen, Ethan Calder la intrigaba y la inquietaba. Era peligroso en muchos sentidos. Comprendió entonces que no podría manejarlo como había esperado. No era un hombre al que se pudiera utilizar.

Lo vio alzar a Sarah Ann y acomodarla en el caballo que Callum había ensillado para él. Luego montó detrás de la niña con naturalidad. Caroline reconoció la postura relajada, la elegancia propia de un jinete experimentado.

Había dicho que montaba un poco.

Aquello había sido una mentira.

¿Cuántas más aguardaban a ser descubiertas?

# Capítulo 7

Maldita sea, pero se sentía bien volver a estar sobre un caballo.

Ethan se acomodó en la silla, disfrutando de la sensación. Le gustaba su ligereza. Las sillas de montar de la caballería también eran livianas, aunque algo más voluminosas para permitir la sujeción de la carabina, los sacos de dormir y las alforjas. Sin embargo, las que había usado en los últimos años eran del tipo occidental: pesadas, pensadas para largas jornadas de cabalgada, preparadas para transportar todo lo necesario durante un viaje prolongado.

La silla que ahora tenía bajo él se parecía más a montar a pelo y lo devolvió a su juventud en Chicago.

Sarah Ann había montado con él en Texas y se acomodó sin dificultad en sus brazos. Podía sentir su emoción; su pequeño cuerpo se movía con impaciencia contenida.

El caballo, Samson, no ofrecía ninguna complicación. Tenía un paso suave y un temperamento dócil que respondía de inmediato a las indicaciones. Por un instante, Ethan echó de menos al animal que había dejado en Texas. Lucifer hacía honor a su nombre: a veces angelical, la mayoría de las veces obstinado y rebelde.

La niebla densa del día anterior había desaparecido, aunque el aire seguía siendo gélido y el viento le azotaba el cabello. Su cuerpo protegía a Sarah Ann del frío, pero él se sentía eufórico. No sabía si era por volver a cabalgar, por el aire helado o por ver a Caroline Gordon montar a su lado.

Siempre había considerado que las sillas laterales eran incómodas e inseguras. Sin embargo, ella estaba realmente hermosa allí sentada, con una chaqueta gris de montar y un sombrero que

realzaba sus ojos color avellana y hacía que su cabello castaño rojizo destacara aún más. Aquella mañana era toda una aristócrata, sin rastro de la descarada insolencia que había visto antes, salvo quizá en la obstinada inclinación de su barbilla. En contraste, él se sentía como un mozo de cuadra con su abrigo de piel de oveja, la camisa de algodón y los pantalones de montar, completamente fuera de lugar.

Las colinas bajas seguían verdes, salpicadas aquí y allá por manchas de nieve. Pequeñas cabañas de piedra, de cuyas chimeneas ascendía el humo en espirales hacia un cielo de un azul intenso, se repartían por el paisaje junto a campos de cultivo cuidadosamente trabajados. Ovejas y algunas vacas pastaban tranquilamente, unas junto a otras. Ethan sonrió al imaginar la reacción de los ganaderos de Texas ante aquella convivencia. La mayoría de los tejanos detestaban las ovejas, convencidos de que arruinaban los pastos del ganado.

—Hay unas vacas graciosas con pelo peludo —comentó Sarah Ann.

Desde el primer momento, su aspecto le había resultado fascinante.

—Deberías ver el ganado de las Highlands —dijo Caroline, dedicándole una sonrisa fugaz—. Parecen yaks.

—¿Qué es un yak?

—Un animal grande y peludo que vive en Asia —explicó Caroline.

—¿Dónde está Asia?

Ethan suspiró.

—Con Sarah Ann, una pregunta siempre lleva a otra.

—Me he dado cuenta —respondió Caroline con una sonrisa—. Es agradable que haya algo de curiosidad en Calholm.

—¿Lady Grace?

—Solo por los encajes y las cintas —respondió Caroline, con un deje de tristeza.

—¿Y William?

—A él solo le importan las ovejas y…

Se interrumpió de pronto y se encogió de hombros.

—¿Y tú?

Su sonrisa se amplió y su rostro se iluminó con una animación inesperada.

—Los caballos y los libros.

Él conocía bien su pasión por los caballos. Lo de los libros lo sorprendió. Debió de reflejarse en su expresión, porque Caroline alzó la barbilla con mayor desafío.

—Quizá podrías recomendarle algunos libros a Sarah Ann —dijo él con suavidad.

La actitud defensiva de ella se disipó de inmediato, y Ethan supuso que su tono la había tranquilizado.

—Nuestra biblioteca tiene preciosos libros infantiles ilustrados —comentó Caroline—. Siempre he deseado…

Se interrumpió, y él se preguntó por qué. Había algo en ella que seguía resultándole enigmático.

—Cuéntame más cosas sobre Estados Unidos —pidió Caroline, cambiando de tema—. Dijiste que allí también hace frío. He leído sobre ventiscas y tormentas de nieve.

—Es cierto —respondió Ethan—. Pero también hay regiones cálidas durante todo el año.

—¿De verdad?

—De verdad —confirmó con la misma seriedad con la que habría respondido a una pregunta de Sarah Ann.

—¿Te estás riendo de mí?

—No me estoy riendo de ti.

Ella lo miró con recelo antes de lanzar otra pregunta.

—¿De qué parte de Estados Unidos eres?

—Nací en Nueva York, pero mi padre se trasladó al oeste, a Illinois, cuando yo era niño.

—Pero el señor Alistair dijo que tú y Sarah Ann vivíais en Colorado.

Ethan decidió que no fingía interés; realmente quería saberlo, a diferencia de su cuñada, más interesada en coquetear que en escuchar las respuestas.

—Me mudé más al oeste después de la guerra.

—¿Y eso terminó hace tres años?

—Casi cuatro.

—¿Y desde entonces ha sido abogado?

—Entre otras cosas.

Vio la pregunta formarse en sus ojos, pero no estaba preparado para contar la verdad: que había sido un cazador de hombres más que un buscador de justicia. Le había pedido a Silas Martin, el abogado que había localizado a Sarah Ann, que no revelara toda su historia a la familia. Era abogado; eso bastaba.

Aún no sabía por qué había tomado esa precaución. Tal vez instinto, o la desconfianza adquirida tras años persiguiendo criminales. Había vivido bajo identidades falsas, se había mezclado con forajidos, incluso había entablado cierta camaradería con uno apodado Diablo. Había aprendido a proteger sus secretos, a ofrecer la mínima información, a engañar y desarmar. No eran cualidades atractivas, pero eran las suyas. Y el futuro de Sarah Ann estaba en juego. No debía olvidarlo.

Caroline, sin embargo, no parecía dispuesta a rendirse.

—¿Qué otras cosas ha hecho? —insistió.

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo empezó a criar caballos?

Ella guardó silencio unos segundos. Por el rabillo del ojo, Ethan percibió en su mirada una mezcla de frustración y desconcierto. Luego suspiró.

—Me encantan los caballos. Siempre me han gustado y, cuando llegué a Calholm, creí haber encontrado el paraíso. Callum me ha enseñado mucho.

—¿Y su marido aprobaba que montara a caballo?

Caroline se mordió el labio.

—No monté así hasta después de su… accidente.

La vacilación confirmó una sospecha en Ethan: existía la posibilidad de que la muerte de Jamie Gordon no hubiera sido un simple accidente. Pensó en el percance con las cajas. ¿Estaban ambos sucesos relacionados o estaba forzando las conclusiones?

—Mira —exclamó Sarah Ann, sacándolo de sus cavilaciones.

Señalaba a un caballo y a un potro que pastaban en un prado cercado junto a una casa cercana.

—¡Un poni!

—No exactamente —dijo Ethan—. Es un caballo joven. Crecerá hasta ser tan grande como el que montamos. Un poni siempre es pequeño.

—Cuando sea mayor, ¿podré tener un caballo grande?

—El mejor que pueda encontrar —le aseguró.

Las preguntas se interrumpieron al entrar en el pueblo. Ya habían pasado allí unas horas, cambiando del carruaje de Edimburgo a uno alquilado, y Sarah Ann seguía tan fascinada como al principio. Cada aldea del camino la cautivaba. Para ella, las fachadas de piedra y las amplias ventanas de cristal parecían salidas de un libro de cuentos. A Ethan también le agradaban. Aquella sensación de solidez

y permanencia era muy distinta de la fragilidad y la prisa de las ciudades del oeste en pleno crecimiento.

Caroline los condujo por una calle de Danled hasta la herrería. Bajó del caballo y abrió la gran puerta del establo. Sonó una campana y un hombre corpulento salió apresuradamente de la fragua envuelta en humo.

Esbozó una sonrisa amplia.

—Lady Caroline.

—Douglas —respondió ella—. Me alegra volver a verte.

—¿Y quiénes son estos desconocidos que la acompañan?

El hombre se volvió hacia Ethan y Sarah Ann, que se sobresaltaron ligeramente ante su voz atronadora.

—Esta es la hija de Ian —explicó Caroline—. Y su tutor…

—Ethan Calder —intervino él, al ver su vacilación.

—Ah, Ian Gordon. Un chico salvaje. Pero ella es una niña muy guapa. ¿En qué puedo ayudarles?

—Un poni —dijo Sarah Ann con determinación.

Caroline dedicó al herrero una sonrisa cómplice.

—Le dije que Douglas MacEver quizá sabría de alguno en venta.

Ethan se obligó a no responder a aquella sonrisa. Había demasiadas cosas que ignoraba sobre ella. No podía permitirse bajar la guardia.

Recuerda otra sonrisa cálida, le advirtió una voz interior, y la traición que vino después.

Desde entonces había mantenido a las mujeres a distancia, incluso a la madre de Sarah Ann, aunque Mary May había empezado a derribar sus defensas antes de morir. Ella no había querido nada de él.

Con Caroline Gordon no estaba tan seguro.

—Creo que sé exactamente cuál, —comentó el herrero, volviéndose hacia Caroline—. Mary Godwin ya es demasiado grande para su poni. John ha traído hoy su nuevo caballo para que le pongan herraduras.

Ethan miró a Caroline con curiosidad.

—Viven a las afueras del pueblo. Él es el médico.

—¿Podemos ir ahora? —preguntó Sarah Ann.

—No veo por qué no —respondió Ethan. Luego se dirigió al herrero—. ¿Tiene algún buen caballo de montar en venta?

Fue Caroline quien intervino.

—Puedes usar cualquier montura de Calholm.

—Prefiero tener uno propio —replicó Ethan.

Sabía que sonaba rígido, pero no quería nada que proviniera de la familia Gordon. Estaba allí por Sarah Ann y no pensaba aceptar nada que no se hubiera ganado.

La sorpresa cruzó el rostro de Caroline y Ethan comprendió al instante que ella pensaba, igual que William Gordon, que estaba utilizando a la niña para beneficiarse.

Volvió a centrar la atención en el herrero.

—Conozco algunos animales que podrían servirle —dijo MacEver, observándolo con detenimiento—. Parece saber de caballos.

—Un poco.

Ignoró la ceja que Caroline alzó.

—¿Te gustan los animales fogosos?

—Digamos que uno fiable.

—Tengo dos en venta, aunque ninguno se compara con los de Calholm.

—No necesito un saltador.

—Entonces, venga a verlos.

Ethan bajó a Sarah Ann al suelo, desmontó y siguió al herrero hasta el granero de piedra. Los dos caballos eran adecuados. El herrero tenía razón: ninguno estaba a la altura de Shadow ni de los demás de Calholm. Pero Ethan no pensaba quedarse en Escocia el tiempo suficiente como para necesitar un animal excepcional. Eligió un bayo de mirada firme.

—Se llama Bailey —explicó el herrero—. Es un buen caballo. ¿Se lo lleva ahora?

—Te agradecería que lo enviaras a Calholm.

El herrero miró a Caroline. Ella asintió, y Ethan volvió a sentirse un extraño. Calholm no era su hogar. Nunca lo sería.

¿Pero podría serlo para Sarah Ann? ¿Y podría dejarla marchar algún día, aunque fuera por su propio bien?



Cualquier poni habría servido. Caroline lo supo incluso antes de que Sarah Ann conociera a Peppermint. Pero Peppermint era tan perfecto como puede serlo un poni. Elegante, blanco, digno, tranquilo bajo las manos que lo examinaban. El afecto fue inmediato y mutuo.

En realidad, no se llamaba Peppermint. Sarah Ann lo rebautizó en el acto, cambiando el antiguo Prince por el nombre de su caramelo favorito. El poni pareció aprobarlo. Nada más verla, rozó a su nueva dueña con el hocico y, cuando Ethan subió a Sarah Ann a su lomo, caminó con cuidado y orgullo alrededor del pequeño prado cercado.

—La joven tiene mano con los caballos —comentó satisfecho el doctor John Godwin.

—Tiene mano con todos los animales —añadió Ethan.

Caroline percibió el afecto en su voz y, sin querer, pensó en el hijo que había perdido antes de que pudiera respirar por primera vez. Apartó esos recuerdos y volvió a centrarse en Ethan y Sarah Ann.

Mientras él examinaba al poni con manos expertas, la niña permanecía cerca, saltando casi de alegría.

—¿Podemos llevárnoslo ya? —suplicó.

—¿Te importa? —preguntó Ethan a Caroline—. ¿Tus caballos de salto aceptarán a este pequeño?

—Toleran a Henry —respondió ella—. Creo que Peppermint será un buen compañero de establo.

—Entonces, está decidido.

Se volvió hacia el médico.

—¿Tienes una silla?

—Sí. La de mi hija. Se le ha quedado pequeña, igual que Prince. Le alegrará saber que ha encontrado un buen hogar.

—Si depende de mí, este poni vivirá a base de zanahorias y manzanas —comentó Ethan, mirando con ternura a Sarah Ann.

Peppermint volvió a rozar a su nueva ama con el hocico.

—A Annabelle también le gustará —aseguró Sarah Ann.

Una sombra de duda cruzó el rostro de Ethan.

—No estaría tan seguro de eso, Mi muñequita.

—Ya lo verás —replicó ella con confianza.

—Quizá —concedió él.

Ethan contó unos billetes de libra y luego se volvió hacia Caroline.

—¿Puedo ayudarla a montar?

Deseó no necesitar su ayuda, pero la maldita silla casi lo exigía. No quería que la tocara, no ahora, no cuando estaba tan confundida

por su reacción hacia él. Sus temores se hicieron realidad cuando su mano enguantada tomó la de ella y el calor se propagó entre ambos. Sus dedos se detuvieron un segundo de más y una expresión de sorpresa cruzó su rostro antes de soltarla.

—¿Puedo montar el poni? —preguntó Sarah Ann.

—Aún no —respondió Ethan—. Primero necesitarás algunas lecciones.

—Pero Peppermint se sentirá decepcionado.

—Tendrá que soportarlo. Pero…

—Pero tenéis que acostumbraros el uno al otro —intervino Caroline al captar la mirada indefensa de Ethan.

Había algo vulnerable —y peligrosamente atractivo— en que un hombre tan grande se sintiera así ante una niña tan pequeña.

—Ya lo quiero —protestó Sarah Ann.

Ethan arqueó una ceja, retándola en silencio.

—¿Y Peppermint? —continuó Caroline con cuidado—. Va a un hogar nuevo. Puede que esté asustado.

—¿Como yo? —preguntó Sarah Ann, preocupada.

—Sé que debió de ser aterrador venir a un país nuevo —prosiguió Caroline—. Pero al final no fue tan malo cuando llegaste aquí, ¿verdad? Peppermint aún no lo sabe.

—Pobre Peppermint —murmuró la niña, con los ojos muy abiertos—. Tendré que quererlo mucho más.

Caroline tuvo que contener el impulso de abrazarla. Conocía demasiado bien esa incertidumbre, ese miedo silencioso.

Ethan le dedicó una mirada de aprobación y Caroline sintió como si le hubieran entregado una estrella arrancada del cielo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —indicó él.

El doctor Godwin regresó con la silla y la brida. Ethan ayudó a montar a Sarah Ann en su caballo y se acomodó detrás de ella. La niña se inclinó para mirar con adoración a su nueva adquisición.

Caroline había anhelado un poni cuando era pequeña. Algo a lo que amar. Ahora tenía a Henry, a Shadow y a los demás caballos.

¿Y una hija? Tal vez, si Sarah Ann aprendía a quererla.

¿Y el padre de Sarah Ann? Sabía lo que quería de él en términos prácticos. Pero en cuanto a algo más… no lo sabía.

No quería ser como Grace, saltando de una cama a otra, permitiendo que la usaran. Como viuda, Caroline gozaba de cierta independencia y no estaba dispuesta a renunciar a ella por ningún hombre.

Ojalá Ethan Calder no la intrigara tanto. Ojalá pudiera borrar de su mente el encuentro nocturno. Ojalá su mano no siguiera ardiendo por su contacto.



Grace observaba el camino desde la ventana. ¿Por qué tardaban tanto Caroline y el estadounidense? La idea de que él pudiera sentirse atraído por Caroline no dejaba de acosarla.

Percibió la presencia de William a su espalda y se volvió.

—Sigues esperando a ese rufián —escupió él con amargura.

—No quiero que Caroline lo ponga en nuestra contra.

—¿Por eso vas a ir a Edimburgo con él?

Grace apoyó una mano en la camisa de lino de William.

—Es importante para los dos saber qué planea hacer.

—Maldito salvaje —gruñó William—. Ojalá Ian y su hija hubieran seguido perdidos.

—No lo hicieron —respondió ella—. Pero si logramos demostrar que es un farsante, que quizá ella no sea hija de Ian…

—Registré su habitación —interrumpió William—. No encontré nada. —Guardó silencio un momento—. Encontré un arma.

—¿Un arma?

—Muy usada.

Grace frunció el ceño.

—Yo también sentí algo peligroso en él.

—No es un simple abogado —aseguró William—. Apostaría mi vida.

—Siempre apuestas demasiado —replicó ella—. Así te ha ido.

—Pero no lo he perdido todo —susurró él, apoyando la mano en su pecho.

Grace gimió, excitada al instante. Lo había amado desde que llegó a Calholm. Él había despertado en ella una pasión que nadie más había logrado. Pero sin heredar Calholm, William no tenía nada, y ella sabía que no podrían vivir solo de su asignación.

Había administrado bien las tierras durante dos años, mejorado el rebaño, aumentado la calidad. Podría haber hecho más de no ser por Caroline y Alistair.

Y ahora un estadounidense y una niña se lo iban a arrebatar todo.

Grace maldijo al destino mientras William la abrazaba. Aun así, lo ayudaría a heredar. Y si para ello debía seducir al estadounidense, lo haría.

Un estruendo sonó bajo la ventana. Grace se apartó y miró hacia abajo. Caroline y el estadounidense regresaban, Sarah Ann sentada con él, un poni siguiéndolos.

Maldita sea. Había pensado conquistar a la niña con vestidos; Caroline, con sus caballos, había juzgado mejor.

Pero aún quedaba Edimburgo. Y ella siempre había sabido encantar tanto a niños como a hombres.

Grace observó cómo Caroline aguardaba a que Ethan desmontara y la ayudara a bajar. Con creciente inquietud, notó que él le sostuvo la mano un instante más de lo necesario.

Luego bajó a la niña, que corrió hacia el poni.

Caroline dijo algo y se dirigió a la mansión. Ethan permaneció en el establo, agachado junto a Sarah Ann mientras ella acariciaba el cuello de Peppermint.

Grace besó a William y fue a mirarse al espejo. Pasaría antes por la cocina a por azúcar y luego iría a dar la bienvenida al poni.

Aún no había terminado.

# Capítulo 8

Ethan no había visto a Sarah Ann tan feliz en mucho tiempo. La alegría brotaba de ella mientras montaba con orgullo el poni por primera vez. Más días como aquel y no necesitaría el pañuelo alrededor del cuello.

Terminó su primera lección de equitación y Ethan le enseñaba a cepillar al poni cuando apareció Grace Gordon, vestida de violeta y envuelta en un abrigo a juego que, por un instante, le dejó sin aliento.

Grace era perfecta. Demasiado perfecta para su gusto. Reconoció de inmediato el tiempo invertido en pulir aquella superficie impecable. Cada cabello estaba en su sitio; el maquillaje, sutil, había sido aplicado con destreza para resaltar los ojos violetas y la tez marfil. Su voz sonaba medida, como si la practicara cada mañana, y apenas conservaba rastro del acento escocés que tanto le agradaba escuchar en el habla de Caroline.

¿Por qué Grace le recordaba tanto a su antigua prometida? A la mujer que lo había empujado hacia la guerra y que luego lo había abandonado en cuanto creyó que estaba lisiado.

Grace llegó con regalos: una manzana y un terrón de azúcar para el nuevo poni.

—Es un poni precioso —le dijo a Sarah Ann.

—Se llama Pep'Mint —proclamó ella con orgullo—, y es el poni más espléndido del mundo.

—Ya lo veo —respondió Grace—. Te he visto montarlo. Lo haces muy bien.

Sarah Ann la observó con atención. Ethan supo que aún no había decidido qué pensar de ella. Ya había resuelto que Caroline le gustaba, y sospechaba que aquello se debía, en gran parte, a que la había ayudado a encontrar a Peppermint.

—Puedes darle la manzana —dijo Sarah Ann, mirando con evidente envidia los dulces.

—Creo que será mejor que lo hagas tú —repuso Grace.

¿Lo decía por generosidad o por no mancharse los guantes de seda? Ethan decidió que no importaba cuando otra sonrisa iluminó el rostro de la niña. Sarah Ann tomó la manzana y se la ofreció a Peppermint, que dio un mordisco delicado, y luego otro.

—Gracias —dijo ella con su tono más educado y adulto.

Después de comerse la manzana, el poni volvió a empujarla con el hocico, claramente consciente del terrón de azúcar.

—Pequeño glotón —comentó Ethan con afecto.

Sarah Ann asintió con aire experto.

—Todos los caballos son glotones —dijo Grace, con un matiz de desagrado en la voz.

Era evidente que no compartía el entusiasmo de Caroline por todo lo que tuviera cuatro patas y cola.

Sarah Ann también lo percibió. Volvió a concentrarse por completo en el poni, con el azúcar en la palma de la mano. Rió cuando los dientes de Peppermint le hicieron cosquillas en los dedos con su impaciencia.

—Quiero montarlo otra vez.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo Ethan—. Necesitas descansar, y Peppermint también. Recuerda que este es su nuevo hogar.

—Creo que debería quedarme con él para que no se sienta solo.

—Tendrá nuevos amigos caballos —respondió Ethan—. ¿No crees que necesitan conocerse? Además, podrás verlo a primera hora de la mañana.

—Esta noche —negoció Sarah Ann.

Grace soltó una risa suave. Era un sonido agradable, y Ethan la miró.

Una diversión auténtica danzaba en sus ojos violetas.

—Será mejor que te rindas —dijo—. Percibo terquedad femenina en ese rostro.

—Está bien —cedió Ethan—. Después de cenar, solo unos minutos. Pero tendrás que echarte la siesta.

—Lo haré —prometió Sarah Ann con solemnidad.

Abrazó al poni.

—Pórtate bien.

Peppermint le dio un empujoncito juguetón en el hombro.

—Creo que le gusto.

—Yo también lo creo —aseguró Grace, adelantándose al comentario de Ethan.

Él se preguntó si la había juzgado mal. Había asumido automáticamente que, por ser hermosa, también era superficial, incluso traicionera.

—Gracias por eso —dijo mientras comenzaba a desensillar al poni.

Lo condujo al establo que el silencioso entrenador ya le había asignado, aunque no se veía por allí. Se aseguró de que tuviera agua y comida y luego regresó a la mansión con Sarah Ann y Grace, que habían esperado.

Grace se deslizaba más que caminaba. A medio camino, apoyó la mano en el brazo de Ethan y lo detuvo.

—¿Echas de menos tu hogar?

—No especialmente.

No mencionó que llevaba más de siete años sin tener un hogar verdadero. Un saco de dormir, una litera ocasional en la oficina del sheriff o una cama prestada en algún hotel eran lo más parecido a un hogar que había conocido.

—¿No tienes familia?

—Solo a Sarah Ann.

Ella era buena, muy buena, arrancándole respuestas.

—Entonces… ¿no hay nadie esperándote?

Negó con la cabeza, divertido por aquella línea de interrogatorio.

Ella vaciló antes de continuar.

—El señor Alistair dijo que la madre de Sarah Ann murió.

—Así es.

Su tono se volvió seco. No quería hablar de Mary May, y menos con Sarah Ann a pocos pasos de distancia.

—¿Cómo murió?

Grace había bajado la voz, pero no se rendía.

Ethan le lanzó una mirada capaz de silenciar a cualquier forajido y siguió caminando. Alcanzó a Sarah Ann y le tomó la mano.

Grace aceleró el paso para seguirlos y guardó silencio hasta llegar a la mansión. Al subir los escalones, volvió a detenerlo, frunciendo levemente el ceño.

—No era mi intención entrometerme.

—Sí lo era —respondió él con naturalidad.

Ella pareció sorprendida. Ethan se preguntó si algún hombre la había desafiado antes.

Entonces sonrió.

—Así es, y te pido disculpas. ¿Sigues queriendo ir a Edimburgo conmigo?

La disculpa fue elegante. Ethan asintió.

—Pasado mañana.

—Haré los preparativos —señaló ella—. Aunque no sé si Sarah Ann querrá separarse de ese poni.

Ethan no había pensado en ello. Aún se estaba adaptando a los deseos y necesidades de alguien tan pequeño.

—Podemos dejarla aquí —sugirió Grace—. La cuidarán bien.

Ethan la observó con atención, sopesando sus motivos. ¿Consideración sincera o algo más? Sarah Ann era la heredera, no él, y cualquier daño recaería sobre ella.

—No —soltó con firmeza—. Sarah Ann viene con nosotros.

Grace se encogió de hombros, aunque él distinguió una sombra de decepción en sus ojos. Se separaron en la entrada.

—Nos vemos en la cena.

—Gracias por la manzana y el azúcar —respondió él, suavizando el tono brusco de antes.

Grace dudó, hermosa incluso en la vacilación, y guiñó un ojo a Sarah Ann.

—Que duermas bien.

Luego se alejó por el pasillo con paso ligero.

Lady Grace Gordon podía ser tan encantadora como Lady Caroline podía resultar desafiante. Ethan pensó en las marcadas diferencias entre ambas mientras observaba a Sarah Ann jugar con una

Annabelle claramente descontenta. Después de acostar a la niña y al gato, permaneció unos minutos escuchando su charla entusiasmada sobre el poni, hasta que las largas pestañas oscuras se cerraron por fin.

Se retiró a su habitación para lavarse y pensar. Encontró uno de los pocos cigarros que le quedaban y se sirvió un pequeño vaso de whisky. La pierna mala le dolía, así que se sentó y la estiró en busca de una postura más cómoda.

Bebió un sorbo y recordó cómo él y Mary May solían quedarse charlando con una copa en el salón donde ella trabajaba. La echaba de menos. Echaba de menos su humor cálido y su absoluta falta de sutileza. Y se reprochaba haberse contenido para no amarla. Había reprimido los sentimientos durante tanto tiempo que, cuando comenzaron a aflorar, no supo cómo manejarlos, hirviendo en algún rincón oculto como lava a punto de estallar.

Había cometido muchos errores. Pasó su juventud intentando complacer a su padre, sin lograr jamás el amor que ansiaba de la única persona a la que admiraba. Luego buscó ese afecto en otro lugar y creyó haberlo encontrado en una joven hermosa. Otro error. Otro arrepentimiento.

La guerra le arrancó las ilusiones de la infancia y lo incapacitó para ejercer la abogacía. Regresó a casa y descubrió que ya no podía pasar días enteros en una oficina, defendiendo a clientes enriquecidos durante el conflicto. Se convirtió en alguacil federal, todo lo contrario de lo que había sido antes. Aquello le proporcionó una satisfacción salvaje, solitaria. No necesitaba a nadie. No quería volver a necesitar a nadie.

Se aferró a esa convicción incluso cuando conoció a Mary May. Se aferró a ella cuando prometió cuidar de Sarah Ann. La sostuvo durante las primeras semanas con la niña. Hasta que algo cambió. Las necesidades de Sarah Ann pasaron a ser las suyas. La niña se coló en su corazón y lo obligó a sentir de nuevo. Y descubrió que le gustaba sentir. Le aterrorizaba, pero estaba dispuesto a admitir que la necesitaba tanto como ella a él.

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación. De pronto se detuvo. Algo no estaba como debía.

Recordó con claridad cómo había dejado todo aquella mañana. La habitación había sido limpiada antes de que él y Sarah Ann salieran a ver el poni; nadie debería haber entrado después. Sin embargo, tenía la certeza de que alguien lo había hecho.

Abrió los cajones de la cómoda. Las camisas estaban en su sitio. Abrió el cajón superior, demasiado alto para que Sarah Ann lo alcanzara, donde guardaba la pistola.

Seguía allí.

Pero el cañón apuntaba directamente hacia él.

Él la había dejado orientada hacia el fondo del cajón.

Alguien había registrado su habitación.

Revisó la maleta arrinconada, inspeccionando con cuidado los forros. Estaban intactos. Los documentos seguían a salvo: el certificado de matrimonio de Mary May e Ian Gordon, y las copias del certificado de nacimiento y los papeles de adopción de Sarah Ann.

¿Eso era lo que habían buscado?

Entró en la habitación de la niña. Dormía profundamente. Todo parecía en orden, aunque Effie había arreglado sus cosas, no él, y no tenía forma de saber si también habían sido revisadas.

Ethan odiaba la sensación de ser observado. Odiaba la invasión de su intimidad.

Maldijo en voz baja.

Maldita sea. Averiguaría quién había registrado sus habitaciones y por qué.

La cena resultó tan incómoda como la de la noche anterior.

Caroline intentó aliviar el ambiente, más por el bien de Sarah Ann que por el suyo propio. Pero Ethan Calder no ayudaba. Permanecía callado, observando a los demás comensales con una atención lenta y minuciosa, los ojos desprovistos de la calidez que ella había vislumbrado ese mismo día. Parecía demasiado preocupado como para prestar siquiera la atención habitual a Sarah Ann.

William llegó tarde y con olor a destilería. Miró a todos con hostilidad, reservando su expresión más cruel para Ethan. William, al igual que Grace, podía resultar irresistiblemente encantador, pero Caroline percibió que ahora ese encanto estaba sofocado por el miedo. El miedo a perder todo aquello con lo que había contado.

Sarah Ann sin duda notaba la tensión. Había hablado con entusiasmo del poni durante unos minutos y luego había caído en un silencio inquietante.

—¿Te gustó montar a Peppermint? —preguntó Caroline, intentando disipar la melancolía.

—Oh, sí. Es un poni espléndido. Papá dijo que podía visitarlo esta noche. Está muy solo.

—No lo estará durante mucho tiempo —aseguró Caroline—. Tendrá muchos amigos.

—Lady Grace le trajo una manzana.

—Qué detalle por su parte.

Era evidente que Grace no pensaba rendirse con la niña tan fácilmente.

Caroline miró a Enrique VIII, que yacía junto a su silla, inusualmente callado. Se preguntó si Annabelle lo había intimidado o si él también había percibido la tensión que impregnaba la mesa.

Como si respondiera a su pensamiento, Henry murmuró. Caroline nunca había visto a un perro murmurar, pero Henry lo hacía

muy bien. Sonaba como una protesta resignada.

—Quizá él también se sienta solo —sugirió Sarah Ann.

—Más bien ha comido demasiado —gruñó William— y tiene indigestión. El maldito perro es un glotón. Come mejor que nosotros.

Caroline bajó la mirada al plato de William, rebosante de cordero, patatas y salsa humeante.

—Al menos él no se presenta a la mesa apestando a alcohol —replicó con frialdad.

William se sonrojó y se levantó de golpe, sin reparar en la silla que volcó con estrépito.

—Calholm debería ser mío por derecho, y tú no me dirás cómo comportarme.

El acento escocés se le había marcado con la ira. Caroline vio cómo Sarah Ann se acercaba más a Ethan y cómo él la rodeaba con el brazo. Su rostro se endureció; un músculo se tensó en su mejilla y su mirada resultó infinitamente más peligrosa que la de William.

Ethan se puso en pie despacio, con Sarah Ann a su lado.

—Si nuestra reclamación se confirma —advirtió con voz grave —, controlarás tu lengua y tu temperamento, o te marcharás.

—¿Y si no se confirma? —se burló William—. No creo que tengas una reclamación válida. Probablemente lo hayas falsificado todo.

—¿Y también soborné a alguien? —replicó Ethan en voz baja—. ¿O ese delito te lo reservas para ti?

William palideció, al igual que Grace.

—Haré que se rían de ti en el tribunal —escupió antes de alejarse y salir dando un portazo.

Siguieron unos segundos insoportables de silencio.

Caroline contuvo la respiración, esperando que Ethan reaccionara, que dijera algo. En su lugar, Henry ladró, y entonces

Grace habló.

—Lo siento —murmuró—. No lo decía en serio.

—No me gusta —susurró Sarah Ann.

—¿Nunca dices cosas que no sientes cuando estás enfadada? —preguntó Grace—. Quizá si hoy no hubieras conseguido tu poni…

Sarah Ann alzó la vista, la curiosidad despertándose al instante.

—¿No ha conseguido un poni?

—Bueno, no ha conseguido otra cosa que deseaba mucho.

—¿Qué?

Caroline observó cómo el miedo se disipaba poco a poco del rostro de la niña. Le sorprendía tanto su resistencia como los intentos casi afectuosos de Grace por justificar a William. ¿O simplemente trataba de ganarse a Ethan mostrando interés por Sarah Ann?

—¿Podemos volver a ver el poni? —preguntó Sarah Ann, rompiendo el silencio.

—¿Y la cena? —objetó Ethan, frunciendo el ceño.

Sarah Ann apartó el plato.

—No tengo hambre.

Caroline lamentó haber intervenido cuando William insultó a Henry.

Sus ojos se cruzaron con los de Grace. En la mirada de su cuñada también brillaba el arrepentimiento.

—Haré que le suban algo de comer más tarde —ofreció Caroline a Ethan—. Un pastel de carne, quizá. ¿Te gustaría, Sarah Ann?

—Estaría bien —respondió la niña con educación, aunque sin entusiasmo.

La mirada de Caroline se encontró con la de Ethan.

—Lamento esa escena.

—Siempre he oído hablar de los modales ingleses —comentó él, con una leve curva irónica en los labios.

—No somos ingleses —replicó ella—. Y los escoceses somos famosos por nuestras discusiones.

Grace torció el gesto.

—Especialmente los de las Highlands. Yo prefiero la paz.

Caroline arqueó una ceja.

—Entonces, ¿por qué sigues teniendo a William aquí?

—Tiene tanto derecho a estar como… —Grace se interrumpió de pronto.

—¿Como quién? —insistió Caroline, incapaz de callarse.

Ethan observaba a ambas con atención, valorando, midiendo. Parecía más cauteloso que nunca.

—¿Papá? —La voz de Sarah Ann sonó como un quejido.

Ethan apartó la silla.

—Si me disculpan, señoras, creo que Sarah Ann y yo tenemos un compromiso con un poni.

Caroline asintió.

—Iré con vosotros para asegurarme de que todo esté en orden.

—No es necesario —respondió él—, pero agradezco tu preocupación.

El tono era seco, casi irritado.

—De acuerdo —aceptó ella—. En una hora os enviaré un pastel de carne y algunos dulces.

Dudó un instante antes de añadir:

—Tal vez te interese visitar la biblioteca más tarde. Comentaste que buscabas libros infantiles.

—Eres muy amable.

Caroline no supo si había percibido sarcasmo en sus palabras o si solo lo había imaginado. Observó cómo el hombre corpulento y la niña abandonaban el comedor cogidos de la mano.

¿Cuál de los dos había registrado su habitación?

William era el principal sospechoso para Ethan, pero todos habían tenido ocasión de hacerlo, incluida Caroline.

Ella era honesta respecto a lo que quería de Ethan. Su pasión por los caballos era evidente, y hacía tiempo que había aprendido que la gente justificaba casi cualquier cosa en nombre de aquello en lo que creía. La pasión no la asustaba, pero sí la volvía cauta.

Necesitaba hablar con él. Necesitaba saber quién más perdería con la reclamación de Sarah Ann y qué ocurriría si esta no prosperaba.

En los establos encontraron la puerta abierta y a Callum Trapp reprendiendo a uno de los mozos. Al verlos, se volvió y se tocó la gorra en señal de respeto, algo que sorprendió a Ethan.

—Ha llegado su caballo, señor Calder, y el poni de la muchacha se ha acomodado —informó con cortesía.

Peppermint comía tranquilamente avena fresca.

Al verlos, movió la cola.

—Parece un buen poni —comentó Callum, esbozando lo más parecido a una sonrisa que Ethan había visto en aquel rostro curtido.

—Oh, lo es —asintió Sarah Ann, animándose al instante ante el elogio de su tesoro.

—He oído que también tienes un buen gato, muchacha —dijo Callum.

—Te traeré a Annabelle para que lo conozcas —prometió Sarah Ann.

Callum dudó.

—Quizá sea mejor que no, muchacha. Aquí hay algunos gatos de granero y puede que no acepten a un intruso.

—Ella persiguió a Henry —replicó Sarah Ann a la defensiva.

—Ah, ese es un gran cobarde —señaló él con afecto—. Se lo sigo diciendo a Lady Caroline, pero a ella no le importa.

—Seguiremos tu consejo —intervino Ethan.

No quería catástrofes, aunque Sarah Ann no estaba de acuerdo.

—Pero…

—Lo hablaremos más tarde, Sarah Ann —zanjó él, cortando cualquier protesta.

Se preguntó si los peros y los porqués terminarían alguna vez. Lo dudaba.

—Creo que deberías saludar a tu Peppermint —añadió—, mientras yo echo un vistazo a mi nuevo caballo.

Miró a Callum en busca de indicaciones.

—El último establo. Está en buena forma —indicó el entrenador.

No era exactamente una aprobación, pero a Ethan no le importaba. Bailey no podía compararse en linaje con los caballos de Calholm, pero parecía rápido, resistente y fiable. Y era suyo.

—Lo sacaré por la mañana.

—Mañana trabajaré con Shadow —dijo Callum—, y los mozos estarán ocupados con otros caballos. ¿Puede ensillar usted mismo?

—Lo prefiero —respondió Ethan.

—Bien. Si no necesita nada más, entonces…

—No necesito nada —replicó Ethan con brusquedad—. Solo los establos para el poni y para mi caballo. Yo mismo me encargaré de cepillarlos y alimentarlos.

Los ojos de Callum eran fríos. ¿Por qué no iban a serlo? Ethan era un forastero que había llegado para reclamar algo que, a ojos de muchos, nunca debió ser suyo. Tampoco podía culpar a William por su resentimiento. Él mismo habría luchado por algo que creyera legítimamente suyo.

Ethan acarició el cuello de Bailey y le murmuró unas palabras, permitiendo que el caballo lo reconociera. El animal relinchó con satisfacción y él salió del establo en dirección a Peppermint y Sarah Ann.

La niña estaba dando de comer avena al poni directamente de la mano. Su absoluta valentía con los animales a veces lo inquietaba, aunque también la admiraba. Se detuvo a observarla unos minutos, hasta que un grito resonó fuera del establo.

Se volvió hacia la puerta justo cuando Maisie, la criada de Grace, entró corriendo.

—¡El gato… el perro… el gato… su señoría… por favor! —balbuceó, dando saltitos presa del pánico.

—¡Annabelle! —gritó Sarah Ann.

Dejó caer la avena y salió disparada del establo hacia la casa solariega.

Ethan la alzó en brazos y se apresuró hacia la mansión. Al llegar, la puerta se abrió y Grace, atónita, apareció en el umbral. Él pasó junto a ella justo cuando dos animales cruzaban el vestíbulo a toda velocidad, seguidos de cerca por Caroline.

Una mesa se estrelló contra el suelo y un cuenco de porcelana se hizo añicos. Evidentemente, no eran las primeras víctimas. Un paragüero había volcado y los paraguas yacían esparcidos por la entrada. De pronto, los animales cambiaron de rumbo y el gato comenzó a perseguir al perro mientras irrumpían en el comedor. Poco después se oyó otro estruendo.

Los sirvientes se sumaron a la persecución como un enjambre desorganizado, y William apareció en el rellano superior con

expresión de completo desconcierto.

Caroline gritaba el nombre de Henry, pero era evidente que el perro se divertía demasiado como para obedecer. Durante unos segundos persiguió a Annabelle, hasta que la gata se dio la vuelta y comenzó a perseguirlo a él. Resultaba imposible determinar quién cazaba a quién en cada momento.

Ethan dejó a Sarah Ann en el suelo y, en la siguiente pasada de los fugitivos, se agachó. Tenía amplia experiencia atrapando a Annabelle, pero en el último instante la gata se desvió y se le escapó. En su lugar, atrapó a Caroline.

Chocaron. Solo sus manos evitaron que ella cayera. Sus rostros quedaron a escasos centímetros y el cabello de Caroline se había soltado del recogido que llevaba durante la cena. Se sentía… suave. Ni siquiera el corsé lograba ocultar esa suavidad.

—Lo siento —dijo ella sin aliento.

Por un instante, Ethan se perdió en esos ojos vibrantes, salpicados de oro, en el contacto de su cuerpo.

Entonces los animales volvieron a pasar corriendo, rozándole las piernas. Se oyó otro estruendo y se preguntó si quedaría algo intacto en la mansión cuando aquello terminara.

Soltó a Caroline con cuidado. Ella también parecía aturdida.

De pronto, Henry ladró y ambos animales regresaron al pasillo. Ethan aprovechó el momento y atrapó al gato renegado. Pero Henry no se detuvo y se abalanzó sobre él. Su pierna lesionada cedió bajo el impacto y, al instante siguiente, los tres acabaron en el suelo del vestíbulo.

Solo fue parcialmente consciente de los lamentos y las exclamaciones que lo rodeaban, mezclados con la risa encantada de Caroline.

Ethan mantuvo a Annabelle sujeta mientras Henry apoyaba las dos patas delanteras sobre su pecho y comenzaba a lamer al maldito gato. Annabelle maulló con indignación. La risa de Caroline se

intensificó, al igual que los regaños de Sarah Ann dirigidos a la gata. Los sirvientes se agolpaban alrededor, sin saber muy bien cómo enfrentarse a Henry.

Ethan intentó incorporarse, pero pronto desistió. Una carcajada brotó desde lo más hondo de su pecho al verse a sí mismo tirado en medio del vestíbulo de la gran mansión, aferrando a un gato mientras un perro enorme lo mantenía inmovilizado, rodeado de sirvientes expectantes. Annabelle había acabado definitivamente con su dignidad.

Caroline se arrodilló y le quitó a Annabelle del pecho. Henry siguió al gato con adoración. Sarah Ann, con expresión preocupada, se acercó.

—Annabelle es una gatita mala —dijo.

Un eufemismo generoso.

Ethan quiso levantarse, pero no pudo. La risa volvió a subirle desde el pecho hasta la garganta y estalló sin control. Rió como no lo había hecho nunca. Los sirvientes lo miraron como si hubiera perdido el juicio. Pero Sarah Ann se rió también y luego se lanzó sobre él para abrazarlo con fuerza.

—Te quiero —dijo.

Aquellas palabras le envolvieron el corazón. Sarah Ann buscaba consuelo en él, lo abrazaba, pero era parca con sus sentimientos, como si expresarlos la dejara demasiado expuesta. Ethan la estrechó contra sí, sin importarle que lo poco que quedaba de su dignidad yaciera hecho trizas junto a otros objetos de la casa.

—Creo que es hora —soltó por fin— de que tu gato renegado se vaya a la cama… y tú también.

—¿Qué es un renegado?

—Alguien que no hace lo que se le dice.

—¿Henry es un renegado?

—Sí.

—Creo que me gustan los renegados. ¿Puedo ser una renegada?

—No, si quieres ser espléndida —bromeó él.

Sarah Ann lo pensó con seriedad.

—Creo que prefiero ser espléndida.

—Creo que es una idea espléndida —respondió Ethan con una amplia sonrisa.

Ignoró las sonrisas de los sirvientes mientras se incorporaba con torpeza, hacía una leve inclinación con la dignidad que le quedaba ante Lady Grace y tomaba a Annabelle de los brazos de Caroline. Le dedicó a Caroline una sonrisa cansada y subió las escaleras rumbo a los aposentos con sus dos pequeños renegados.

# Capítulo 9

Después de coger varios libros infantiles de las estanterías, Caroline empezó a deambular por la biblioteca en busca de distracción. Cualquier tipo de distracción. Henry la seguía fielmente, sin dejarse intimidar por la breve reprimenda. Sabía que siempre acababa siendo perdonado y que ella necesitaba su compañía.

Nunca había conocido a un hombre capaz de reírse de sí mismo. Quizá tuviera que ver con el orgullo… o quizá con todo lo contrario. Ethan Calder tenía orgullo, eso era evidente en su manera de moverse, en su aplomo natural. Precisamente por eso resultaba tan distinto. Solo un hombre plenamente cómodo consigo mismo podía encontrar gracia en yacer en el suelo abrazando a un gato mientras un perro se sentaba sobre su pecho.

La imagen volvió a arrancarle una sonrisa. En ese momento le había parecido casi heroico.

Henry VIII emitió un maullido grave para llamar su atención y Caroline se inclinó para rodearle el cuello con los brazos.

—Tú también eres un renegado —le susurró—, pero uno entrañable.

Henry hundió la enorme cabeza en el hueco entre sus pechos.

—Ah, las recompensas de la picardía.

Caroline se irguió bruscamente al oír una voz masculina cargada de ironía.

Ethan Calder se había cambiado. Llevaba unos pantalones vaqueros gastados y una camisa de algodón cómoda. Las mangas, remangadas, dejaban al descubierto unos brazos fuertes, cubiertos

de vello dorado. Nunca había visto a un hombre vestido así, aunque conocía la tela e incluso había visto prendas similares en alguna tienda de costura. Aun así, no pudo evitar fijarse en cómo los pantalones se ajustaban a su cuerpo duro y esbelto.

Él captó su mirada y Caroline se ruborizó.

—Tendré que comprar ropa más adecuada en Edimburgo —dijo —, pero estos son cómodos.

—Póngase eso en Edimburgo —respondió ella— y todas las damas estarán…

Dejó la frase en suspenso.

—¿Estarán qué? —preguntó él con interés.

Avanzó unos pasos hacia ella, cargando más el peso sobre la pierna de lo que había hecho durante todo el día.

La culpa la atravesó de inmediato. Sus incesantes peripecias en Calholm parecían haberle pasado factura.

Ignoró la pregunta.

—Henry y yo parecemos ser desastrosos para ti —dijo—. ¿Puedo traerte algo para esa pierna? ¿Algún ungüento?

Él se encogió de hombros.

—No es nada. Estoy acostumbrado a sus pequeñas rebeliones.

Luego añadió, con aparente indiferencia:

—Pensé que quizá aceptaría tu oferta de un libro para Sarah Ann.

—¿Qué tal un brandy?

—Eso también —respondió—, sobre todo si lo compartes conmigo.

Caroline vaciló. Las damas no bebían con los hombres, salvo vino durante las comidas. Pero él era estadounidense y sus

costumbres resultaban, sin duda, más laxas. Además, tal vez el alcohol le aflojara la lengua. Anhelaba saber más de él.

Y también anhelaba otras cosas, aunque se obligó a ignorarlas. Resultaba difícil cuando todos los nervios de su cuerpo parecían vibrar.

—De acuerdo —dijo al fin, caminando con rigidez hacia el armario del brandy.

Sirvió dos copas, dándole a él una cantidad generosa. Notó que la observaba con atención, aunque sin hacer comentario alguno. Ethan aceptó la copa y se sentó en una de las sillas, estirando la pierna. Henry se dejó caer satisfecho a su lado.

Caroline se sintió traicionada. Henry solía quedarse con ella y rara vez se acercaba a un desconocido más allá de una inspección fugaz.

—Le gustas —dijo.

—Probablemente porque soy un buen cojín —replicó Ethan—. Solo está esperando otra oportunidad.

Ella rió, incapaz de evitarlo.

—Creo que a Enrique VIII le gusta Annabelle.

—Que Dios nos ayude —suspiró él—. No me digas que es tan indiscriminado como su homónimo.

Caroline volvió a reír, sorprendida de sí misma. No solía reír.

—Todo el mundo le tiene miedo porque es enorme, pero lo único que quiere es caer bien. Creo que admira a Annabelle porque ella no se deja intimidar.

Ethan arqueó una ceja con escepticismo. Caroline imitó su gesto con un encogimiento de hombros y la comisura de sus labios se curvó en lo que parecía una sonrisa reticente.

¿Por qué se resistía tanto a sonreírle?

Dio un sorbo pausado al brandy.

—Está bueno.

—Escocia es famosa por la calidad de sus licores.

—Creía que lo era por consumirlos.

Ella sonrió.

—Eso también. ¿Y los estadounidenses?

—Nos mantenemos a la altura.

Aun así, Caroline había notado su cautela al beber. Durante la cena apenas tomaba una copa de vino, y ahora bebía despacio, con mesura. No como William, ni como Jamie, que con frecuencia se excedían.

Ethan guardaba silencio, saboreando la bebida, recorriendo la biblioteca con una mirada apreciativa que Caroline comprendía. Aquella habitación era su refugio; nadie más la utilizaba. Ni siquiera sabía que pudieran existir tantos libros en una sola casa. La biblioteca de su infancia apenas merecía ese nombre y estaba repleta de volúmenes sobre guerras y armas.

—Aquí hay una gran variedad —comentó—. Al padre de Jamie le encantaban los libros. Compraba todo lo que podía.

—¿Y Jamie? —preguntó Ethan—. ¿También los amaba?

—No.

—¿Qué le gustaba, además de los caballos?

—La música, la bebida, las historias de hazañas escocesas.

—¿Lo amabas?

Era una pregunta impertinente, pero ella tampoco había sido especialmente comedida con las suyas.

Una semana atrás habría respondido sin dudar que sí. Ahora no estaba tan segura.

Le debía mucho a Jamie. Le había dado un hogar y siempre había sido amable. Habían compartido el orgullo por Shadow y la

emoción de las carreras.

Además, nunca había creído en el amor tal como lo describían los libros y las canciones. En su hogar, el amor no había existido. Sus padres se odiaban y sus hermanos trataban a sus esposas como propiedades.

Sin embargo, Ethan Calder la obligaba a cuestionarse si no había algo más. Quizá no le hervía la sangre, pero sin duda la calentaba. La tela ajustada de sus pantalones ocultaba poco, y cada vez que bajaba ligeramente la mirada, algo profundo, primitivo y nuevo dentro de ella respondía.

Dio otro sorbo de brandy, tentada de vaciar la copa.

—No has respondido —le recordó él.

—¿Por qué pensabas que no lo amaba?

—Por ninguna razón —dijo—. He oído hablar de los matrimonios concertados aquí. Alianzas. Un sistema con ciertas ventajas, supongo.

Había amargura en su voz.

Caroline dudó. Su matrimonio había sido concertado. El padre de Jamie lo había exigido, y su propio padre había aceptado sin reparos. El apellido Gordon pesaba más que el suyo. No se había hecho ilusiones sobre el amor de Jamie. Ella había sido adecuada, oportuna y poseía una dote suficiente.

—Quería mucho a Jamie —respondió al fin.

No añadió que había sido la primera persona que le mostró afecto alguno.

La mirada de Ethan se apartó de ella y descendió hasta la copa. Observó el color oscuro del licor durante un instante y luego formuló la pregunta que a Caroline le rondaba la cabeza.

—¿La madre de Sarah Ann? ¿La querías?

La boca de Ethan se curvó en esa media sonrisa enigmática.

—La quería profundamente —dijo, devolviéndole sus propias palabras.

—¿Nunca te casaste?

—No.

—¿Por qué? Es evidente que te gustan los niños.

—No lo sabía hasta que llegó Sarah Ann —respondió—. Y ella es… única.

—Todos los niños lo son.

—¿Jamie y tú no tuvisteis hijos?

—Perdí un bebé antes de que naciera.

Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Y Grace?

—Llevaba menos de un año casada cuando murió su marido.

—¿Cómo murió?

Caroline vaciló. No era su historia y jamás había conocido toda la verdad.

—Su marido murió por un disparo —dijo—. Fue un duelo.

Ethan frunció el ceño.

—Creía que eran ilegales.

—Lo son —respondió ella, preguntándose si él esquivaba su pregunta con otras—. Háblame de la madre de Sarah Ann y de Ian Gordon.

Ethan terminó el brandy y dejó la copa con cuidado.

—Sé poco. Llevaba tres años casada con Ian cuando él murió durante una partida de póquer. Mary May estaba embarazada entonces. Lo pasó mal, pero cuidó de Sarah Ann de maravilla.

Recordó la primera vez que la vio, la audacia con la que se le acercó en un salón.

—Era muy valiente.

—Es casi como si la familia estuviera maldita —murmuró Caroline.

—No creo en las maldiciones —replicó él—. Pero ¿por qué se marchó Gordon de aquí?

Caroline había oído rumores. John Gordon había prohibido mencionar siquiera su nombre.

—Llevaba años fuera cuando conocí a Jamie. Hubo algún escándalo…

—¿Trampas?

Ella asintió a disgusto.

—Eso oí. ¿Cómo lo sabes?

—Eso fue lo que lo llevó a la muerte en Texas. Allí se toman muy en serio el juego. A un hombre al que pillan haciendo trampas no lo envían simplemente a otro país.

Ethan se levantó despacio. Cojeaba ligeramente, pero se movía con elegancia. Se acercó a las estanterías, leyó algunos títulos y sacó un libro.

—Si me lo permites, me gustaría llevármelo prestado.

Caroline asintió y también se levantó. Le entregó los libros infantiles.

—Para Sarah Ann.

—Solo tengo un libro para niños, y se sabe todas las historias de memoria. No soy buen narrador.

Ella lo creyó. Tenía el aspecto de un hombre que había vivido la vida, no de uno que la hubiera imaginado. Dudaba que sus historias reales fueran apropiadas para una niña.

—De nada —dijo en voz baja—. Hay más si los necesitas.

Ethan vaciló en la puerta y luego se volvió.

—¿No vas a reconsiderar lo de Edimburgo?

La pregunta la sorprendió. ¿Por qué a ella, si tenía a Grace? Estuvo tentada, pero sabía cómo acabaría. No podría resistirse a provocar a Grace, ni Grace a ella. Y no quería ser la segunda.

—Tengo demasiado que hacer aquí —respondió—. Estamos preparando a Shadow para el Grand National.

Sus ojos azules se volvieron de pronto intensos, insondables.

—¿Te gustaría ir mañana al lago? —preguntó—. Sarah Ann puede montar su nuevo poni.

—A ella le encantaría.

—¿Y a ti?

—Creo que cualquier viaje lejos de Annabelle sería placentero —comentó con ligereza.

—Creo que realmente la admiras.

—Quizá sí —admitió—. Siempre me ha gustado la independencia.

Caroline tragó saliva. ¿Se refería a ella?

—¿Te quedarás en Escocia si el señor Alistair mantiene la reclamación de Sarah Ann?

—No lo sé.

—Siempre podrías nombrar a un administrador —se atrevió a sugerir.

—Podría, ¿no? —respondió él sin comprometerse—. Pero esta conversación es prematura. Gracias por el brandy, los libros y la charla, Lady Calholm.

De pronto, la habitación se volvió fría. Caroline supo que no debería haber hecho aquel último comentario. Era demasiado pronto, y la sutileza nunca había sido su fuerte.

—De nada, señor Calder —replicó con idéntica formalidad.

Él pareció desconcertado un instante y luego sonrió.

—Suena un poco ridículo, ¿no?

—Tan ridículo como "Lady Calholm".

El hielo de sus ojos se transformó en calor. Aun así, Caroline seguía percibiendo una distancia entre ellos, una distancia que deseaba, casi desesperadamente, acortar.

Se acercó, reacia a dejarlo marchar. Fuera por el brandy o por el cruce de miradas, la conciencia entre ambos estalló como una tormenta repentina sobre las Highlands.

Los ojos de Ethan la abrasaban, despertando oleadas de calor que recorrían su cuerpo. Caroline cerró los dedos en un puño cuando la intensidad se volvió casi insoportable. Un deseo desconocido la devoraba por dentro. Quería tocar aquel rostro severo y verlo suavizarse. Quería besar esa boca y sentirla responder. Lo deseaba con una fuerza que la aterraba.

Él alzó la mano y le rozó el cabello, recogido en un moño francés. Luego sus dedos descendieron, trazando con lentitud la línea de su mandíbula. Eran dedos sorprendentemente delicados, y aquella delicadeza contrastaba con el fuego que dejaban a su paso.

Caroline luchó por dominar la avalancha de sensaciones. Él sabía que ella quería algo de él. No podía permitir que creyera que estaba dispuesta a intercambiar su cuerpo por nada. Nunca antes se había sentido así, al borde de perder el control, amenazada por un impulso tan poderoso que parecía a punto de romperla.

Ethan se inclinó y su boca cubrió la de ella. Dura, exigente, exploradora.

Caroline necesitaba responder. Cada fibra de su ser lo exigía. Pero si lo hacía, él pensaría lo peor. Con el cuerpo ardiendo de deseo, logró apartarse. Retrocedió unos pasos, temblando, con la mirada baja.

—¿Caroline?

Cuando alzó los ojos, vio en los suyos un destello de sospecha y cinismo. Se alejó aún más de la tentación.

—No voy a negociar —dijo.

Él guardó silencio, y ella supo que había entendido. Le dio la espalda, negándose a que viera la lágrima que empezaba a formarse.

—Yo tampoco negocio, Caroline —respondió él al cabo—. Creo que…

—¿Querías comprobar hasta dónde era capaz de llegar? —espetó ella con amargura—. Pues ya lo sabes. Demasiado lejos. De forma estúpida.

Ahora temblaba, invadida por un frío intenso. Todo el calor había desaparecido, como si alguien le hubiera arrojado un cubo de agua helada.

—Por favor, vete —pidió, avergonzada por el quiebre de su voz.

Silencio.

Luego una mano se posó en su hombro y la hizo girarse. Los dedos le sujetaron la barbilla, obligándola a mirarlo. Se preguntó si alguna vez juzgaba a las personas por las apariencias. Lo dudaba.

—Lo siento —dijo él de forma inesperada.

Caroline sospechó que no se disculpaba a menudo.

—No lo sientas —murmuró, mordiéndose el labio—. Solo pensé… Supongo que no pensé.

—No tengo mucha experiencia con las emociones —admitió—, pero entiendo las necesidades. Solo que no sé cuáles son las tuyas. O, al menos, cuáles son las más importantes para ti. Si es Calholm o…

—Vete al diablo —lo interrumpió ella, y salió de la habitación.

La rabia la impulsó escaleras arriba hasta su dormitorio antes de que el temblor regresara. Se había humillado.

Maldito fuera aquel hombre. No lo entendía en absoluto. Durante unos instantes había parecido sentir la misma atracción que ella… ¿o la había estado poniendo a prueba desde el principio?

Henry gimió, pidió permiso con su habitual torpeza para subirse a la cama y, tras un esfuerzo deliberado, lo consiguió. Caroline no sintió la diversión acostumbrada ante su ritual. Simplemente lo rodeó con los brazos.

—Oh, Henry —susurró—. ¿Qué he hecho?



Ethan rompió su propia regla. Se sirvió una segunda copa y luego una tercera.

Dios, la echaba de menos.

Pero no lograba acallar la sospecha de que Caroline quería algo de él que no estaba dispuesto a conceder. Sabía con certeza que no pondría en juego la herencia de Sarah Ann, y tampoco pensaba volver a entregar su corazón. No otra vez.

Y, sin embargo, estaba preciosa aquella noche en la biblioteca. La luz de la lámpara de aceite se reflejaba en su cabello castaño rojizo; tenía las mejillas encendidas y los labios invitaban al pecado. Era la imagen misma de una mujer refinada en su hogar, integrada en aquella estancia elegante repleta de libros. Ella pertenecía a ese lugar. Él no.

Maldita sea, ni siquiera quería estar allí.

Recordó sus palabras. Un administrador. Eso era lo que ella deseaba de él: un administrador de su elección. Tal vez incluso pensaba que debía ser ella misma quien ocupara ese puesto. Había sido un necio al imaginar que sus sentimientos hacia él podían ser otra cosa. No es que él aspirara a más. Caroline era hermosa y

despertaba en él una necesidad física intensa. Pero no era más que eso.

Bueno… quizá también una necesidad de compañía, admitió de mala gana. Nada más. Se negó incluso a considerar otra posibilidad. Ya había sido un insensato una vez y no pensaba repetir el error. El amor entre un hombre y una mujer era un cuento romántico. En la realidad existían la lujuria, el afecto y, con suerte, la compañía. Todo eso lo había tenido con Mary May. ¿Pero amor? No estaba seguro.

Ignoró la soledad que le oprimía el pecho. Tenía a Sarah Ann. En el amor entre padres e hijos sí creía. Probablemente era lo único en lo que creía de verdad. Incluso su arraigada noción de lo correcto y lo incorrecto había cambiado con los años. Un forajido llamado Diablo había tenido mucho que ver con ello.

Maldita sea. Ojalá no hubiera pensado en Diablo. No quería recordar las miradas que se habían intercambiado él y la mujer que más tarde se convertiría en su esposa. No quería pensar en los sacrificios que ambos habían estado dispuestos a hacer el uno por el otro.

Ethan cerró los ojos para ahuyentar el recuerdo. Con gesto irritado, dejó el vaso a medio llenar sobre la mesa, apagó las lámparas de aceite y salió de la habitación.

Había dormido poco la noche anterior.

Quizá aquella noche…

Pero lo dudaba.



—¿Dónde está Caroline? —preguntó Sarah Ann, mirando alrededor con ansiedad mientras cargaban el equipaje en un carruaje elegante.

Ethan también se lo preguntaba. Solo había visto a Caroline de pasada desde aquel encuentro en la biblioteca, dos noches atrás. No

se había unido a la cena de la víspera ni se había vuelto a mencionar la visita al lago.

No podía culparla. Él había sido grosero, insoportable. Y su excusa le avergonzaba. Se había protegido atacando, porque ella había herido su orgullo, porque durante un instante creyó que intentaba utilizarlo. No pensaba volver a permitirlo nunca más, por nadie.

Dios sabía que él mismo había usado a otros para sus propios fines. Era el último que tenía derecho a ofenderse.

Aquellos días habían terminado. Al menos, eso quería creer.

Había intentado disculparse la víspera, pero no la encontró. Cuando preguntó por ella a Callum Trapp, el adusto escocés se limitó a fruncir el ceño.

—Atendiendo sus asuntos.

El mensaje era claro. Ethan debía ocuparse de los suyos.

—Papá —Sarah Ann tiró de su mano—. ¿Dónde está Caroline? Quiero despedirme y pedirle que cuide de Peppermint.

—Cuidará muy bien de él —la tranquilizó—. Puedes estar segura.

—Ojalá Peppermint pudiera venir con nosotros.

—Lo sé, Mi muñequita, pero estarás muy ocupada y él se sentiría solo en un lugar desconocido.

Grace bajó entonces la escalera, sonriente. Llevaba un vestido de viaje violeta y un pequeño sombrero ladeado que le sentaba de maravilla. El cabello oscuro brillaba y sus ojos relucían ante la perspectiva de Edimburgo.

Le tendió la mano enguantada para ayudarla a subir al carruaje. Su piel era suave, sin los callos de montar de Caroline. Grace le dedicó una sonrisa agradecida al acomodarse. Ethan subió a Sarah Ann y colocó la cesta de Annabelle a su lado. La niña se

negaba a ir a ninguna parte sin la gata. Él se sentó entre la cesta y la portezuela.

—Te gustará Edimburgo —aseguró Grace—. Y espero que reconsideres lo de la casa de la ciudad.

—Creo que es mejor un hotel.

—Necesitarás a alguien que cuide de Sarah Ann mientras atiendes tus asuntos. Nuestros sirvientes son de total confianza.

Lo consideró. No podía estar con Sarah Ann todo el tiempo ni llevarla a reuniones con abogados. Había demasiado que tratar y ella era demasiado perspicaz.

Desde la cesta llegó un maullido. Sarah Ann sacó a Annabelle y la acomodó en su regazo. La gata se estiró con dignidad antes de sentarse, solemne. Sus ojos parecieron clavarse en Grace.

Grace la ignoró y aguardó la respuesta de Ethan.

No quería deber nada a los Gordon, pero Grace tenía razón.

—¿Dónde se aloja William? —preguntó.

—Con amigos.

—Entonces quizá acepte la casa de la ciudad.

Prefería reservar su juicio hasta ver por sí mismo cuán fiables eran el mayordomo y la criada.

Durante horas, Grace habló de Edimburgo, de bailes y recepciones, del placer que le producirían. De vez en cuando, al pasar el carruaje por un bache, apoyaba la mano en la rodilla de Ethan y se sonrojaba con estudiada naturalidad. Lo hacía tan bien que a él le molestó haber dudado de sus intenciones.

También intentó ganarse a Sarah Ann, esforzándose por cautivarla. Ethan escuchó, intrigado.

—Debes de amar la menta para llamar así a tu poni.

Sarah Ann asintió.

—A Annabelle también le gusta.

—Claro que le gusta —comentó Grace, lanzando una mirada menos vigilante a la gata—. A todo el mundo le gusta la menta.

—¿Incluso a ti? —preguntó la niña, sorprendida.

Grace sonrió, y Ethan reconoció que era una sonrisa sincera.

—Incluso a mí. Cuando tenía tu edad, me encantaba.

—Soy una lady —declaró Sarah Ann.

Ethan se sorprendió. Siempre había rechazado ese calificativo. Esta vez no sonaba desafiante. ¿Estaba poniendo a prueba a Grace? No. Aún no era tan astuta.

—Efectivamente, eres una señorita —concedió Grace, buscando explicación en Ethan con una rápida mirada.

Él se encogió de hombros.

—A las señoritas también les gusta la menta —prosiguió ella—. Compraremos un montón para ti y para Annabelle en Edimburgo. Y daremos un paseo en carruaje por el parque. ¿Te gustaría?

—¿Puede venir papá también?

—Por supuesto.

—De acuerdo —aceptó Sarah Ann—. Si Annabelle puede venir.

Grace hizo una mueca. Ethan notó el destello travieso en los ojos de la niña.

—Ojalá Caroline también pudiera venir —añadió Sarah Ann tras un instante.

Grace suspiró. No sonó complacida. Ethan compartía ese deseo, pero no lo mostró.

Había echado de menos la presencia desafiante de Caroline durante aquellos dos días. Se repetía que, como Grace, ella solo buscaba su favor. Solo que Caroline carecía de la pericia seductora de su cuñada.

Cuando aceptó viajar con Grace Gordon, supo que ella se ofrecía sin disimulo. La invitación brillaba en sus ojos. Y la idea lo tentaba. Era la mujer más hermosa que había conocido. Su cuerpo reaccionaba a esos roces calculados y a esa sonrisa suave.

Pero no pensaba aceptar. Por Sarah Ann, y porque detestaba ser utilizado, por Grace tanto como por Caroline. No iba a quedar atrapado ni por el cuerpo de una ni por los sueños de la otra.

Así que miró a Grace con expresión ausente, cerró los ojos y escuchó la conversación incómoda entre una mujer que sabía poco de niños y una niña que aprendía demasiado rápido a moverse en el mundo de los adultos.



A Ethan le agradaba el abogado escocés, John Alistair. Tendría setenta años o más, era delgado, adusto, y se mantenía erguido como una flecha. Un hombre que veneraba la integridad.

Ethan sintió su escrutinio mientras extraía los documentos legales que había reunido: el certificado de matrimonio de Mary May con Ian Gordon, el certificado de nacimiento de Sarah Ann y los papeles de adopción.

Tras varios instantes evaluándolo con aquellos ojos azul pálido bajo unas cejas espesas, Alistair centró su atención en los documentos. Los examinó con detenimiento, tomó unos papeles de una pila sobre la mesa, los comparó y volvió a alzar la vista hacia Ethan.

—Tomé la precaución de pedir a nuestro abogado en Estados Unidos que comprobara los registros oficiales de Colorado y Texas. Todo parece estar en orden. Presentaré los documentos para el reconocimiento oficial de Sarah Ann Gordon Calder como heredera de Calholm. Técnicamente será heredera presunta, y su hijo heredará el título.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—También debemos solicitar al Parlamento que lo nombre su tutor legal. Estos documentos de adopción deberían garantizarlo. No obstante, me gustaría disponer de más información.

Ethan había esperado un interrogatorio. Como abogado, él mismo lo habría exigido.

—¿Qué desea saber?

—¿Es correcto que usted también es abogado? —preguntó Alistair con tono inquisitivo.

—Estudié Derecho en Harvard y ejercí en Chicago.

—Pero no en los últimos años. Mi colega estadounidense me ha informado de que ha sido… alguacil federal. Un agente de la ley.

Ethan asintió.

—Mi colega también me ha indicado que desea mantener esa ocupación en reserva, y no veo obligación alguna de divulgarla. Como abogado y fideicomisario de la finca, mi deber es con el heredero, que ahora parece ser Sarah Ann Gordon. —La mirada de Alistair se volvió penetrante—. Aun así, me intriga saber por qué desea ocultar esos años de su vida.

Ethan respondió sin vacilar:

—Silas Martin me informó de que intentaron sobornarlo para que abandonara la búsqueda de Ian Gordon. Sé que hay dinero implicado, mucho dinero, y no estaba seguro de que el soborno fuera la única medida contemplada. Creo que puedo proteger a Sarah Ann con mayor eficacia si algunas de mis capacidades permanecen en la sombra.

Alistair siguió observándolo.

—Fui informado del intento de soborno de William. Le advertí de que presentaría cargos si algo semejante volvía a ocurrir. Pero no esperará usted violencia. —Su tono se volvió gélido—. Esto no es el salvaje Oeste.

Ethan esbozó una leve sonrisa.

—¿Quiere decir que en Escocia no existen los asesinatos ni la codicia?

—Ojalá fuera así, pero no creo que los Gordon… —Sacudió la cabeza—. Es una familia muy respetada. El viejo marqués, John Gordon…

—Pero hubo un accidente en Glasgow y…

—¿Qué clase de accidente? —preguntó Alistair, visiblemente alarmado.

—Una pila de cajas cayó cuando Sarah Ann y yo pasábamos junto a ellas. Podría haber sido un accidente. Pero también podría no haberlo sido.

—Creo que se equivoca, señor Calder.

—Y luego está el accidente de Jamie Gordon…

La frialdad en los ojos del abogado se transformó en hielo puro.

—Fue un accidente.

—Tal vez —replicó Ethan—, pero he aprendido que el dinero, o la falta de él, provoca comportamientos extraños. Mi único objetivo es proteger a Sarah Ann.

Alistair se recostó en la silla.

—¿Y usted, señor Calder? Usted también gana mucho con esto.

—Pierdo más —respondió Ethan—. Mi libertad, mi carrera, y quizá mi país, si me quedo.

La duda cruzó el rostro del abogado.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—Porque es la herencia de Sarah Ann. Tiene derecho a conocerla, a aceptarla o a rechazarla. No puedo arrebatarle eso.

Alistair pareció llegar a una conclusión.

—Espero que decida quedarse. Calholm necesita una mano firme o acabará desmoronándose. No estoy seguro de que William Gordon esté preparado para asumir esa responsabilidad.

—¿Todavía?

—En su juventud fue jugador y libertino. Creo que ha intentado redimirse estos últimos dos años, pero si obtiene el control absoluto, podría recaer en sus viejos hábitos.

—¿Por eso buscó durante tanto tiempo a Ian Gordon?

Alistair asintió.

—John Gordon era mi amigo, además de mi cliente. Su padre obtuvo Calholm por sus servicios en el continente. John deseaba preservar ese honor. Sabía que Ian era… débil, pero confiábamos en que América lo hiciera madurar.

—Lo mataron por hacer trampas en el juego —señaló Ethan con sequedad.

—Silas me lo contó —asintió Alistair—. También me informó de que la esposa de Ian trabajaba en una… taberna.

—En un salón —corrigió Ethan—. Pero tenía su propio código de honor y amaba profundamente a su hija.

El abogado guardó silencio un instante.

—Debía de quererla mucho para llevarse a su hija.

—¿Antes de saber que existía una herencia? —replicó Ethan con ironía.

—También me aseguré de eso —respondió Alistair—. El señor Martin me informó de que usted inició la adopción antes de que él se pusiera en contacto con usted. Debía de existir una relación estrecha con la madre.

Ethan comprendió lo que el abogado buscaba confirmar: que Sarah Ann no era su hija.

—La conocí este año —respondió con frialdad—. Si investiga más atrás, comprobará que estábamos en distintos puntos del país cuando Sarah Ann fue concebida.

—Perdóneme —dijo Alistair—, pero debo cubrir todas las posibilidades. William Gordon ya me ha informado de que impugnará la solicitud.

—William Gordon puede irse al infierno.

Alistair arqueó una ceja espesa.

—¿Está dispuesto a enfrentarse a él?

—Por supuesto.

—Podría resultar incómodo.

Ethan se encogió de hombros.

—He pasado por situaciones incómodas antes.

—Entonces, ¿piensa quedarse?

Ethan dudó. Siempre había imaginado dejar a Sarah Ann en una familia que pudiera llamar suya. Pero tras varios días en Calholm, empezaba a dudar de que aquello fuera posible. La casa estaba fracturada.

—Si puedo encontrar un buen administrador…

—¿Desde el otro lado del océano? —replicó Alistair—. A los escoceses no les gustan los propietarios ausentes. Ya han tenido bastante con los ingleses.

Ethan apretó los dientes. Sus opciones se reducían con cada razonamiento sereno del abogado. Alistair velaba por Calholm y por la confianza de su viejo amigo. No tenía motivo alguno para luchar por un estadounidense que tal vez se marchara en cuanto pudiera.

—Solo puedo prometerle una cosa —dijo al fin—. Haré todo lo posible por conservar Calholm porque pertenece a Sarah Ann. Si no funciona, si creo que ella no será feliz aquí, renunciaremos a la

reclamación. No me importa el dinero, ni para ella ni para mí. Solo quiero que conozca su herencia y tenga la libertad de decidir.

—Me parece justo —asintió Alistair—. Iniciaré los trámites de inmediato. También me gustaría conocer a Sarah Ann.

—La traeré esta tarde, si le parece bien.

—Por supuesto.

Ambos se levantaron, y el abogado acompañó a Ethan hasta la puerta.

—Una cosa más —añadió Ethan—. ¿Hay alguien, además de William Gordon, que se beneficie si Sarah Ann no hereda?

Alistair frunció el ceño.

—Las viudas —respondió tras un momento—. Si no hay heredero directo, recibirían una mayor parte de los bienes no vinculados.

—¿Las dos?

Alistair asintió con visible incomodidad.

—Seguro que no cree…

—Claro que no —respondió Ethan, abriendo la puerta.

Pero el matiz sarcástico de su voz desmentía la firmeza de sus palabras.

# Capítulo 10

Lady Grace tenía razón con respecto a la casa de la ciudad. Era infinitamente más cómoda que cualquier hotel, y la ama de llaves, Molly, se mostró encantada de cuidar de Sarah Ann. Ethan se sintió cómodo con ella desde el primer momento, y Sarah Ann se encariñó de inmediato. Tenía ese aspecto regordete y afable que tanto le recordaba a la señora Culworthy.

Aun así, Ethan no quiso dejar sola a la niña demasiado tiempo, de modo que pidió al cochero del carruaje alquilado que se diera prisa en regresar. Durante el trayecto, reflexionó sobre la conversación mantenida con el abogado.

Se sentía atrapado. Podía llevar a Sarah Ann de vuelta a Estados Unidos, retomar la abogacía y, con ello, privarla de su herencia. O podía renunciar a cualquier idea de regresar a casa, junto con las aspiraciones de una carrera y una vida propias.

Pero ¿a qué estaría renunciando realmente? Hasta conocer a Mary May y a Sarah Ann, había estado estancado, incapaz de comprometerse con una persona o con un lugar. Sarah Ann había devuelto un propósito a su existencia, le había dado una razón para preocuparse, para sentir, para vivir. Resultaba sorprendentemente gratificante cuidar de alguien más, ser la causa de una risa o de una sonrisa.

Subió los escalones de la casa adosada y abrió la puerta principal. El vestíbulo estaba en silencio. Grace había cumplido su promesa de quedarse con su hermana, a varias manzanas de distancia. Nadie salió a recibirlo y una punzada de aprensión le recorrió el pecho.

La casa estaba demasiado silenciosa para que Sarah Ann y Annabelle estuvieran dentro. Sus pasos resonaron en el vestíbulo vacío mientras revisaba una estancia tras otra, incluida la habitación de la niña. Sarah Ann no estaba. Cuando se dirigió a la cocina, el miedo lo dejó rígido.

Entonces oyó una risita y aceleró el paso. Al diablo con la pierna. Abrió de golpe la puerta de la cocina y se encontró con Sarah Ann subida a un taburete alto, cubierta de harina de la cabeza a los pies. Annabelle estaba en el suelo, bajo el taburete; su pelaje de calicó brillaba cubierto de azúcar y se retorcía en una postura imposible intentando lamerse.

—Papá —dijo Sarah Ann, desbordante de alegría—, hemos hecho galletas para ti.

Ethan tragó saliva, preguntándose si aquello era lo que significaba ser padre: una preocupación constante, salpicada de momentos de auténtico terror. Se obligó a hablar con calma.

—Tú pareces una galleta, con toda esa harina y azúcar encima.

Molly miró con inquietud de Sarah Ann a él.

—No pensé que regresaría tan pronto —dijo—. Espero no haber hecho nada mal.

—Nada que haga sonreír así a Sarah Ann puede estar mal —respondió Ethan—. Y Annabelle parece comportarse.

—Es una gata encantadora y dulce —murmuró Molly.

Ethan arqueó una ceja, incrédulo.

—No creo que nadie más que Lady Sarah Ann comparta esa opinión.

Sarah Ann levantó la vista de inmediato.

—¿Es verdad? ¿Ahora soy una verdadera dama?

Así que había comprendido sus largas explicaciones.

—Casi, cariño.

—¿Nos quedaremos en Cal'om?

—¿Te gustaría?

—Si tú te quedas, y Pep'mint y Annabelle… y podemos llevarnos a Molly con nosotros.

Ethan miró con rapidez a la ama de llaves. Su rostro estaba encendido de placer.

—Molly vive aquí —dijo—. ¿Verdad, Molly?

—Sí, señor, pero no me importaría que la joven me visitara un par de veces.

Luego su expresión se volvió seria.

—Hay una nota para usted de Lady Grace en la mesa del vestíbulo.

Ethan asintió y se dirigió hacia allí, dejando a Sarah Ann felizmente espolvoreando más azúcar sobre las galletas… y sobre el gato. La nota descansaba sobre una bandeja de plata, con su nombre escrito en letras grandes y decididas.

«Pasaré a las dos para llevar a Sarah Ann de compras y a dar un paseo por el parque. Espero que pueda acompañarnos.
Grace.»

El primer impulso de Ethan fue rechazar la invitación. Detestaba ir de compras. Todo lo que implicara algo más que entrar en una tienda y coger unos pantalones y una camisa le parecía una pérdida de tiempo. Pero pensó en Sarah Ann. Necesitaba ropa nueva y dudaba que aceptara ir sin él. Además, a él tampoco le vendría mal renovar su vestuario. Si se quedaba, como empezaba a contemplar, tendría que conocer a la gente con la que trataría y adaptarse a su nuevo papel de caballero rural. Eso incluía vestirse como tal.

Volvió a mirar la nota. Tenía tres horas antes de las dos. Le habría gustado tomar una copa para prepararse mentalmente para

una tarde de compras con Grace, pero era una tentación demasiado fácil. Se había jurado no volver a hacerlo.

En su lugar, escogió un libro de la biblioteca, una historia sobre la causa jacobita, y se dispuso a leer.



La oficina de John Alistair fue la primera parada de la expedición. Grace accedió de mala gana a la visita cuando Ethan le recordó su promesa de presentar a Sarah Ann.

Las patillas de Alistair se movieron al sonreírle a la niña, y su expresión se suavizó cuando ella hizo una reverencia tal como le había enseñado la señora Culworthy. Pero al inclinarse para estrecharle la mano, Sarah Ann, fascinada por aquellas patillas, tiró de una de ellas.

—Sarah Ann —exclamó Ethan.

—Mis nietos lo hacen constantemente —dijo Alistair, mientras su mirada recorría a la niña.

¿Buscaba algún parecido con Ian Gordon y el resto de la familia? Para Ethan, Sarah Ann era el vivo retrato de su madre.

Alistair no comentó nada al respecto. Se limitó a preguntarle si le gustaba Escocia. Ella le habló con entusiasmo de Pep'mint y añadió que «Lady Grace me va a comprar palitos de pep'mint».

—¿Y esto? —preguntó el abogado, fijando sus agudos ojos en el pañuelo sucio de la niña.

La sonrisa desapareció del rostro de Sarah Ann.

—Era de mamá. Ella está en el cielo.

—Lo siento mucho —dijo Alistair, con marcado acento escocés.

—Yo también. La echo de menos… y a Cully también.

—¿Y quién es Cully?

—Ella me cuidaba antes que papá.

—Creo que hizo un trabajo excelente —respondió el abogado.

Llamaron a la puerta y se levantó a regañadientes.

—Es encantadora —le dijo a Ethan—. Gracias por traerla. Ojalá su abuelo hubiera vivido para verla.

Sacudió ligeramente la cabeza y comenzó a acompañarlos hacia la salida.

—Lady Grace —dijo al despedirse.

Su tono fue correcto, aunque frío.

—Señor Alistair —respondió ella con rigidez.

Las miradas de ambos se cruzaron y Ethan advirtió que Grace bajó la suya primero. Estaba claro que entre ellos había existido tensión, sin duda relacionada con el control que Alistair ejercía sobre la finca y una parte de los ingresos de Grace. Si el abogado no hubiera insistido en localizar a Ian o a sus herederos, la herencia de Grace habría sido mayor, y su amigo William habría heredado el título y gran parte de Calholm.

Sin embargo, durante el resto de la tarde, Grace no mostró resentimiento alguno hacia Ethan ni hacia Sarah Ann. Al contrario, parecía satisfecha cuando él sugirió visitar a un sastre mientras ella llevaba a la niña a una modista. Ethan le entregó una suma de dinero para la ropa de Sarah Ann y sonrió al ver la emoción reflejada en el rostro de la pequeña.

Al parecer, de pronto, ir de compras se había convertido en algo divertido.

Ojalá él compartiera ese entusiasmo.

Ethan hizo las compras con rapidez y dio instrucciones para que lo enviaran todo a Calholm.

—¿Algún traje de noche? —preguntó el sastre con evidente esperanza.

Ethan ya había encargado una levita gris oscuro y dos pares de pantalones, tras soportar con paciencia limitada que le tomaran las medidas.

—¿Quizá un frac?

—No —respondió con firmeza.

Su cartera se estaba vaciando con alarmante rapidez.

—Ethan Calder, si el diablo no me engaña.

Ethan se volvió hacia la voz que llegaba desde la puerta. Andrew Cameron estaba allí, con una sonrisa amplia y despreocupada.

—¿Dónde está la princesita? —preguntó el escocés.

—Haciendo lo que mejor saben hacer las mujeres —contestó Ethan—. Compras.

—Parece que tú también.

Ethan torció el gesto.

—Así es, y no precisamente con entusiasmo.

—¿Cómo está ella?

—Tiene su poni.

—Entonces eso lo explica todo —rió Cameron—. Nunca he visto a una niña tan obsesionada con algo. —De pronto, entrecerró los ojos—. ¿Y tú? ¿Estás disfrutando de nuestro hermoso país?

—¿Hermoso? —replicó Ethan—. ¿Alguna vez sale el sol en Escocia?

—De vez en cuando. La lluvia y la niebla nos ayudan a apreciarlo más.

Cameron alzó una ceja, intrigado.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Edimburgo?

—Solo hasta mañana.

Cameron lanzó una mirada al sastre, que respondió con un saludo apenas cordial.

—Te alegrará saber, Fitts, que anoche gané a las cartas y puedo saldar mi cuenta.

El semblante severo de Fitts se suavizó ligeramente.

—¿Todo, lord Kinloch?

—Todo —confirmó Cameron sin rastro de rencor.

Luego se volvió hacia Ethan.

—¿Estas ropas nuevas significan que planeas quedarte en Escocia?

—Significan que necesito algo que ponerme —respondió Ethan con sequedad.

Estaba cansado de la pregunta, sobre todo porque él mismo no tenía la respuesta.

Cameron asintió.

—Has elegido al mejor sastre de Edimburgo.

Ethan se dijo que solo estaba siendo amable, pero la presencia de Cameron allí, en aquella tienda concreta, le hizo encender las alarmas.

Se encogió de hombros.

—Fue sugerencia de Grace.

Los ojos de Cameron brillaron con interés.

—Ah, una de las viudas. ¿Y la otra? ¿Lady Caroline? He oído que tendrá un caballo en el Grand National dentro de unos meses.

—Está en Calholm —respondió Ethan.

—¿Y cómo te va con las viudas?

La picardía danzaba en la mirada de Cameron.

—Supongo que bien, si eres el escudero de la hermosa Lady Grace.

Ethan frunció el ceño, pero Cameron no se dio por aludido.

—Ambas han sido… cordiales.

—Me lo imagino —murmuró—. ¿Y a cuál prefieres?

Un leve grito ahogado interrumpió la conversación.

—¡Señor Cam!

Sarah Ann se lanzó hacia Cameron.

Él se agachó, metió la mano detrás de la oreja izquierda de la niña y sacó una moneda.

—¿Todavía no te lavas ahí detrás? —bromeó.

Sarah Ann rió y aceptó la moneda antes de anunciar, emocionada:

—Lady Grace me ha encargado un vestido de montar. Verde.

Ethan miró a Grace, que permanecía en la puerta. Un vestido de montar para su nuevo poni. Muy elegante.

—También hemos pedido otros dos vestidos —añadió Grace, sin apartar la mirada de Cameron—. Los enviarán a Calholm cuando estén listos.

Cameron hizo una leve reverencia.

—No sé si me recuerda. Nos conocimos…

—Andrew Cameron, lord Kinloch —intervino Grace—. Por supuesto que le recuerdo. Caroline nos presentó hace algunos años, en una carrera de obstáculos en Edimburgo.

—Tiene muy buena memoria —respondió él.

Grace sonrió, encantadora.

Ethan observó la escena con atención. Caroline los había presentado… Cameron no había mencionado nada durante la travesía. ¿Cómo se conocían realmente? La curiosidad —y algo muy parecido a los celos— empezó a inquietarlo.

—¿Les apetece un helado? —propuso Cameron.

—¿Podemos? —Los ojos de Sarah Ann brillaron como estrellas en una noche despejada de Texas.

Ethan miró a Grace.

—¿Te parece bien?

—Será un placer —respondió ella con una sonrisa que desmentía su tono comedido—. Tenemos unos minutos antes de que el cochero nos recoja en la modista.

—Me reconciliaré con Fitts —anunció Cameron— y luego iremos a la tetería de la esquina.

Sarah Ann apenas podía contener la emoción. Saltaba delante de ellos al salir de la sastrería.

En la tetería, Ethan observó en silencio cómo Cameron y Grace se encantaban mutuamente, mientras Sarah Ann disfrutaba de un helado y una porción de tarta. Grace no dejaba de mirarlo, como si midiera su reacción ante aquel coqueteo. ¿Esperaba provocar celos?

Ethan tuvo de nuevo la sensación de estar presenciando una representación, con todos interpretando un papel destinado a él. El problema era que no conocía la historia completa.

Volvió a la realidad cuando Grace preguntó:

—Vendrás, ¿verdad?

—Encantado —respondió Cameron.

Ethan debió de mostrar sorpresa, porque Grace le dedicó una mirada inocente.

—Pensé que podríamos organizar un ceilidh para que conozcas a los terratenientes de la zona. Como el señor Cameron es amigo

tuyo y de Caroline…

Frunció el ceño.

—Eso está… bien, ¿no?

—¿Un ceilidh? —repitió Ethan.

—Una fiesta —explicó Grace—. Menos formal que un baile, pero con música y baile.

—Por tradición —añadió Cameron—, cualquiera puede asistir.

Ethan supo que estaba atrapado. No tenía autoridad legal sobre Calholm hasta que el Parlamento aprobara la solicitud. Grace y Caroline tenían pleno derecho a organizar una celebración e invitar a quien quisieran.

—No soy muy dado a las fiestas —admitió.

—A mí me encantan —intervino Sarah Ann—. Podrás conocer a Peppermint.

—Espero ese momento con impaciencia —bromeó Cameron, levantándose—. Me temo que debo despedirme. He quedado con unos amigos.

Ethan se puso en pie.

—Nosotros también debemos volver. Sarah Ann ha tenido un día largo.

—Mi carruaje debería estar en la modista —dijo Grace.

Ethan negó con la cabeza.

—El paseo es corto. Nos vendrá bien.

En realidad, se sentía sofocado. Hacía demasiado tiempo que estaba solo y la conversación educada empezaba a agotarlo.

Cameron se agachó y le dio un golpecito cariñoso a Sarah Ann bajo la barbilla.

—Hasta pronto.

Luego se volvió hacia Grace.

—Ha sido un placer.

Ethan inclinó la cabeza en señal de despedida. Cameron pagó la cuenta y salió. Ethan lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta y luego acompañó a Grace hasta su carruaje.

—¿A qué hora quieres salir mañana hacia Calholm? —preguntó ella.

—Lo más temprano posible.

Grace se estremeció, pero enseguida recompuso la expresión.

—¿A las ocho?

Ethan asintió y miró a Sarah Ann.

—¿Qué más has comprado, aparte de los vestidos?

—Un sombrero de montar —anunció Sarah Ann con orgullo—. Es el sombrero más bonito del mundo.

—Seguro que sí —respondió Ethan—, especialmente puesto en ti.

Se volvió hacia Grace.

—Muchas gracias. No soy muy hábil eligiendo ropa femenina.

Grace le dedicó una mirada descarada de incredulidad, como si sospechara que tenía mucha más experiencia de la que admitía, pero luego su expresión se suavizó.

—Lo he disfrutado —confesó, sorprendida de sí misma.

Ethan asintió. Lo entendía. A él mismo le había sorprendido lo natural que le había resultado aceptar a Sarah Ann y la paternidad. No siempre había sido sencillo, pero sí profundamente gratificante. Había algo en aquella manita confiada y en esa sonrisa abierta que lo hacía sentirse más héroe que en ningún otro momento de su vida.

Después de ayudar a Grace a subir al carruaje que la esperaba, la observó alejarse por la calle Danlestone. Había mucha gente. Por instinto, examinó el entorno antes de emprender el camino de

regreso a la casa de la ciudad, situada a unos cuatrocientos metros. No vio nada fuera de lo común y, tomando a Sarah Ann de la mano, comenzó a caminar, atribuyendo la leve inquietud a su habitual cautela.

Recorrieron dos calles, deteniéndose de vez en cuando ante escaparates que parecían sacados de un cuento de hadas. Sarah Ann estaba fascinada por los juguetes y los dulces de algunos, y por las muñecas elegantes de otros. Al empezar a cruzar una tercera calle, Ethan sintió un cosquilleo en la columna.

Un caballo relinchó con violencia. Ethan oyó el estruendo de cascos tras ellos, acompañado de gritos de alarma. Sin pensarlo, agarró a Sarah Ann y los empujó contra la pared de ladrillo de una tienda, cubriéndola con su cuerpo.

El dolor lo atravesó cuando la esquina de un carruaje lo rozó.

Sarah Ann rompió a llorar.

—¡Maldito idiota!

—¡Imbécil!

Ethan se irguió al oír los gritos a su alrededor. El carruaje ya había desaparecido; solo alcanzó a verlo de reojo al perderse tras una esquina. Ignorando los nuevos moretones, miró a Sarah Ann. Tenía el rostro pálido, los labios temblorosos. La mano con la que la había protegido contra el ladrillo estaba en carne viva. La sangre brotaba y, al verla, los sollozos se transformaron en llanto abierto.

—Pobrecilla —murmuró alguien entre la multitud.

—¿Alguien ha visto el carruaje? —preguntó Ethan, dirigiéndose a los curiosos que se habían congregado.

Un hombre se encogió de hombros.

—Iba demasiado rápido.

La ira estalló en su interior. Un accidente podía ser eso, un accidente.

¿Dos? Imposible.

Alguien acababa de intentar matarlo. Y a Sarah Ann. Por segunda vez.

Agradeció con brusquedad a quienes se ofrecieron a ayudar, calmó a Sarah Ann como pudo y regresó de inmediato a la casa de la ciudad. Una furia desconocida le ardía en las entrañas. Como soldado y después como alguacil, lo habían golpeado, disparado, emboscado y dado por muerto. Nunca se lo había tomado como algo personal. Eran los riesgos del oficio, de la guerra.

Pero esto sí era personal.

Alguien había puesto el punto de mira en una niña.

Por todo lo sagrado, juró, alguien lo pagaría. Y caro.



Caroline no conseguía librarse de la inquietud que la acosaba desde que Ethan había partido hacia Edimburgo. Incluso Shadow lo notaba y se negaba a saltar.

Callum la reprendió.

—Atención, muchacha. Tienes que concentrarte.

Pero le resultaba imposible, y no entendía por qué. Siempre había logrado borrar el mundo de su mente cuando trabajaba con los caballos. Habían sido su refugio tanto del pasado como del presente.

Sin embargo, no dejaba de pensar en Ethan Calder junto a Grace. Se reprochaba no haber ido con ellos a Edimburgo. Sabía que nunca podría competir con Grace en sus propios juegos, ni igualar su belleza ni su conversación brillante. Pero quizá debería haberlo intentado.

Trató de convencerse de que solo le importaba el futuro de Calholm, el de Shadow, el de las familias que consideraban aquella finca su hogar. Pero no lograba borrar el recuerdo del cuerpo de

Ethan Calder junto al suyo, del tacto de su mano, de la mirada sombría y firme de aquellos ojos azules. Tampoco el de su beso.

—Dios mío —maldijo mientras cepillaba a Shadow.

Siempre lo hacía ella misma, en lugar de delegar en los mozos.

Enrique VIII gimió a su espalda. Desde que Ethan, Sarah Ann y la gata se habían marchado a Edimburgo, el perro había pasado un día entero buscando a Annabelle. Al no encontrarla, se había vuelto melancólico. Era absurdo que un perro añorara a un gato, pero Henry siempre había sido peculiar.

—Volverán —le aseguró Caroline.

Pero cuando regresaran, ¿estaría Ethan ya bajo el hechizo de Grace? La idea le oprimió el pecho.

—Tienes que esforzarse más, —la interrumpió Callum—. Concéntrate en el entrenamiento o Shadow no estará listo para la carrera de obstáculos.

Caroline siguió cepillando la cruz del caballo.

—¿De verdad crees que puede ganar? —preguntó.

—Es magnífico, hermoso, y tiene corazón. Pero necesita saber qué se espera de él.

—Lo sé —suspiró ella—. Pero me preocupa Calholm. Y Shadow.

—No puede permitirte preocuparte por nada más que por ese caballo —insistió Callum.

—Lo sé. —Le acarició el hombro, sintiendo el estremecimiento de placer del animal—. ¿Qué opinas de él, Callum?

—Ya te lo he dicho. Tiene un corazón fuerte, pero necesita una mano firme.

—Me refiero a… Ethan Calder.

Callum guardó silencio unos segundos.

—Es estadounidense.

—Le gustan los caballos —dijo ella, aferrándose a esa idea.

—También se fue con Lady Grace.

—Porque tenía que ver a John Alistair.

Callum le lanzó una mirada cargada de disgusto.

Caroline suspiró y dio a Shadow una última pasada con el cepillo.

—Crees que ella podría convencerlo de vender los caballos.

—Convenció a Jamie.

Caroline se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir eso? Jamie no haría… —se detuvo al ver la expresión sombría de Callum.

Él apartó la mirada.

—No quiero insinuar nada. Solo creo que no deberías esperar que ese estadounidense comparta tu sueño, no con Lady Grace susurrándole al oído.

Ella convenció a lord Jamie.

Un mareo repentino obligó a Caroline a apoyarse en el costado del establo. Quiso preguntar más, pero Callum ya se había marchado.

Estaba mintiendo. O se equivocaba. Tenía que ser así.

La sensación de vértigo se intensificó mientras caminaba hacia la gran casa de piedra que, en realidad, nunca había sido su hogar.

# Capítulo 11

Las preguntas seguían girando en la mente de Ethan. Preguntas y sospechas.

Había permanecido en silencio durante el viaje de regreso a Calholm, ignorando la charla incesante de Grace y respondiendo solo cuando la cortesía lo exigía. Ella se había mostrado horrorizada al oír la noticia de su «accidente». Habría preferido no mencionarlo, pero tuvo que hacerlo, ya que Sarah Ann llevaba la mano vendada y no dejaba de hablar del suceso. Para una niña de cuatro años, el episodio había pasado de aterrador a aventurero.

Para él seguía siendo aterrador.

La noche anterior había considerado brevemente la posibilidad de regresar a Denver con Sarah Ann. Pero, maldita sea, aquello habría sido huir. No podía hacerlo. Supuso que la búsqueda de justicia estaba demasiado arraigada en él. No podía permitir que el ataque contra Sarah Ann diera resultado. Además, huir quizá no bastara. El asesino podía seguirlos hasta Denver, decidido a no dejarlos vivir en paz. Quienquiera que fuese, podía creer que la única forma de protegerse de la amenaza que representaban era matarlos.

No, concluyó. Huir no era la solución. Tenía que encontrar al culpable.

William ya había intentado sobornar al abogado estadounidense. Era, además, quien más ganaba con la muerte de Sarah Ann. Pero las dos viudas también tenían algo que ganar.

¿Y la oportunidad?

Había una persona con más oportunidades que nadie: Andrew Cameron. De hecho, era el único al que Ethan conocía que había estado tanto en los muelles de Glasgow como en Edimburgo, y que podría haber planeado y ejecutado ambos ataques por su cuenta.

Y Cameron era amigo de Caroline.

Aunque detestaba la dirección que tomaban sus pensamientos, Ethan se preguntó si Caroline había enviado a Cameron a seguir a Sarah Ann desde Estados Unidos. Había habido tiempo. Él se había quedado en Denver esperando los documentos finales de la adopción. ¿Y cuál era la naturaleza de la relación entre Cameron y Caroline? ¿Amantes, conspiradores… o ambas cosas?

Los motivos de Cameron podían ser el amor o el dinero. Y Caroline había dejado claro lo que deseaba: los caballos, un campeonato del Grand National para Shadow… y Calholm.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para conseguirlo? ¿Hasta el asesinato?

El carruaje llegó a la mansión al caer la tarde. El viento arreciaba y las nubes oscuras que se acumulaban en el cielo no hicieron sino acrecentar el mal humor de Ethan.

—Quiero ver a Pep'Mint —dijo Sarah Ann, incapaz de contenerse.

En ese instante, Annabelle lanzó un maullido furioso desde la cesta.

Sarah Ann sacó a la gata y la abrazó.

—Yo también te quiero —la consoló.

No fue suficiente. Annabelle se zafó de sus brazos, cruzó la puerta que el cochero acababa de abrir y salió disparada por el patio en dirección a la casa.

Grace arqueó una ceja, como diciendo: «Otra vez no».

Ethan suspiró. Tenía asuntos más graves en la cabeza que una gata temperamental.

—Vamos a buscar a Annabelle —dijo mientras ayudaba a Sarah Ann a bajar—, y luego veremos a Peppermint.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—La he herido por decir que quería ver a Peppermint.

—No lo creo —respondió él, arrodillándose para quedar a su altura—. Creo que estaba cansada del viaje y solo quería estar en casa.

—¿De verdad? —preguntó ella, esperanzada—. ¿De verdad lo crees?

—Claro. Probablemente ahora mismo esté exigiendo un cuenco de leche y enfureciendo a la cocinera caminando sobre la mesa.

Sarah Ann soltó una risita y dejó de llorar. La cocinera había tenido varios ataques de furia a causa de Annabelle y Henry. Incluso había amenazado con marcharse, aunque Caroline siempre lograba calmar a Fiona Ferguson.

—¿Y si fue a ver a Henry? —sugirió Sarah Ann.

—Lo más probable es que haya ido a atormentar al pobre perro —dijo Ethan.

—Quizá Lady Caroline pueda llevarme a ver a Pep'Mint.

Ethan dudó. No quería dejar a Sarah Ann sola con nadie de aquella casa, ni siquiera un instante. Sin embargo, los incidentes anteriores habían ocurrido lejos de Calholm y se habían disfrazado de accidentes. Aun así, debía ser cauteloso.

Después de todo, Jamie Gordon había muerto en Calholm, y Ethan no tenía forma de saber si aquel accidente de equitación había sido realmente un accidente.

Pero ¿cómo se suponía que debía vigilar a Sarah Ann en todo momento? ¿Podía protegerla allí? ¿De quién? ¿Y cómo encontraría respuestas a todas sus preguntas?

No pasó por alto la ironía de su situación. Durante su última misión, la que probablemente habría puesto fin a su carrera como

agente de la ley incluso sin la adopción de Sarah Ann, había obligado a un forajido a infiltrarse en una banda con el propósito expreso de traicionarla. No había comprendido entonces lo difícil que era vivir entre personas en las que no se podía confiar, fingir una amistad inexistente.

Ahora estaba en la misma posición que había impuesto a Diablo.

No podía expresar sus dudas, ni hacer preguntas, ni mencionar su sospecha de que el accidente del carruaje hubiera sido planeado. Si lo hacía, perdería ventaja y pondría al culpable en guardia. No. Sería mejor tender una trampa, utilizándose a sí mismo como cebo.

—Ethan… señor Calder.

Solo entonces se dio cuenta de que había dejado a Grace en el carruaje. Ella seguía esperando su ayuda.

—Mis disculpas, Grace —murmuró, ofreciéndole la mano.

Ella tropezó al bajar y cayó directamente en sus brazos.

Era toda curvas femeninas, y las sintió todas. Y supo, con una certeza inquietante, que estaba destinado a sentirlas todas.

Estaba ayudándola a incorporarse cuando vio a Caroline. Cabalgaba a toda velocidad sobre Shadow, vestida con ropa masculina y el cabello suelto ondeando tras ella. Caballo y amazona llegaron con una explosión de energía que se disipó en cuanto Caroline se detuvo frente al carruaje y vio a Grace aún aferrada a él.

—Grace, señor Calder —dijo con formalidad y un leve matiz de desdén—. No esperaba que regresaran tan pronto. Avisaré a la cocinera.

—Caroline…

Ella ya había girado a Shadow hacia los establos, pero el llanto lastimero de Sarah Ann la hizo detenerse y volver la cabeza.

—¿Puedo ir contigo a ver a Pep’Mint?

—No —negó Ethan.

—Sí, por supuesto —respondió Caroline al mismo tiempo.

Las miradas de ambos se cruzaron cuando Ethan apartó a Grace. Los ojos de Caroline brillaban de irritación.

Ajeno al drama humano, Henry irrumpió en escena, galopando hacia Sarah Ann, levantando una pata en señal de saludo y lamiéndole la cara con entusiasmo.

—Quiero ver a Pep'Mint —suplicó la niña.

—¿Y Annabelle? —preguntó Ethan.

—Tú puedes encontrarla. Eres el mejor encontrándola. Nadie la encuentra como tú.

No tenía una excusa razonable para impedirlo.

—Solo unos minutos —cedió al fin—. Luego Sarah Ann necesita cenar y descansar.

Caroline asintió, súbitamente cautelosa. Se inclinó, subió a Sarah Ann delante de ella en la silla y partieron hacia los establos. Ethan las observó desmontar y vio cómo Caroline bajaba a la niña con facilidad antes de desaparecer en el interior.

Grace permanecía muy cerca de él.

—Los caballos siempre serán su único amor —comentó.

—¿Y Jamie?

Grace se encogió de hombros.

—Fue un matrimonio de conveniencia. Al menos para Jamie.

—¿Cómo es eso?

—Su padre quería otro heredero. La familia de ella quería un título.

—Pensé…

—¿Que se amaban? —sonrió con tristeza—. Hay pocas historias de amor verdadero entre la nobleza.

—¿Y tú y William? —insistió Ethan.

El rostro de Grace se cerró.

—William necesita… a alguien.

Aquello fue lo último que esperaba oír. Había algo doloroso, casi melancólico, en su tono.

—En Estados Unidos tenéis una libertad que nosotros no nos permitimos —continuó—. Vivimos anclados al pasado, a leyendas, historia y mitos. El amor es secundario frente a la familia, la costumbre y el deber. A ninguno nos enseñaron otra cosa que no fuera aparentar.

La amargura final no pasó inadvertida.

—¿Excepto Caroline?

—Ella es peor que cualquiera de nosotros —respondió Grace con desdén—. Sueña con imposibles y se niega a aceptarlos. Cree que puede devolver a Calholm su antiguo esplendor.

—¿Y tú? —preguntó Ethan—. ¿Qué harías con Calholm?

—Lo haría rentable. —Vaciló—. Podríamos duplicar los ingresos si despejáramos los campos de entrenamiento y ampliáramos las tierras de cultivo para las ovejas. No podemos hacerlo porque todo el dinero está invertido en esos malditos caballos.

Ethan entrecerró los ojos.

—¿Eso es lo que haría William? ¿Desalojar a los inquilinos y vender los caballos?

—Es lo que haría cualquiera sensato —repuso ella—. Es lo que han hecho los terratenientes escoceses durante el último siglo. Con los impuestos ingleses, no hay alternativa. Pero Caroline no quiere ni oír hablar de ello.

—He oído que William se jugó todo lo que tenía.

—Así es. Tenía muy poco y estaba desesperado. Él y su madre vivieron años a costa de otros. Anhela pertenecer a algún lugar. Creyó que Calholm sería ese lugar. Sus malos modales son solo una

máscara para ocultar su decepción. —Su voz se suavizó—. Puede ser… muy agradable.

Ethan comprendía la decepción. Y la desesperación. También el impulso de huir. Él mismo se había apartado de todos tras ser herido en la guerra, cuando creyó que perdería la pierna y su prometida rompió el compromiso para casarse con un banquero.

Cualquier otra pregunta quedó interrumpida por un grito procedente de la ventana abierta de la cocina. No sonaba a terror, sino a indignación. Ethan sospechó de inmediato que era por culpa de Annabelle.

Miró hacia los establos. Detestaba alejarse aún más de Sarah Ann, pero parecía que estaba a punto de producirse un asesinato en la cocina. Subió los escalones de dos en dos y corrió hacia allí.

La cocinera perseguía a Annabelle con una escoba. En cuanto Ethan apareció, la gata saltó a sus brazos, salpicando natillas por todas partes: su ropa, el suelo, su propio pelaje. Un cuenco volcado sobre la mesa y las huellas de las patas delataban sin lugar a dudas a la culpable.

—¡O echa a esa gata o no me quedo ni un día más! —exclamó la cocinera, temblando de indignación.

Annabelle le pasó la lengua áspera por la mano. Ethan no se engañó pensando que aquello fuera afecto. Pero la gata se acomodó con un ronroneo satisfecho que le arrancó una sonrisa involuntaria.

—Lo siento mucho, señora Ferguson —dijo con calma—. Sobre todo si esa crema pastelera estaba tan buena como todo lo que cocina.

Su rostro volvió a temblar, aunque parte de la ira se disipó.

—¿Seguro que no tiene sangre irlandesa?

Él sonrió.

—Seguro. Y prometo mantener a Annabelle en nuestras habitaciones. Ya sabe cuánto la quiere Sarah Ann.

La expresión de la cocinera se suavizó.

—Es una niña encantadora, pero… —alzando de nuevo la voz— ¡no quiero a esa gata en mi cocina!

Ethan asintió solemnemente.

—Es casi tan malo como ese Henry —murmuró ella al volver a sus fogones—. Una casa decente no es lugar para tales cosas.

Ethan salió de la cocina conteniendo una sonrisa, con Annabelle bien sujeta. La gata, satisfecha tras su aventura y su opípara comida, se dejó llevar sin protestar. Al llegar a las habitaciones, se coló en el dormitorio de Sarah Ann, se lamió los restos de natillas de las patas y se acurrucó complacida en la cama.

Ethan le lanzó una última mirada de advertencia y se dirigió a su cuarto contiguo. Se quitó la levita, se puso el abrigo de piel de oveja, más cómodo, y bajó de nuevo las escaleras con rapidez.



Caroline deseaba que aquel dolor crudo se disipara. ¿Por qué Ethan había dudado antes de permitir que Sarah Ann la acompañara a los establos? La fría evaluación en sus ojos la había golpeado con la misma violencia que un hachazo.

Cepilló a Shadow, manteniendo un oído atento mientras Sarah Ann charlaba animadamente con Peppermint a varios establos de distancia.

Una alegría inesperada la recorrió al ver acercarse el carruaje, pero se extinguió al instante al distinguir la expresión del rostro de Ethan Calder. No hubo saludo, solo una hostilidad contenida.

Así que Grace había logrado influir en él durante el viaje.

No hacía falta preguntarse de qué modo. Y ahora, seguramente, él estaría dispuesto a vender los caballos, expulsar a los arrendatarios y llenar las praderas de ovejas. En cuanto a la

opinión que tenía de ella… Caroline ni siquiera se atrevía a imaginarla.

Pero esa opinión no importaba. No podía rendirse. Había demasiado en juego: los hogares de la gente, el sueño de Jamie y, sí, el suyo propio. Nunca se le había permitido soñar; jamás había concebido desear algo que solo podía aspirar a alcanzar. Puede que Jamie no le hubiera ofrecido pasión ni amor romántico, pero le había dado esperanza, la certeza de que algo por lo que había trabajado y en lo que creía podía hacerse realidad.

No se rendiría. No sin luchar.

Tragó saliva. Había vivido demasiado tiempo en una casa sin calidez ni confianza. Sin amor. Y se dijo que podría seguir así cuanto fuera necesario. Si Ethan no hubiera aparecido…

En el breve tiempo que él y Sarah Ann habían pasado allí, le habían concedido un destello de lo que se había estado perdiendo. Y renunciar a ello resultaba ahora infinitamente más difícil.

Terminó de cepillar a Shadow, le ofreció la zanahoria que había traído de la casa y se dirigió al establo de Peppermint. El poni rozaba a Sarah Ann con el hocico mientras ella parloteaba sin parar.

—Y casi nos pisotean, pero papá nos salvó.

—¿Pisotearos? —repitió Caroline, alarmada.

Sarah Ann se volvió hacia ella.

—Eso dijo papá. ¿Me tiró al suelo? Mira.

Se quitó el guante de la mano izquierda y la alzó para que Caroline la examinara.

Caroline observó el vendaje amplio y el enrojecimiento de la piel que lo rodeaba.

—¿Tu papá también se hizo daño?

—No lo sé. No siempre me lo dice. Se supone que yo también debo cuidarlo —añadió con una seriedad impropia de su edad—. Pero él siempre dice que está bien.

A Caroline le pareció entrañable aquella exasperación tan adulta.

—Los adultos somos así —respondió con la misma gravedad—. Pero es una tontería. A mí me gusta que me cuiden.

Le resultó difícil rebatir esa lógica.

—Probablemente no quiso que te preocuparas.

—Me siento peor cuando no me deja cuidarlo.

Los ojos de Sarah Ann se ensombrecieron y Caroline comprendió su frustración. A ella también le gustaba sentirse necesaria.

Hacía mucho que no cuidaba de alguien de forma íntima y personal. Jamie nunca había estado enfermo y había muerto al instante. Detestaba que lo mimaran, así que los instintos maternales de Caroline se habían volcado en los caballos y en Henry.

—Los hombres nunca quieren admitir que necesitan a alguien —le confió.

—¿Por qué?

Caroline deseó saberlo. Ella misma se había vuelto independiente como mecanismo de defensa. No había entendido que necesitaba a alguien… hasta que Ethan Calder la había estrechado entre sus brazos.

—Porque entonces se sienten… vulnerables.

—¿Qué es "vulnerable"?

Había observado a Ethan intentando responder a las interminables preguntas de Sarah Ann y aquello le había resultado divertido. Ahora no le hacía gracia. Quizá porque ella también se sentía vulnerable.

—¿Qué es "vulnerable"? —insistió la niña.

Caroline buscó una explicación adecuada.

—Es cuando sientes que pueden hacerte daño con facilidad.

—A papá nadie puede hacerle daño. Es un hombre de la ley —afirmó Sarah Ann con orgullo—. Cully lo decía.

—Es abogado —corrigió Caroline con suavidad.

—No —insistió Sarah Ann—. Atrapa a los hombres malos.

Caroline empezó a explicar que eso era tarea de abogados y fiscales, enviar a los delincuentes a la cárcel. Apenas había pronunciado un par de palabras cuando una voz grave y atronadora la interrumpió.

—Interesante conversación.

Caroline se giró al oír aquella voz escalofriante y encontró a Ethan Calder de pie, a escasa distancia tras ella.



Ethan tuvo que contener la sonrisa. Caroline alzaba la cabeza casi hasta el límite para mirarlo a los ojos. Parecía completamente desconcertada.

—Sí —respondió con un punto de rebeldía cuando la sorpresa se disipó—. ¿Y cómo surgió lo de "vulnerable"?

Ella dudó y, de pronto, sonrió.

—Me dijo que nunca la dejabas ayudarte y me preguntó por qué. Le expliqué que recibir ayuda hace que los hombres se sientan vulnerables.

Aquella sonrisa atravesó sus defensas y le llegó al corazón.

—¿Eso es así? —logró preguntar tras un instante.

—Lo he observado.

El acento escocés sonaba más marcado de lo habitual. Era… encantador. Ethan intentó recordar sus sospechas, pero se disolvían ante la atracción que crecía entre ambos.

—¿Qué has observado, Caroline?

—Que los hombres prefieren morir antes que admitir una debilidad.

—¿Y las mujeres?

—Nunca somos tan obstinadas —respondió con calma.

Su mirada lo escrutaba, inquisitiva. Quiso apartarse, pero no pudo. Se sentía atraído, como si unas arenas movedizas tiraran de él. Sus ojos eran vivos, curiosos, llenos de secretos. Deseaba conocerlos todos, conocerla a ella. Y, al mismo tiempo, una idea absurda cruzó su mente: aquella muchacha encantadora, tan poco convencional, ¿podría ser capaz de algo terrible?

—¿Sarah Ann dijo que casi os atropellan en Edimburgo?

La pregunta lo arrancó de la fascinación.

Ethan miró a la niña, de pie junto a Peppermint.

—¿Por qué no charlas un poco con tu poni?

Ante su asentimiento entusiasta, llevó a Caroline hasta el establo de Shadow, al fondo.

—Fue un accidente —explicó, reservándose sus sospechas—. Un carruaje desbocado.

—¿Otro accidente?

Recordó su primer encuentro y se encogió de hombros.

—Debo de tener tendencia a ellos.

Ella no respondió. Algo nuevo asomó en aquellos ojos hermosos. ¿Miedo? ¿Decepción?

—Conocí a un amigo tuyo en Edimburgo.

Ella se sorprendió.

—Andrew Cameron. Viajó en el barco desde Boston.

—¿Lord Kinloch? —sonrió Caroline.

Ethan sintió una punzada de celos. Su expresión no mostraba astucia ni aprensión, solo placer.

—A Sarah Ann le cayó bien.

—Como a la mayoría de las mujeres —replicó ella—. No sé si por su reputación o a pesar de ella.

Ethan alzó una ceja, invitándola a continuar.

—Como William, Andrew tiene poca herencia aparte del título. Pero a diferencia de William, suele ganar en el juego y le apasionan las carreras. Jamie y yo lo conocimos en el Steeplechase de Edimburgo. Fue de los pocos hombres que…

—¿Que…?

—Que me escuchó, supongo.

De pronto se indignó.

—Nadie cree que una mujer sepa de caballos. Desde que Jamie murió, nadie presta atención a nuestros establos. Por eso es tan importante que Shadow gane.

—¿Para demostrarlo?

—Para que los Gordon lo demuestren. No hay nada comparable al establo de Calholm.

El acento de las Highlands se intensificó a medida que hablaba. Tenía el rostro encendido, el cabello castaño rojizo revuelto, la ropa masculina impregnada de sudor y cuero. Ethan pensó en Grace, siempre impecable, y se preguntó por qué era Caroline quien agitaba sus sentidos y sembraba caos en su mente, habitualmente tan controlada.

Allí, con los ojos ardiendo como fuego dorado y los labios tensos, resultaba más cautivadora que cualquier mujer que hubiera conocido. Y desafiante.

Se ordenó no tocarla. A menudo lo habían elogiado por su autocontrol, su férrea disciplina. Lo llamaban el Hombre de Hierro.

Pero ya no lo era.

Le rozó la mejilla y el fuego en sus ojos se avivó. Se inclinó y sus labios buscaron los de ella, primero con suavidad, explorando.

Caroline se tensó y, aun así, su cuerpo pareció acercarse.

Los sonidos del establo se desvanecieron. Solo existía ella: el aliento tibio, la calidez flexible de sus labios.

El deseo se intensificó. Su beso se volvió más profundo, primitivo. Ella quedó inmóvil un instante y luego respondió con una curiosidad apasionada que desató una imprudencia desconocida en él.

Nada importaba salvo aquella necesidad creciente. La deseaba. Por Dios, la deseaba. Sus manos se enredaron en el cabello de ella, consciente solo de la textura sedosa, de los rizos atrapando sus dedos.

El portazo de una puerta interrumpió el beso. Caroline se apartó de golpe y lo miró, asombrada.

Ethan trató de ubicarse. Sarah Ann estaba varios establos más allá. Los mozos transitaban por el pasillo. ¿Qué demonios le había ocurrido?

Y, sin embargo, al mirarla, lo comprendió. Su rostro tenía una suavidad nueva, un brillo que avivó aún más el fuego interior. Había buscado respuestas. Esta no era la que esperaba.

—¿Papá?

La llamada exigía atención, aunque no extinguió la llama. Agradeció que su abrigo le cayera por debajo de los muslos.

—Estamos locos —murmuró Caroline.

—Completamente —asintió él.

Ella negó con la cabeza, como si pudiera sacudirse el beso. Pero había sido más que eso. Él lo sabía. Y sabía que ella también.

—¡Papá! —la voz de Sarah Ann insistió.

Caroline se volvió, a regañadientes, hacia la niña. Su mano temblorosa recorrió la cruz de Shadow, que se estremeció de placer. Ethan comprendió demasiado bien esa sensación; el temblor también lo recorría a él.

—Caroline…

Ella se detuvo sin girarse.

Él alzó la mano y la dejó caer.

—¿Nos vemos en la cena?

Caroline asintió sin mirarlo.

Mejor así. No sabía qué decir. Salió del establo y fue hacia su hija.



Caroline se aferró al cepillo frente al espejo. Apenas reparó en su aspecto: el cabello revuelto, la ropa cubierta de crines. Toda su atención estaba atrapada en las sensaciones cálidas y líquidas que le recorrían el cuerpo.

¿Qué le estaba ocurriendo? Aún podía saborearlo, sentirlo, sentir su excitación aplastada contra ella, un recuerdo que solo intensificaba el latido en su vientre.

Nadie la había besado así. Los besos de Jamie habían sido castos, respetuosos. Nunca había explorado el interior de su boca. Le asombraba cómo aquel juego íntimo había incendiado el resto de su cuerpo. ¿Había sido demasiado audaz? ¿Demasiado desinhibida? Solo había querido prolongar aquellos impulsos nuevos y misteriosos. Dios la ayudara, había querido más. Mucho más.

Tragó saliva. Era una pésima seductora. Había planeado influir en Ethan, llevarlo a su terreno. En cambio, había sucumbido al timbre de su voz, a la visión de su cuerpo alto y fibroso, a sus ojos

azules, intensos. No había podido resistirse al roce de sus labios ni a la forma en que sus manos recorrían su piel.

Un momento antes, él había sido frío y distante. No lograba entender qué había hecho para provocar aquel cambio. ¿Cuándo se transformó la reserva en un calor abrasador? ¿Y cuándo perdió ella el control?

No podía permitirse estar indefensa. No podía entregarse a sensaciones que amenazaban con arrasarla. La mortificaba pensar que, por segunda vez, había estado a punto de rendirse ante un hombre que creía que ella estaba dispuesta a trocar su cuerpo por unas cuantas hectáreas y un establo de caballos. Eso era lo que Ethan pensaba. Y ella le había dado motivos.

Cepilló su cabello con rabia. No estaba enfadada con él, sino consigo misma. Había trabajado durante años por una meta que ahora estaba al alcance de la mano. No iba a desviarse por la lujuria. Porque eso era: lujuria. Lo que necesitaba era lógica fría para convencer a Calder de apoyar la carrera de Shadow.

Con ese propósito, eligió para la cena un vestido gris sencillo, casi recatado, y se recogió el cabello en un moño igualmente sobrio. Ojalá pudiera dominar sus emociones con la misma facilidad.

# Capítulo 12

El lago brillaba bajo la niebla matinal, con las ruinas de un castillo escocés alzándose como un telón de fondo inquietante.

Ethan detuvo a Bailey y contuvo el aliento al acercarse a las aguas gris azuladas. Pero no fue el lago lo que captó su atención. Fue Caroline.

Había cabalgado por delante, montando un magnífico caballo gris, y ahora aguardaba a la orilla. Vestía un traje de montar verde y un sombrero a juego, colocado con descaro sobre su cabello castaño rojizo, recogido en un moño. Nunca había visto a una mujer montar con tanta seguridad ni sentarse sobre un caballo con semejante elegancia. Ni siquiera la ligera lluvia parecía incomodarla; al contrario, su rostro se alzaba hacia el cielo como si la recibiera con agrado.

Se volvió hacia ellos cuando se acercaron. Sarah Ann avanzaba orgullosa sobre su dócil poni. Había practicado con diligencia durante los últimos días y, por fin, Ethan había decidido que montaba lo bastante bien como para realizar el corto trayecto hasta el lago.

Aun así, llevaba sujeta la rienda del poni, aunque permitía que Sarah Ann sostuviera las propias. Él mismo había ensillado a Peppermint, revisando cada pieza de la silla con el mismo cuidado que la suya. No había olvidado cómo había muerto el marido de Caroline.

Sarah Ann, ataviada con su nuevo traje de montar, abrigo y sombrero a juego, parloteaba animadamente con Peppermint. Tenía el rostro encendido por la emoción y Ethan no pudo evitar sonreír. Deseó poder conservar aquella imagen de Sarah Ann para siempre.

Pensar en ella le resultaba más cómodo que pensar en Caroline. Había hecho todo lo posible por mantener distancia emocional. Las comidas habían sido soportables. William había regresado y, junto con Grace, mantenía conversaciones —o discusiones— constantes. Grace no parecía capaz de dejar de coquetear tanto con William como con él, y William reaccionaba invariablemente con ofensa. Vivir en la mansión era como habitar en un polvorín: nunca sabía quién prendería la mecha.

Estuvo a punto de rechazar la propuesta de Caroline de llevar a Sarah Ann al lago aquella mañana. Él, Caroline, William y Grace eran parte de esa dinamita, y la electricidad que se generaba entre ellos resultaba peligrosa. Pero Sarah Ann se lo había suplicado, y él le había prometido desde hacía días que explorarían el lago.

No necesitaba estar tan cerca de Caroline. Ni quería dejarse arrastrar por sus planes. Sin embargo, el niño que aún vivía en su interior se entusiasmó con la idea de un lago, unas ruinas escocesas y un picnic bajo la lluvia.

Un picnic bajo la lluvia frente a una recepción formal. Así se resumían las personalidades tan distintas de las dos cuñadas.

Caroline volvió al trote hasta donde él se había detenido.

—Es precioso, ¿no crees?

Ethan se subió el cuello del abrigo de piel de oveja. Ella rió con un sonido claro y luminoso. Siempre parecía más libre, más ella misma, lejos de la mansión.

—Sí —respondió él, aunque la miraba a ella, al placer que danzaba en sus ojos.

Caroline pareció no advertirlo.

—Ese castillo perteneció a uno de los Gordon hace siglos. Fue tomado y destruido por el rey tras el Cuarenta y cinco, cuando el príncipe Carlos Eduardo Estuardo fue derrotado y tantos escoceses murieron en Culloden. Dicen que está embrujado.

—¿Y tú qué opinas, Caroline?

—Todos los castillos y ruinas de Escocia están embrujados —respondió, y su sonrisa se apagó—. Sobre todo por los recuerdos. Nuestra historia está llena de tragedias, disputas y venganzas. Supongo que para los estadounidenses debe de ser difícil de comprender.

—También hemos tenido tragedias y conflictos —replicó él—, pero nuestras heridas son, en su mayoría, recientes.

—Los escoceses no tienen heridas antiguas —dijo ella—. Revivimos cada una a diario y disfrutamos perversamente al hacerlo. El dolor de 1745 es tan reciente hoy como hace más de cien años.

Ethan sabía lo suficiente de historia para entender lo que Culloden significaba para Escocia. Aquella batalla había dividido al país y destruido el sistema de clanes.

—¿Y tu familia? —preguntó—. Grace dijo que eras de las Highlands.

—Sí. Soy una Mackay, un clan famoso por su combatividad, dentro y fuera de la familia.

Había melancolía en sus palabras. Caroline hablaba poco de sus orígenes. Parecía solitaria, acompañada solo por sus caballos y su perro.

—¿No tienes hermanas?

—No. Tengo cuatro hermanos.

—¿Por eso montas tan bien? ¿Te enseñaron ellos?

—No.

Algo en su tono lo disuadió de insistir. No era asunto suyo.

Sarah Ann, que había esperado pacientemente, intervino:

—¿Podemos ir al castillo?

Caroline miró a Ethan.

—¿Es seguro? —preguntó él.

—No hay fantasmas ni duendes —respondió con una leve sonrisa—. A Jamie le encantaba este lugar cuando era niño. Decía que fingía ser un jacobita proscrito. Me trajo aquí varias veces. Aún quedan pasadizos… y pozos antiguos. Tendrás que agarrarte fuerte a la mano de tu pa.

—¿Qué es "pa"? —preguntó Sarah Ann.

—Papá —explicó Caroline—. O padre. Los escoceses lo acortamos.

—¿Pa? —repitió Sarah Ann con cuidado.

Ethan hizo una mueca. Apenas se estaba acostumbrando a "papá".

—Hay un sitio parcialmente cubierto donde podemos comer —añadió Caroline.

—Me preguntaba por el picnic —admitió él.

La lluvia se había convertido en una niebla suave que empezaba a disiparse. Rayos de sol atravesaban el gris, salpicando el lago como diamantes. Las ruinas parecían místicas y trágicas a la vez.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. No era un hombre dado a fantasías ni a presagios, pero una sensación extraña, casi de destino, se apoderó de él. No tenía sentido.

Caroline era la causa, lo sabía. Caroline, con su voz, su mirada y aquella tierra cargada de pasiones antiguas. Él había buscado paz, no siglos de violencia latente.

—¿Ethan? —su nombre sonó distinto en sus labios.

Le gustaba demasiado.

—¿Papá? —insistió Sarah Ann.

Bajó la mirada. Ella era real. Era todo lo que parecía ser.

—¿Podemos ir al castillo, por favor?

No quería ir. Compartir aquel lugar con Caroline le producía una inquietud que no sabía nombrar. Pero negarse era ceder a miedos irracionales.

La niebla se disipó aún más y el lago resplandeció. Ethan miró a Caroline. Ella le devolvió la mirada, desconcertada. ¿Había sentido también esa atracción inexplicable?

Decidió avanzar.

—Creo que una princesa necesita un castillo.

Sarah Ann le regaló una sonrisa radiante. Hacía días que no tenía pesadillas. Aún no se desprendía de su pañuelo, aunque hoy la había escondido bajo su elegante traje de montar.

—Ahora es un castillo bastante triste —comentó Caroline.

—Lo haremos sentir mejor —dijo Sarah Ann.

—Sé que lo haréis.

Caroline sonrió y giró el caballo, manteniendo esta vez un paso parejo con Ethan. Le recordó a un paseo lejano con Mary May. Ambas compartían la comodidad del silencio.

Incluso Sarah Ann calló, embelesada por las ruinas cada vez más cercanas. Ethan supo que pronto ella pediría montar sin guía. La palabra "no" se le estaba volviendo casi imposible.

Su vida había cambiado. Él también.

Caroline le lanzaba miradas furtivas. Cada cruce de ojos encendía un calor intenso, como un rayo en una noche seca de Texas. Ella lo sentía también; apartaba la mirada y volvía a buscarla.

Deseaba abrazarla. Quitarle el sombrero, soltarle el cabello, pasar los dedos por aquellos mechones rojizos. Había creído que Sarah Ann lo protegería de sentimientos indeseados. No era así.

Llegaron a las ruinas exteriores. Ethan desmontó y ayudó a Sarah Ann a bajar. Caroline esperó, aunque nunca necesitaba ayuda. Él le tendió la mano. Ella resbaló ligeramente y su cuerpo chocó con el suyo. El calor volvió, más intenso.

Se quedó inmóvil, incapaz de soltarla. Ella lo miró desde debajo de sus pestañas oscuras. Ambos temblaron.

—¿Papá? —insistió Sarah Ann—. Quiero ver el castillo.

Ethan cerró los ojos un instante.

Caroline no se apartó. Él sintió su temblor.

—Maldita sea —murmuró, soltándola por fin.

—Lo sé —respondió ella en voz baja.

Retrocedió un paso y apartó un rizo húmedo de su rostro.

—Eres muy bonita —dijo él.

—Estoy empapada.

—Estás especialmente encantadora cuando estás empapada.

Su mano se acercó al rizo rebelde.

—Y la niebla te ha cegado —replicó ella, sonriendo—. Mi cuñada es mucho más guapa.

El castillo los esperaba. Y con él, un peligro que ninguno de los dos se atrevía aún a nombrar.

—Depende de quién mire —dijo él.

—No creía que fueras un hombre de cumplidos.

El acento escocés de Caroline se había acentuado.

—No lo soy —admitió—. No se me dan muy bien.

Sus ojos brillaron.

—Creo que a ti se te dan muy bien.

Sus miradas se cruzaron y, de pronto, Ethan se sintió perdido. Como un colegial ante su primer amor. Y ella era una mujer en la que no confiaba del todo. Quería hacerlo, pero el hombre de ley que llevaba dentro conocía bien la codicia humana. Había visto asesinos encantadores, ladrones carismáticos y estafadores ingeniosos.

No creía realmente que Caroline estuviera implicada en los recientes accidentes, pero no podía permitirse correr riesgos cuando se trataba de Sarah Ann.

Su sonrisa se desvaneció y percibió una mueca de disgusto en el rostro de Caroline. No había nada que pudiera decir, así que se concentró en atar los caballos a un árbol.

—¿Vivían niños aquí? —preguntó Sarah Ann a Caroline mientras observaba las ruinas con fascinación.

—Muchos, según tengo entendido.

Caroline desató la cesta del picnic, la tomó con una mano y cogió la de Sarah Ann con la otra, mientras Ethan tomaba la mano libre de la niña.

Ethan contempló la escena. Cualquiera habría pensado que los tres siempre habían estado juntos. Una punzada desconocida y dolorosa le atravesó el pecho. Tenía treinta y cinco años. Nunca había imaginado tener una familia, no después de la guerra. No lo había echado de menos porque nunca se había permitido pensarlo. Se había conformado con su libertad, con su independencia. Solo ahora comprendía lo que había perdido. Y lo que Sarah Ann se estaba perdiendo al no tener una madre.

No quería que a la niña le faltara nada, y menos aún el amor materno.

El hecho de que Sarah Ann se hubiera encariñado tanto con Caroline lo demostraba.

Aun así, no estaba seguro de poder volver a confiar en una mujer, y menos en una que quería algo de él.

Claire. Su prometida. La mujer que se había marchado con otro cuando supo que quizá perdería una pierna. Le había jurado amor eterno cuando partió con su uniforme de capitán recién ajustado. Pero palideció al verlo en el hospital, consumido por la fiebre, con la barba áspera y la frente empapada de sudor. No pudo marcharse lo bastante rápido. Luego llegó la nota.

No había perdido la pierna, en gran parte gracias a su terquedad y a su negativa a permitir que el cirujano la amputara, pero salió del hospital con una cojera permanente y una desconfianza profunda hacia las mujeres. Hasta que Mary May se coló entre sus defensas con su risa. Y luego ella también se fue, asesinada.

Y ahora estaba Caroline, que no ocultaba sus sueños para Calholm. Sería un necio si se expusiera a otra traición. Y un mal padre si sometía a Sarah Ann a otra pérdida.

Llegaron a un tramo de muralla aún en pie y Caroline soltó la mano de Sarah Ann para guiarla por un hueco entre las piedras.

—Esta era la puerta de entrada y la muralla exterior —explicó —. Las balas de cañón que se usaron para derribarla siguen aquí. Más allá están las ruinas del castillo y sus torres. Los granjeros se llevaron muchas piedras para sus casas y muros. Queda muy poco en pie.

Sarah Ann soltó la mano de Ethan y contempló las ruinas con asombro. A él no le sorprendió. De niño, habría adorado aquellos montones de piedra y su legado de batallas.

Sarah Ann avanzó hacia el muro y él la siguió. Caroline los detuvo.

—Hay varios pozos. Tened cuidado —advirtió, señalando las depresiones del terreno—. Parte de la capilla sigue en pie. La capilla y una de las torres son los únicos edificios originales que quedan.

Sarah Ann volvió a tomar la mano de Ethan y lo condujo hacia las ruinas. Caroline caminaba cerca. Demasiado cerca. Ethan era consciente del aroma floral, de su feminidad, de la tentación de atraerla hacia sus brazos. Mantuvo la mirada fija en Sarah Ann, tanto para apartarse de Caroline como para vigilar a su hija, que avanzaba con cautela.

La pierna comenzó a dolerle, como siempre que caminaba demasiado o cuando el tiempo estaba a punto de cambiar. Sarah

Ann tropezó delante de él y le soltó la mano. Al inclinarse para alcanzarla, un dolor agudo, casi cegador, le atravesó la pierna. Le falló. Empezó a caer. Extendió el brazo y se aferró a Caroline.

Rodaron juntos. Ethan giró para caer de bruces y ella aterrizó sobre él con un grito ahogado.

Lo primero que pensó fue: *Otra vez no.*

Era dolorosamente consciente de cuántas veces había acabado en el suelo en presencia de Caroline. Primero en el carruaje, luego en su dormitorio, después en el vestíbulo de la mansión y ahora allí.

—Maldita sea, esto se está convirtiendo en un mal hábito —murmuró.

Ella rió, y el sonido vibró contra su pecho.

Su rostro estaba a escasos centímetros del suyo. La risa se extinguió al encontrarse con la mirada de Ethan. Caroline se movió un poco, pero solo empeoró la situación. Él gimió.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Estás herido?

—Solo mi orgullo.

—Eso debería ser fácil de curar —respondió ella—. Los hombres parecen tener mucho.

—Eso ha sido cínico.

—¿Lo ha sido? —preguntó con fingida inocencia mientras se apartaba con cuidado y se sentaba, enderezándose el sombrero, cuya pluma le cubría el rostro—. ¿Las mujeres son inmunes, entonces?

—¿Al orgullo?

—Sí.

—Estás aprendiendo el idioma escocés.

—Y no has respondido a mi pregunta —se burló él.

—Y no creo que lo haga.

Una sonrisa traviesa iluminó su rostro.

De pronto, Ethan se dio cuenta de que Sarah Ann los observaba con algo parecido a los celos.

—¿Por qué hacéis eso? —preguntó.

—¿Qué? —respondieron ambos al unísono.

—Estar ahí tumbados.

Ethan intercambió una mirada con Caroline y deseó no haberlo hecho. La diversión compartida se transformó en calor, un calor crudo y hambriento. Caroline fue la primera en apartar la mirada. Se levantó con elegancia y le tendió la mano.

Ethan dudó. Podía incorporarse solo, pero con torpeza. Si aceptaba su ayuda, corrían el riesgo de volver a caer.

—Soy fuerte —dijo ella—, a menos que me pillen por sorpresa.

Él tomó su mano y se levantó.

—Tengo hambre —se quejó Sarah Ann de repente.

Solo entonces advirtieron la cesta caída en el suelo, con el contenido esparcido sobre las rocas. Había caído durante la caída.

Se apresuraron a salvar lo que pudieron. El recipiente del té estaba intacto, también el tarro de mermelada. El pan fresco y varios bollos se podían aprovechar. Las empanadas de carne estaban perdidas.

—Nos apañaremos —dijo Caroline, dirigiéndose con paso decidido hacia los restos de la capilla.

Ethan la siguió, con la pierna protestando a cada paso. Su orgullo estaba herido. Durante cinco años había logrado ignorar la cojera, en parte porque pasaba la mayor parte del tiempo a caballo. Pero las últimas semanas le habían demostrado que no podía hacerlo. Si insistía, podría poner en peligro a Sarah Ann.

Ahora Caroline sabía que era vulnerable. Que, en el fondo, era un lisiado.

Lisiado. Así lo había llamado Claire en la nota. No puedo casarme con un lisiado.

Había luchado contra esa imagen. Quizá por eso se convirtió en alguacil federal. El trabajo le devolvió la autoestima y lo lanzó a una búsqueda personal que solo había terminado unos meses antes.

—¿Ethan?

La voz de Caroline era suave, interrogativa.

Habían llegado a la capilla, una abertura sin puerta y con el techo parcialmente derrumbado. En el extremo opuesto se alzaba un altar de piedra; no quedaba nada más que indicara que había sido un lugar sagrado. Pero las paredes los protegían del viento y de la humedad.

El suelo estaba roto y Ethan avanzó con cautela, decidido a no caer de nuevo. Cuando alcanzaron el centro, un rayo de sol se filtró por la abertura del techo e iluminó el altar.

—La luz siempre cae ahí —explicó Caroline—. Es como si el constructor lo hubiera planeado, incluso el agujero del techo.

Su voz sonaba reverente.

—¿Alguna vez has investigado a las familias que vivieron aquí?

—Sí. Jamie me contó algo —respondió—. Es una historia triste. Escasez de hijos varones, muchos mortinatos. Hay leyendas, claro, pero ninguna relacionada con la capilla. Y ningún amor eterno —añadió con ironía.

Se apartó y encontró dos grandes piedras caídas. Se sentó en una y llamó a Sarah Ann para que se uniera a ella. Ethan se sentó en el suelo, estiró la pierna y se permitió observar a Caroline.

Los ojos de Sarah Ann seguían cada movimiento de Caroline mientras repartía la comida. Ethan habría vendido su alma por una taza de café americano fuerte, pero el té al menos estaba caliente.

Superado el fugaz ataque de celos, Sarah Ann bombardeó a Caroline con preguntas. ¿Qué le había pasado al techo? ¿Por qué alguien dañaría una iglesia? ¿Por qué había habido una batalla? ¿Por qué los hombres se mataban?

La última pregunta era una que Ethan tampoco sabía responder. Había luchado en una guerra. Creía en la Unión. Creía en la causa justa, hasta que descubrió que sus enemigos pensaban lo mismo. Y uno de ellos había arriesgado su vida para salvar la suya.

Escuchó a Caroline responder con vacilación, provocando nuevas preguntas.

—Sé que todo esto es confuso —dijo ella despacio—. A veces, las personas creen con tanta fuerza en algo que sienten que deben luchar por ello, o proteger algo o a alguien que aman.

—¿Como Calholm? —murmuró Ethan.

Caroline pareció sorprendida.

—Como Calholm. Y como Sarah Ann.

—El hombre que mató a mi madre —dijo la niña—. ¿Estaba protegiendo a alguien?

Caroline miró a Ethan, desvalida. No había advertido cuánto había comprendido Sarah Ann.

Ethan tomó a la niña y la sentó en su regazo.

—A veces, cariño, la gente es simplemente codiciosa —explicó —. Y no les importa a quién hagan daño mientras consigan lo que quieren.

Sarah Ann se acurrucó contra él.

—Nunca dejaré que nadie te haga daño —le dijo—. Te lo prometo.

Él la estrechó con fuerza. Deseó no haber venido. Deseó que ella no hubiera recordado lo que había sufrido. Miró a Caroline. Sus ojos parecían velados, como cubiertos por una gasa.

Caroline se volvió hacia el altar, luego se levantó y se acercó. Sarah Ann se retorció, ya aparentemente consolada. Abrazó a Ethan y le manchó la cara de mermelada. Él bendijo en silencio la resiliencia infantil.

Se levantó con torpeza y se acercó a Caroline. Ella tenía una mano cerrada en un puño a la altura de la cintura. Ethan la tocó, pero ella se apartó.

—¿Caroline?

—Solía tener miedo —dijo en voz baja—. Puede ser algo terrible.

Temblaba. Él volvió a acercarse, pero ella retrocedió de nuevo.

—Creo que es hora de irnos —concluyó sin mirarlo—. Tengo que trabajar con Shadow.

Lo había rechazado. Había cerrado la puerta a la intimidad que parecía haber nacido entre ellos. Pero ¿había sido real? ¿Había percibido ella sus sospechas?

Caroline recogió con rapidez lo poco que quedaba del picnic.

Ethan sintió una pérdida extraña. Como si hubiera dejado atrás algo valioso.

Cuando, en realidad, nunca había sido suyo.

# Capítulo 13

Desde la ventana del segundo piso, William Gordon observaba cómo Ethan Calder, Caroline y Sarah Ann se alejaban de Calholm. La visión no ayudó en absoluto a aliviar su resaca.

La visita a su abogado en Edimburgo había sido desalentadora. John Alistair gozaba de una reputación impecable y, según le habían dicho, su recomendación casi con toda seguridad conduciría al reconocimiento oficial de Sarah Ann Gordon Calder como heredera de Calholm.

William sintió un vacío helado en el estómago. Durante los últimos dos años había vivido pendiente de esa herencia, tan convencido de que sería suya que había acumulado una montaña de deudas basadas en esa expectativa. Ahora no tenía forma alguna de saldarlas. La poca dignidad y el escaso orgullo que aún conservaba se desmoronarían con ellas.

La verdad era cruel: no tenía recursos para enfrentarse a Ethan Calder, y ningún abogado aceptaría un litigio tan incierto sin garantías de cobro.

Su mala suerte parecía perseguirlo desde la infancia. Hijo único varón de una familia que ya lo había perdido todo salvo el título, había visto a su padre quitarse la vida tras arruinarse en una inversión fallida, una humillación añadida al apellido. Él y su madre habían ido de casa en casa, de pariente en pariente, hasta que terminaron enviándolo a escuelas mediocres.

Había aprendido a ser encantador, como suelen hacerlo los mendigos. Su atractivo físico lo convertía en un invitado solicitado, aunque nunca en un candidato serio para el matrimonio. Siempre

animaba las reuniones con su conversación ingeniosa. Dios, cuánto detestaba al hombre en el que se había convertido durante esos años.

Luego, dos años atrás, murió el hijo mayor de los Gordon, el marido de Grace. Con el hijo menor desaparecido desde hacía tiempo y Jamie sin descendencia, William pasó a ser el siguiente en la línea de sucesión. Fue invitado a Calholm para una cacería… y cuando Jamie murió, de pronto el futuro se volvió prometedor.

Como heredero presunto, se instaló en Calholm. Él y Grace, a quien ya conocía de antes, se enamoraron. Maldita sea, cuánto se había enamorado. Por primera vez en su vida, el futuro parecía tangible.

Pero también sabía que Grace amaba el lujo y todo lo que el dinero podía comprar. Tal vez lo amara, como decía, pero William había aprendido a ser realista: el amor duraba mientras la bolsa estuviera llena. Cuando Alistair insistió en buscar a Ian Gordon o a su descendencia, William se sintió morir. Desesperado, incluso intentó sobornar al abogado estadounidense para que detuviera la búsqueda. El intento fue denunciado y Alistair decidió que William jamás tendría el control de Calholm.

Sabía que aquel soborno había sido una estupidez, pero estaba obsesionado con Grace y con la finca. No era justo que una parte de Escocia acabara en manos de un estadounidense al que no le importaba nada. Si alguien era un impostor, pensaba, era ese arrogante americano.

Su única satisfacción era que los coqueteos de Grace parecían no afectar en absoluto a Ethan Calder. William no entendía cómo alguien podía preferir a una intelectual vestida como un hombre antes que a Grace, pero agradecía esa pequeña misericordia.

¿Y ahora qué? ¿Adónde iría?

Sabía que podía administrar Calholm. Lo sabía, aunque nadie más pareciera creerlo. Había estudiado ganadería en la Universidad de Edimburgo y se había interesado por las fincas donde había

pasado breves temporadas con su madre. Siempre había albergado esperanzas, aunque solo fueran eso.

Ahora comprendía su error: había esperado demasiado, confiando en que la vida le entregaría lo que su madre le había prometido. Nunca se había preparado para ganarse la vida por otros medios. Y ahora nadie confiaría en él.

Mientras veía a las tres figuras dirigirse hacia el lago y las ruinas del viejo castillo, luchó contra la amargura y la desesperación. El americano no merecía Calholm. La niña tampoco.

Sintió una mano en la espalda y reconoció el perfume de Grace.

—Parece que prefiere a tu cuñada —escupió con sarcasmo, incapaz de contener la crueldad.

Había reprimido a duras penas su furia y su angustia mientras Grace se burlaba y tentaba al americano durante las últimas semanas.

Ella se apoyó en él y William tuvo que luchar contra el deseo que sentía.

—Yo te prefiero a ti —susurró ella.

—Solo porque has tenido algo de suerte con él.

Quería rodearla con los brazos, hundirse en su cuerpo y olvidar la pobreza, las deudas, la ausencia de futuro.

Grace suspiró.

—Ya me conoces. Solo intentaba averiguar algo sobre él. Ver si es el farsante que crees.

—¿Y lo es? —preguntó él con aspereza.

—No lo sé —admitió—. Quiere a la niña, pero no habla de sí mismo.

—¿Besa bien?

—No lo ha intentado.

—Estás perdiendo tu toque, amor. Apostaría a que ha besado a tu querida cuñada.

—Por eso no tienes un penique —replicó ella con frialdad.

William supo que le había herido el orgullo.

—No podría gustarle esa… marimacho.

—No los viste alejarse hace un momento… hacia las ruinas. Un lugar muy romántico para una cita.

—La niña iba con ellos.

Y entonces comprendió que Grace también los había estado observando.

Apretó la mandíbula. Cada recordatorio de que una niña de cuatro años ocupaba el lugar que debería haber sido suyo le hacía hervir la sangre… y helarle el corazón. ¿Por qué no había funcionado el soborno? ¿Por qué Alistair había persistido? Un verdadero escocés debería haber protegido lo que era suyo.

—¡Malditos sean!

—La niña es bastante dulce.

William arqueó una ceja.

—¿Instinto maternal a estas alturas, Grace? ¿Sabes lo que nos está costando?

—Lo sé, pero es precoz y tiene esa mirada triste…

—Maldita sea, tú también —gruñó él.

Grace lo miró a los ojos.

—Tiene el aspecto de los Gordon, pese al pelo rojo. Alistair dice que los documentos son válidos. No podemos hacer nada más que aceptarlo.

—Tú puedes aceptarlo —replicó William con amargura—. Tienes tus derechos en esta casa y en el fideicomiso. Yo no tengo nada.

—Me tienes a mí.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó—. Te conozco demasiado bien. En cuanto se apruebe la petición de Alistair, me marcharé de Escocia, un paso por delante de mis acreedores.

Grace quedó paralizada.

—¿Adónde…?

De no estar tan abatido, William habría disfrutado de la emoción en su voz. Se encogió de hombros.

—Quizá Australia. O América. Dicen que allí hay oro. Es mejor que la miseria de aquí.

—Tengo algo de dinero…

—No basta, y no viviré a tu costa. Terminarías despreciándome.

—Tiene que haber algo…

—A menos que ocurra otro accidente, no lo veo.

—¿Un accidente?

—Jamie… tu marido. Los accidentes parecen abundar en esta familia.

Grace se estremeció y William la estrechó contra sí. Ella alzó el rostro y sus labios se encontraron. La desesperación alimentó el deseo. No podía perderla.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y, segundos después, estaban en la cama, consumiéndose el uno al otro.

Ethan observó cómo Sarah Ann cerraba los ojos. Annabelle, que había protestado larga y ruidosamente por haber sido dejada sola en

la habitación, ahora se acurrucaba en el hueco de uno de sus brazos, apestando a pescado recién comido.

La ternura amenazó con ahogarlo. No sabía que podía ser tan intensa, tan poderosa. No sabía que podía derretirse con solo contemplar a una personita tan pequeña. Alzó con cuidado el edredón de plumas para cubrirla y se encontró con la mano posada en su hombro. Dios mío, quería mantenerla a salvo y feliz para siempre. No sabía cómo sería capaz de dejarla marchar algún día.

Se enderezó y se obligó a salir de la habitación. Entró en la suya y cerró la puerta. Se puso unos pantalones vaqueros cómodos y una camisa de algodón, y se enfundó el abrigo de piel de oveja. Necesitaba estar solo un rato, a caballo, donde pudiera pensar. La inactividad, la sensación de no tener nada verdaderamente útil que hacer, lo estaba consumiendo.

Era hora de empezar a comprender las fincas y la agricultura escocesas. Porque, independientemente de la decisión que tomara —quedarse o buscar un administrador para Calholm—, quería asegurarse de que fuera la mejor posible.

El primer paso consistía en explorar la finca. Conocía sus límites por las descripciones de Alistair y de Caroline, pero aún no había visto las granjas periféricas, aquellas por las que Caroline y William discrepaban. Los campos del sur se utilizaban como zona de entrenamiento para los saltadores de Calholm. El norte y el oeste estaban dedicados principalmente a las ovejas, y el este albergaba a unas veinte familias que trataban de subsistir con pequeñas parcelas en régimen de arrendamiento. Grace y William querían convertir también esas tierras en pastos para ovejas. Las escasas participaciones de cosecha que Calholm recibía de los arrendatarios representaban apenas una fracción de los ingresos que aportarían las ovejas adicionales.

Conocía bien el argumento. Lo había debatido con Alistair, que había expresado su esperanza de que Ethan mantuviera las granjas.

Aunque no se había comprometido con nadie, la inclinación de Ethan era conservarlas. Había visto guerras por la tierra durante sus años como alguacil y siempre había simpatizado con los colonos, hombres y mujeres que trabajaban desde el alba hasta bien entrada la noche para construir algo para sus familias. En ocasiones le habían encargado expulsarlos por haberse asentado en tierras ajenas o del gobierno. Detestaba esa tarea.

Pero tampoco se veía a sí mismo como granjero. Ni como pastor.

Se dirigió al establo, saludó a Geordie y rechazó su oferta de ensillar a Bailey. Encontró una silla de montar y, mientras revisaba las hebillas, oyó ladridos procedentes de una estancia trasera. Miró al muchacho con curiosidad.

—Es Henry —dijo Geordie—. No le gusta que lo dejen atrás.

—¿Crees que estaría bien que viniera conmigo? —preguntó Ethan.

Geordie se encogió de hombros.

—No veo por qué no. Lady Caroline no quiere que arruine el entrenamiento de Shadow, pero si va con usted…

Ethan ensilló el caballo y luego liberó a Henry de su encierro. El perro se abalanzó sobre él con entusiasmo, apoyando las patas en su pecho.

Ethan le acarició la cabeza. Nunca había tenido un perro. Su padre se lo había prohibido en la infancia y, más tarde, nunca le había parecido posible ni justo, dadas sus largas jornadas como abogado, luego la guerra y, después, las exigencias del oficio de alguacil. Por eso había sido una presa fácil cuando Sarah Ann le suplicó que salvara a un gato famélico al borde de la muerte.

Henry ladró con júbilo y salió disparado mientras Ethan montaba y abandonaba el establo, dirigiéndose hacia el este, en dirección a las granjas de los arrendatarios.

El sol se abrió paso entre las omnipresentes nubes escocesas, calentando el aire y arrancando destellos a los tojos y a las colinas de un verde oscuro. Por un momento creyó ver un arco iris, pero enseguida decidió que había sido una ilusión. Muchas cosas en aquel país parecían ilusorias: colinas apacibles que ocultaban siglos de guerras y traiciones, y aun así un valor poco común.

Al coronar una loma, vio humo elevarse perezosamente desde la chimenea de una cabaña de piedra más abajo. Campos bien cuidados, ahora en barbecho, dibujaban patrones alrededor de la construcción. Sabía que la mansión de Calholm se sostenía en gran medida gracias a los descendientes de los arrendatarios; las pequeñas parcelas no bastaban para mantenerlos.

Un perro ladró y Henry corrió hacia delante, ahogando los ladridos ajenos con su propio estruendo.

Cuando Ethan se acercó, la puerta de la cabaña se abrió y una mujer se asomó. Un perro se escabulló entre sus piernas y corrió hacia Henry. Ambos animales se saludaron con efusividad mientras Ethan desmontaba.

—Soy… —empezó.

—Sé quién es —dijo la mujer—. El nuevo amo.

La hostilidad brillaba en sus ojos.

Amo. La palabra lo sacudió. Había luchado en una guerra para que nadie tuviera que volver a pronunciarla.

—¿Va a echarnos de nuestras tierras?

Ethan no pudo evitar una leve sonrisa. Al parecer, ser amo no garantizaba el servilismo automático.

—No tengo autoridad para echar a nadie —respondió—. Al menos, no por ahora.

—Pero lo hará. Mi sobrino Geordie lo ha dicho.

—Entonces Fiona es tu hermana.

—Sí —respondió ella con cautela—. Es una excelente cocinera.

—No tan buena como yo —replicó con beligerancia—. Hago el mejor pastel de carne del distrito.

Ethan entrecerró los ojos.

—¿Mejor que el de Fiona?

La mujer enderezó los hombros y, por un instante, la edad pareció desvanecerse de su rostro.

—No trabajaría para la casa grande, ni para ninguno de los hijos del marqués.

—¿Ni siquiera para Jamie Gordon?

Ella resopló con desprecio.

—Era el peor de todos. Un lobo con piel de cordero.

Era la primera crítica que Ethan escuchaba sobre el venerado Jamie Gordon, y lo sorprendió.

—¿Usted es…?

—Eliza Crawford. Y puede ir a chivarte a Lady Caroline. Ella nunca lo vio como realmente era.

—No se lo diré a nadie —replicó Ethan—. Y no pienso echar a nadie de sus tierras.

Una sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Entonces es bienvenido a mi casa para probar mi cocina.

Ethan entró en la cabaña y observó el techo de paja y la chimenea de piedra, que servía también como fogón. La estancia única era primitiva, incluso comparada con algunos refugios de turba que había conocido en la pradera. El olor a turba impregnaba todo, dominando incluso los aromas de los pequeños huecos donde se horneaban panes y pasteles.

—No es grande —dijo ella—, pero es mucho mejor que los barrios marginales de Edimburgo o Londres.

—He vivido en lugares peores —respondió él. Y era cierto.

—¿En América? —preguntó ella con escepticismo—. He oído que allí el oro se recoge del suelo.

—Muchos lo creen —contestó—. Y muchos se llevan una decepción. Hay oro, pero encontrarlo es difícil… y a menudo peligroso.

—El joven Ian se fue a buscar oro.

—Lo sé.

Ethan se sentó a la mesa. Ella colocó delante de él un bollo dulce aún caliente y una pequeña vasija con mantequilla recién batida. El bollo casi se deshacía en la boca.

—Tiene razón, señora Crawford —dijo—. Eres una cocinera magnífica.

—¿Mejor que Fiona?

Ethan sonrió.

—No va a ponerme en ese aprieto.

—No parece un cobarde.

Sus ojos se iluminaron, y él pensó que debió de haber sido una mujer muy hermosa en su juventud. Ahora parecía vencida por la vida y la tristeza.

—Cuando se trata de juzgar la cocina, lo soy —admitió—. Y no pienso meterme en medio de una pelea.

—Creo que ya lo está haciendo —replicó ella, poniéndose seria —. ¿Entre las cuñadas?

—Sí.

—No es una posición que yo haya elegido.

Ella lo miró con astucia.

—Pero la ha elegido, ¿no?

—Aún no tengo la ley de mi parte —respondió—, así que no puedo elegir nada.

—Dijo que no iba a echarnos. William Gordon y Lady Grace creen que estas tierras deberían destinarse a las ovejas.

—¿Deberían?

—El primer marqués juró que nuestros abuelos y sus familias podrían vivir aquí para siempre.

—¿Pero no lo dejó por escrito?

Ella negó con la cabeza.

—No lo consideró necesario. Se lo dijo a su hijo, y su hijo al suyo.

—Y ahora ya no hay más hijos.

—No —dijo ella con tristeza—. Sabemos que otros arrendatarios han sido expulsados de tierras que cultivaron durante años.

—¿Tu marido?

—Murió hace diez años. Mi hijo, Alex, cuida ovejas para Calholm, pero ama la tierra. Su corazón está en esos campos.

Ethan asintió. Conocía a muchos hombres del oeste con esa misma pasión. Aunque no la compartiera, la entendía… y la envidiaba.

—¿Conocías al joven Ian? —preguntó ella, cambiando de tema.

—No —respondió Ethan—, pero debió de haber algo bueno en él para engendrar a una hija tan maravillosa.

—Era guapo, pero salvaje —dijo ella—. Nada que ver con el marqués. Ninguno de los hijos se le parecía. John Gordon tenía honor.

—Creo que estaría orgulloso de su nieta. Tiene un gran corazón.

—Usted también, creo —replicó ella—, aunque intente ocultarlo.

Nadie le había dicho algo así en años.

Antes de que pudiera responder, Eliza Crawford añadió:

—Me gustaría conocer a la niña. Geordie dice que es muy guapa.

—La traeré mañana —aseguró Ethan.

Ella sonrió, sin mostrar los dientes.

—Tendré un pastel de carne listo.

—Es una oferta que no puedo rechazar —respondió—. Mañana por la tarde, entonces.

—Aquí le esperaré.

—Ha sido un placer —dijo Ethan al despedirse.

El brillo había regresado a los ojos de la mujer, y él sintió que el ánimo se le elevaba mientras salía de la cabaña y regresaba a su caballo.



A pesar del aire fresco, Caroline regresó empapada en sudor tras una tarde de saltos con Shadow. Lo había exigido sin piedad, intentando en vano huir de los pensamientos torturados y de los sentimientos que la expedición de aquella mañana con Ethan y Sarah Ann había despertado en ella.

Mantuvo al semental al galope al aproximarse al patio del establo, pero redujo la velocidad al distinguir a otro jinete que avanzaba desde el este.

Ethan. Perfecto.

Había pasado casi toda la tarde maldiciendo su nombre.

Se detuvo y esperó. Enrique VIII, que al parecer había logrado convencer a Ethan para que lo soltara, corrió hacia ella y la saludó

con ladridos entusiastas. Caroline creyó percibir incluso un matiz de triunfo en aquel recibimiento.

Instintivamente, se echó hacia atrás el mechón de cabello que se había soltado de la cinta.

Ethan puso su caballo a la par del suyo y le dedicó aquella maldita sonrisa torcida que lo hacía parecer tan condenadamente intrigante.

—Caroline.

Deseó decirle algo ingenioso, pero solo giró a Shadow hacia el establo. Un instante después, sin embargo, la curiosidad pudo más que su orgullo.

—¿Estabas inspeccionando tu nuevo dominio?

Él arqueó una ceja ante la aspereza de su tono.

—Pensé que sería prudente —respondió con calma—. Conocí a la hermana de Fiona. Es una mujer interesante.

Caroline temió preguntar por qué. Apreciaba a Eliza Crawford, pero la mujer era obstinada y no se mordía la lengua cuando se trataba de opinar sobre los Gordon.

—No le agradaba Jamie.

Caroline se tensó al instante. Ignoró el comentario, desmontó y condujo a Shadow hasta la puerta del establo.

Ethan también desmontó y le abrió la puerta. William lo había llamado rufián, pero, salvo alguna brusquedad ocasional, sus modales eran irreprochables.

Timothy, uno de los muchachos del establo, se acercó.

—Yo me encargaré de su caballo y lo refrescaré, mi señora. Y del suyo, señor.

Ethan negó con la cabeza.

—Lo haré yo mismo. Bailey y yo aún nos estamos conociendo.

Caroline entregó a Shadow a Geordie y dudó, reacia a marcharse.

—Te ayudaré a cepillarlo —se oyó decir a sí misma.

¿Por qué demonios había dicho eso? Se habría dado una patada.

Él sonrió.

—Acepto. Sarah Ann despertará pronto de la siesta.

Caroline lo observó mientras desensillaba al caballo con destreza, le quitaba el bocado y lo llevaba a paso lento por el establo antes de meterlo en el box. Fue al cuarto de los arreos, tomó dos cepillos de curtido, le entregó uno y se quedó con el otro. Sin hablar, comenzó a cepillar a Bailey, esforzándose por no fijarse en las manos firmes de Ethan deslizándose por la cruz del animal.

Él empezó a silbar una melodía desconocida, hermosa y melancólica.

—¿Qué canción es? —preguntó ella cuando terminó.

—«Lorena». La cantábamos durante la guerra, aunque nació como canción rebelde.

—¿Cuál es la letra?

Ethan empezó a cantar en voz baja, con un tenor auténtico que la dejó cautiva por la nostalgia que impregnaba cada verso.

Los años pasan lentamente, Lorena.

La nieve vuelve a cubrir el suelo.

El sol se desliza por el cielo, Lorena.

La escarcha brilla donde antes hubo flores.

—Es preciosa —susurró Caroline.

—Está grabada en mi mente —respondió él—. No imaginas cuántas veces la oí. Decían que la guerra era noventa y nueve por

ciento aburrimiento y uno por ciento terror absoluto. Las canciones aliviaban la espera. Nada aliviaba el terror.

Le costaba imaginar a Ethan Calder asustado por algo.

—¿Alguna vez estuviste enamorado? —preguntó ella, impulsada por la forma en que había cantado.

—Hace mucho tiempo —respondió—. O eso creía. Creía que ella también lo estaba.

El cinismo en su voz la animó a insistir.

—¿Qué ocurrió?

—No quiso casarse con un lisiado.

Caroline abrió los ojos, sorprendida.

—Era una tonta.

Las manos de Ethan seguían moviéndose por el cuello del caballo.

—Quizá no —dijo—. Todos los médicos aseguraban que perdería la pierna. No podía culparla.

Caroline sí podía. Comprendió de pronto la desconfianza que él mostraba hacia las mujeres.

—¿Qué fue de ella?

—Se casó con un banquero.

—¿Y tú regresaste a la guerra?

—Al cuartel general. Allí una pierna débil importaba menos.

—Podrías haberte quedado en casa.

—Podría —admitió—, pero tenía que encontrar a alguien.

Terminó con el caballo, notó que ella también había acabado y colocó una manta sobre Bailey.

—Es hora de ir a ver a Sarah Ann.

La conversación se cerró de golpe. No iba a añadir nada más.

—¿Vuelves a la mansión? —preguntó ella.

Caroline negó con la cabeza.

—Tengo que hablar con Callum.

—Entonces nos veremos en la cena.

No quería sentarse frente a él. No quería exponerse a otro rechazo.

—No lo sé.

—Sarah Ann te echará de menos.

¿Y tú? No se atrevió a preguntarlo.

—Buenas noches, entonces —dijo él—. Sarah Ann ha disfrutado mucho del paseo de esta mañana. Gracias.

Se marchó sin añadir nada, dejándola con una sensación de vacío y más confundida que nunca.



Ethan se maldijo por su estupidez. ¿Por qué le había hablado de Claire? ¿Por qué había cantado aquella maldita canción? ¿Por qué había permitido que sucediera?

Había buscado distancia y había conseguido lo contrario. En aquellos minutos cepillando el caballo junto a Caroline había sentido una cercanía que jamás había experimentado con otro adulto. Ni con Claire. Ni con su padre. Ni con Mary May.

La intimidad había sido casi dolorosa, y al mismo tiempo despertaba en él un anhelo profundo, instintivo, de buscarla de nuevo. Como si de pronto se le hubieran caído las anteojeras, comprendió que esa conexión era lo que había estado persiguiendo toda su vida.

Y eso lo aterrorizaba.

Lo deseaba con una intensidad que podía saborear, sentir, respirar. Pero si permitía que Caroline se acercara más, ¿traicionaría ella su confianza? ¿O descubriría demasiado tarde que había sido engañado por una mujer que solo quería utilizarlo?

No podía soportar otra traición. Dudaba que sobreviviera a ella. Tras la última, se había refugiado en la botella y le había llevado meses recuperar el control.

Y aun así, mientras pensaba en los ojos amables de Caroline y volvía a sentir su atracción, se preguntó cuánto tiempo más podría negarse aquello que su corazón anhelaba con tanta claridad.

# Capítulo 14

Ethan observó con recelo la ropa formal de los antiguos marqueses de Calholm.

El ceilidh de Grace tendría lugar en cuatro días y no poseía ninguna prenda adecuada para asistir, ni tampoco ganas de gastar una fortuna en ropa que quizá solo usaría una o dos veces. Caroline le había sugerido revisar los armarios que aún conservaban prendas del antiguo Calder de Calholm.

Encontró camisas de lino, chaquetas formales, cinturones anchos y faldas escocesas confeccionadas con el tartán Gordon. No había pantalones.

Sacó una falda escocesa del armario y estudió aquella prenda infernal. El mayordomo permanecía inmóvil a su lado, con la preocupación dibujada en los labios. Ethan sabía que Duncan seguía desconcertado por sus costumbres, en especial por su negativa a tener un sirviente personal.

—¿Cómo se lleva una de estas? —preguntó, sin estar del todo seguro de querer saber la respuesta.

Sabía que las faldas escocesas eran piezas muy valoradas. Prohibidas tras 1745 por los ingleses y recuperadas a comienzos del siglo XIX, en parte gracias a las novelas románticas de Walter Scott, se habían convertido en símbolo del orgullo nacional. Vestir ropa americana solo lo haría parecer más forastero, algo que no deseaba para Sarah Ann.

Así que observó aquellos rollos de lana como un tejano mira una serpiente de cascabel: con cautela extrema.

—Lord Jamie no era tan alto como usted —comentó Duncan—, pero sí más alto que los demás.

Metió la mano en el armario y sacó otro rollo de tela roja y azul, manipulándolo con una reverencia casi religiosa mientras desenrollaba los seis metros de tejido.

—Debe desvestirse antes de probárselo, señor.

Ethan no era un hombre pudoroso. La modestia no sobrevivía ni a la guerra ni a los largos viajes con otros hombres de la ley. Aun así, probarse una falda escocesa ante un mayordomo rígido y formal le resultaba singularmente humillante.

Pero, demonios, si iba a quedarse en Escocia, más le valía acostumbrarse.

La idea lo detuvo en seco.

No se había dado cuenta, pero estaba considerando seriamente quedarse.

Atónito, se quitó los pantalones y la ropa interior y se sometió a la prueba. Duncan le mostró cómo ajustar las correas: los pliegues en la parte posterior, el delantal delante. Lo examinó desde todos los ángulos posibles y asintió.

—Servirá.

Ethan no estaba tan convencido. Se sentía desnudo.

—¿Qué se lleva debajo? Está claro que mis calzoncillos no sirven.

Duncan lo miró como si hubiera cometido un sacrilegio.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada —repitió con firmeza.

—¿No pasan frío?

El mayordomo esbozó una sonrisa leve.

—Los escoceses no pasan frío. Antaño iban a la batalla completamente desnudos.

—Debían de desconcertar bastante a sus enemigos —murmuró Ethan.

La sonrisa de Duncan se amplió un poco más.

—Así es.

Ethan se acercó al espejo y se examinó. Se preguntó si se veía tan ridículo como se sentía, si sería capaz de presentarse ante un centenar de invitados con aquella… falda. Pero no tenía alternativa.

Caminó varias veces por la habitación, intentando acostumbrarse. Una falda escocesa. Peor aún, la falda de un hombre muerto.

¿Qué demonios estaba haciendo?

¿Y qué pensaría Caroline?

¿Por qué le importaba tanto?

A la tercera vuelta empezó a preguntarse por qué los hombres habían inventado los pantalones.

—Parece un escocés —comentó Duncan con solemnidad.

—Gracias —respondió Ethan—. ¿Puede ayudarme a quitármela?

Duncan sonrió.

—Es un placer servirle, señor.

La evidente satisfacción del mayordomo le provocó a Ethan una punzada de culpa por haber rechazado tantas veces su ayuda. Se preguntó si también habría ofendido a los demás sirvientes. Aun así, no podía imaginar nada peor que tener a alguien rondándolo día y noche.

—Se lo agradezco —dijo—. No solo por esto, sino por soportar a un estadounidense.

Duncan se irguió.

—Es un honor, señor. Y la joven es una alegría para esta casa. Maisie, la hermana de Effie, le está confeccionando un vestido precioso para el ceilidh.

Ethan asintió.

—¿Qué más debo llevar con la falda?

—Lo tendré todo preparado.

Ethan pensó que quizá se necesitaba más valor para lucir esa indumentaria en un ceilidh que para enfrentarse a los rebeldes en Vicksburg.

—Gracias, Duncan.

Se puso los pantalones, aliviado de sentirse de nuevo él mismo, y se preguntó si algún día lograría verse como un caballero escocés.

Salió de la habitación y se dirigió a la cocina, donde sospechaba que Sarah Ann aguardaba con impaciencia el paseo de la tarde. Annabelle, esperaba, estaría a salvo en el dormitorio.

En los últimos días había hecho dos descubrimientos importantes. El primero: Sarah Ann, al igual que Caroline, era una amazona nata. El segundo: Annabelle estaba preñada; su vientre abultado no se debía solo a la nata. Decidió que probablemente se había quedado encinta de uno de los gatos cazadores de ratas del barco durante la travesía.

Annabelle ya era suficiente desafío. ¿Cómo se las arreglaría con una camada entera de pequeñas Annabelles? Se imaginó media docena de gatitos librando una guerra abierta contra el pobre Henry.

Faldas escocesas. Niebla arremolinada. Una mujer que lo descolocaba por completo. Y ahora una gata embarazada. No cualquier gata: Annabelle.

¿Volvería su vida a parecerse alguna vez a lo que había considerado normal? Probablemente no, con una niña pequeña

cerca, y menos aún una con un amor inagotable por todas las criaturas.

Y tampoco con Caroline cerca.

La había visto poco en los últimos días. Pasaba la mayor parte del tiempo con Shadow y Callum, y él no había intentado unirse a ellos. Era demasiado peligrosa para su equilibrio.

William también lo evitaba, había notado. Desaparecía durante días, aunque en las pocas comidas compartidas se había mordido la lengua. Una vez, Ethan creyó ver una sonrisa fugaz en su rostro ante algo que dijo Sarah Ann, rápidamente reemplazada por su habitual máscara cínica.

Ethan sentía una curiosidad creciente por William y una incipiente simpatía. Tenía que ser duro esperar tanto y recibir tan poco. Una vez que el Parlamento reconociera oficialmente a Sarah Ann como heredera presunta, pensaba hablar largo y tendido con él.

Mientras tanto, había recorrido las tierras, conocido a los arrendatarios, leído historia de Escocia y libros de ganadería. Había revisado las cuentas de la finca que llevaba William y los registros del establo proporcionados por Callum.

Empezaba a comprender la postura de Grace y William. Calholm apenas producía lo suficiente para cubrir los impuestos. Una tormenta durante la época de partos podía arruinar la finca, y los caballos no generaban beneficios inmediatos.

Pero tenía que existir un término medio.

Encontró a Sarah Ann, tal como esperaba, aún en la cocina con Fiona. Annabelle se deslizaba entre las patas de mesas y sillas en busca de migajas. Sarah Ann, con su nuevo traje de montar, se levantó de un salto al verlo.

—Me he probado el vestido de Maisie. Es muy bonito.

—¿Bonito?

Estaba empezando a usar palabras escocesas.

—Muy bonito, papá. Tengo muchas ganas de que llegue la fiesta. Lady Grace dice que todo el mundo quiere conocerme.

Frunció el ceño un instante.

—Excepto mi primo William. Creo que no le gusto.

—Te equivocas, cariño. Solo tiene muchas cosas en la cabeza.

—No creo que sea muy feliz.

La perspicacia de la niña no dejaba de sorprenderlo.

—Yo tampoco lo creo —admitió—. Quizá podamos ayudarle a sentirse mejor.

—Quizá.

—¿Podemos ir a montar ahora?

—Me parece una idea excelente.

—¿Podemos volver a ver a la señora Crawford?

La visita había sido un éxito, aunque Sarah Ann se encariñaba con cualquiera que le mostrara un mínimo de afecto. Estaba floreciendo bajo la atención de Calholm y llevaba dos semanas sin pesadillas. Quizá pronto abandonara el pañuelo de Mary May.

—Vamos a cansar a la señora Crawford —comentó él—. ¿Y si vamos a ver a Lady Caroline montando a Shadow?

Sarah Ann hacía esa pregunta a diario y él la había evitado deliberadamente. Caroline era un rayo para su trueno. Juntos formaban una tormenta peligrosa.

Mirar no haría daño, se dijo.

—De acuerdo. Pero antes subiremos a Annabelle.

Fiona negó con la cabeza.

—Annabelle y yo nos estamos acostumbrando la una a la otra.

—¿Estás segura?

—Siempre que ese grandullón de Henry se quede fuera.

Ethan recordó cierta escena en el vestíbulo semanas atrás. El brillo divertido en los ojos de Fiona lo confirmó.

Sarah Ann también sonreía. Ethan intuía que la niña estaba empezando a amar aquel lugar y que el lugar empezaba a quererla a ella.

Su plan original había sido dejarla allí si encontraba una familia y un hogar felices. Ya no estaba seguro de poder hacerlo. Pero tampoco sabía si podía quedarse para siempre en un país que no era el suyo.

Aún no tenía que decidirlo. Quedaban preguntas sin respuesta.

La calma de las últimas semanas casi le había hecho creer que los accidentes habían sido solo eso. Pero «casi» no era suficiente.

—¡Papá!

La reclamaban.

—De acuerdo, cariño. Annabelle se queda con Fiona, y que los santos las protejan a ambas —guiñó un ojo—. Vamos a ver a Lady Caroline.



Caroline sometió a Shadow a la rutina habitual. El caballo ya no se resistía a ninguno de los obstáculos y ella se deleitaba en la suavidad de sus saltos. Sentía que podría volar hasta la luna con él.

Geordie observaba aquella mañana. Callum pretendía que empezara pronto a montar a Shadow. Si el entrenamiento iba bien, sería el jinete del caballo en el Grand National. Caroline detestaba la idea de cederlo a otro. Pero una mujer no podía participar en carreras de obstáculos, y había llegado el momento de que Geordie adquiriera experiencia.

Aun así, aquello era como renunciar a una parte de sí misma. El entrenamiento de Shadow para el Gran Nacional había sido un

faro en medio de una tormenta de dolor, soledad y aislamiento. Había tomado un potro testarudo de un año y lo había transformado en algo magnífico. A partir de ahora, solo sería una espectadora.

A menos que Ethan Calder compartiera su visión.

Siempre acababa volviendo a él. Podría entrenar docenas de caballos como Shadow a lo largo de su vida si Ethan se quedaba con los establos de Calholm. Entonces tendría un propósito y un hogar. Podría ayudar a criar a Sarah Ann, disfrutar de su infancia y verla convertirse en una mujer digna de que Calholm la llamara su señora. Incluso podría llegar a conocer de verdad a Ethan Calder.

Aunque no sabía cómo podría vivir en paz bajo el mismo techo que él. En aquel momento apenas podía comer ni dormir. Un solo pensamiento, una sola mirada, bastaban para enfurecerla, desconcertarla o hacerla desear caer en sus brazos.

Molesta consigo misma, enfadada por no tener control ni sobre su vida ni sobre sus emociones, Caroline tomó las riendas de Shadow y se preparó para el siguiente salto. Había iniciado la aproximación cuando, por el rabillo del ojo, vio a Ethan y a Sarah Ann entrar en la pradera. No debería haberle importado; estaba acostumbrada a la presencia de otros. Pero su concentración se desvaneció en cuanto supo que él estaba allí, mirándola.

Shadow percibió su lapsus y perdió el equilibrio. Se desvió en el último instante, tropezó y cayó. Caroline sacó los pies de los estribos para despejarse del cuerpo del caballo y se estrelló contra un arbusto espeso. A pesar del dolor, buscó frenéticamente a Shadow.

El caballo había recuperado el equilibrio y temblaba sobre las cuatro patas. Gracias a Dios. Intentó incorporarse, pero un dolor agudo le atravesó la pierna izquierda y volvió a caer. Vio a Ethan saltar de su caballo y correr hacia ella sin cojear lo más mínimo.

Callum llegó primero.

Ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien. Ocúpate de Shadow.

Luego frunció el ceño al ver acercarse a Ethan.

—Tonto.

—No es culpa suya —dijo—. Tú mismo montas a menudo cuando yo entreno con Shadow. Simplemente… perdí la concentración.

—Será mejor que se vuelva por donde ha venido —murmuró Callum.

—Callum, por favor, ocúpate de Shadow. Está nervioso.

El entrenador obedeció, pero lanzó a Ethan una mirada cargada de ira. Ethan se arrodilló junto a Caroline.

—¿Estás herida?

Ella sonrió a pesar del dolor.

—Como dijiste el otro día, solo mi orgullo.

Él no sonrió. Sus manos se movieron con extremo cuidado por su pierna. Cuando llegó al tobillo, Caroline no pudo reprimir un grito.

—Ha sido culpa mía —murmuró—. Debería haberlo sabido.

¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a imaginar que él desordenaba todos sus pensamientos y destruía su paz?

—No es culpa de nadie más que mía.

Sus palabras se apagaron en un susurro cuando él comenzó a quitarle la bota. El tobillo ya estaba hinchado y ella contuvo la respiración hasta que finalmente se la retiró. El dolor fue tan intenso que creyó que iba a desmayarse.

Las manos de Ethan, tan ligeras y precisas como las de un cirujano, examinaron el tobillo cubierto por la media.

—No parece roto. Probablemente sea un esguince. Agua fría y vendas apretadas.

Luego revisó los arañazos de brazos y manos.

Caroline pensó en la facilidad con la que él minimizaba sus propias heridas de guerra y se sintió una farsante.

—No es nada. ¿Puedes ayudarme a levantarme?

—Sí —respondió él, inclinándose para alzarla en brazos.

—Puedo…

—No, no puedes —dijo con suave burla—. Está empezando a dolerte.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los soldados acabamos aprendiendo algo de medicina.

Caroline se rindió. Él no iba a soltarla y, en el fondo, le gustaba estar en sus brazos. Nadie la había sostenido así antes. Ni siquiera cuando era niña. Jamie nunca la había alzado ni le había mostrado la ternura que Ethan le ofrecía ahora.

Oía el latido de su corazón, sentía su aliento rozarle las mejillas, la fuerza de sus brazos y su pecho al acunarla. Rodeó su cuello con los brazos, diciéndose que era para ayudarle. Sabía que no era verdad.

Ethan la dejó en el suelo junto a su caballo, la ayudó a mantenerse en pie sobre una pierna y luego la subió a la silla, montando detrás de ella. Tenerlo apretado contra su espalda bastó para que el dolor se atenuara. Se descubrió inclinándose hacia atrás, acurrucándose contra su pecho.

No había reparado en que Sarah Ann cabalgaba en silencio a su lado hasta que giró la cabeza y vio su rostro pálido y las manos crispadas en las riendas del poni. El corazón de Caroline se encogió. Aquella niña había visto más accidentes de los que le correspondían. Y cada uno debía recordarle la muerte de su madre.

Un frío repentino la recorrió, imposible de aliviar incluso entre los brazos de Ethan Calder.

Al llegar a la mansión, Ethan desmontó primero, ató a Bailey y ayudó a Sarah Ann a bajar antes de sujetar el poni. Luego volvió con

Caroline y la alzó de nuevo. Esta vez ella lo abrazó sin pensar.

—Te llevaré dentro y nos ocuparemos de ese tobillo.

La dejó en un sofá de la biblioteca. Duncan apareció de inmediato.

—¿Lady Caroline? ¿Qué ha ocurrido?

—Me caí de Shadow. Solo me he hecho daño en el tobillo. Mañana estará bien.

El anciano parecía consternado.

—Lord Jamie…

—No fue nada de eso.

Caroline miró a Sarah Ann, que permanecía en la puerta con el pañuelo apretado en la mano.

—Pero nos vendría bien un poco de chocolate para la niña.

Duncan se dio la vuelta. Ethan se acercó rápidamente a Sarah Ann.

—Necesitamos tu ayuda, Mi muñequita. Ve a pedirle a Fiona vendas, jabón y agua.

La niña dudó.

—¿Se pondrá bien?

Caroline percibió el miedo en su voz.

—Claro que sí. Solo ha sido un pequeño inconveniente.

Sarah Ann se acercó despacio.

—¿No te vas a marchar?

—Por supuesto que no, cariño.

Los ojos de la niña mostraban incredulidad.

—Ven aquí.

Sarah Ann obedeció.

—Solo ha sido una caída y estoy bien.

La niña asintió.

—Y supongo que tu papá se preocupó un poco, ¿verdad?

Sarah Ann sonrió y tomó la mano de Caroline.

—También me regañó.

—Eso es porque se preocupa por ti.

—¿Y por qué no te regaña a ti?

Ethan se agachó junto a ella.

—Estaba a punto de hacerlo, Mi muñequita. Pero a nadie le gusta que lo regañen en público. Mejor ve a buscar ropa de cama para Lady Caroline.

Sarah Ann dudó, se inclinó y besó a Caroline.

—Me alegro de que estés bien.

Luego añadió en un susurro audible:

—No habla en serio cuando regaña, ¿sabes?

Y salió saltando.

—Adiós a mi autoridad —refunfuñó Ethan—. Ella te quiere.

Parecía incómodo.

—¿Qué le pasó a su madre?

El dolor cruzó su rostro y Caroline deseó no haber preguntado.

—Un hombre la mató.

—¿Por qué?

—Quería información.

Algo en su tono hizo pensar a Caroline que él había estado implicado de algún modo.

—¿Sarah Ann estaba allí?

—No, gracias a Dios. Pero la mujer que la cuidaba se marchó cuando murió Mary May. Todo lo que conocía desapareció en pocas semanas. Por eso se aferra al pañuelo. Es de las pocas cosas que le quedan, junto con su muñeca.

—Pero te tenía a ti.

Tras un silencio, él respondió:

—Acababa de conocerme.

—¿Acogiste a una niña a la que apenas conocías?

El escepticismo se coló en su voz.

Una sonrisa triste apareció en el rostro de Ethan.

—Hice una promesa.

Una promesa. Ella sabía lo poco que valían para la mayoría.

—Y —añadió con cierta vergüenza— el acuerdo me ha beneficiado mucho.

¿La herencia?

—Ahora no puedo imaginar mi vida sin Sarah Ann.

—Debió de cambiarlo todo.

—Así fue —respondió secamente—. No me di cuenta de que…

Se interrumpió.

—¿De que…? —le animó Caroline.

Pero en ese momento entraron los sirvientes con Fiona al frente, cargados con agua, vendas y ungüentos. Ethan dio un paso atrás mientras la cocinera tomaba el control. Sarah Ann se colocó junto a él y él apoyó una mano en su hombro.

Mientras Fiona murmuraba y reprendía, Caroline observó al hombre y a la niña. Había algo exquisitamente tierno en su relación. Le dolía verlo, aunque no sabía por qué.

Quizá porque nadie la había protegido así cuando era niña. Quizá porque nunca había visto sonrisas tan fáciles como las que

Sarah arrancaba a Ethan. Aquello era glorioso y desgarrador a la vez, porque abría heridas que creía cerradas. Tragó saliva para ahogar ese pensamiento.

Si al menos mi hija hubiera vivido…

Fiona terminó de limpiar los cortes y de aplicar el ungüento. Ethan se acercó.

—La llevaré a su habitación y le pondré compresas frías.

Fiona miró a Caroline. Ella asintió.

En ese momento entró Grace, observando la escena.

—He oído que ha habido un accidente.

—Solo una caída —respondió Caroline—. No estaba prestando atención.

—William y yo te advertimos sobre montar a caballo —dijo Grace—. Quizá ahora…

—No dejaré de montar.

Grace miró a Ethan con súplica.

—Tal vez tú puedas convencerla de que abandone esos caballos. Son peligrosos. Ya han matado a alguien de esta familia.

Caroline apretó los dientes. Era típico de Grace aprovechar la ocasión.

Ethan interpretó su gesto como dolor.

—Creo que esta discusión puede esperar. Voy a llevar a Caroline arriba.

Grace se mordió el labio.

—Iré contigo.

—Yo también —dijo Sarah Ann.

—Lady Caroline necesita descansar —replicó Ethan—. Quizá Grace pueda leerte un libro.

Grace quedó atrapada. Asintió. Ethan miró a Sarah Ann hasta que ella también aceptó, aunque de mala gana.

—Hay libros en tu habitación.

Luego se inclinó y levantó a Caroline.

Caroline vio la frustración de Grace, el puchero de Sarah Ann, el asombro de los sirvientes… y cerró los ojos, dejándose llevar en los brazos de Ethan Calder.

# Capítulo 15

Ethan no sabía si estaba protegiendo a Caroline… o si simplemente deseaba volver a rodearla con los brazos.

Cuando la vio caer, el corazón se le detuvo. Solo en ese instante, al enfrentarse a la posibilidad de perderla, comprendió cuánto la quería. Y también cuán imprudente estaba siendo, incluso dejando a un lado las sospechas que aún persistían en su mente. Por mucho que Escocia empezara a atraerlo, jamás sería su hogar, y dudaba que alguna vez pudiera sentirse realmente cómodo en Calholm, con su enorme mansión y su ejército de sirvientes.

Caroline, una escocesa criada entre privilegios, no se adaptaría fácilmente a la vida que él empezaba a desear. Las ideas habían estado girando en su cabeza sin cesar y, aunque todavía no tomaban una forma definida, algunas certezas se imponían con claridad. Quería volver a casa. Quería regresar al ejercicio del Derecho. No al tipo de abogacía que había practicado junto a su padre, defendiendo compañías ferroviarias y negocios sin alma, sino a una ligada a la justicia. Quizá nunca debió acudir a Edimburgo. Pero necesitaba conocer la verdad sobre la herencia de su hija. Ahora se preguntaba si todo aquel viaje había sido un error, si estaba arrebatando algo a otros por un simple accidente de nacimiento. Y si Sarah Ann sería realmente más feliz allí que en Denver.

No lo sabía. Dudaba que alguna vez llegara a saber qué era lo correcto. Aquella incertidumbre lo estaba consumiendo.

Ethan llegó a la habitación de Caroline con Duncan y Fiona detrás, cargados con agua y sábanas limpias. Henry apareció de la nada y caminó inquieto a su lado, con la cola caída.

Sentó a Caroline con cuidado en la cama, pero de inmediato Henry lo apartó de un empujón y comenzó a lamer con desesperación a su ama, primero la mano y luego el tobillo herido, como si pudiera curarla con devoción.

—No necesito una compresa —dijo Caroline con una risita que arrancó una sonrisa involuntaria a Ethan.

Duncan intentó apartar al perro, pero Henry no pensaba ceder su puesto, y el anciano mayordomo no era rival para él. Caroline no intervino. Una chispa traviesa brillaba en sus ojos mientras observaba a los sirvientes contrariados.

—Gracias por su preocupación —dijo, esforzándose por mantener la compostura—, pero ya ha habido demasiado revuelo. Les prometo que sobreviviré.

Le rascó las orejas a Henry, como si quisiera convencerlo también.

—¿Está segura de que no podemos hacer nada más, milady? —preguntó Fiona, visiblemente inquieta.

—Estoy segura —respondió Caroline, con un tono que no dejaba lugar a réplica.

Duncan y Fiona se retiraron, tan poco convencidos como Henry de que su ayuda ya no fuera necesaria. Cuando quedaron a solas, Caroline alzó la mirada hacia Ethan.

—Gracias —dijo, con la voz ronca.

Él arqueó una ceja.

—¿Por asustarte? Ha sido una estupidez por mi parte.

—Fue culpa mía por no estar atenta —replicó ella—. No tuya. Y ya me he caído antes.

Aquello no alivió en absoluto su culpa.

—Solo lamento haber preocupado tanto a Sarah Ann —añadió en voz baja.

—Ahora está bien —dijo él—, pero me temo que te perderás el baile del ceilidh.

Caroline se encogió de hombros.

—El ceilidh es cosa de Grace, como la caza. No lo echaré de menos. —De pronto sonrió—. Ahora tengo la excusa perfecta.

—Yo tenía muchas ganas de bailar —admitió él sin pensarlo.

No era eso lo que quería decir. Lo que deseaba era tenerla entre sus brazos.

—Iba a ser el único consuelo de asistir al ceilidh de Grace.

Ella bajó la mirada hacia su pierna.

—Puedo bailar un vals —añadió él, leyendo sus pensamientos.

Caroline se sonrojó.

—No lo hagas —pidió con suavidad—. Hace mucho que aprendí a convivir con ello.

—Odio los ceilidhs —confesó—. Ni siquiera sabía bailar hasta que llegué aquí.

Aquello lo sorprendió. Había dado por hecho que una mujer de su posición habría recibido clases de baile, del mismo modo que había supuesto que sus hermanos le habían enseñado a montar. Se equivocaba en ambas cosas. Prefirió no indagar más, ya que no quería abrir puertas que luego ella pudiera cruzar hacia su propia vida.

—¿Montarás a Shadow estos días? —preguntó, deseando que dijera que no.

Una sombra cruzó su rostro.

—Geordie lo montará. Era algo que iba a empezar de todos modos. Será el jinete en el Grand National.

—¿Te gustaría montarlo tú? —preguntó él en voz baja.

—Daría cualquier cosa por ello —respondió con fervor. Se mordió el labio—. ¿Las mujeres tienen más libertad en Estados Unidos?

Ethan mojó un paño de lino y lo envolvió alrededor del tobillo hinchado cuando Henry por fin se apartó.

—Tal vez un poco —dijo—. Sobre todo en el Oeste. Pero pagan un precio alto por esa libertad.

—Cuéntame.

—Es una tierra dura. A menudo inhóspita. Hace falta fortaleza para sobrevivir. Las mujeres trabajan tanto o más que los hombres y envejecen antes de tiempo. —Miró la opulencia de la habitación—. Hay pocos sirvientes.

—¿Lo echas de menos?

—Sí.

—¿Es bonito?

Dudó.

—Sí. No se parece a estas colinas. Hay llanuras que se extienden hasta donde alcanza la vista, desiertos secos que matan… pero incluso ellos tienen su belleza. Y las montañas… son pura gloria.

Cuando terminó de vendarle el tobillo, se dirigió hacia la puerta. Era lo más sensato.

—No te vayas —dijo ella en voz baja.

Ethan vaciló.

Henry gimió.

—¿Quiere que me vaya o que me quede? —preguntó con una sonrisa leve.

—Creo que ni él lo sabe —respondió Caroline—. Es posesivo, pero le caes bien.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Has tenido alguna vez un perro?

—No.

—Pero te gustan —afirmó ella con seguridad—. Henry lo sabe.

—¿Ah, sí?

Ella se sonrojó ligeramente.

—No saluda a cualquiera. Eres el primero.

—¿Tengo mano con los perros y los niños?

—¿Y Sarah Ann no es una personita?

Ethan asintió.

—Mucho más sabia de lo que debería.

—Tiene suerte de tenerte —dijo Caroline, con una invitación clara en la mirada.

Algo casi mágico los envolvió cuando sus ojos se encontraron y permanecieron unidos, comunicándose sin palabras.

Ethan dudó un instante más en la puerta, luego regresó lentamente y la cerró con suavidad tras de sí. Era una locura, se dijo. Pero…

Volvió hasta la cabecera de la cama y se sentó a su lado, incómodo.

La mano de Caroline buscó la suya.

—Me alegro de que hayas venido a Escocia, Ethan Calder —confesó—. Pero también tengo miedo.

Sorprendido, él le apartó un rizo del rostro.

—No puedo imaginarte temiendo a nada.

Pensó en ella saltando muros de piedra a lomos de Shadow, algo que ni él se atrevería a hacer.

Pero aquellos ojos avellana, ahora dorados y suplicantes, escondían un temor real. Y ese miedo derritió las últimas reservas que él intentaba sostener. Caroline se apartó, pero Ethan le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo.

La sintió temblar. Sintió su respuesta. Sintió la necesidad de besarla.

Y lo hizo.

Primero con lentitud, rozando sus labios con una suavidad casi reverente. Luego, un beso inquisitivo, explorador, en busca de algo más profundo: de ella… y de sí mismo.

La necesidad creció, y con ella algo nuevo, más poderoso aún.

El beso se intensificó de forma gradual. Saborearon cada paso, cada caricia, cada nueva sensación. Sus manos deshicieron la trenza de Caroline, mientras sus labios y su lengua la atraían con una paciencia ardiente. Los rizos se enredaban en sus dedos como si desearan permanecer allí.

Los dedos de ella recorrieron la nuca de Ethan, dibujando caminos que enviaban escalofríos exquisitos por todo su cuerpo.

Sus labios eran suaves y hambrientos a la vez; su lengua, curiosa y apasionada, tímida y audaz. Cuando él la miró, sus ojos estaban asustados, como los de un ciervo sorprendido, pero en ellos ardía el mismo deseo que lo consumía a él.

Ethan sintió sensaciones nuevas, intensas, casi dolorosas y gloriosas. Mientras sus manos y su boca aprendían a dar placer, supo que nunca antes había amado de verdad. El cuerpo de Caroline era cálido y receptivo contra el suyo, y su propio deseo ardía sin control.

El tiempo se diluyó mientras memorizaba el latido de su corazón, la dulzura de su boca, el roce de sus dedos sobre su piel. La marea de sensaciones creció hasta que el mundo se convirtió en un torbellino de emociones imposibles de contener. Sus manos descendieron, desatando los cordones de la camisa que ella llevaba,

deslizándose bajo el camisón. Sus dedos rozaron sus pechos y Caroline gimió suavemente, tensándose como si fuera a quebrarse.

Entonces él se detuvo.

—No pares —susurró ella—. Tenía miedo…

Pero ella cerró la boca sobre la suya, con una avidez que igualaba la suya. Sus dedos desabrocharon la camisa de Ethan y recorrieron su pecho, provocándole oleadas de fuego. Ella se estiró hacia él, y la certeza de que compartían la misma necesidad lo estremeció y lo excitó aún más. Cada parte de su cuerpo estaba viva, vibrante, deseosa.

Ethan permaneció inmóvil unos segundos, atrapado entre el deseo y años de disciplina, entre la urgencia de ese instante y la memoria de todo lo que había perdido al permitirse sentir demasiado.

—¿Y los sirvientes? —preguntó al fin.

—No entrarán sin llamar.

Aun así dudaba. Solo una vez había permitido que algo fuera más que pasajero, y Mary May había muerto. El recuerdo seguía siendo una herida abierta.

—¿Ethan?

Incluso su nombre sonaba distinto en los labios de Caroline. Su incertidumbre fue su ruina. Ella era independiente y, al mismo tiempo, vulnerable, y esa mezcla lo desarmaba. Tragó saliva y, con un juramento ahogado, se inclinó hasta que su boca encontró la piel de su pecho.

Suave. Demasiado suave.

Sintió cómo la mano de ella se tensaba al instante.

—Dios mío —susurró Caroline, y su aliento pareció envolverlos.

Ethan se apartó lo justo para quitarle la camisa por la cabeza. Ella alzó los brazos para ayudarle. Había tanta confianza en ese gesto sencillo que cualquier cautela que le quedaba se disolvió.

Nunca había deseado a nadie así.

Sus bocas se encontraron de nuevo. Los alientos se mezclaron. Caroline le tocó el rostro con una ternura inquisitiva que lo debilitó. Necesitaba esa ternura más de lo que había sabido nunca. No había comprendido hasta entonces cuán solo había estado.

Sintió los temblores en el cuerpo de ella, reflejados en el suyo. Su boca recorrió su piel, provocando, seduciendo. Caroline se arqueó, y entonces sus manos le devolvieron cada caricia, cada exigencia. Todo en él ardía, vivo, palpitante.

Se desabrochó los pantalones y ayudó a Caroline a hacer lo mismo. La ropa quedó enredada en el borde de la cama, reducida a un obstáculo inútil. Solo quedaban unas pocas capas de tela que tentaban más de lo que ocultaban.

Ella volvió a arquearse, buscándolo.

Ethan vaciló.

—Caroline…

Ella le apoyó un dedo en los labios.

—Tienes una boca hermosa, pero no sonríes lo suficiente.

—Debes de estar dolorida…

—Lo estoy —admitió—, pero no por la caída. No sabía que podía sentirme así.

Él la observó, desconcertado y fascinado a la vez.

—Tú tampoco sonríes lo suficiente —replicó, rozándole la boca.

El deseo había borrado cualquier resto del dolor. Caroline se aferró a él, explorándolo como él la exploraba, sin reservas. Sentía su excitación contra su piel y no apartó la mano. El gemido de Ethan fue profundo, sincero, y la impulsó aún más.

Pensó, no sin asombro, en lo poco que había conocido de sí misma. Jamie la había tomado como un deber, con prisa y distancia. Nunca la había tocado así. Nunca le había hecho sentir que su

cuerpo podía arder, responder, pedir más. Con Ethan todo parecía natural. Correcto. Maravilloso.

—No sabía que hacer el amor podía ser así —murmuró.

Él se quedó quieto un instante.

—Jamie…

Ella negó con la cabeza. No quería pensar en él. No ahora. Había convertido su matrimonio en algo que nunca fue, simplemente porque necesitaba creerlo.

Sus miradas lo dijeron todo. Ethan la atrajo hacia sí, envolviéndola en un abrazo que era refugio y promesa. Caroline sintió cómo algo se abría paso dentro de ella, algo que siempre había creído imposible.

Amaba a Ethan Calder.

Lo supo con una claridad que la dejó sin aliento.

Le tocó con timidez, esperando una reacción. Él la sostuvo con firmeza y le levantó el rostro.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Estás herida…

Su preocupación la enterneció.

—No importa —susurró—. Quizá mañana esté un poco agarrotada.

Él dudó un instante más.

—Mi pierna…

Ella recordó la amargura con la que él había hablado de la mujer que no quiso a un lisiado.

—No importa —repitió.

Cuando él se despojó de la última prenda, Caroline vio las cicatrices que marcaban su pierna. No apartó la mirada. Al contrario,

recorrió con los dedos cada línea, cada recuerdo de dolor.

—¿Cómo ocurrió?

—En Vicksburg. Metralla de una bala de cañón. —Hizo una pausa—. Habría muerto si un rebelde no se hubiera detenido a ayudarme.

—¿Un enemigo?

—Entonces sí. Lo busqué durante años.

—¿Por qué?

—Se lo debía.

—¿Lo encontraste?

—Hace unos meses.

Caroline no podía imaginar una lealtad así. Ahora comprendía por qué había venido a Escocia con Sarah Ann.

—Eres un hombre poco común.

Él se rió quedamente.

—Normalmente me llaman testarudo.

—Creo que me gusta eso.

—Y tú también lo eres.

—Sí —admitió ella con orgullo.

Ethan la besó de nuevo y ya no hubo más palabras. El mundo se redujo a la cercanía de sus cuerpos, a la urgencia compartida. Caroline sintió cómo él la guiaba con cuidado y deseo, cómo todo su ser respondía a cada movimiento, a cada caricia.

Cuando finalmente se aferraron el uno al otro, el tiempo pareció disolverse. Solo quedaron la respiración entrecortada, los latidos acelerados, la sensación de plenitud.

Ethan rodó ligeramente para quedar a su lado, sin romper el contacto. Sus brazos la rodearon, protectores.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Tu pierna?

—¿Qué pierna?

Él apretó su mano.

—Eres hermosa, Caroline.

Ella quiso negarlo, pero no pudo.

—¿Quién te hizo creer lo contrario?

Guardó silencio. Nadie la había llamado así antes.

Tras un momento, ella preguntó:

—¿Qué pasó cuando encontraste al hombre que buscabas?

Ethan se tensó.

—Está vivo.

—¿Y…?

—Supongo que sí.

Ella sonrió.

—Hablas poco.

—Me lo dicen a menudo.

—Quiero saberlo todo sobre ti.

—Hay poco que contar.

—No es cierto —dijo ella—. No conozco a nadie que haga lo que tú has hecho. Ni por gratitud ni por una niña que no era suya. Ni por un gato imposible.

—Tú tienes a Henry.

—Henry me necesitaba.

Se acomodó contra su pecho. Nunca había sentido una paz así.

—¿De verdad te llamas solo Ethan? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Importa?

—Quiero saberlo todo.

Él sonrió.

—Bennett Sebastian Calder.

—Es un nombre impresionante —reflexionó—, pero me gusta Ethan.

—A mí también.

Ella se movió, provocándolo, y él gimió.

—Dios, ayúdame.

—Si hay que mojar, hay que mojar —replicó ella.

Ethan soltó una carcajada plena, libre, como un trueno benigno.

Y entonces volvió a inclinarse sobre ella, y todo lo que habían sentido antes quedó pequeño frente a la intensidad que los envolvió de nuevo.

# Capítulo 16

¿Qué demonios había hecho?

Ethan se lo preguntaba mientras se cambiaba para la cena.

Un rato antes se había sentido casi como un muchacho; incluso se había sorprendido silbando. Pero la euforia se había disipado de golpe cuando la realidad volvió a imponerse.

Solo pensar en lo ocurrido durante las últimas horas lo excitaba… y, al mismo tiempo, le oprimía el pecho. Cada recuerdo de la pasión cálida y lenta en los ojos avellana de Caroline, de la forma en que se había aferrado a él con tanta confianza, le producía un estremecimiento difícil de controlar.

Había sido tan sincera en sus respuestas que sus sospechas se habían desmoronado. Si alguien deseaba hacer daño a Sarah Ann —o a él—, no era Caroline. De eso estaba seguro. Apostaría su alma por ello. Y, de algún modo, ya lo había hecho.

Pero los problemas seguían ahí. Problemas que, llegado el momento, bien podían hacer que ella lo odiara.

Se abrochó la camisa de lino, se puso un chaleco gris y la levita, y se tomó un instante para ajustar la corbata. Demasiada ropa para una simple cena. De niño y de joven nunca había cuestionado esa formalidad, pero tras años de libertad en las llanuras, cada prenda rígida le resultaba una molestia.

Intentó pensar en cualquier cosa que no fuera Caroline. En las decisiones difíciles que aún tenía por delante. En el hecho de que alguien podía seguir intentando deshacerse definitivamente de los

Calder, padre e hija. Incluso podía haber puesto a Caroline en peligro.

Ethan no dudaba de que él era apenas el segundo hombre con el que ella había estado. No había sido algo planeado, y no había tomado precauciones para evitar un embarazo. Estaba decidido a que no volviera a ocurrir, no en aquellas circunstancias, no cuando era muy probable que regresara a Estados Unidos.

La puerta que comunicaba con la habitación de Sarah Ann se abrió y ella apareció con su vestido favorito. Maisie la había ayudado a bañarse y a arreglarse.

—Estás muy guapo, papá —dijo.

—Y tú estás preciosa —respondió él.

Annabelle entró detrás de ella con aire altivo, la cola erguida en clara señal de descontento.

—Annabelle no parece muy contenta —observó Ethan.

—Creo que sabe que vamos a volver a dejarla —respondió Sarah Ann, con una sombra de tristeza en el rostro—. ¿No podemos llevarla a cenar con nosotros?

—Sabes que ella y Henry no…

—Se llevan muy bien —lo interrumpió la niña con convicción—. De verdad. Lady Caroline lo dijo.

—¿Lo dijo?

Sarah Ann asintió con entusiasmo.

—Annabelle necesita una amiga.

—Te tiene a ti.

—Una amiga animal —insistió—. Se siente sola.

Ethan arqueó una ceja. Annabelle no parecía necesitar a nadie en ese momento. A juzgar por su porte desaliñado y orgulloso, se creía reina del lugar.

—Por favor —añadió Sarah Ann, aprovechando su silencio—. Lady Caroline…

—¿Y Lady Grace? ¿Y tu primo William?

No era que le importara especialmente la opinión de los demás, pero tampoco quería terminar otra vez en el suelo rodeado de porcelana rota.

—A Lady Grace le gusta Annabelle. Ella lo dijo.

Sarah Ann esperó con paciencia, balanceándose sobre los pies. Annabelle, por su parte, se comportaba con dignidad impecable.

Ethan cerró los ojos un instante, recordando el desastre del vestíbulo: platos rotos, armaduras volcadas, muebles caídos.

Pero no pudo ignorar la expresión esperanzada de su hija.

—Lo intentaremos, pero…

—Se portará bien. Lo sé —aseguró ella—. Se siente como si hubiera estado… en la cárcel.

La cárcel.

Ethan frunció ligeramente el ceño. ¿Qué sabía Sarah Ann de la cárcel? ¿Le habría oído hablar de Diablo? ¿O algo de su madre?

Decidió no indagar. Preguntar solo abriría la puerta a cuestiones que no estaba dispuesto a responder esa noche. Y ella estaba deseando hacerlas. Tenía cuatro años y la astucia de alguien mucho mayor.

Ya había cedido bastante por un día. No iba a pasar la noche entera respondiendo preguntas.

Se inclinó y le ofreció la mano. Sarah Ann hizo una pequeña reverencia, sonriente, y se la tomó.

Salieron juntos de la habitación, con Annabelle pavoneándose majestuosamente tras ellos.

Después de que Ethan saliera de la habitación, Henry exigió su cuota de atención. Era evidente que el hecho de haber sido desalojado de la cama había herido profundamente su orgullo. Gimoteaba, murmuraba, se revolcaba sobre la espalda con las patas agitándose torpemente en el aire y se retorcía hasta que Caroline le rascaba la barriga.

—Eres un perro increíblemente ridículo —le dijo.

Henry gruñó de placer. Le encantaban los elogios. Sus patas se movieron con más entusiasmo.

—Pero la ridícula soy yo —continuó—. Te tengo a ti. No necesito a Ethan Calder.

Se lo repitió, como si la afirmación pudiera volverse verdad por insistencia. No podía necesitarlo. No podía desearlo con aquella intensidad.

Y, sin embargo, lo hacía. Su sangre se convertía en lava al pensar en volver a tocarlo.

Henry gimió. Caroline le rascó el vientre con distracción. ¿Cuándo había cambiado todo? ¿Cuándo Henry y los caballos habían pasado a un segundo plano, sustituidos por Ethan Calder?

Ethan y Sarah Ann. Un hombre que hacía cantar sus sentidos y una niña que despertaba en ella un deseo nuevo y peligroso: el de tener una hija propia. Quería hacerlos reír, provocarles sonrisas, ahuyentar los fantasmas que aún acechaban al padre y a la hija. Sonrió ante lo fantasioso de aquellos pensamientos. Pero eran ciertos. Prefería arrancar una sonrisa al querubín de cuatro años antes que llevar a Shadow a la victoria. Y, Dios la ayudara, prefería hacer el amor con Ethan a cualquier otra cosa en el mundo.

—Querido Henry —murmuró con melancolía—. ¿Por qué crees que tu homónimo tomó tantas esposas? ¿El amor es efímero… o es solo lujuria?

Henry ladró, como si aprobara la lujuria, o como si la compartiera.

—Eres un chico muy guapo —dijo ella—. Tendremos que encontrarte compañía.

Por primera vez comprendió de verdad la alegría del apareamiento: la exaltación y el desconcierto, el anhelo y el dolor, la incertidumbre y el miedo. La gloria.

Todo la inundó al recordar cada caricia de Ethan, cada sensación, cada emoción. Pensó en aquellos ojos azules cautelosos, transformados en calidez.

¿Cómo sería durante la cena? ¿Distante y vigilante, como solía ser? ¿Cálido y bromista, como había sido en su cama? ¿Sería capaz de no tocarlo? ¿Lo notaría Grace? ¿Sospecharía?

Atenazada por las dudas, Caroline se levantó por fin y eligió un vestido para la cena. No lo había usado desde la muerte de Jamie. Era discreto, sobrio, lejos de los colores vivos de Grace, pero sabía que la seda gris verdosa realzaba sus ojos y su cabello. Grace y William alzarían las cejas y se preguntarían qué significaba. No le importaba. Quería verse lo mejor posible, no desdibujarse junto a Grace.

Aún le parecía un milagro que Ethan la hubiera preferido a ella.

Bennett Sebastian Calder.

Dejó que el nombre rodara por su lengua.

Henry comenzó a dar vueltas por la habitación, indicando que necesitaba salir. Caroline abrió la puerta, segura de que Duncan abriría abajo. Effie no tardaría en subir para ayudarla a vestirse. Detestaba los vestidos con botones en la espalda, lo que equivalía a detestar casi todos sus vestidos.

Henry salió disparado escaleras abajo, ladrando con más prisa de la habitual. Caroline empezó a cerrar la puerta cuando oyó un estruendo. Y otro.

Se le encogió el estómago.

Luego llegó un tercero y un chillido que parecía surgir del mismísimo infierno.

Annabelle.

Un aullido. El grito de un niño.

Caroline abrió la puerta de par en par y oyó el firme «Annabelle» de Ethan, seguido de una sarta de blasfemias que habrían escandalizado al demonio en persona.

Sin reparar en que llevaba el cabello suelto, aún revuelto, y solo una bata ligera, cojeó hacia la escalera. En el último peldaño el tobillo le falló y fue a dar directamente contra Ethan.

La sacudida y la reacción inmediata la dejaron inmóvil durante un instante. Después llegó el silencio. Un silencio absoluto.

Alzó la cabeza de su hombro y miró alrededor. Toda la familia estaba reunida en el vestíbulo. Duncan mostraba un horror absoluto. Effie permanecía con la boca abierta. William y Grace observaban, consternados. Sarah Ann, con los ojos muy abiertos, parecía fascinada.

Henry y Annabelle, ajenos a todo, ocupaban el centro del vestíbulo.

Henry, tumbado, jadeaba con fuerza. Annabelle estaba plantada frente a él, quizá desafiándolo, quizá proclamando su victoria. Caroline no estaba segura. No tenía el lomo arqueado ni siseaba. Una buena señal.

La pequeña mesa del vestíbulo yacía volcada, igual que el cuenco de plata de las tarjetas de visita.

Eso fue lo último que registró antes de sentir el calor del cuerpo de Ethan rodeándola. Levantó la vista y vio diversión en sus ojos. Le encantaba cuando se veía así.

—¡Caroline!

Había algo casi cómico en el grito horrorizado de Grace, dado lo poco discreta que había sido siempre con sus propios asuntos.

Caroline sabía que debía apartarse. Estaba en brazos de un hombre ante toda la casa. Pero Ethan no la soltaba, y sus piernas no respondían.

—Lady Caroline —intervino William con una rigidez que a ella le resultó ridícula.

—Oí… ruidos —intentó explicar. Incluso a ella le sonó endeble —. Estaba descansando.

William entrecerró los ojos y lanzó una mirada acusadora a Ethan. Grace parecía herida. Sarah Ann, interesada.

—Te llevaré arriba —dijo Ethan—. Creo que aquí abajo se ha declarado una especie de tregua.

Miró a Henry y Annabelle. La gata se había acomodado sobre el vientre del perro y parecía acicalarlo, mientras él gruñía satisfecho.

—Te dije que necesitaba un amigo —anunció Sarah Ann.

Todos se volvieron hacia ella. Grace y William parecieron darse cuenta entonces de su presencia.

Duncan se irguió aún más.

—Me encargaré de la cena.

Effie rió.

—Subiré a ayudarla a vestirse, Lady Caroline.

—Esto es… bastante escandaloso —dijo Grace, aunque sus labios temblaron.

Caroline pensó que, quizá, Grace sí tenía sentido del humor.

Solo William seguía sombrío. Su expresión se oscureció aún más cuando Ethan la alzó en brazos. A Caroline aquel gesto le resultaba cada vez más familiar. Sus manos parecían quemar a través de la bata. Alzó la vista hacia su rostro bronceado, la camisa y

la corbata blancas. Era atractivo incluso con la mandíbula tensa y el músculo temblándole en la mejilla.

Guardaron silencio hasta llegar a la habitación. Ethan la dejó en la cama y se sentó a su lado.

—Creo que acabamos de provocar un escándalo —comentó ella.

—Creo que sí —admitió él—. Tu cuñada estaba horrorizada.

—Solo porque no era ella.

Él apoyó la mano en su brazo desnudo. Caroline sintió el calor. Ethan también, porque la retiró de inmediato, aunque sus ojos seguían recorriéndola.

—Al menos Henry y Annabelle parecen haber hecho las paces.

Ella intentó mantener el control.

—Annabelle se está suavizando con la maternidad —añadió él —. Aun así, no me sorprendería verla persiguiendo a Henry mañana.

Caroline solo oyó una palabra.

Maternidad.

—Estoy bastante seguro de que no es por la nata —continuó Ethan—. Sarah Ann debe de estar encantada.

—No es ella quien tendrá que encontrar hogar para la camada —replicó Caroline—. Y Annabelle no es precisamente bonita.

—Sarah Ann cree que lo es.

—Mmm.

La intimidad volvió a envolverlos. Caroline cerró los ojos, disfrutando de la cercanía. Entonces un escalofrío la recorrió y volvió a abrirlos.

Ethan la observaba con la cabeza ladeada, serio.

—Será mejor que me vaya antes de que tu reputación sufra más daños.

Herida y confundida, ella intentó encogerse de hombros.

—Grace siempre pensará lo peor. Y William también. ¿Y los sirvientes?

—No lo sé.

Él dudó, como si quisiera decir algo más, pero se levantó.

—Nos vemos en la cena.

Y salió, dejándola magullada por algo más que el tobillo.



La cena fue formal y tensa. William apenas fue cortés. Grace parloteaba, pero no dejaba de mirar alternativamente a Ethan y a Caroline. Sarah Ann permanecía callada y vigilante. Caroline, desconcertada. Ethan no podía culparla.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Había comprometido a Caroline. Un caballero habría pedido matrimonio. Él no pensaba hacerlo. Su suerte con las mujeres había sido pésima y su juicio, dudoso. Además, Caroline quería algo de él, algo que quizá no podía darle.

Cuanto más estudiaba los libros de Calholm, más comprendía que William y Grace tenían razón. Mantener los caballos podía significar la ruina y poner en peligro el legado de Sarah Ann. Incluso si Shadow ganaba el Grand National, dudaba que compensara los gastos. Duplicar el número de ovejas, en cambio, duplicaría los ingresos.

Nunca expulsaría a los inquilinos, pero los campos de entrenamiento podían convertirse en pastos.

¿Y Caroline?

Lo sabía. Maldita sea, lo sabía.

Había sido un necio al acostarse con ella. Más aún al hacerlo público, aunque fuera por accidente.

—¿Ethan?

La voz fría de Grace lo devolvió a la mesa.

—He contratado más sirvientes para el ceilidh —dijo—. Algunos invitados se quedarán dos noches.

Él asintió, pero su mirada se desvió hacia Caroline, hacia el modo en que el vestido de seda delineaba sus curvas y hacía que sus ojos parecieran profundos y enigmáticos.

—Mañana te daré la lista de invitados —insistió Grace—. La revisaremos juntos.

William fruncía el ceño. Se levantó bruscamente y se marchó sin decir palabra.

Grace vaciló.

—No creo que se encuentre bien.

Caroline suspiró.

—William me dijo esta mañana que planea marcharse después del ceilidh.

Grace palideció. Sus manos temblaron alrededor de la copa.

—¿Te lo dijo a ti?

—Sí. Habló de Australia o América.

Ethan observó el miedo en los ojos de Grace. ¿Le importaba tanto William? Aun así, había intentado seducirlo a él y asegurarse Calholm.

La mirada de Ethan se cruzó con la de Caroline. Ella buscaba una explicación a su brusco distanciamiento. Él no podía dársela. No ahora.

Fue el primero en apartar la vista, pero no antes de ver el dolor en su rostro.

Quería borrarlo. Quería besarla hasta que desapareciera.

Pero sería una mentira.

La heriría de nuevo. No podía confiar del todo. Había utilizado a demasiadas personas en su vida como agente de la ley para no temer que los demás hicieran lo mismo.

Solo entonces comprendió cuán amargo era ese legado.

# Capítulo 17

Calholm se llenó de invitados con sorprendente rapidez. De pie en el vestíbulo, con Sarah Ann a su lado, Ethan los recibía uno a uno mientras cruzaban el umbral. Intentaba retener nombres que se repetían sin cesar. Había innumerables Gordon, muchos con el mismo nombre, además de Lockhart, Fleming, Douglas, Montgomery, Carmichael, Boyd y Cunningham. Entre ellos se movía un ejército de sirvientes —la mayoría contratados en el pueblo— que corrían de un lado a otro como hormigas.

Tras una hora de saludos, presentaciones y reverencias, Ethan empezaba a sentirse como una rareza en exhibición, un "colonial" al que los escoceses observaban con curiosidad, ansiosos por oír historias de oro e indios. Sus oídos estaban agotados de descifrar acentos cerrados y, para colmo, sabía que nunca se acostumbraría a presentarse en público con una falda escocesa sin nada debajo. No le reconfortaba en absoluto que todos los hombres presentes vistieran lo mismo. Se sentía desnudo y ridículo.

Para empeorar las cosas, no dejaba de preguntarse quién pagaba semejante despliegue. Calholm no podía permitirse una extravagancia así.

Suspirá. Ya era demasiado tarde para remediarlo. Lo único que podía hacer era seguir estrechando manos y recordarse que todo aquello era por Sarah Ann. Ese pensamiento bastaba para soportar el malestar.

Aguantó las preguntas, las miradas escrutadoras y el escepticismo apenas disimulado. Todos conocían la historia del heredero desaparecido, la adopción, el tutor. Todos mostraban una sombra de sospecha. Ethan, sin embargo, se sentía inmensamente

orgulloso de Sarah Ann, que sonreía, conversaba con educación y hacía reverencias una tras otra, conquistando a cuantos se acercaban.

Mientras respondía con paciencia a dos ancianos empeñados en hablar de indios, vio a Duncan franquear la puerta al único invitado cuya presencia no deseaba: Andrew Cameron. El condenado escocés entró con la seguridad de un príncipe.

Sarah Ann también lo vio y, antes de que Ethan pudiera reaccionar, corrió hacia él. Cameron la alzó en el aire, provocando risas y peticiones para que repitiera la hazaña. Accedió y luego se dirigió directamente a Caroline, sentada en un sofá para no forzar el tobillo. Estaba preciosa con un vestido de seda gris. Cameron tomó su mano y la sostuvo más tiempo del que a Ethan le resultó tolerable. Intercambiaron saludos; Sarah Ann le susurró algo a Caroline, que respondió en el mismo tono. La niña rió. Cameron dijo algo que hizo reír a ambas.

Ethan se sintió desplazado y profundamente irritado. Se negó a creer que aquello tuviera que ver con celos.

—Ethan comentó que os conocíais.

Apenas alcanzó a oír las palabras de Caroline. Alex Douglas lo estaba acosando con disparates sobre indios sacados de un libro escrito por alguien que jamás había pisado América.

Cuando Douglas hizo una pausa, Ethan oyó a Cameron preguntar:

—¿Y qué te parece el nuevo… señor de Calholm?

Douglas retomó la palabra y Ethan no pudo escuchar la respuesta. Pero vio a Caroline reír y sintió que se le aflojaba un poco el nudo en la garganta. Aun así, tenía ganas de cruzar la sala y golpear a Cameron.

—¿No arrancan los indios la cabellera a sus enemigos? —insistía Douglas—. ¿Y no corren desnudos?

Ethan estuvo a punto de responder que, comparados con los escoceses y sus faldas, los indios iban demasiado bien vestidos.

—He oído que vuestro ejército luchaba desnudo —replicó en su lugar.

—Eso fue hace siglos —objetó Douglas—. ¿Has estado alguna vez en el desierto de Arizona?

—No.

Douglas se irguió, ofendido.

—Si lo hubieras hecho, pensarías que la desnudez es bastante deseable. Y ahora, si me disculpas…

Ethan se abrió paso hasta Cameron y Caroline.

—Cameron.

—Drew —corrigió el escocés—. Mis amigos me llaman Drew.

Ethan asintió y bajó la mirada hacia Caroline, reparando en el leve rubor de sus mejillas. Incluso Sarah Ann lo contemplaba con abierta admiración.

Los celos, que había intentado negar, lo atravesaron como una hoja afilada. Nunca había experimentado algo semejante. Lo odiaba y no lo entendía. Drew Cameron no amenazaba nada de lo que él tenía o deseaba.

Mentiroso, se burló una voz interior. Quieres a Caroline y lo sabes.

La verdad cayó sobre él con una claridad devastadora. La quería. No por una noche ni por una temporada. La quería para siempre. Quería su risa, su determinación, su ternura con Sarah Ann, su amor por Henry, al que nadie más parecía haber querido.

—Drew montará a Shadow por mí mañana —anunció Caroline.

Ethan comprendió que aquel descubrimiento había durado apenas un instante, no toda una vida como cabría esperar.

Los celos se intensificaron. Por la mañana habría caza de urogallos y por la tarde, carreras de obstáculos, en sustitución de la caza del zorro que Caroline se negaba a autorizar. La carrera permitiría lucir a Shadow, y ella había pensado montarlo hasta su caída.

—Creía que Geordie… —empezó Ethan.

—No tiene suficiente experiencia —intervino Caroline—. Drew ha competido antes en carreras de obstáculos. Así fue como Jamie y yo lo conocimos. Es un jinete magnífico.

Ethan reconoció que su resentimiento era injusto. Él mismo había minimizado sus habilidades. Además, recorrer desiertos y montañas no era lo mismo que enfrentarse a una pista de obstáculos con saltos casi de dos metros. Sabía que podría mantenerse en la silla, pero frenaría al caballo.

—Te deseo suerte —dijo finalmente a Drew—. Sé lo mucho que esto significa para Caroline… y para Calholm.

—Será un honor volver a montar un caballo de Calholm —respondió Drew—. Son los mejores de Escocia.

—De Gran Bretaña —corrigió Caroline.

—De Gran Bretaña —concedió él, sonriendo.

Y quizá yo tenga que quitárselos, pensó Ethan, apretando los labios. Tenía que existir otra solución.

—¿Has decidido quedarte en Escocia? —preguntó Drew.

—Sigo esperando noticias del Parlamento —respondió Ethan.

—Estoy pensando en ir al oeste de Estados Unidos —dijo Drew.

Ethan ocultó su sorpresa.

—¿A dónde te gustaría ir?

—Depende de lo que busques.

—Dinero —respondió Drew—. Oro. Emoción.

—¿Como Ian Gordon?

Drew endureció la voz.

—No pienso acabar como él.

Ethan se preguntó si había subestimado al escocés, descartándolo como un lord errante que sobrevivía a base de cartas.

—Hay oro en Colorado, plata en Montana —continuó Ethan—. Los campamentos mineros son buenos para los jugadores… si son honestos. Si no, acaban colgados. En el oeste hay pocas formalidades.

Drew asintió.

—Seguiré tu consejo. Como habrás notado, hay muchos caballeros empobrecidos en Escocia. Los barcos hacia América van llenos.

Ethan pensó en Ian y en William. Debía de ser terrible nacer rodeado de riqueza y perderlo todo por leyes arcaicas.

En cualquier caso, le alegraría ver a Drew Cameron marcharse.

Grace se acercó entonces y se llevó a Ethan para presentarle a dos recién llegados. Con un suspiro interior, la siguió. En ese instante habría vendido su alma por embarcar a Caroline y a Sarah Ann —incluso a Henry y a Annabelle— rumbo a Colorado. Anhelaba las montañas, los valles fértiles, su propio caballo. Anhelaba un hogar que solo había reconocido cuando estuvo a punto de perderlo. Anhelaba, sobre todo, que Caroline lo compartiera con él.

Anhelaba mucho más de lo que jamás había tenido.

Pero en ese momento, un escocés con falda y su esposa aguardaban la presentación, y Ethan pudo ver las preguntas sobre indios salvajes y pistoleros despiadados formándose ya en sus labios, listas para ser pronunciadas.

Caroline no podía bailar con el tobillo torcido, pero observaba y marcaba el ritmo con el pie al compás de la música que interpretaba la pequeña banda contratada por Grace. Le encantaban los violines y las flautas, la alegría contagiosa de la música escocesa.

Grace, como de costumbre, estaba muy solicitada, aunque reservaba la mayoría de sus bailes para William, algo inusual en ella. Normalmente coqueteaba con todos, sin conceder a ningún hombre más de uno o dos bailes. En los últimos días, sin embargo, se mostraba extrañamente atenta con su primo lejano.

Y Ethan.

Dios mío, estaba magnífico con la chaqueta y el kilt. Su fuerza primitiva se veía acentuada por el ancho cinturón y la daga enjoyada. Sobresalía por encima del resto de los asistentes, y su rostro curtido contrastaba con la palidez de muchos de ellos. Parecía un jefe de otro tiempo, dominando la sala con su sola presencia.

Caroline advirtió que, pese a su pierna maltrecha, Ethan bailaba bien. Ya había percibido por su forma de hablar y sus modales que había sido educado como un caballero, y aquella noche se confirmaba una vez más. Elegía a las damas con menos pretendientes, revelando una bondad natural que nada tenía de ostentosa.

Ethan Calder era un hombre extraordinario. Ojalá no fuera tan enigmático, tan lleno de contradicciones. Estaba convencida de que había vivido al borde del peligro y que nunca había dejado de buscarlo, por mucho que afirmara ser abogado. También era un hombre acostumbrado a la soledad. ¿Qué otra cosa explicaría la distancia que intentaba mantener con todos, incluida ella?

—¿Caroline?

Apartó la mirada de Ethan y vio a Drew Cameron a su lado.

—Pareces absorta en tus pensamientos.

—¿Qué opinas de Ethan? —preguntó, consciente de que no debería hacerlo, pero confiaba en el criterio de Drew. Había mucho

más en él que el jugador empedernido que aparentaba ser.

Frunció el ceño, pensativo, y se sentó a su lado.

—Es lo que parece… y no lo es.

—Eso es bastante críptico.

Drew sonrió.

—Es lo mejor que puedo ofrecer. No dudo de que sea abogado; piensa como tal. Pero hay algo más. No sabría explicarlo… hay algo afilado en él. No confía en mí, y no puedo reprochárselo.

—Creo que eres una de las personas más fiables que conozco —replicó ella.

—Pocos compartirían tu generosa opinión sobre mi carácter —respondió con ligereza.

Caroline suspiró.

—Tampoco creo que él confíe en mí.

Drew la miró con atención.

—He visto cómo te mira Calder. Prácticamente te devora con la mirada. Y tus ojos brillan cuando lo miras.

—¿Es tan evidente?

—Me temo que sí.

Ella se mordió el labio.

—Grace lo quiere.

—Creo que Grace está ocupada con William. Y en Edimburgo, tu Ethan Calder no la miraba como te mira a ti.

—No es mío. Y ni siquiera sé si quiero que alguien lo sea.

—¿Por qué?

—Me gusta ser independiente —respondió, vacilante—. No sabía cuánto hasta…

Se interrumpió, dándose cuenta de lo que estaba a punto de decir. Drew comprendió y habló con suavidad.

—No pasa nada. No causaste la muerte de Jamie. No te castigues por haber encontrado un poco de libertad.

Caroline le tocó la mano.

—Gracias. Y ahora deberías ir a bailar con la señorita Carmichael. Te ha estado mirando con mucha expectación.

—Y Calder me observa como si quisiera cortarme el cuello —bromeó Drew—. Siempre es buena señal.

Se levantó y fue hacia Flora Carmichael.

El padre de Flora ocupó el asiento que Drew había dejado.

—Ese Calder parece un joven sensato, no un derrochador como otros —comentó, mientras su mirada seguía a su hija.

Caroline se mordió la lengua. Sabía que Drew no era considerado un buen partido, pero también sabía que sería un buen marido. Al igual que Ethan, poseía una bondad que muchos confundían con debilidad.

Alex Carmichael refunfuñó algo más sobre holgazanes y luego pasó a hablar de caballos.

—He oído hablar de tu saltador. Tengo ganas de verlo. Es una lástima que no haya caza del zorro. Es la mejor prueba para un caballo.

—Es valiente y noble —dijo Caroline. Y el semental de Carmichael sería una magnífica pareja para una yegua como la de Shadow.

—Ya veremos —murmuró él.

Luego cambió bruscamente de tema, observando su vestido de seda gris.

—El luto casi ha terminado. Han pasado dos años desde que el joven Jamie falleció.

Caroline asintió, anticipando lo que vendría.

—Mis dos hijos desean casarse —añadió con esperanza.

Ella lo dudaba; aquellos muchachos ya habían dejado su huella por las tierras centrales.

La llegada de Ethan la salvó de responder. Había terminado de bailar con una de las hijas de Fleming. Algo peligroso brillaba en sus ojos, esa amenaza latente que Caroline percibía a veces en él, como un eco antiguo.

Alex Carmichael debió de notarlo también, porque se excusó y se alejó hacia Drew y su hija.

Caroline casi podía saborear la furia de Ethan, tan intensa era, y no comprendía su origen. No podía ser por Drew.

Ethan la miró como si la viera por primera vez, y un presentimiento inquietante se apoderó de ella. Su boca se torció, como si hubiera descubierto una verdad desagradable.

—¿Estás disfrutando… de esto? —preguntó, desesperada por romper el silencio.

—Vuestros bailes escoceses son desconcertantes —respondió él, con la mandíbula tensa y los ojos fríos.

—Te enseñaré cuando este tobillo sane.

—¿Lo harás?

Un escalofrío la recorrió.

—Sí —contestó, insegura.

Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando.

—Parece que te va bastante bien. No necesitas a nadie, ¿verdad, Ethan Calder?

—No.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia Flora Carmichael, probablemente la mujer más hermosa de la sala aquella noche,

aparte de Grace.

Caroline sintió un pinchazo de dolor y luchó contra las lágrimas. Se quedó un instante intentando recomponerse. No podía marcharse sin que resultara evidente, pero tampoco soportaba permanecer allí.

—¿Lady Caroline? —Duncan apareció a su lado—. La pequeña… Effie la llevó a su habitación, pero no quiere dormirse. Quiere a su padre.

Caroline miró a Ethan, que bailaba con Flora mientras el padre de ella los observaba complacido. Si eso era lo que él quería, que lo disfrutara.

—Subiré yo —dijo, agradecida por la excusa.

Subió las escaleras cojeando. El dolor del tobillo era insignificante comparado con el de su corazón.

Henry la siguió, moviendo la cola con ansiedad. Decidió llevarlo con ella a la habitación de Sarah Ann.

—Pórtate bien —le dijo, sin demasiada convicción.

Sarah Ann estaba de pie sobre la cama, en camisón, con los rizos rojizos enmarcando un rostro bañado en lágrimas.

—No quiero dormirme —dijo al verla.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

Annabelle ocupaba una de las enormes almohadas y observó al perro con recelo.

—Está bien —dijo Caroline—. Me quedaré contigo.

Sarah Ann la miró con desconfianza.

—Tú también me abandonarás.

Caroline comprendió de inmediato.

—¿Tienes miedo de despertarte y que no haya nadie?

Sarah Ann asintió.

—Me quedaré contigo —le aseguró—. Yo también me siento un poco sola.

La niña se acurrucó en sus brazos.

—Te quiero, Lady Caroline.

El corazón de Caroline se ablandó como nunca.

—Yo también te quiero, Sarah Ann.

—Quiero que seas mi mamá.

Caroline se quedó inmóvil. No supo qué decir. Así que tarareó una nana que una niñera le había cantado de niña, hasta que la respiración de Sarah Ann se volvió tranquila.

La acostó con cuidado y se tendió a su lado, rodeándola con un brazo protector.

*Te quiero.*

Dos palabras puras, sin reservas ni dudas.

No como el amor cauteloso de Ethan Calder.



Ethan sufrió durante el resto de la noche hasta bien entrada la madrugada, cuando los invitados se retiraron a las habitaciones asignadas en la mansión o regresaron a sus hogares. Se quedó a solas con Grace, cuyo rostro aún estaba sonrojado por el éxito del evento, y con William, que permanecía de pie en la puerta de la biblioteca con una copa en la mano.

William la alzó a modo de saludo.

—Felicidades —dijo, con un deje de amargura—. El rey ha muerto. Larga vida al nuevo rey.

Grace enrojeció aún más.

—William…

Él la silenció con una mirada y se volvió hacia Ethan.

—He oído por uno de nuestros invitados que el Parlamento está a punto de aprobar tu petición. Estaban ansiosos por divulgar la noticia.

—La petición de Sarah Ann —corrigió Ethan.

—No seas hipócrita —replicó William—. Vas a beneficiarte considerablemente. ¿Habrías venido hasta aquí si no fuera así?

Tenía el rostro encendido por el alcohol y la ira.

Ethan miró a Grace.

—¿Nos disculpas?

Ella vaciló.

La expresión de William se suavizó apenas.

—No pasa nada, Grace. No estoy tan borracho como para pegarle, y los duelos quedaron atrás hace años.

Grace palideció y salió apresuradamente de la habitación.

—No te preocupes, Calder —dijo William con dureza—. No impugnaré tu maldita petición. No tengo dinero y ningún abogado aceptaría el caso sin él. Me iré de Calholm en unas semanas.

Ethan ignoró la hostilidad.

—Me dijiste que Calholm podía ser rentable. ¿Hablabas en serio?

William entrecerró los ojos.

—No sin vender esos caballos.

—¿Y los arrendatarios?

William se encogió de hombros.

—Si las ovejas pastaran en los acres que ahora se usan para los caballos, necesitaríamos más pastores. Tendría sentido mantener

a los arrendatarios.

—¿Adónde piensas ir?

—¿Adónde van todos los empobrecidos? A América. Dios sabe que odio huir de las deudas, pero no tengo manera de pagarlas. Quizá algún día…

—¿Cuánto?

William dudó. Ethan casi podía leerle el pensamiento: ¿por qué querría saberlo?

Al final, William volvió a encogerse de hombros.

—Supongo que también deberías saberlo. Es de dominio público y mis acreedores intentarán cobrártelo a ti. —Hizo una pausa —. Casi cinco mil libras.

—Las pagaré cuando se liquide la herencia —dijo Ethan.

William lo miró fijamente.

—¿Por qué demonios harías eso?

—El nombre Gordon está implicado —respondió Ethan con frialdad—. No quiero que la herencia de Sarah Ann se vea empañada.

No era la razón verdadera, pero sabía que William la aceptaría. No pensaba explicar las otras. Aún no.

Parte de la irritación desapareció del rostro de William. Movió los labios sin decir nada y se volvió hacia la ventana que daba a los amplios jardines.

Ethan se marchó sin añadir una palabra. Subió las escaleras hacia su habitación. Aunque la casa estaba llena, a esa hora temprana se respiraba un vacío inquietante. Se preguntó si ocurría en todas las casas grandes y si uno acababa acostumbrándose.

La puerta del dormitorio de Sarah Ann estaba cerrada. Ethan la abrió con cuidado. Una pequeña llama parpadeaba en una lámpara de aceite en un rincón y distinguió varias siluetas en la cama de

plumas. Al final reconoció a Henry en los pies, a Annabelle acurrucada entre sus enormes patas y a Caroline rodeando a Sarah Ann con los brazos.

Caroline aún llevaba el vestido de noche y sus rizos se habían soltado del moño adornado con flores. Algunos pétalos yacían sobre la almohada. Parecía frágil en aquella cama enorme. Frágil, vulnerable y dolorosamente deseable.

Sintió un nudo en el vientre al recordar cómo habían hecho el amor, la dulzura casi insoportable de aquel instante. Algo que no podía permitirse repetir. Y, aun así, lo deseaba. Lo necesitaba.

Entró en su habitación sin hacer ruido. Se desnudó con prisa, dejando solo una camisa, se sirvió una copa y se sentó en la cama, estirando la pierna, que ahora le dolía tras las tensiones de la noche.

Aquella noche esperaba haber eliminado al menos uno de los posibles peligros para Sarah Ann. Había ofrecido a William Gordon un incentivo considerable, lo bastante grande como para aliviar parte de su desesperación.

¿Y Caroline?

No podía pensar con claridad cuando se trataba de ella. Menos aún sabiendo que dormía en la habitación contigua.

Había oído parte de la conversación entre ella y Drew Cameron. También había observado la cercanía entre ambos. Todo en su interior se rebelaba contra la idea de que fueran conspiradores.

Pero Cameron había estado presente en las dos ocasiones en que Sarah Ann y él habían sufrido aquellos «accidentes». Cameron y Caroline parecían algo más que amigos. Y Caroline heredaría más dinero si Sarah Ann muriera, quizá lo suficiente para mantener los establos o, al menos, a Shadow.

Y quizá los accidentes no habían sido más que eso: accidentes. Quizá los cerdos también bailaban el vals.

Terminó el whisky y colocó la pistola bajo la almohada.

Dios, cómo le destrozaría descubrir que Caroline había planeado un asesinato…

y que su confianza había vuelto a estar mal depositada.

# Capítulo 18

Ethan no tenía ningún deseo de participar en la caza de urogallos.

Había cazado para alimentarse, pero nunca había comprendido el atractivo de matar por deporte. Aun así, tomó la escopeta que Duncan le proporcionó, montó a Bailey y cabalgó con los demás hombres hasta la zona boscosa situada más allá del lago.

Sus ojos se desviaban una y otra vez hacia las ruinas. Igual que el día en que había estado allí con Caroline, la niebla se elevaba desde las colinas verdes, envolviendo parte del castillo y dejando que el resto emergiera como un reino encantado entre las nubes.

Algunos invitados habían llevado perros. Una vez colocados los hombres, los animales se encargarían de levantar a los urogallos.

Ethan intentó mostrarse cortés, pero tenía poco en común con los demás cazadores. Vivían para el deporte, los actos sociales y la política. Descubrió que varios eran miembros del Parlamento. Se sentía distinto, un forastero atado a acontecimientos que detestaba, todo por asegurar el futuro de su hija. Empezaba a preguntarse si realmente valía la pena, ni para él ni para Sarah Ann. No quería para ella una vida como la de Grace: vacía, sin propósito. Caroline había dado sentido a la suya, pero a costa de desafiar convenciones, y había comprobado que pocas mujeres en Escocia lo hacían.

Maldita sea, ojalá supiera qué era lo correcto. Para todos.

Antes de unirse a los cazadores había ido a ver a Sarah Ann. Caroline y Henry ya se habían marchado, pero el aroma floral de ella aún permanecía, despertando un anhelo que se le hacía demasiado familiar. Sarah Ann, somnolienta, lo abrazó cuando se sentó en la

cama para despertarla. No quería que se encontrara sola; aún se asustaba y seguía aferrándose a su muñeca y al pañuelo verde.

—¿Dónde está Lady Caroline? —preguntó medio dormida.

—Creo que ha tenido que atender a los invitados —respondió, convencido de que ella prefería evitarlo. Él mismo había contribuido a eso.

Había pensado en Caroline toda la noche. La imagen de ella tendida en la cama con Sarah Ann entre los brazos no se le iba de la cabeza. Era imposible que estuviera implicada en los accidentes.

Había salido a buscarla. Sabía que la había herido la noche anterior y quería arreglarlo, pero tras una hora sin encontrarla se había rendido.

Ahora, ya en el bosque, un mozo se llevó los caballos y los hombres se dividieron en grupos. A Ethan lo asignaron a uno con los Carmichael.

—¿Es bueno con esa escopeta? —preguntó el Carmichael mayor.

Era mucho más que bueno, pero no pensaba demostrarlo. No iba a matar pájaros aquella mañana.

—No tengo mucha afición al deporte.

—Mis muchachos sí —replicó Carmichael mientras soltaba al perro.

El animal se internó entre los matorrales y, en segundos, una bandada alzó el vuelo. Los Carmichael dispararon. Ethan observó cómo las aves caían. Oyó más disparos en otros puntos del bosque.

—¿No le gusta cazar, señor Calder? —insistió Carmichael.

No podía hacerlo. Ya había cazado presas mucho mayores durante demasiado tiempo.

—No —respondió con brusquedad—. Voy a regresar a la mansión.

Carmichael frunció el ceño, pero otra bandada se levantó y volvió a disparar, murmurando algo sobre extranjeros.

Ethan sintió una extraña sensación de libertad. Emprendió el regreso atravesando el bosque. A su espalda resonaban los disparos y, de pronto, volvió a estar en Vicksburg, con el estruendo de cañones y rifles, hombres cayendo y gritando.

Se detuvo, apoyándose en un árbol. El humo, el dolor, la sed… los recuerdos eran vívidos. Entonces oyó algo distinto. Un movimiento. Levantó el arma cuando una bala impactó en el tronco, a escasos centímetros.

Otro disparo levantó tierra frente a él.

Se dejó caer y se arrastró entre la maleza, consciente de que nadie pensaría nada extraño con tantos disparos alrededor. Un grito podría poner en peligro a otros.

Vio un destello marrón. El tirador se camuflaba con habilidad. Un perro ladró. Otro disparo rasgó el aire. Al menos ya no podían verlo.

Se desplazó lentamente, describiendo un semicírculo. Nada. Silencio. El atacante era experto.

El sudor le empapaba la frente. Oyó el crujido de una hoja. Rodó y apuntó. Luego risas, voces victoriosas. Miró atrás. Nada. El tirador había desaparecido.

Se incorporó justo cuando aparecieron Carmichael y sus hijos.

—¿Se ha caído? —preguntó Alex Carmichael, fijándose en su ropa manchada.

—Una vieja lesión. A veces la pierna falla.

—Lady Grace dijo que estuvo en la guerra. ¿Quiere ayuda?

—No hace falta —respondió, mirando los urogallos abatidos—. Veo que han tenido éxito.

—Todos los hombres de provecho saben disparar —dijo Carmichael con orgullo.

Ethan dudó y luego preguntó:

—¿Han visto a alguien más por aquí?

—No.

Maldita sea. Quienquiera que fuera ya se había marchado.

Ahora lo sabía: no había sido un accidente. Ni aquel ni los anteriores. Alguien había matado a Jamie. Alguien había intentado matarlo a él… y a Sarah Ann.

¿Y si lo lograban? ¿Quién protegería a su hija? Las viudas Gordon serían sus parientes más cercanos.

Descartó a Caroline: no podía haberse movido así con el tobillo lesionado. Grace probablemente no sabía manejar un arma.

Eso dejaba a William.

Y a Drew Cameron.

El único presente cada vez que había habido peligro.

El amigo de Caroline. Tal vez su amante.

Su corazón lo negaba, pero su mente no podía descartarlo.

Cuando llegaron a los caballos, Ethan entregó la escopeta al mozo y preguntó quién más había regresado.

—Lord Kinloch, señor. Y el conde de Gaibreaith.

—¿Juntos?

—Eso parece.

Sin esperar a nadie, montó y espoleó a Bailey rumbo a Calholm.

Caroline estaría en el establo, con Shadow.

Y allí estaba, hablándole al caballo con suavidad mientras lo cepillaba. Sarah Ann estaba cerca, empapada de espuma, intentando limpiar a Peppermint. Henry dormía fuera del establo.

Estaban solas. Callum se había marchado y los mozos estaban con los cazadores. Aquella hora le había dado la paz que necesitaba.

Caroline no había visto a Ethan esa mañana. Había despertado con Sarah Ann dormida en sus brazos. Aquello se había sentido demasiado bien y la había llenado de culpa. Ethan estaba cerca, con aquella mirada condenatoria grabada en su memoria. Se había escabullido sin hacer ruido.

Ahora se preguntaba por qué la había mirado con tanta ira la noche anterior. ¿Qué había cambiado?

—¡Ay!

La exclamación la sacó de sus pensamientos. Sarah Ann había caído del taburete sobre el heno. Caroline corrió hacia ella y no pudo evitar reír al ver su expresión asombrada.

—Yo también me caí —dijo la niña con orgullo.

—Ya veo. ¿Te duele algo?

Sarah Ann miró el tobillo vendado de Caroline.

—Quizá el tobillo.

—Puede que sí —admitió Caroline, divertida.

—¿Me llevarás en brazos como papá a ti?

Antes de que pudiera responder, oyó el ruido de cascos y la voz furiosa de Ethan.

—¿Qué demonios…?

—Me caí —anunció Sarah Ann—. Igual que Caroline.

El corazón de Caroline dio un salto. Nadie había querido nunca ser como ella.

Ethan la miró con los ojos encendidos de ira. Reunió valor y sostuvo su mirada.

—No está herida. Solo estaba aprendiendo…

Pero él no escuchaba. Entonces Caroline vio la suciedad en su ropa, los desgarros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Alguien me ha disparado —gruñó.

—¿Un accidente?

—No. Hubo varios disparos. No fue un accidente.

Ella dio un paso hacia él y luego se detuvo. Comprensión y dolor cruzaron su rostro. Retrocedió como si la hubiera golpeado.

Ethan oyó el sollozo de Sarah Ann y la tomó en brazos.

—No pasa nada, cariño. Estás a salvo.

—No te vayas —suplicó—. Por favor.

—No lo haré. Te lo prometo.

Ella lo abrazó con fuerza.

Ethan oyó un sollozo detrás, luego un ladrido. Caroline salía del establo, casi volando pese al tobillo herido. Henry la siguió, mirándolo con reproche.

Ethan cerró los ojos, apoyándose en la pared, murmurando palabras tranquilizadoras a Sarah Ann.

Pero no pudo calmar la tormenta en su interior ni la certeza creciente de que acababa de cometer un error terrible.



Caroline huyó hacia la casa, hacia la calma aparente de su habitación.

No había mediado ninguna acusación explícita, pero era como si la hubiera habido. Ethan pensaba que ella tenía algo que ver con el tiroteo. El dolor fue tan profundo, tan cortante, que tuvo que morderse el grito que pugnaba por salirle de la garganta.

¿Cómo podía creer que ella intentaría hacerle daño? ¿O, peor aún, que participaría en un intento de hacerlo? ¿Y cómo podía pensar que haría daño a Sarah Ann? Porque esa acusación también había estado ahí, suspendida entre ambos. Recordó que él le había hablado del accidente de Edimburgo. ¿Ya entonces sospechaba de ella? Que la considerara capaz de dañar a una niña resultaba insoportable.

Caroline se dejó caer sobre la cama, la misma en la que había hecho el amor con Ethan. Había creído que aquello era amor. Se había sentido hechizada, hermosa. Deseada de verdad por primera vez en su vida.

¿Y ahora?

Una enorme pata apareció con cautela sobre el colchón, seguida de una cabeza. Una lengua rozó su mejilla con torpe compasión. Entonces llegaron las lágrimas. No había llorado en años, ni siquiera cuando Jamie murió. El shock la había protegido entonces. Incredulidad primero. Luego, entumecimiento.

Ethan Calder había roto ese entumecimiento. La había hecho sentirse viva de nuevo, quizá viva por primera vez. Y ahora sentía como si le arrancaran el corazón del pecho.

Perdió la noción del tiempo. Oyó ruidos lejanos y comprendió que los cazadores habían regresado y almorzaban antes de la carrera. Después, los invitados comenzarían a marcharse. Algunos, tal vez Drew entre ellos, se quedarían un día más. Y entonces se quedaría sola con Grace, con William y con un hombre que la creía capaz de asesinar. Un hombre al que había creído poder amar.

Henry subió a la cama con cautela, como si no estuviera seguro de si debía hacerlo, y se tumbó cerca de ella.

—¿Qué debo hacer, Henry? —susurró.

Él gimió, deseoso de ayudarla, aunque sin saber cómo.

El tiempo avanzaba con lentitud. La comida terminaría. Se harían apuestas para la carrera. Se prepararían los caballos.

Caroline se secó las últimas lágrimas. No le daría a Bennett Sebastian Calder la satisfacción de saber que la había hecho llorar. Se lavó el rostro y luego hizo sonar la campanilla para llamar a Effie.



Ethan llevó a Sarah Ann a su habitación, la ayudó a ponerse un vestido seco y la distrajo un rato con Annabelle. La provocó, la hizo reír, y luego le ofreció el brazo para acompañarla al almuerzo. A ella le encantaba ese gesto; la hacía sentirse mayor.

Bajaron y encontraron el comedor y el salón llenos de invitados que charlaban animadamente, comentando la caza de la mañana o apostando por los cinco caballos que correrían por la tarde. El aire estaba cargado de expectación. Algunos ya habían visto a Shadow en carreras locales; otros solo habían oído hablar de él.

Pero Caroline no estaba por ninguna parte.

Grace ejercía de anfitriona con evidente placer, y William parecía cómodo a su lado. Ethan los observó, preguntándose si alguno de los dos había planeado la emboscada en el bosque.

No había visto aún a Drew Cameron. Una voz desagradable en su interior se preguntó si estaría con Caroline o si los celos estaban enturbiando su juicio.

Escuchó apuestas y murmullos mientras Sarah Ann se aferraba a una de sus manos y Suzanna a la otra. Se animaba cuando alguien le hablaba, sobre todo si le preguntaban por la muñeca.

—Me la regaló mi mamá —decía con orgullo.

Su sonrisa se amplió cuando vio entrar a Drew.

Se dirigió directamente a ella.

—¿Cómo está mi dama favorita?

—Me caí —anunció Sarah Ann con aire triunfal.

Ethan escrutó a Drew en busca de astucia, de crueldad, de doblez. No encontró nada salvo preocupación sincera por la niña.

Drew iba vestido para montar. Ni un cabello fuera de lugar. No había nerviosismo en sus ojos. Si era algo más de lo que parecía, era un actor extraordinariamente bueno. Muchos jugadores lo eran.

—No te vi esta mañana —comentó Ethan.

—Salí a caballo a inspeccionar el recorrido.

Volvió su atención a Sarah Ann.

—Qué vestido tan bonito.

—Gracias —respondió ella, pavoneándose con el encanto natural de una niña.

—¿Me buscas otra moneda?

—Ah, como todas las jovencitas —bromeó—. Siempre tras el oro de los hombres.

Y, estirándose, le sacó una moneda de detrás de la oreja.

—Para dar buena suerte. La mía y la tuya.

—Lady Caroline dice que vas a montar a Shadow —dijo Sarah Ann—. ¿Crees que podrías hacerme un favor?

—¿Qué favor? —preguntó Drew.

—Hace muchos años —explicó—, los caballeros llevaban a la batalla un símbolo del favor de su dama. Un pañuelo, algo así.

Ethan observó el rostro de Sarah Ann mientras pensaba.

—No tengo nada.

Su pañuelo asomaba por el cuello del vestido. Effie la había lavado a escondidas una noche y la había devuelto antes de que la niña despertara.

Drew extendió la mano y la tocó.

—Esto quedaría precioso.

Los ojos de Sarah Ann se empañaron. La sonrisa se borró y se quedó inmóvil.

Drew reaccionó de inmediato.

—No pasa nada, amor. Un beso también sirve.

—¿De verdad?

—Mejor que bien.

Sarah Ann se inclinó y lo besó. Luego le susurró algo al oído. Ethan no alcanzó a oírlo. Vio cómo Drew se tensaba un instante, miraba a Ethan y respondía en voz baja.

Ethan sintió una soledad súbita y una ira ardiente.

Drew se incorporó.

—Lo haré por usted, Lady Sarah Ann.

Miró a Ethan con una expresión preocupada y se alejó.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Ethan.

—Que te cuidara —respondió ella—. Dijo que lo haría. Lo prometió.

Ethan sintió que el suelo se desplazaba bajo sus pies. No podía discutir la intención de la niña, solo su elección.

«Los niños son mejores jueces de carácter de lo que creemos», había dicho Mary May.

A Ethan siempre le había sorprendido la facilidad con la que Sarah Ann lo había aceptado meses atrás. Le había preguntado si era su papá y se había sentado en su regazo sin dudar. En aquel entonces, eso solo demostraba una confianza peligrosa. Él había sido un asesino. Del lado de la ley, sí, pero asesino al fin.

No. Sarah Ann no era buena juzgando a las personas. Así que desechó su aprobación de Drew Cameron.

Mientras le preparaba un plato de comida, notó las miradas de varias jóvenes. Algunas le resultaban familiares; otras no.

Imaginó a padres llevándose a sus hijas lejos antes de considerar siquiera emparejarlas con él. No tenía título, apenas dinero. A ojos de todos, no tenía nada.

Maldita fuera esa imagen. Un tutor que vivía a costa de su pupila. Más aún, odiaba estar sentado sin hacer nada cuando alguien había intentado matarlo.

Grace se acercó.

—¿Ha disfrutado de la caza esta mañana?

Estaba especialmente hermosa. Las fiestas le sentaban bien; le gustaba ser el centro de atención.

Claire había sido así.

Aunque había aprendido a desconfiar de ese rasgo, Ethan no podía ignorar el atractivo de Grace: el cabello negro, los ojos violetas, la sonrisa fácil. También notó otra cosa. William no se apartaba de ella y ella regresaba una y otra vez a su lado.

¿Cómplices?

Se sentía acorralado. No creía poder dejar a Sarah Ann con nadie. No sabía si él era el único objetivo o si había ofrecido una oportunidad al asesino. Y no podía investigar con una niña de cuatro años a cuestas.

Ojalá hubiera alguien en quien confiar.

Caroline. William. Grace. Drew.

Uno de ellos intentaba matarlo.

Y, en ese momento, no podía creer que fuera ninguno.

# Capítulo 19

Caroline estaba decidida a que nada interfiriera en el triunfo de aquel día. Todo por lo que ella y Jamie habían trabajado —y arriesgado— durante los últimos cinco años empezaría a justificarse allí mismo. Procuró no pensar en que Jamie había muerto antes de verlo cumplido. Procuró no pensar en que un solo hombre podía arruinarlo todo en cuestión de semanas.

Aquel era el día de Shadow.

Había elegido un vestido de montar verde bosque que sabía que le favorecía, con un abrigo a juego y un sombrero alegre. Los tonos oscuros no ofenderían a quienes aún consideraban que debía guardar luto.

Callum estaba en el establo, hablando con Drew, quien, según sabía Caroline, había recorrido el circuito esa misma mañana con otro caballo.

—Puede que Shadow se resista —dijo Callum—. No se lo permitas. Déjale claro quién manda.

Drew asintió. Al darse cuenta de la presencia de Caroline, se volvió hacia ella.

—Es un gran caballo.

—Jamie decía que sería un campeón —respondió ella con nostalgia—. Debería ser él quien lo montara.

—O tú —replicó Drew con afecto—. Es una lástima que hayas nacido mujer. Me habría gustado correr contigo.

—Aún puedes hacerlo —dijo ella, ladeando la cabeza con desafío.

—Quizá cuando ese tobillo mejore —respondió él—, aunque creo que el nuevo señor de Calholm no me aprueba demasiado. Lleva dos días mirándome con abierta hostilidad.

—No es el nuevo señor —replicó ella—. Todavía no.

—Pero todo el mundo dice que la petición ya ha sido aprobada.

Callum resopló con disgusto y salió del establo.

—Prepararé el otro caballo.

Desapareció tras el corredor. Geordie montaría a Torchfire, un bayo de seis años destinado a la cría.

Caroline se apartó de Drew y apoyó la mano en el costado de Shadow.

—No pareces contenta —dijo él en voz baja.

Ella se mordió el labio.

—Alguien disparó a Ethan esta mañana.

—¿Qué demonios? —exclamó Drew.

—Y hubo un accidente en Edimburgo.

—¿En Edimburgo? —Su voz se tensó—. ¿Qué ocurrió?

—Después de que los dejaras, un carruaje casi los atropella.

Drew silbó.

—También hubo un accidente en Liverpool.

Guardó silencio un instante, y Caroline se volvió para mirarlo.

—Tú estabas allí en cada ocasión.

—Maldita sea —estalló él—. No creerás que…

—Por supuesto que no —lo interrumpió ella.

Vio cómo se le marcaba un músculo en la mejilla. Drew era atractivo, de cabello claro y ojos avellana que le recordaban vagamente a los suyos. Desde el primer momento había sentido con él una extraña familiaridad, como si lo conociera de siempre. Nunca

antes le había ocurrido algo así, ni se había sentido cómoda tan deprisa con un hombre.

—Y luego está Jamie —añadió ella en voz baja.

—Eso fue un accidente —dijo Drew. Ante su vacilación, añadió —. ¿No lo fue?

—Era un jinete magnífico.

—Tú también, y te caíste.

—Porque… me distraje.

—Creo que no te preguntaré por qué —replicó él con sequedad —. Pero seguro que Calder no puede sospechar de ti.

Ella se encogió de hombros, desconcertada.

—Maldito bastardo —murmuró Drew—. Te tenía en más estima que eso.

—Puedo entenderlo… —empezó ella.

—Yo no —la interrumpió—.

Se detuvo al mirarla con atención.

—No has… no estás…

Ella lo miró con tristeza.

Drew suspiró hondo.

—Ahora comprendo por qué me ha estado mirando con tanta furia.

Las lágrimas amenazaron con brotar y Caroline parpadeó para contenerlas. Drew le secó una con el pulgar y la atrajo hacia sí.

—Es un idiota —dijo él.

Ella permaneció un momento entre sus brazos y luego se apartó.

—Gracias por montar a Shadow.

Drew asintió.

—Cuando quieras, cariño.

—¿Drew?

—¿Sí?

—Comprueba bien la silla antes de salir.

Él se volvió bruscamente.

—Por favor, Drew.

—De acuerdo, mi señora —respondió con una sonrisa ladeada —. E intentaré no caerme.

Ella esbozó una sonrisa tenue.

—Y ganaremos.

—Lo sé.

Drew se inclinó y besó su frente.

—Siempre puedes venir a América conmigo.

Caroline se estremeció.

Él rió entre dientes, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos.



Ethan sabía que aquello iba a ocurrir. Incluso creía estar preparado para ello.

Sarah Ann fue directamente hacia Caroline cuando los invitados se congregaron para el inicio de la carrera, y él tuvo que seguirla.

Caroline se inclinó para saludar a la niña, pero evitó mirarlo.

—La eché de menos esta mañana, Lady Caroline —dijo Sarah Ann—. Papá y yo la echamos de menos. Annabelle también.

—Tendrás que decirle a Annabelle que lo siento —respondió Caroline con esa sonrisa amable que siempre le dejaba sin aliento. Era mucho más poderosa que la sonrisa deslumbrante de Grace,

quizá porque no la ofrecía con tanta frecuencia. Desde luego, en aquel momento no era para él.

Se volvió hacia los cinco jinetes. Desde el punto donde se encontraban, los espectadores podían ver algunos saltos y parte del recorrido, pero no todo. La expectación crecía mientras los escoceses observaban a Shadow y a Torchfire.

Shadow estaba nervioso con un jinete nuevo, pero Ethan reconoció, a regañadientes, que Drew Cameron lo llevaba bien sujeto. Era evidente que era un jinete experimentado. ¿Qué más hacía bien aquel hombre?

—Mirad —dijo Sarah Ann, señalando a Drew—. Le hice un favor.

—¿Y cuál fue? —preguntó Caroline.

—Quería mi pañuelo, pero le di un beso en su lugar. Para ayudarle a ganar.

—Creo que eso es mucho mejor —respondió Caroline.

Lanzó una rápida mirada a Ethan. Él percibió la frialdad en ella. Su rostro estaba tenso y no supo si se debía al nerviosismo por la carrera o a las acusaciones veladas de la mañana. Sus labios temblaron un instante, pero luego se volvió hacia los caballos, hacia Callum, que iba a dar la señal de salida.

—Súbeme —ordenó Sarah Ann.

Ethan la alzó y la sentó sobre sus hombros.

Caroline dio unos pasos hacia uno de los chicos Carmichael.

Ethan no podía culparla. La había herido, quizá de forma irreparable, si era inocente. Sabía lo que la desconfianza hacía a las personas y había destrozado aquel inicio frágil de confianza —y de intimidad— que habían compartido.

Se repetía que todo era por Sarah Ann, que no podía arriesgar su vida. Pero no estaba seguro de que esa fuera toda la verdad. Desconfiar siempre había sido más fácil que confiar.

—¡Mirad! —exclamó Sarah Ann.

Los caballos salieron disparados, golpeando el suelo con fuerza. Alcanzaron el primer salto y parecieron volar al superarlo. Ethan rara vez había visto una destreza ecuestre semejante. Sobre Shadow, Drew se inclinaba hacia el cuello del animal, fundiéndose con él mientras superaba una valla de casi dos metros y luego un obstáculo de matorrales. Después, jinetes y caballos desaparecieron de la vista y la multitud guardó silencio.

Ethan sintió un respeto involuntario. Buscó el rostro de Caroline. La encontró mirándolo con una tristeza perpleja que empañaba sus rasgos. Debería estar exultante, celebrando. Y él le había arrebatado eso. Se sintió como si hubiera destruido algo precioso y, en aquel instante, se odió.

Un grito anunció la recta final. Caroline forzó una sonrisa cuando Shadow amplió su ventaja, saltó el último obstáculo con holgura, seguido por Torchfire, mientras los otros tres quedaban atrás.

Todo terminó entre aplausos y felicitaciones.

—Es todo lo que dijiste y más —dijo Carmichael, acercándose —. Y yo regresaré a casa más pobre. No estarás pensando en venderlo, ¿verdad?

Caroline negó con la cabeza.

—Pero tiene un hermano, un potro de un año, que quizá esté en venta. Probablemente dependerá del señor Calder.

Con la espalda rígida y una sonrisa fija, se acercó a Shadow y a Drew Cameron. Ambos quedaron rodeados de gente.

Ethan sintió que había dejado de existir para ella.

—Fue mi beso —anunció Sarah Ann.

De pronto recordó que la niña seguía sobre sus hombros y la bajó.

—¿Qué pasa, Mi muñequita?

—Drew ganó gracias a mi beso —dijo ella, molesta por tener que recordárselo.

Ethan le apretó la mano.

—Claro. Los besos son mágicos.

Pensó en algunos besos recientes.

—Sí —añadió—. Lo son.

Pero toda la magia se había desvanecido, y lo único que le quedaba en la boca era el sabor amargo del arrepentimiento.



La victoria debería haberlo significado todo. No significó nada.
¿Por qué seguía preocupándose?

Caroline aceptó las felicitaciones, atribuyendo la cría a Jamie y al viejo marqués, y la equitación a Drew Cameron. Buscó a Drew, pero después de desmontar había desaparecido. Ethan también.

Ella y Callum llevaron a Shadow a los establos cuando los invitados se retiraron a la casa solariega.

Callum le dedicó la mayor sonrisa que era capaz de esbozar.

—Les hemos dado una lección, lady Caroline.

—Así es —respondió ella—. Ahora podrás encontrar trabajo en cualquier sitio.

—¿Qué quieres decir?

Caroline estudió su rostro curtido.

—No estoy segura de que el señor Calder vaya a quedarse con los caballos. He oído que su petición ha sido aprobada.

—No es justo —protestó Callum—. Son caballos de Calholm. El antiguo marqués les entregó su corazón.

—Jamie también —le recordó Caroline.

Callum murmuró algo entre dientes. Ella lo miró con curiosidad.

—A lord Jamie no le importaban —dijo por fin—. Tenía intención de venderlos.

—Nunca me dijo nada de eso.

—Porque sabía que te opondrías. A lord Jamie no le gustaba la oposición. Habría seguido adelante y los habría vendido, como quería lady Grace. Como hará el nuevo amo.

Apretó los labios con amargura.

Los latidos del corazón de Caroline casi ahogaron cualquier otro sonido.

—¿Cómo lo sabes?

—Oí a Jamie hablando con lady Grace —respondió con voz sombría y mirada fría—. No debería decirlo, pero tú crees demasiado fácilmente.

Se alejó hacia los establos, dejándola paralizada.

Tú crees demasiado fácilmente.

Jamie y Grace.

No quería creerlo. No podía creerlo. No podía aceptar que Jamie hubiera estado dispuesto a vender su herencia, a romper la promesa hecha a su padre y a engañarla.

Había vivido con Jamie tres años. Había concebido un hijo con él.

Pero nunca te dijo que te quería.

Su mente giraba, intentando recomponer fragmentos que revelaran la verdad.

Jamie era un buen jinete, magnífico incluso. Su padre, según le había contado, lo había subido a un caballo antes de que pudiera caminar. John Gordon valoraba esa habilidad por encima de todo.

Pero Jamie nunca alimentaba a los caballos con trozos de manzana o zanahoria, nunca se quedaba a hablar con ellos, ni a cepillarlos o refrescarlos. Siempre lanzaba las riendas a los mozos y se marchaba.

Era con ella con quien el marqués pasaba horas hablando de linajes y carreras. Jamie siempre encontraba una excusa para irse.

Jamie. Siempre educado. Siempre correcto. Siempre obedeciendo a su padre.

Y el marqués quería nietos.

Caroline no supo qué era la pasión ni el deseo hasta hacía unos días. Jamie hacía el amor de forma rápida y eficiente. No era desagradable, pero tampoco había placer verdadero. Ella había creído que aquello era normal. Agradecía, al menos, que no fuera la carga que su madre había descrito.

Había querido amar a Jamie, viendo en él lo que necesitaba ver.

¿Había vuelto a engañarse con Ethan Calder?

¿O debía creer a Callum?

¿Por qué iba a mentir sobre Jamie?

El mundo pareció inclinarse bajo sus pies. Tuvo que apoyarse en la puerta de un cubículo para no caer.

¿Había vivido siempre dentro de una fantasía, igual que cuando era niña y se refugiaba en los libros para escapar del odio de su casa?

Había confiado en Jamie. Había empezado a confiar en Ethan Calder. Le había entregado parte de su alma.

Y él la creía capaz de asesinar.

No podía volver a la mansión. No podía enfrentarse a los invitados que se marchaban, a Grace —que quizá había seducido a su marido—, ni al hombre al que creía amar.

Una urgencia desesperada la impulsó a actuar. Manipuló los pesados arreos, ensilló un caballo que nunca había corrido, utilizó un taburete para montar y galopó desde los establos hacia las ruinas del castillo, junto al lago.



Sarah Ann se despidió de los invitados con una educación impecable, y ellos respondieron encantados.

Ethan sabía que sus propias despedidas no eran tan bien recibidas. Percibía la desconfianza —y la desaprobación— de sus nuevos vecinos. No los culpaba. Calholm pertenecía a los Gordon, no a un advenedizo estadounidense.

Varias familias pasarían la noche allí, incluido Drew, del que habría prescindido con gusto. Pero Drew vivía en Edimburgo, a más de un día de viaje, y Ethan no podía expulsar a nadie de una casa que aún no era suya. Que nunca sería suya.

—¿Papá?

Ethan se agachó junto a Sarah Ann en el vestíbulo, ya vacío.

—¿Sí, cariño?

—¿Puedo montar a Pep'mint?

—Creo que sería mejor que saludaras a Annabelle —respondió —. Debe de sentirse muy sola.

Sarah Ann se afligió al instante, y Ethan se sintió miserable por manipularla.

—Probablemente Pep'mint también se sienta solo.

—Pero él no ha estado encerrado toda la mañana en tu habitación —le recordó.

La niña reflexionó, con su deseo enfrentado a lo que consideraba su deber. Ethan ya sabía que, en lo referente a la

responsabilidad, Sarah Ann podía ser sorprendentemente firme.

—Pobre Ann'belle —murmuró, arrastrando las palabras.

Ethan comprendió que estaba cansada. Y que había ganado esa pequeña batalla.

Una vez en su habitación, jugaría con Annabelle, él le contaría un cuento y esos ojos se cerrarían durante una hora más o menos.

Quizá entonces podría obtener algunas respuestas de Drew Cameron.



Drew quería darle una paliza a Ethan Calder.

Pocas personas le importaban de verdad, y Caroline era una de ellas.

La primera vez que la vio admiró su espíritu. Pensó, sobre todo, que lo hacía porque el suyo había sido aplastado hacía tiempo.

Había aprendido a no preocuparse por nada.

Era el único hijo de un conde que había arruinado su propia finca para asegurarse de que Drew no heredara nada. No supo por qué su padre lo odiaba hasta que descubrió la verdad: no era un Cameron de sangre, solo de nombre.

Bastardo.

Así lo había llamado su padre.

El apellido lo conservaba únicamente porque aquel hombre era demasiado orgulloso para admitir públicamente que no podía tener hijos, que su esposa había sido adúltera.

Drew había pagado ambos pecados durante toda su vida.

No fue hasta cuatro años atrás, cuando su padre agonizaba, que conoció los detalles completos. Murió llamándolo bastardo y

asegurándose de que no recibiera ni un penique.

Para entonces, ya no le importaba.

O quizá sí.

Su padre había destruido a su madre. El odio la consumió hasta convertirla en un cascarón que bebía para sobrevivir. A Drew lo enviaron a internados, y cuando regresaba a casa lo recibían con insultos.

La rebelión fue su refugio. Su venganza.

Lo expulsaron de más escuelas de las que podía recordar, a pesar de que muchos directores coincidían en que tenía una mente brillante. Jugó, robó, se vendió. Solo le importaban los deportes: la equitación, el boxeo, la esgrima, el tiro. Destacaba en todos.

La violencia se convirtió en su válvula de escape.

Hasta que un profesor se interesó por él.

Samuel Bascomb fue paciente, amable. Sonreía ante sus pullas, lo invitaba a su despacho, lo trataba como a alguien valioso. Durante un tiempo, sacó lo mejor de él.

Luego Bascomb murió, y Drew volvió a quedarse solo.

Pero aprendió algo: que el encanto era más eficaz que la amargura.

Aprendió a ocultar su dolor tras bromas, a vestirse de indiferencia, a convertir la falta de rumbo en un arte.

Era, en teoría, una de las personas más inútiles del mundo: un joven caballero con título, sin dinero ni perspectivas. Podría haberse casado con una heredera estadounidense, como tantos otros. Pero no pudo.

Ya había vendido demasiada parte de su alma.

Lo poco que le quedaba lo conservaría.

Pero Caroline le importaba.

Tenía la fuerza que él debería haber tenido. Había conocido a su padre y a sus hermanos torpes y crueles. No comprendía cómo había sobrevivido intacta.

Pero lo había hecho.

Y, por Dios, nadie volvería a hacerle daño.

No mientras él pudiera evitarlo.



Uno de los mozos de cuadra le indicó a Ethan que Caroline había tomado el camino del norte, hacia el lago. Nadie sabía adónde había ido Andrew Cameron.

Ethan se preguntó si los encontraría juntos.

Sarah Ann dormía profundamente. Annabelle y Henry estaban con ella. Había pedido a Effie que permaneciera allí y le había entregado dos libras para asegurarse de que la niña no quedara sola.

Ensilló a Bailey y salió de los establos, siguiendo el sendero que bordeaba el lago. Necesitaba respuestas. Y necesitaba decirle a Caroline que él y Sarah Ann se marcharían de Escocia.

Vio primero el caballo. Pastaba tranquilo junto a uno de los muros. Desmontó, dejó a Bailey atado y avanzó hacia la capilla.

Caroline estaba arrodillada ante las ruinas. El sol se filtraba por los huecos del techo derruido y parecía formar un halo alrededor de su cabello castaño rojizo, recogido en trenzas que rodeaban su cabeza. El peinado era severo, pero estaba hermosa. Para él lo estaba siempre, incluso cuando vestía pantalones de muchacho y una gorra calada.

Se detuvo en la entrada. Observó. Esperó. Extrañamente, tuvo miedo.

Como si hubiera sentido su presencia, Caroline se incorporó despacio y se volvió. En su rostro no hubo sorpresa.

Él aguardó mientras ella se acercaba, con la espalda rígida por el orgullo y la mirada helada.

—Quería estar sola —dijo—. Lo siento.

—¿De verdad? —Su voz tembló levemente. Se sintió desarmado—. Caroline…

—¿No te preocupa que pueda apuñalarte con el cuchillo que llevo escondido en el vestido? ¿O crees que soy demasiado cobarde? ¿Prefieres que haga que otro lo haga por mí?

Era exactamente lo que él había insinuado horas antes, cegado por la ira.

—Vete, Ethan Calder —ordenó ella, cansada.

Marcharse era lo que debía hacer. Sin embargo, no pudo moverse. Pese a sus palabras, la atracción seguía ahí, vibrando en el aire, calentándolo a pesar del viento frío. Vio que ella luchaba contra esa fuerza igual que él.

Ambos fracasaron.

—No deberías cargar peso con ese tobillo —murmuró él, torpemente.

—Tú no deberías apoyar esa pierna —replicó ella.

Sus miradas se aferraron una a la otra.

Pero el dolor en los ojos de Caroline era más profundo que la atracción que los iluminaba. Se le escapó un sonido breve, casi un sollozo.

Ella se dio la vuelta para marcharse. Ethan la sujetó por la muñeca. No intentó zafarse. No habría podido aunque quisiera. Él conocía su fuerza y no pensaba soltarla. Y ella tenía demasiada dignidad para forcejear.

Quiso disculparse. En su lugar, dijo lo peor posible, y lo supo en cuanto las palabras salieron de su boca.

—¿Dónde está Cameron?

El rostro de Caroline palideció de rabia.

—Tenemos una cita, por supuesto. Está escondido detrás de ese muro de piedra. O acechando en uno de los pozos. Eres un maldito idiota, Ethan Calder. Ahora suéltame.

La furia le endurecía el cuerpo. Alzó la barbilla con un desprecio que lo desgarró.

Él no la soltó.

—Caroline, escúchame. Cameron ha estado presente cada vez que ha habido un intento contra Sarah Ann y contra mí.

—¿Y crees que hemos estado conspirando…?

—No —respondió—. Pero Cameron…

—Drew no haría eso —lo interrumpió ella.

—¿Cómo lo sabes? —La dureza de su voz lo sorprendió incluso a él. Los celos lo pinchaban como una hoja afilada.

—¿Todos los abogados estadounidenses sois así de suspicaces?

—Solo los que reciben disparos, atropellos y cajas en la cabeza.

Parte de la ira se apagó en sus ojos.

—No fui yo, y tampoco pudo ser Drew —aseguró.

—¿Por qué?

—No tiene motivos.

—Te tiene a ti.

Caroline abrió los ojos con tal sorpresa que Ethan comprendió, en ese instante, que se equivocaba. Al menos por parte de ella no había nada.

—Es un amigo —dijo—. Nada más.

—Quizá quiera algo más.

—No. —Negó con la cabeza—. A él le gustan las actrices.

Un sabor amargo se le instaló en la boca. Drew Cameron significaba más para Caroline de lo que ella admitía, pero Ethan no dudaba de que creía lo que decía.

—¿No pensaste…?

Ella se detuvo a mitad de la frase.

—No sabía qué pensar —replicó él—. Estoy acostumbrado a devolver los disparos cuando me disparan. Me enfurece que me tiendan emboscadas.

No advirtió lo que había revelado hasta que ella habló.

—¿Te disparan a menudo?

Guardó silencio. Le debía una explicación. Pero explicarse implicaba abrir puertas que no sabía si estaba preparado para cruzar.

—Guárdate tus secretos —dijo ella—. No quiero oírlos.

—Caroline…

Su nombre sonó suplicante.

—No sé quién eres ni qué eres —continuó—. Creía saberlo. —Tragó saliva—. Eres un camaleón, Ethan Calder. Entras y sales de tus papeles. Ahora tienes Calholm. Disfrútalo.

La ira de su voz lo sorprendió. Él soltó su mano y ella retrocedió como si hubiera visto una serpiente.

—El viejo marqués me dio a Shadow —añadió—, y espero que no intentes reclamármelo. Me iré de Calholm lo antes posible.

—No —replicó—. Calholm es tu hogar.

—Ya no. Quizá nunca lo fue —respondió—. Fue un refugio, no un hogar.

Ethan avanzó un paso. Ella retrocedió.

—No te acerques a mí.

A pesar del temblor en sus labios, se mantenía desafiante. Sus ojos avellana parecían querer devorarlo. Tenía la espalda contra el muro y, cuando intentó apartarse, no pudo. Parecía un cervatillo atrapado por la luz.

Un escalofrío lo sacudió. Recordó otras veces en que ella había temblado, por razones muy distintas. Caroline lo había aceptado en su cama y en su vida con una confianza total, y él se la había arrojado a la cara. Se había burlado de esa confianza.

Ethan alzó la mano y tocó su mejilla con infinita delicadeza.

Ella se estremeció como si su piel ardiera.

—No —susurró, humedeciéndose los labios—. No.

El aire chisporroteó entre ambos. La ira avivaba el calor en lugar de sofocarlo. Y cuando oyó su nombre, dicho en un hilo de voz —«Ethan… por favor…»—, se perdió.

Se inclinó y la besó. Ella se resistió un instante, luego sus labios cedieron. Él la rodeó con los brazos; ella hizo lo mismo, primero con cautela, luego con una inevitabilidad que parecía empujarla hacia él. Una oleada de placer lo atravesó, aun cuando percibía su resistencia, su negación de lo que ambos deseaban.

Un gemido le nació en el pecho cuando ella abrió la boca con vacilación. Su cuerpo tembló contra el suyo. Sintió cada sacudida, cada respuesta, cuando su excitación se presionó contra ella.

Sabía que debía detenerse. Estaba herida. Estaba furiosa. Pero no pudo. Quería decirle algo para lo que no tenía palabras. Ni siquiera sabía qué era: deseo, necesidad, amor.

Otro sollozo lo alcanzó y le partió el alma. Cerró los ojos. La angustia lo inundó. ¿Por qué hería a quienes le importaban? ¿Cuándo había dejado de confiar por completo?

A pesar del fuego que crecía en su interior, la soltó antes de hacer algo aún más despreciable. Había logrado que ella lo deseara cuando sabía que no quería nada de él.

Bajó los brazos.

—Lo siento —dijo por segunda vez aquella tarde.

Caroline lo miró con esos ojos encantadores.

—¿No confías en nadie? —preguntó al fin.

Tras un largo silencio, respondió:

—Hace mucho que no confío en nadie.

—¿Por Claire?

Se encogió de hombros.

—Hay otras razones.

—¿La madre de Sarah Ann? Nunca hablas de ella.

Calló un momento y luego espetó, con brusquedad:

—Podría estar viva si no me hubiera conocido.

—¿Podría?

—Estaría —corrigió—. Yo… desencadené algo…

Caroline reflexionó y frunció el ceño.

—¿Te culpas por su muerte?

No contestó. El aire se cargó de arrepentimiento, de una pena que nunca había admitido.

—¿Es por eso que…?

No quiso explicar los porqués. ¿Para qué? Ella no tenía motivos para confiar de nuevo en él. Solo le quedaba marcharse. Volver a Estados Unidos. Construir una vida decente para él y Sarah Ann. Olvidar a Caroline Gordon. Imposible.

Murmuró que la dejaría sola, que lo sentía, y se dio la vuelta.

Ella lo detuvo con una mano en su brazo.

—Ethan…

Se volvió. Al ver la expresión de sus ojos, le faltó el aire. Brillaban con esperanza, mezclada con deseo.

Ella repitió su nombre y apoyó la mano en su pecho con una caricia suave.

—Ethan, no quiero que te vayas. Quiero…

Las palabras se perdieron. Su mirada buscó la de él.

Entonces, se alzó, le rodeó el cuello con un brazo y cubrió su boca con la suya.

# Capítulo 20

Antes de que Caroline pudiera recuperar el aliento, los brazos de Ethan la aprisionaron contra él, la alzaron del suelo y su boca se lanzó sobre la de ella con una avidez que no admitía réplica. Ella se lo permitió. Y se dejó llevar sin reservas. No es que él le diera otra opción.

Habían sido la duda en su voz y en sus ojos —la tristeza, el remordimiento, la culpa— lo que había derretido su corazón. De pronto lo comprendió. Él tenía miedo, incluso más que ella, de perder a otra persona a la que se había permitido amar. Por traición o por muerte, las mujeres a las que había intentado entregar su corazón lo habían abandonado. Y no podía arriesgarse a creer que ella no haría lo mismo.

Era terrible no confiar. Ella lo sabía. Y sabía que tenía que demostrarle que podía ser diferente, que podía confiar en ella. Tenía que hacerlo, porque lo amaba y siempre lo amaría. Le aterrorizaba, pero no podía cambiarlo.

Así que se entregó a su pasión y a él. Lo había tomado por sorpresa; no esperaba el beso y no había logrado controlar su reacción. Ella no quería que lo hiciera. Quería conocerlo. Todo de él. Cada secreto, cada pensamiento y sentimiento que rara vez compartía.

Cuando él gruñó contra su cuello, dejando un rastro de besos ardientes hasta su hombro, ella inclinó la cabeza para facilitarle el acceso. Cuando sus manos se movieron con urgencia sobre ella, lo ayudó a atravesar las capas de ropa hasta encontrar su pecho. Y cuando él le levantó la falda, presionándola contra la pared, su cuerpo respondió, buscándolo.

Caroline se sintió deslizarse por la pared hasta que ambos quedaron en el suelo. La chaqueta de él cayó a un lado y su mano tanteó el cierre de los pantalones. Ella lo ayudó, empujados ambos por la urgencia. Y entonces quedó libre.

—Caroline —murmuró él, con la voz entrecortada, mientras le bajaba las bragas y acariciaba, seducía, hasta volverla loca de deseo.

Ella lo empujó hacia abajo, incapaz de esperar, y sintió su ardor contra el suyo. Su cuerpo estaba tenso, casi rígido; luego entró con rapidez y su necesidad la llenó en una explosión de deseo.

Caroline se perdió en él y supo que nunca volvería a estar completa sin Ethan. La desesperación, mezclada con la pasión, alimentó su respuesta mientras él se adentraba cada vez más, haciéndose parte de ella, alcanzando, al parecer, su propia alma.

Gritó cuando sus cuerpos encontraron un ritmo primitivo que aumentó en intensidad y velocidad, y el grito se ahogó cuando los labios de él se apoderaron de los suyos con una posesión feroz. El movimiento se convirtió en una danza arcaica y erótica, una exploración del éxtasis, del arrebato, de un mundo que ella nunca había conocido ni imaginado. Él la tomó una y otra vez hasta que creyó estallar; entonces un estremecimiento la recorrió al sentir cómo su cálida semilla se derramaba dentro de ella. La urgencia se transformó en una satisfacción tan exquisitamente dichosa, tan absolutamente gozosa, que no supo si podría soportarla.

Le rozó la mejilla y notó el sudor del esfuerzo pese al aire fresco. La respiración de él era irregular mientras su cuerpo se relajaba poco a poco, aún unidos. Una dulzura profunda la invadió, acompañando la delicia que su cuerpo todavía sentía. Su propia respiración se aquietó, aunque seguía temblando por la sensación de él.

—Caroline —susurró, acariciándole el rostro, la mejilla y el cuello con un dedo.

Ella sintió amor en ese contacto, en la delicadeza y la ternura. Había asombro en su expresión.

Caroline sonrió.

Atrapó los dedos de él y le tocó la mejilla con el dorso de la mano, manteniéndola allí, mientras contenía la fuerza inmensa de lo que sentía. Quiso gritarlo, envolverlo con ello, pero se conformó con ese gesto pequeño de confianza y fe.

No quería, no podía, forzar algo que él aún no estaba dispuesto a dar. Esperaría hasta que comprendiera que él también la amaba. Ahora lo sabía, aunque todavía no pudiera admitirlo.

Ethan besó su mano y la mantuvo un instante más en sus labios, luego se movió, separándolos con cuidado.

—Hace frío.

—No me había dado cuenta.

Ella sonrió contra su cuello. El tiempo era lo último en lo que pensaba.

Al separarse despacio, le alisó la ropa, ayudándola con las bragas que habían quedado a un lado. A unos centímetros de distancia, Caroline sintió el aire frío. Él lo advirtió y le colocó su abrigo por encima de la chaqueta de montar.

Pero ella no temblaba por el frío, sino por los ecos que aún recorrían su cuerpo.

Le tomó la mano. Sabía que lo que sentía brillaba en sus ojos. En el rostro de Ethan había desconcierto, pero la reserva y la cautela habían desaparecido.

Y sonreía, con esa sonrisa torcida que tanto le gustaba.

Caroline soltó su mano y le tocó la cara, trazando una línea desde los ojos hasta el pómulo.

—¿Dejas que alguien se acerque a ti?

Él se removió, incómodo, y empezó a decir algo.

—No me refiero a Sarah Ann —aclaró ella.

Era fácil querer a un niño, fácil confiar en él. No habían aprendido a engañar.

Un músculo de su mejilla se tensó.

—¿Y tú?

—No alejo a los demás. Quizá porque fui… solitaria de niña.

—Cuéntame —la animó con suavidad, estrechándole la mano.

Ella se acercó más y él la rodeó con el brazo.

—No hay mucho que contar. Mis padres se odiaban. Mis hermanos siguieron su ejemplo. Siempre peleando, compitiendo, enfrentándose. No recuerdo risas en esa casa. Ni amor. Solo disputas. Odiaba aquel lugar, pero mi padre no creía en la educación de las niñas. Aprendí a leer gracias a la esposa de un vicario.

Sonrió de pronto.

—Ella y una de mis niñeras eran amables, extraordinariamente amables. Pero la niñera fue despedida, el vicario murió y su esposa se marchó. Y volví a estar sola.

Dudó.

—Aprendí de ellas que las personas podían amar, que existían la calidez y la bondad. Cuando se fueron, la soledad se volvió más dura. Así que me refugié en los caballos. En las Highlands, montar es una habilidad útil, y mi padre lo permitía, aunque tenía que ocultar lo mucho que me gustaba. Eso habría sido una debilidad. Los animales estaban para ser usados. Los que dejaban de ser útiles, se sacrificaban.

—¿Y Jamie Gordon? —preguntó Ethan—. ¿Cómo lo conociste?

—Era compañero de colegio de uno de mis hermanos. Mi familia tenía dinero, pero no título, y veneraban los títulos. Jamie fue invitado a una cacería en nuestra propiedad. Yo tenía una dote suficiente para resultar aceptable. Mis padres pensaban que el título de Jamie les daría… más respeto.

—¿Lo amabas?

Él ya se lo había preguntado antes, pero ahora quería una respuesta sin velos.

Caroline dudó.

—Era amable. Poco exigente. Diferente a mi familia. Creo que lo vi más como a un príncipe salvador que como a un hombre. Tenía dieciocho años y me parecía maravilloso.

—¿Y lo era?

—Siempre fue considerado y compartíamos el interés por los caballos. Yo estaba… contenta.

Lo había estado. No conocía otra cosa. No conocía la alegría y el dolor de la pasión, ni el éxtasis y la herida del amor. Se preguntó si alguna vez volvería a bastarle estar simplemente contenta.

Ethan la estrechó con más fuerza, como si comprendiera lo que ella no había dicho. Había consuelo en ese gesto, una comprensión inesperada. Caroline se preguntó si aún albergaba sospechas.

—No podría hacer daño a nadie —susurró ella, obligada a hacérselo creer.

—Lo sé —respondió—. Creo que siempre lo supe. Es solo que…

—Tienes miedo por Sarah Ann.

—No puedo evitar sentirme responsable de la muerte de su madre. No puedo permitir que le pase nada más, y me siento terriblemente ineficaz. Es como luchar contra un fantasma. Sé que está ahí, esperando, pero no puedo verlo.

Caroline intuía que Ethan no estaba acostumbrado a sentirse inútil. Desde el principio había irradiado control y confianza.

—¿Por qué te sientes responsable de la madre de Sarah Ann?

Él suspiró.

—Se vio envuelta en algo en lo que yo estaba implicado.

Otra vez las alusiones. ¿A qué? Ella le había dado su confianza y deseaba que él hiciera lo mismo.

Él le acarició el rostro, recorriendo sus rasgos y deteniéndose en su boca.

—Tú también has sufrido pérdidas, ¿verdad? —murmuró—. ¿Cómo has salido tan ilesa?

—No estoy ilesa.

—Pero sigues creyendo… en la magia, en el amor…

—En la confianza —terminó ella.

—Quiero creer —admitió, con voz tensa—. Pero he tenido que aprender a olvidarlo todo.

—¿Por qué?

La giró para mirarla de frente.

—Caroline, durante los últimos cuatro años he estado persiguiendo hombres. Eso mina los sentimientos, especialmente la confianza.

El corazón de ella se detuvo un instante.

—Pero eres abogado.

—Lo fui. Después de la guerra me convertí en alguacil federal.

—¿Alguacil?

—Como uno de vuestros agentes de policía. Perseguía forajidos.

—¿Por qué?

Sonrió apenas.

—Después de la guerra no podía quedarme en un sitio. Había recuerdos. Y algo que tenía que hacer. Ser alguacil me pareció la mejor manera.

—¿El hombre del que me hablaste? ¿El que te salvó la vida?

Ethan la miró, sorprendido de que lo recordara.

—Sí.

Ella siempre había sentido que ese hombre era la clave para comprender a Ethan Calder.

—¿Qué ocurrió?

—Lo utilicé —dijo con sequedad—. Tan cínicamente como puede hacerse. Utilicé la vida de su mejor amigo para obligarlo a algo que le resultaba abominable. Estuve a punto de destruirlo. Destruí a la madre de Sarah Ann.

—Pensabas que hacías lo correcto.

—Fui arrogante. Creí saber lo que era mejor para todos.

—Dijiste que estaba bien.

—¿Lo recuerdas todo? —preguntó—. Si está bien, no es por mí.

Caroline lo miró en silencio.

—Háblame de él.

Le apretó la mano. Tras un momento, Ethan empezó.

—Se hacía llamar Diablo, pero su verdadero nombre era Cail. Tras salir de la prisión de la Unión, donde lo enviaron por ayudarme, se convirtió en forajido. Él y su amigo fueron condenados a la horca.

—Como alguacil ejecutaba órdenes y perseguía a hombres buscados. Ellos desaparecían en un escondite del Territorio Indio. No podíamos hallarlo. Convencí a Diablo para que nos llevara hasta allí a cambio de la vida de su amigo.

—Me odió por ello, pero era la única forma de salvarlo. Lo obligué a ganarse la confianza de otros y luego a traicionarlos.

Caroline guardó silencio unos segundos.

—¿Y la madre de Sarah Ann?

—Mary May sabía dónde estaba el escondite. Un lugar llamado Santuario. Había hecho negocios con quien lo dirigía. Tras la entrada de Diablo, se enemistó con uno de los forajidos y lo expulsaron. A todos los huéspedes los llevaban con los ojos vendados. Pero ese hombre sospechó que Mary May conocía la ubicación. La torturó

para obtenerla y volver a por Diablo. Si yo no hubiera puesto todo en marcha…

Caroline le tomó la mano.

—No puedes culparte por hacer lo que creías correcto.

—Sí puedo. Me volví muy bueno manipulando a la gente. Jugando a ser Dios.

Ella sintió su dolor, profundo y crudo.

—Ahora sé lo que se siente al ser perseguido —añadió—, y no me gusta. Por eso te ataqué. Pero, al menos, quien esté detrás ha decidido ir a por mí y no por Sarah Ann.

Un escalofrío la recorrió.

—¿Quién está con Sarah Ann?

—Effie. Estaba cansada. Le dije que no la dejara sola.

—Ethan —dijo Caroline, poniéndose en pie—, ¿no lo ves? Si matan a cualquiera de los dos, la herencia peligra. Sin ella, tú no puedes reclamarla. Sin ti, ella no tiene tutor. Grace, William o yo podríamos ser nombrados tutores.

—Todo vuelve a los tres únicos que se beneficiarían —dijo él, sin acusación esta vez—. Como no eres tú…

—Solo quedan Grace y William —concluyó ella—. Pero no puedo creer…

Él ya se dirigía a su caballo. Caroline lo siguió tan deprisa como pudo, ignorando el dolor del tobillo.

Algo iba mal. Muy mal. Lo sentía en lo más hondo. El atentado de aquella mañana podía haber sido real. O una distracción para relajar la vigilancia sobre Sarah Ann, para convencerlo de que él era el objetivo.

¿William? ¿Grace?

Aún no podía creerlo de ninguno de los dos.

En cuanto Ethan y Caroline llegaron a Calholm, vio a Effie correr hacia los establos y cabalgó directamente hasta ella.

—¿Dónde está Sarah Ann? —preguntó, sintiendo cómo el pánico le cerraba el pecho.

Effie tartamudeó, con las lágrimas desbordándole los ojos.

—Yo… no la encuentro, señor. La dejé… solo un minuto para traerle chocolate. Me ausenté… un instante. He… he buscado por toda la mansión.

—¿Los establos? —insistió—. ¿Has estado en los establos?

—Yo… iba a ir.

Maldiciendo, Ethan giró el caballo hacia los establos. Tenía que estar allí. Seguramente estaba cepillando a Peppermint. No esperó a que Bailey se detuviera por completo antes de saltar de la silla y abrir la puerta.

—Sarah Ann —gritó, y aguardó una respuesta.

No hubo ninguna. El corazón se le encogió.

—Sarah Ann —repitió, avanzando a grandes zancadas hacia el box de Peppermint, con el miedo filtrándose en su voz.

Callum Trapp apareció por la parte trasera.

—Estás asustando a los caballos.

—¿Has visto a Sarah Ann?

Trapp negó con la cabeza.

—No. Saqué uno de los caballos esta tarde y acabo de volver. He estado guardando los arreos. ¿Está el poni de la niña en el establo? Puede que haya venido a verlo.

Ethan, Trapp y Caroline se apresuraron hacia el box de Peppermint.

El poni había desaparecido.

Ethan negó con la cabeza.

—No se habría llevado el poni sola. No sabe ensillarlo.

Effie sollozaba detrás de ellos. Ethan se volvió hacia ella.

—¿Cuándo fue exactamente la última vez que la viste?

Effie parecía aterrorizada. Ethan tuvo el impulso de sacudirla, pero se contuvo. Eso no serviría de nada. Suavizó el tono.

—Piensa, Effie. ¿Cuándo saliste exactamente de su habitación?

—No lo sé —respondió con voz temblorosa—. Es culpa mía. Estaba durmiendo y pensé que le gustaría algo caliente cuando… y entonces Thad estaba abajo hablando de la carrera y…

Su voz se apagó. La culpa se le reflejaba en el rostro. Ethan comprendió que había estado fuera más de «un minuto».

—¿Cuánto tiempo la buscaste?

—No lo sé —gimió Effie—. La busqué y la busqué.

—¿Una hora? ¿Dos?

Él y Caroline habían estado fuera unas tres horas.

Hacer el amor mientras Sarah Ann se despertaba sola… Dios, nunca se lo perdonaría.

—No lo sé —repitió Effie, retrocediendo ante el tono de Ethan, bajando la cabeza como si esperara un golpe.

Ethan quería golpear algo. Con todas sus fuerzas. Pero el culpable era él. Sarah Ann era su responsabilidad.

Trapp miró a Effie con disgusto.

—Las lágrimas no ayudarán ahora. Veré si falta algún otro caballo. Ve a la mansión y pregunta si alguien la ha visto salir.

Ethan lo miró, sorprendido.

—Probablemente solo haya salido a dar un paseo con alguno de los huéspedes —añadió Trapp.

Ethan no lo creía. A menos que el huésped fuera Drew Cameron.

—Iré contigo —dijo al entrenador.

Luego se volvió hacia Effie, que seguía clavada en el suelo.

—Ve a buscar a Duncan y haz que todos los sirvientes la busquen. Registra la casa otra vez. Ve, maldita sea.

Effie salió corriendo, tropezando al abandonar el establo.

Con Caroline a su lado, Ethan siguió a Trapp mientras el hombre revisaba cada cuadra.

—Falta uno —dijo Trapp—. Dragon Slayer.

—¿Has visto a lord Kinloch por aquí?

En cuanto Ethan pronunció esas palabras, oyó el ahogo de Caroline.

—No desde la carrera —respondió Trapp.

Ethan se volvió hacia Caroline.

—Encuéntralo.

—Él no habría…

—Alguien lo ha hecho —la interrumpió con sequedad.

No podía confiar en William. Desde luego, tampoco en Cameron. ¿Y Caroline?

Si no hubiera estado tan debilitado, tan consumido por el deseo, ahora mismo estaría en su habitación, viendo a Sarah Ann jugar con Annabelle. Un escalofrío lo recorrió, junto con una angustia descarnada.

Y miedo. Un miedo tan profundo que apenas podía sostenerlo.

Pero tenía que pensar. Quizá solo se había perdido. Su instinto, sin embargo, le decía lo contrario. Alguien se la había llevado.

Estaba sola ahí fuera.

Uno de los Gordon.

Su enemigo, y el de Sarah Ann, era uno de los Gordon.

—No puedes ir solo —susurró Caroline—. No conoces los caminos. Iré contigo.

—No —respondió—. Busca a Cameron.

Ella asintió, aunque la duda le nublaba los ojos.

—Haré que todos la busquen. Los mozos, los sirvientes.

Ethan se apartó y miró a Trapp.

—Si alguien se la llevó, ¿hacia dónde iría?

—El camino conduce tanto a Glasgow como a Edimburgo —respondió—. Apostaría por Edimburgo. Está más cerca y es un buen lugar para perderse.

Ethan asintió. El tiempo era esencial. Si se la habían llevado, ya galopaban a toda velocidad. No podía esperar a que registraran la casa y los terrenos. Su instinto gritaba secuestro. Y rara vez se equivocaba.

—Yo rastrearé el camino.

Se volvió hacia Caroline.

—Pide a los demás que rastreen el campo.

Ella asintió.

—Todos ayudarán —murmuró, con los ojos ensombrecidos.

—Iré contigo —dijo Trapp tras un instante—. Ensillaré los caballos.

Se marchó, moviéndose más rápido de lo que Ethan le había visto nunca.

Ethan se volvió hacia Caroline, con el corazón hecho trizas.

—Ethan…

—Es culpa mía. La dejé sola. Debería haberme dado cuenta…

Ella negó con la cabeza.

—La encontraremos. Probablemente solo esté buscando a Annabelle en algún sitio.

Ethan sabía que no era así.

—Si no hubiéramos…

—No podías vigilarla a cada instante.

Caroline extendió la mano, pero Ethan dio un paso atrás. Una parte de él la culpaba, o al menos culpaba a su obsesión por ella. Sabía que era injusto. La culpa era suya. Solo suya.

Se dio la vuelta.

—Ethan…

Su voz suplicante no lo detuvo. Se encontró con Trapp, que regresaba con dos caballos. Tomó las riendas de uno y montó.

Sin mirar atrás, clavó los talones en los flancos y él y Trapp galoparon lejos de Calholm.

# Capítulo 21

Sarah Ann parecía haberse desvanecido en el aire.

Ethan y Callum galoparon hasta casi la mitad del camino a Edimburgo, deteniendo a los pocos viajeros que encontraron. Nadie había visto a una niña montada en un poni. Ethan quería seguir en dirección contraria, hacia Glasgow, pero ya pasada la medianoche una luna menguante quedó oculta tras las nubes y la visibilidad se redujo a nada. Callum insistió en que otros ya estaban revisando esa ruta.

Varias horas después regresaron a Calholm, con la esperanza de recibir buenas noticias. No las hubo, aunque habían localizado a Cameron, aparentemente en el dormitorio de una huésped.

Henry también había desaparecido. Caroline supuso que había seguido a Sarah Ann.

William, los pocos invitados que aún quedaban y todo el personal de la casa habían rastreado los campos, incluidas las ruinas del castillo y los bosques donde se había celebrado la caza.

Aun así, Ethan subió corriendo a la habitación de Sarah Ann, aferrándose a la absurda esperanza de que algún milagro la hubiera devuelto. Estaba vacía. Solo Annabelle maullaba lastimeramente, recorriendo la cama de un lado a otro, como si también buscara.

Pensar en el terror que debía de haber pasado la niña le revolvió el estómago.

No había podido salvar a Mary May y ahora tampoco había sabido proteger a su hija. Se sentía impotente, inútil. Maldito fuera quienquiera que hubiera hecho aquello. Maldito fuera él mismo por haber permitido que su preocupación por Caroline lo distrajera.

¿Por qué no había comprendido que Sarah Ann seguía en peligro? El atentado contra su propia vida lo había llevado a creer que él era el único objetivo.

Ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar. Estaba en un país desconocido, rodeado de personas en las que no confiaba. Sus años como agente de la ley no parecían servirle de nada.

Solo había surgido una pista inquietante: también había desaparecido un mozo de cuadra nuevo. Callum lo había contratado hacía pocos días y traía excelentes referencias de una familia de Edimburgo. No, admitió Callum, no había comprobado nada. El hombre se desenvolvía con los caballos como un experto. Ahora también él se culpaba.

Ethan salió por fin de la habitación y bajó las escaleras. A pesar de la hora, todos los implicados en la búsqueda seguían despiertos, aguardando instrucciones. Caroline y Grace habían registrado la casa de nuevo y luego habían ido a la cocina para organizar algo de comida para los jinetes agotados. Ethan recorrió los rostros uno a uno. Solo vio preocupación. Su mirada se detuvo en Cameron y en William.

—No puedo creer que alguien haya hecho daño a Sarah Ann —dijo William, dejándose caer en una silla con una copa de brandy.

Ethan caminó de un lado a otro.

—Voy a salir a buscarla otra vez.

—Iré contigo —se ofreció Cameron, apoyado cansinamente contra la pared.

—Yo también —añadió William, levantándose tan bruscamente que derramó parte del licor.

Callum vaciló.

—Esperar hasta que amanezca. Ahora no podéis ver nada ahí fuera.

—Llevaré una linterna —replicó Ethan—. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. Dios… mataré a quien haya hecho esto.

Su mirada volvió a recorrer la sala.

—Ningún mozo ha actuado solo.

William se giró hacia él.

—¿Qué quieres decir, Calder?

—Exactamente lo que he dicho. Solo tres personas se beneficiarían de mi muerte o de la de Sarah Ann.

—¿De tu muerte? —preguntó William, desconcertado.

—Alguien me disparó esta mañana durante la caza del urogallo.

Un murmullo recorrió la estancia.

—Cuando eso no funcionó —continuó Ethan con la voz tensa—, Sarah Ann se convirtió en el siguiente objetivo. Y yo la dejé sola. Nunca me lo perdonaré. Y que Dios se apiade de quien la haya secuestrado.

Grace y Caroline entraron en ese momento con bandejas de comida; Duncan las seguía con dos grandes decantadores. William los miró con furia.

—Por poco os señalan como asesinas y secuestradoras.

Grace parpadeó, confundida. Caroline palideció.

—Calder no cree que la niña se haya perdido —añadió William —. Cree que ha sido secuestrada… por uno de nosotros.

Arrojó el vaso contra la chimenea y se volvió hacia Ethan.

—No he ocultado que creo que Calholm debería ser mío —dijo —, pero jamás haría daño a una niña para conseguirlo.

Salió de la habitación dando zancadas.

Ethan miró a Cameron.

—¿También soy sospechoso?

—¿No lo eres? —respondió Ethan con una calma letal.

La sala quedó sumida en un silencio cargado. Varios invitados se movieron incómodos.

Cameron sostuvo la mirada.

—Creo que podrías usar este tiempo de forma más productiva.

—¿Qué propones?

Cameron miró a las dos mujeres. Ethan siguió su mirada. Caroline estaba inmóvil, pálida como el mármol. Los ojos violetas de Grace estaban abiertos, heridos.

—Hablemos a solas.

Ethan dudó.

—De acuerdo.

Salieron al patio, donde varios caballos seguían atados a los postes.

—¿Qué quieres? —preguntó Ethan con aspereza.

—Sé lo que piensas —dijo Drew—. Caroline me lo ha contado. Te equivocas. No tengo ninguna intención hacia ella.

Ethan no podía verle bien el rostro en la oscuridad, pero percibió sinceridad en su voz.

—Estabas en Glasgow cuando cayeron las cajas y en Edimburgo cuando casi nos atropella un carruaje.

—El primer encuentro fue casual. El de Edimburgo no. Sabía que estabas allí, pero solo buscaba verte y no provoqué el accidente.

—Lo sabías…

—Solo desde hoy. Tienes razón en algo: me importa Caroline. Pero te equivocas en el motivo.

—Ve al grano.

Drew vaciló y luego tomó una decisión.

—¿Juras no decirle a nadie lo que voy a contarte?

—Si no tiene que ver con Sarah Ann.

—No lo tiene.

—Entonces tienes mi palabra.

—Creo que Caroline es mi hermana. Mi media hermana.

Ethan se quedó mudo.

—Su padre se acostó con mi madre —continuó Drew—. No entendí el odio de mi padre hasta que, moribundo, me llamó bastardo. Me dejó el título y nada más. Era demasiado orgulloso para admitir que su esposa había sido adúltera, y además con un plebeyo.

—La hermana de mi madre me reveló la verdad. Mi madre dijo que él la violó. No estaba seguro… hasta que supe más de él. Caroline era lo único decente que había salido de esa familia.

—¿Nunca se lo dijiste?

—¿Decirle que su padre pudo ser un violador? No quise aumentar su dolor. Pero quise protegerla. Por eso me acerqué a Jamie y entré en su círculo.

Todo empezó a encajar en la mente de Ethan.

—Así que tienes un motivo para ayudarla.

—¿Matándote o haciendo daño a la niña que ama? —Drew bufó—. Eres un tonto. Yo tengo ojos. Ella te quiere. Y quiere a esa niña.

Ethan supo que decía la verdad. La historia era demasiado extraña para ser falsa, y la similitud entre los ojos de Drew y los de Caroline resultaba evidente.

—Has dicho que un secuestrador podría llevarse a Sarah Ann a Glasgow. ¿Por qué?

—Matar a una niña habría sido fácil —respondió Drew—. Un accidente. Pero creo que quien se la llevó no tuvo valor. La

alternativa era venderla. Y los barcos parten de Glasgow.

—Edimburgo también es lógico —admitió Ethan—, pero apostaré por Glasgow.

—Yo también. Y no tienes por qué reprochártelo. Llevas aquí poco más de un mes.

—¿Quién pudo hacerlo?

—No lo sé. No me gusta William, pero no puedo creer que llegue tan lejos.

La frustración y el terror atenazaron a Ethan.

—Dile a Caroline que voy a Glasgow.

—Voy contigo.

Ethan dudó.

—Conozco todas las tabernas y los rincones de Glasgow —insistió Drew—. He vivido allí.

Ethan no tenía otra opción.

—Avisaré a Duncan. Si la encuentran, que envíen a alguien tras nosotros. No quiero que nadie más sepa adónde vamos.

—¿Y Caroline?

—Es demasiado confiada. Le diré que volveremos a buscar por el bosque.

—Ensillaré los caballos.

Ethan se volvió hacia la casa, pero un gemido débil lo detuvo.

—Henry.

Corrió hacia la figura apenas visible en la entrada. Drew lo siguió.

El perro se arrastraba, casi inconsciente. Ethan reconoció el olor persistente del cloroformo. Había sido drogado, pero aun así había intentado volver.

¿Y Peppermint? Dudaba que el secuestrador se hubiera llevado el poni.

Alguien había planeado aquello con cuidado. Esa certeza avivó su furia, que reprimió a la fuerza. La ira entorpecía el pensamiento.

Ethan alzó al perro.

—Lo llevaré a Caroline y hablaré con Duncan. Tú ensilla los caballos.

En cuanto entró en la biblioteca, Caroline vio a Henry y corrió hacia él.

—Le han dado cloroformo —dijo Ethan—. Debió de intentar seguir a quien se llevó a Sarah Ann.

Dejó al perro en el suelo y Caroline se arrodilló junto a él.

—Valiente Henry —susurró al ver la sangre en su boca—. Puede que haya mordido a quienquiera que…

—Cameron y yo saldremos a buscar por el bosque un poco más —anunció Ethan—. El resto descansad y retomad la búsqueda al amanecer.

Caroline lo miró, alarmada.

—¿Drew?

—Hemos llegado a un acuerdo.

Su rostro se relajó.

—Iré contigo.

—Henry te necesita —respondió Ethan en voz baja.

Le tomó la mano y, sin importarle las miradas, le acarició la mejilla.

—Volveremos… con Sarah Ann.

Callum Trapp apareció junto a la puerta.

—Iré con vosotros.

—No —dijo Ethan—. Necesitas descansar para dirigir un grupo mañana.

Callum protestó, pero Ethan ya se alejaba. Caroline apoyó una mano en el brazo del entrenador.

—Tiene razón.

Momentos después, Ethan y Drew Cameron galopaban por el camino que conducía a Glasgow.



Caroline cuidó de Henry, que había sido llevado a su habitación, durante toda la noche. Los demás huéspedes se habían retirado a dormir y Callum se encontraba en su cuarto, situado en la parte trasera de los establos.

Solo se separó de Henry unos instantes para comprobar cómo estaba Annabelle. La gata saltó de inmediato de la cama de Sarah Ann y se frotó contra sus piernas. Caroline tuvo la sensación de que Annabelle percibía que algo iba mal, como si compartiera una sensación de pérdida. Se agachó, la tomó en brazos y la llevó a su habitación.

Annabelle se acercó enseguida a Henry, que seguía aturdido y enfermo, y lo lamió mientras maullaba suavemente y agitaba la cola con visible inquietud.

Caroline habría dado cualquier cosa por haber ido con Ethan y Drew. Necesitaba ayudar, hacer algo. Intentó razonar la desaparición de Sarah Ann. Todavía le resultaba imposible creer que alguien pudiera llevarse a una niña, y menos aún alguien a quien conociera. Alguien de su familia. La idea le producía una repugnancia profunda.

Solo Henry mantenía su cordura. Él la necesitaba. Y Ethan regresaría al amanecer, con suerte con Sarah Ann. Ethan se equivocaba; no se la habían llevado. Sarah Ann simplemente se

había perdido. Tenía que ser eso. Probablemente el mozo de cuadra desaparecido había abandonado el trabajo tras las duras tareas del fin de semana. Una coincidencia. Nada más.

Encontrarían a Sarah Ann.



Ethan y Drew llegaron a Glasgow al mediodía, después de haber cabalgado hasta casi agotar a los caballos. Se detuvieron una vez para pedir prestados dos caballos frescos a una familia que Drew conocía. Tras las explicaciones, no hubo objeciones.

Si el secuestrador se había dirigido a Glasgow, tenía un día de ventaja, pero no podía viajar deprisa con un niño dormido. En el mejor de los casos, habría llegado a la ciudad a primeras horas de la mañana. A lo largo de esa larga mañana, Ethan empezó a llamar a Drew simplemente por su nombre, y ambos forjaron una alianza incómoda, unida únicamente por un propósito común.

Drew lo condujo directamente a Broomielaw, donde atracaban la mayoría de los barcos. Descubrieron pronto que tres zarparían hacia América con la marea de la tarde. Otros veinte tenían destinos dentro de Escocia.

Disponían de cuatro horas antes de la primera salida, tiempo suficiente para recorrer las posadas del puerto. Nadie había visto a una niña ni a un hombre que encajara con la descripción del mozo desaparecido. Ethan empezó a dudar del razonamiento de Drew. Tal vez el secuestrador había preferido Edimburgo y sus trenes.

—Las tabernas de whisky —dijo Drew—. Empezaremos por ahí y luego hablaremos con los capitanes.

Ethan asintió. Si el mozo había sido contratado para sacar a Sarah Ann de Escocia, esperaría a última hora para negociar un pasaje sin registro en la aduana. Y un hombre asustado bien podía buscar valor en una taberna tras huir de Calholm.

—Nos separaremos —decidió Ethan.

Dos personas cubrirían más terreno. Si el hombre estaba bebiendo, no llevaría consigo a una niña. Demasiada gente lo recordaría. Eso significaba que Sarah Ann podía estar escondida en algún tugurio o inconsciente en un carro.

Si es que el secuestrador se había dirigido realmente a Glasgow. Seguía siendo una incógnita, pero a Ethan le parecía lógico. El secuestro había sido planeado con cuidado. A menos que Sarah Ann hubiera sido asesinada —y no se permitía siquiera pensarlo—, quien la hubiera tomado necesitaba abandonar Escocia cuanto antes. Sarah Ann era demasiado inteligente como para no pedir ayuda. La única opción viable era un barco y un camarote privado, donde pudiera permanecer sedada.

¿Quién?

La pregunta no lo abandonaba. Tampoco la imagen de la lenta desaparición de esa persona. Ethan ya no era un agente de la ley. Ya no estaba sujeto a ningún código.

Drew aceptó la propuesta con una breve vacilación. Ambos recordaban la descripción que Callum había hecho del mozo: bajo, nervioso, de cabello oscuro y ojos azul pálido, ocasionalmente jinete. Ethan lo había visto una sola vez en los establos, pero sabía que lo reconocería. Drew no.

Glasgow, en pleno auge industrial, era sucia y estaba envuelta en humo. Los trabajadores, especialmente los de los astilleros del Clyde, abarrotaban las tabernas. Ethan visitó tres antes de pensar que encontrar a un hombre podía ser imposible. Él y Drew se habían dado una hora antes de reunirse para inspeccionar los barcos.

Lo encontró en la cuarta.

Nada más entrar, un hombre delgado dio una patada a una silla y salió corriendo hacia un pasillo trasero. Ethan fue tras él y lo alcanzó en pocos metros. El mozo cayó al suelo entre gritos. La taberna, medio llena, se agitó al instante.

—¡Está intentando robarme! —gritó el hombre con fuerte acento escocés—. ¡Un extranjero!

Se alzaron murmullos. Dos hombres se acercaron.

—Suéltalo —ordenó uno de ellos.

Ethan llevaba la pistola en el cinturón. Con un movimiento rápido la sacó de debajo del abrigo mientras esquivaba un golpe. Con la otra mano mantenía al hombre sujeto.

—Atrás —ordenó.

La multitud retrocedió, sorprendida, aunque el murmullo crecía. Ethan vio a alguien salir por la puerta principal.

—Levántate, Baxter —dijo, colocando al hombre entre él y la gente, el cañón presionándole el costado—. ¿Dónde está mi pequeña?

—No sé de qué hablas —respondió con hosquedad.

—Entonces ¿por qué te fuiste de Calholm tan deprisa?

—Trapp y yo… discutimos.

—No ves a ninguna niña, ¿verdad? —insistió Baxter—. ¡Es un americano loco! ¡Ayudadme!

Uno de los hombres frunció el ceño.

—¿Una niña?

—Mi hija —dijo Ethan—. La secuestraron ayer, cuando este hombre desapareció. Tiene cuatro años.

—No he hecho nada —lloriqueó Baxter—. Aquí no hay ninguna niña.

Ethan le torció el brazo hasta hacerlo gritar.

—¿Qué has hecho con ella?

—No he hecho nada.

—¿Dónde está?

Apretó más. El hueso estaba a punto de ceder.

—¡Lo juro!

—¿Dónde está? —repitió Ethan, y su voz sonó como una sentencia—. Dímelo ahora o te romperé el cuello.

El mozo gritó. Los hombres avanzaron de nuevo.

Ethan apuntó a la multitud.

—Soy muy bueno con esto, caballeros. Seis balas. No fallaré ninguna.

La tensión se volvió insoportable.

—¿Encontrasteis al cabrón, verdad?

La voz llegó desde la puerta. Drew entró con la seguridad arrogante de un aristócrata. Nadie se movió.

—¿Y qué tiene que decir el bastardo en su defensa? —preguntó con despreocupación calculada.

—Se resiste a hablar —respondió Ethan.

Drew miró a la sala.

—¿Alguien aquí protege secuestradores de niños?

El ambiente se volvió hostil.

—¿De verdad se llevó a una niña?

—Sí —dijo Drew—. Y pensaba venderla y sacarla del país.

El líder que antes había protestado se adelantó.

—Dejarlo con nosotros. Le sacaremos la verdad.

Baxter se desplomó.

—Mi hermana la tiene. A dos calles. No iba a hacerle daño.

Un puñetazo lo hizo caer al suelo.

—La dirección —ordenó Ethan.

—Conozco el sitio —dijo un hombre—. Maeve Lackey vive allí.

—Vamos —ordenó Ethan.

Guiados por Jack Dundee, avanzaron por las calles nauseabundas de la ribera. Ethan solo pensaba en Sarah Ann, en su miedo, en su soledad.

Llegaron a un edificio ruinoso.

—Primera planta. A la izquierda —indicó Dundee.

Ethan empujó la puerta sin esperar respuesta.

—¿Dónde está? —exigió.

—¿Quién? ¿Qué derecho tienes…?

—Tengo a mi hija aquí.

Encontró la habitación. Sarah Ann dormía profundamente en una cama sucia. Un vaso con restos de láudano descansaba junto a ella.

La tomó en brazos.

—Perdóname, cariño…

Lloró sin darse cuenta.

—¿Está bien? —preguntó Drew.

—Sí.

—¿Y ella?

—Llevémosla con su hermano y avisemos a la policía. Necesitaremos su testimonio contra Trapp.

Trapp.

Ethan cerró los ojos.

—Quiero volver a Calholm.

Annabelle estaba allí. Henry. Peppermint.

Y Caroline.

Todo lo que Sarah Ann amaba.

Y también su enemigo.

# Capítulo 22

Caroline se levantó al amanecer. Fue a ver la habitación de Sarah Ann y luego la de Ethan. Seguían vacías.

¿Por qué no habían vuelto Ethan y Drew? Habían dicho que regresarían para seguir buscando en el bosque. No podían haber resultado heridos. ¿O se habían hecho daño el uno al otro? Recordó las acusaciones de Ethan, sus sospechas sobre Drew. Pero ella confiaba en Drew como confiaba en sí misma y sabía que jamás haría daño a Sarah Ann.

Caroline encontró a Duncan en el comedor y le preguntó si Ethan había regresado. El anciano, evidentemente, había dormido tan poco como ella, y sus ojos apagados delataban el cansancio.

El mayordomo dudó antes de responder, y Caroline comprendió que sabía algo que ella ignoraba.

—Dímelo, Duncan.

La angustia se reflejó en el rostro del hombre.

—¿Duncan? —insistió—. Debes decírmelo.

Él suspiró hondo.

—El señor Calder me dijo que él y lord Kinloch iban a Glasgow. Me pidió que no se lo dijera a nadie a menos que encontraran a la joven señorita, pero no creo que se refiriera a usted, milady.

Caroline no estaba tan segura. ¿Habían vuelto sus sospechas sobre ella? No podía soportar esa idea, aunque sabía cuánto le había afectado a Ethan la desaparición de Sarah Ann.

Pero ¿por qué Glasgow?

Los barcos. La idea se le presentó de inmediato. Habían ido a revisar los barcos.

—Gracias, Duncan —dijo por encima del hombro mientras salía apresuradamente de la estancia.

Antes de hacer nada más, iría a los establos. Quizá Callum había visto regresar a los jinetes.

Para su sorpresa, Callum Trapp la recibió en la puerta del establo. Él también parecía exhausto.

—He estado buscando a la joven —explicó—. Encontré su poni. Estaba atado en el bosque, al sur de aquí.

—¿Está bien? —preguntó Caroline.

—Sí. Se comió varias tazas de avena.

Ella vaciló un instante.

—¿Encontraste… algo más?

Callum negó con la cabeza, y la esperanza de Caroline se desvaneció. A pesar de la desaparición del mozo de cuadra y del perro enfermo, aún se aferraba a la idea de que Sarah Ann hubiera salido sola a cabalgar o que hubiera ido acompañada del mozo y luego se hubiera separado de él. Tal vez el muchacho, temiendo la ira de la familia, había huido. Caroline había buscado con desesperación cualquier explicación que no fuera la que Ethan sostenía.

—No hay rastro de la niña —señaló Callum—. Y el caballo del americano sigue desaparecido.

—Él y Drew se han ido a Glasgow.

Frunció el ceño.

—¿A Glasgow? ¿Por qué?

Caroline se encogió de hombros.

—No lo sé. Pensé que quizá habríais hablado ayer, cuando buscasteis por la carretera.

—No —respondió él, encogiéndose de hombros.

Caroline vio la profunda preocupación en sus ojos.

—Sé que tú también te preocupas por ella —indicó con rapidez —. La encontraremos, y se pondrá muy contenta de volver a ver a Peppermint. Cuando Ethan… el señor Calder regrese, por favor, pídele que venga a verme.

Callum se dio la vuelta con rigidez y se dirigió a su habitación. Caroline sabía que había tomado mucho cariño a Sarah Ann. La había ayudado a aprender a montar y estaba orgulloso de lo rápido que había progresado. Bajo aquella apariencia hosca, Callum tenía más de un punto débil.

Caroline regresó a la casa y habló con la cocinera sobre el desayuno. Era otro amanecer gris escocés, con una ligera niebla descendiendo sobre la propiedad. Por lo general, encontraba belleza en esas mañanas tranquilas, pero aquella le pareció lúgubre y amenazante. Y triste.

Se mantuvo ocupada asegurándose de que los invitados desayunaran y luego se unió a una nueva búsqueda. William la acompañó. Grace, a quien no le gustaban los caballos, se quedó en la casa. Se ofreció a cuidar de las pocas esposas e hijas que quedaban, así como de Henry y Annabelle, si Caroline deseaba unirse a los demás buscadores. La oferta la dejó atónita por un instante. Después aceptó.

No había contado a Grace ni a William lo de Glasgow, pero a medida que pasaban las horas supo que debía hacer algo o enloquecería en silencio. Decidió cabalgar hasta Glasgow. Solo había un camino.

Ya no le importaba lo que pensaran los invitados ni la familia, ni nadie. Se vistió con los pantalones y la camisa de su hijo, y una chaqueta de lana. Se recogió el cabello bajo una gorra y se la caló hasta casi ocultar el rostro. Pocos la reconocerían, y podría montar a horcajadas, lo que le permitiría avanzar con mayor rapidez.

Bajó sigilosamente por la escalera trasera y se dirigió al establo. Estaba vacío. Al parecer, incluso Callum había regresado al bosque. Echó un vistazo rápido a Peppermint y luego ensilló a Shadow.



Solo la gracia de Dios mantuvo despierto a Ethan mientras él y Drew cabalgaban hacia Calholm con Sarah Ann dormida. Finalmente, Ethan se la había entregado a su compañero, pues los brazos se le habían entumecido tras horas sosteniendo a su hija.

Unas pocas horas más, se dijo, y estarían de vuelta en Calholm, y entonces tendría el cuello de Trapp entre sus manos. Los agentes de Glasgow habían detenido a Baxter y a su hermana, que lo estaban contando todo con la esperanza de no ser acusados como cómplices. Sin embargo, ninguno de los dos parecía saber de nadie más que de Trapp implicado en el secuestro de Sarah Ann.

Ethan sintió una punzada de inquietud. Había cumplido su misión de rescatar a la niña sin demasiada dificultad, y nunca le había gustado que las cosas resultaran fáciles. Siempre había algo acechando tras la apariencia del éxito.

Anochecía y, como era habitual, las nubes cubrían el cielo escocés. La inquietud de Ethan aumentó al aproximarse a un grupo de árboles que protegían una curva del camino. Su mano se movió instintivamente hacia la pistola que llevaba en la parte trasera de los pantalones.

No tuvo tiempo de alcanzarla.

De pronto, una figura surgió de entre los árboles, con una pistola ya empuñada y el dedo en el gatillo.

—Quieto —ordenó Callum Trapp, sin molestarse en ocultar su identidad.

La mano de Ethan siguió avanzando hacia el arma.

—Levantad las manos ahora mismo o probaréis el sabor de una bala.

—Creo que la probaremos de todos modos —replicó Ethan con sequedad, aunque levantó las manos despacio. Su única esperanza era sorprender al entrenador. Una calma letal se apoderó de él.

—Trapp —reconoció—. No pareces sorprendido.

Ethan fue cauteloso. No quería decirle que estaba acabado, que Baxter lo estaba confesando todo a las autoridades de Glasgow. Entonces Trapp no tendría nada que perder.

—Empezaba a darme cuenta —continuó, elaborando la mentira —. ¿Quién tenía algo que ganar? William y milady Grace, por supuesto, y Caroline, aunque no creía que ninguno de ellos tuviera el… temple necesario.

Se movió levemente en la silla. Era consciente de la presencia de Drew a su lado, de su inmovilidad mientras sostenía a Sarah Ann contra su pecho.

—Incluso así —prosiguió—, jamás creí que fueras capaz de hacer daño a una niña. Pensaba que te preocupabas por ella.

—No le hice daño —replicó Trapp—. Baxter le habría encontrado un buen hogar. Si no hubierais interferido…

—Y supongo que fuiste tú quien me disparó —comentó Ethan con aparente indiferencia, ganando tiempo, buscando una ventaja—. ¿Por qué?

—No tenéis derecho a Calholm —exclamó Trapp—. Milady Caroline es la única a la que le importa de verdad, la única que se preocupa por los caballos, por el sueño del marqués. Podemos ganar el Grand National con Shadow. El viejo marqués me lo prometió cuando me contrató.

—Caroline no sabe nada de esto —afirmó Ethan con rotundidad.

Trapp resopló.

—¿Milady Caroline? Es demasiado blanda en algunos aspectos, pero cuando convierta a Shadow en campeón, estará satisfecha.

—¿Y su marido? —preguntó Ethan—. ¿También lo mataste?

Trapp se encogió de hombros.

—Iba a vender los caballos. Le oí decírselo a esa puta, milady Grace. También se acostaba con ella. Milady Caroline se deshizo bien de él.

Así que Callum Trapp había actuado solo.

—¿Y los accidentes en Glasgow y Edimburgo? —preguntó Ethan con una calma engañosa.

—Tengo amigos a los que pedí que estuvieran atentos a un estadounidense y a una niña pequeña.

Todo encajaba. Trapp había asistido a carreras de obstáculos y de vallas por toda Escocia. No habría sido difícil encontrar cómplices con tanto en juego: un posible campeón del Grand National.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Tengo que mataros a los dos.

—¿Y a Sarah Ann?

Trapp negó con la cabeza.

—Nunca quise que la niña resultara herida, pero ahora no hay remedio.

—Sigue dormida por el láudano —indicó Ethan—. No sabe nada de ti. Puedes decir que la encontraste. Incluso podrías convertirte en un héroe.

Vio un destello en los ojos de Trapp, pero desapareció enseguida y volvió a negar con la cabeza, con pesar.

—Puede que haya oído algo. Ahora, bajad de los caballos —ordenó, claramente cansado de la conversación.

Ethan dudó y entonces percibió un movimiento al final del camino. Un jinete. Un segundo después, reconoció a Caroline. El sonido de los cascos alertó también a Trapp, que desplazó su caballo para ver mejor la carretera sin dejar de apuntar con el arma a Ethan y Drew.

Caroline empezó a galopar hacia ellos. Ethan vio su rostro, vio cómo cambiaba al darse cuenta del arma que Trapp empuñaba y hacia dónde apuntaba.

—¡No! —gritó ella, tirando con fuerza de las riendas.

La boca de Trapp se movió un instante antes de endurecerse.

—No te acerques más.

Pero ella avanzó, guiando a Shadow hasta quedar casi a la altura del caballo de Trapp. Ambos animales se apartaron, pateando el suelo y resoplando. Durante un breve instante, Ethan creyó que quizá tendría ocasión de alcanzar su arma mientras Trapp luchaba por controlar a su montura con una sola mano. Sin embargo, el entrenador logró apartar al animal del semental de Caroline sin que la mano armada le temblara.

—Lo siento, Caroline —dijo Trapp despacio—. No quiero que te veas involucrada.

—¿Involucrada en…?

La comprensión se reflejó de pronto en su rostro, seguida del horror.

—Tú no —susurró—. Por favor, tú no.

—Tienen que morir. Aún podemos hacerlo, tú y yo. Aún podemos ganar el Grand National. Podemos convertir a Shadow en el mejor caballo de Gran Bretaña.

Su expresión se volvió desesperada.

—No —respondió Caroline—. Si les disparas, tendrás que dispararme a mí.

—No digas eso —suplicó él—. Siempre hemos sido nosotros dos, desde que llegaste a Calholm. Lo hice todo por ti.

Trapp apuntó con la pistola a Ethan.

—Él no se merece Calholm.

Su voz adquirió un tono frenético.

—Pero si lo matas a él y a Sarah Ann, William heredará, no yo.

Trapp maldijo.

—Si hubiera matado al americano en el bosque, todo habría salido bien. Habrías podido adoptar a la niña y dirigir Calholm. Pero no lo hice y ya no puedo esperar más. Podrías vender los caballos. Sin la niña, tu prima podría sufrir otro… percance.

—No —dijo Caroline—. No puedes pensar que yo…

—Es lo correcto —insistió Trapp.

Ethan vio cómo Caroline palidecía. Miró a Sarah Ann en brazos de Drew y luego volvió a fijar la vista en Trapp. Entonces, con una determinación calculada —Ethan casi pudo ver cómo tomaba la decisión—, aflojó las riendas de Shadow. El semental, resoplando y exaltado, avanzó directamente hacia el caballo de Trapp.

—¡No! —gritó Ethan.

Trapp también lo vio, pero con una sola mano en las riendas poco pudo hacer para evitar que su montura aceptara el desafío. Su atención se desvió de Ethan, igual que la mano que sostenía la pistola.

Fue todo lo que Ethan necesitó. Espoleó a su caballo, acortando la distancia antes de que Caroline y su semental encabritado los alcanzaran. Se lanzó contra el escocés en el mismo instante en que la pistola se giraba hacia él y se disparaba. Sintió la bala rozarle el costado apenas un segundo antes de que su cuerpo chocara con el de Trapp.

Ambos rodaron por el suelo. Trapp cayó debajo de él, golpeándose con violencia, pero la desesperación le dio fuerzas.

Intentó patearlo dos veces, hasta que Ethan le descargó el puño en el rostro desencajado y furioso una, dos, tres veces, hasta dejarlo inmóvil.

Ethan se incorporó con dificultad. Vio que Caroline había atado a Shadow a un árbol junto al camino. El caballo de Trapp parecía haber perdido interés ahora que el desafío había desaparecido.

Drew había desmontado, había tendido a Sarah Ann sobre la hierba y tanto él como Caroline se acercaban. Caroline tenía un aspecto enfermizo. Su mirada iba de Ethan a su antiguo amigo y entrenador, que aún yacía gimiendo en el suelo, y luego se apresuró hasta donde estaba Sarah Ann.

—¿Está…?

—Lleva dos días drogada —respondió Ethan—. Debería despertar pronto.

Caroline se inclinó y abrazó a Sarah Ann, escuchando su respiración, tal como él mismo había hecho para convencerse de que estaba bien.

Después, la mirada de Caroline se cruzó con la suya, los ojos llenos de dolor.

—Se lo dije —susurró—. Le dije a Callum que te habías ido a Glasgow. Duncan dijo que no se lo diría a nadie, pero no pensé…

Ethan se levantó, se acercó y la rodeó con los brazos.

—No lo sabías —dijo.

Pero ella lo miró con culpa.

—Dijo que lo había hecho por mí.

—Lo hizo por él mismo —intervino Drew—. Quería un campeón del Grand National, sin importar el precio. tú eras su excusa, no el motivo. Era su obsesión.

—Quizá también era la mía —murmuró ella, con la voz quebrada.

Ethan sintió cómo temblaba y la estrechó con más fuerza.

—Trapp lo hizo, Caroline. Tú no. Estaba obsesionado.

Los temblores aumentaron.

—Iba a hacerle daño a Sarah Ann.

—Creo que intentó evitarlo —dijo Ethan con suavidad—. Primero quiso deshacerse de mí para que pudieras adoptarla. Cuando eso falló, siguió adelante con el secuestro. Baxter dijo que pensaba llevarla a Estados Unidos y venderla a una familia que quería un hijo.

El cuerpo de Caroline se quedó rígido, como si pudiera quebrarse.

—Podríamos estar muertos si no hubieras llegado en ese momento —añadió él con un intento de ligereza—. Estuviste magnífica. Cualquier otra mujer se habría desmayado. Pero tú hiciste todo lo correcto, aunque casi me dio un infarto cuando vi que dejabas que esos dos sementales se enfrentaran.

—Shadow y Firestorm se odian —dijo ella en voz baja.

De pronto se apartó, quedándose sola, abrazándose como si tuviera frío.

Ethan intentó acercarse de nuevo, pero ella se retiró. La expresión desesperada de su rostro le impidió insistir. No podía aceptar consuelo aún. Él sabía exactamente cómo se sentía. Se había sentido así cuando Mary May murió. Ninguna caricia ni palabra servía entonces. Solo el tiempo.

Trapp se movió levemente. Drew recogió la pistola del camino y se acercó al prisionero. Trapp se incorporó con dificultad y miró a Caroline.

—¿Milady Caroline? —suplicó—. Calholm siempre debió ser vuestro.

—No —respondió ella con voz apagada—. Yo no soy una Gordon. Sarah Ann sí lo es. Dios mío, Callum, ¿cómo has podido?

—Shadow merece su oportunidad —insistió—. Es un gran caballo. tú lo sabes.

—¿Creías que toleraría el asesinato y el secuestro? —preguntó —. ¿Tan poco me conocías?

Trapp bajó la cabeza.

Ethan vio cómo otro pensamiento golpeaba a Caroline y el horror se intensificaba.

—¿Jamie? —susurró—. ¿No será Jamie? Fue un accidente…

La verdad en el rostro de Trapp apagó su voz.

—Iba a vender los caballos —se defendió—. Me pidió que buscara compradores, incluso para Shadow. El marqués te los dio. Y se acostaba con milady Grace.

El rostro de Caroline palideció aún más. Se tambaleó, como si aquel descubrimiento fuera el golpe final. Ethan la sostuvo por la cintura.

—Bastardo —escupió, y luego, en voz baja para ella—: No creas nada de lo que dice.

Caroline se apoyó en él, con las manos crispadas. Ethan la meció un instante, como haría con Sarah Ann. Al cabo de un momento, ella se separó y fue a arrodillarse junto a la niña.

—Será mejor que la llevemos a casa —dijo, con lágrimas brillando en los ojos.

A Ethan se le hizo un nudo en la garganta. Había en ella una dignidad que dolía. Por lo que sabía, había tenido una infancia triste y aun así conservaba la capacidad de confiar. Ahora esa confianza se veía herida, y él la veía luchar contra ello.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó.

—Llevarlo a Glasgow para que responda ante la justicia —contestó Drew.

Ella asintió.

—Sácalo de aquí —dijo Ethan—, antes de que lo mate. Necesito algo para atarlo.

Caroline arrancó un trozo de la enagua de Sarah Ann y se lo entregó a Drew. En silencio, él ató las manos de Trapp delante del cuerpo.

—Lo llevaré ahora a Glasgow. Pasaré la noche en casa de unos amigos. Tienen un sótano donde encerrarlo. Tú vuelve a Calholm y cuida de la princesa —sonrió—. Peleas bien para ser abogado.

Ethan sonrió.

—Piensas como un hombre de ley.

Cuando Drew montó y tomó la rienda del caballo de Trapp, dijo:

—Nos veremos en uno o dos días.

—Gracias.

—Ha sido un placer.

Se volvió hacia Caroline.

—Caroline —dijo en voz baja—, no te culpes. Nos engañó a todos. Y tú nos salvaste la vida a los tres al llegar en ese instante. Te estaré eternamente agradecido.

Dicho esto, emprendió el camino de vuelta a Glasgow.

—Que seamos dos los agradecidos —añadió Ethan—. Ahora, dame a Sarah Ann y vámonos de aquí.

Cuando Caroline tomó a la niña dormida, Sarah Ann parpadeó y gimió. Ethan la recibió en brazos; ella se removió.

—¿Cariño?

La niña abrió los ojos con esfuerzo.

—¿Papá?

—Sí —dijo él, besándole la mejilla—. Y Caroline también está aquí.

—He tenido pesadillas.

—Solo hay que besarlas para que se vayan.

Ella se acurrucó contra él.

—He soñado que me abandonabas.

—Nunca te dejaré, Mi muñequita. Te lo prometo.

Y lo decía de verdad. No podía imaginar cómo había pensado siquiera en dejarla en Escocia. Ella era su hija. La hija de su corazón.

—Quiero irme a casa.

—Annabelle y Henry están deseando verte.

—Y Peppermint —añadió Caroline en voz baja, sin ánimo, solo para tranquilizarla.

Ethan la miró con una pregunta en los ojos.

—Callum encontró al poni esta mañana —explicó—. Está de vuelta en el establo.

—Pep'min —susurró Sarah Ann, sonriendo somnolienta a Caroline—. Te quiero, papá. Y a Caroline… y a An'belle y…

Sus ojos se cerraron de nuevo.

El corazón de Ethan estaba tan apretado que apenas podía respirar. Había estado a punto de perderla.

—Llevémosla de vuelta a Calholm —dijo.



Era ya tarde cuando llegaron a Calholm. Los sirvientes y los invitados, junto con los inquilinos que habían participado en la búsqueda, rodearon a los jinetes. Duncan fue el primero en acercarse a Ethan y alzó las manos para tomar a Sarah Ann, acunándola con sumo cuidado en sus brazos, mientras una lágrima surcaba su rostro arrugado.

Grace también estaba allí y sonrió con alivio. Incluso la boca petulante de William esbozó una sonrisa al ver a la niña sana y salva.

El murmullo se apagó cuando Ethan explicó lo ocurrido y les dijo que Callum Trapp y el mozo de cuadra, Baxter, habían confesado el secuestro. Usó pocas palabras. Su relato fue conciso y desapasionado, como un breve informe periodístico. Caroline quedó asombrada por el férreo control que ejercía sobre sí mismo. Le hicieron preguntas, pero él las ignoró, tomó a Sarah Ann de los brazos de Duncan y se dirigió de inmediato a la mansión. Subió las escaleras sin detenerse hasta la habitación de la niña.

Caroline desmontó despacio. Balbuceó algunas respuestas a las preguntas que le hicieron, pero pronto fue incapaz de pronunciar una sola palabra más. Callum había sido su amigo durante años; en ocasiones, al parecer, su único amigo. No importaba lo que dijeran los demás, que Callum lo había hecho todo por interés propio. Ella conocía la verdad.

También lo había hecho por ella.

Y eso la hacía tan culpable como él.

# Capítulo 23

Ethan no se separó de Sarah Ann en toda la noche, ni tampoco al día siguiente. Al segundo día de su regreso de Glasgow, la niña estaba casi completamente recuperada. Él explicó los días perdidos diciendo que había tenido fiebre y que había tomado medicinas.

Sarah Ann montó de nuevo a Peppermint, preguntó por Callum y solo le dijeron que había dimitido y se había marchado a Glasgow. Recordaba poco del tiempo que había pasado drogada. Aun así, las pesadillas habían regresado.

Durante su convalecencia, Ethan no podía pensar en otra cosa que no fuera Sarah Ann y dudaba en dejarla al cuidado de nadie. Sabía que debía librarse de aquel miedo constante por ella. No podía permanecer a su lado cada hora del resto de su vida. Aunque, en aquel momento, deseaba hacerlo.

Todos mostraban una atención especial hacia Sarah Ann. Grace le había regalado un pequeño medallón grabado. Según explicó, había pertenecido a la abuela de la niña y se lo había dado su marido, Hamish. Ethan quedó sorprendido por el gesto, por su sinceridad. No percibió malicia en su voz ni rastro alguno de coqueteo, solo una preocupación auténtica.

William también se acercó e incluso intentó hacer una broma torpe. Se sentía incómodo con los niños, aunque Ethan reconoció que se esforzaba, de manera poco diestra, por disculparse por su brusquedad de las últimas semanas.

Sarah Ann lo recibió con buen humor, riéndose del intento fallido de William y expresando su alegría por el regalo de Grace. Ethan sintió un orgullo inmenso… y también asombro ante la

capacidad de recuperación que mostraba la niña. Si tan solo las pesadillas cesaran.

Caroline acudía a diario, aunque se mostraba extraordinariamente reservada, con los ojos ensombrecidos por demonios que Ethan reconocía de su propio pasado. Intentó que se sintiera más cómoda, pero ella no se lo permitió. Parecía un bloque de hielo, con el cuerpo y el rostro tensos, y palabras medidas. Ethan leyó la culpa en su mirada. Quiso estrecharla entre sus brazos y decirle que nada de aquello había sido culpa suya, pero no tuvo ocasión. Sarah Ann y, a menudo, otras personas estaban siempre con ellos.

A pesar de la ayuda y la preocupación que lo rodeaban en Calholm, la necesidad de Ethan de regresar al oeste, al lugar al que pertenecía, crecía por momentos. Si se lo pidiera a Caroline, ¿iría con él? Ella estaba acostumbrada a lo mejor de todo. En Denver no habría mansiones ni sirvientes. Quería creer que a ella no le importaría, que la Caroline que él conocía —su Caroline— era una mujer independiente, con espíritu pionero, capaz de afrontar los desafíos de una tierra a medio domar. Pero no estaba seguro y temía que dijera que no. Y si decía que sí, temía que no comprendiera del todo los sacrificios que tendría que hacer, el trabajo duro que rozaba la esclavitud. Si él no había logrado adaptarse a la riqueza, ¿cómo podría ella adaptarse a vivir sin ella? ¿Llegaría a odiarlo?

Todos los invitados abandonaron Calholm a la mañana siguiente del regreso de Sarah Ann. Drew volvió de Glasgow con noticias. Callum Trapp se había suicidado en su celda, cortándose una vena con un cuchillo que había conseguido de algún modo. Caroline palideció y desapareció durante horas.

Drew se había convertido, de forma inesperada, en un amigo, y Ethan comprendió que hacía mucho tiempo que no se permitía tener uno. Solo entonces admitió para sí mismo cuánto había perdido al aislarse de los demás, al dejar que el miedo a la pérdida mantuviera a todos a distancia. Y el escocés era una bendición para Sarah Ann, con su ingenio rápido y sus trucos de cartas.

La noche del regreso de Drew, después de que Sarah Ann se hubiera acostado, Ethan lo invitó a su habitación para tomar una copa.

—Ayer recibí una comunicación de John Alistair —dijo—. Vendrá mañana para firmar y tratar todos los asuntos legales.

La mirada de Drew se agudizó.

—¿Es oficial?

Ethan asintió.

Drew guardó silencio un momento.

—¿Y ahora qué?

—Tengo algunas ideas.

—¿Te quedarás?

Ethan negó con la cabeza.

—La vida de un caballero rural no me atrae. Nunca tuve intención de quedarme. Solo quería que Sarah Ann conociera su herencia, a su familia.

—Y acabaste abriendo la caja de Pandora —concluyó Drew.

—Algo así. Pero ahora no puedo marcharme sin más y negar la reclamación. Será decisión de Sarah Ann cuando tenga edad suficiente. Por ahora, quiero que la familia Gordon sobreviva. Yo no soy agricultor, pero William… bueno, creo que tiene posibilidades, si se le da la oportunidad. No obstante, no soy tan necio como para entregárselo para que lo arruine. Quiero que Alistair siga como fideicomisario, casi como un administrador.

—¿Y los caballos? —preguntó Drew.

—Los caballos están desangrando Calholm —respondió Ethan con lentitud—. Incluso si Shadow gana el Grand National, pasarán años antes de que haya dinero suficiente para mantener un establo de este tamaño, y Calholm no dispone de esos años.

Drew suspiró.

—Le romperá el corazón a Caroline.

—Exactamente —dijo Ethan—. Pero los Gordon, incluidas Sarah Ann y Caroline, podrían perderlo todo si no se venden esos caballos. Además, el campo de entrenamiento ocupa tierras de pasto muy valiosas.

—¿Shadow?

—Shadow es suyo. Pero los demás deben irse. Maldita sea, Drew, sé lo mucho que significan para ella.

Drew dudó.

—Lo significaban —dijo al fin—. No creo que ahora sigan siendo lo más importante, no después de lo ocurrido.

Ethan deseó creerlo. Pero había escuchado los sueños y las esperanzas de Caroline. Sabía cuánto había luchado por ellos.

En lugar de seguir por aquel camino sin salida, cambió de tema.

—Creo que deberías decirle que eres su hermano —dijo de pronto.

—No. —Drew negó con la cabeza—. No me perdonará no habérselo dicho antes. Ya duda de sí misma y de las personas en las que ha confiado. No puedo confesarle que le he mentido, ni siquiera por omisión. Y tampoco creo que le agrade saber que su padre fue un violador.

Ethan maldijo entre dientes.

—Eres el único que puede ayudarla ahora —continuó Drew.

—¿Y cómo lo hago? —preguntó Ethan con amargura—. ¿Quitándole todo lo que es importante para ella?

—Tú eres importante —replicó Drew.

Ethan esbozó una sonrisa cínica.

—Siempre han sido los caballos, Drew. Y yo soy el Jonás original en lo que respecta a las mujeres. Caroline no querrá saber

nada de mí cuando le hable del establo.

—La subestimas.

—No —respondió Ethan—. Sé que es fuerte. Pero todos la han decepcionado, incluido yo. Y no puedo…

—¿No puedes qué?

Ethan se encogió de hombros. Apuró el whisky de un trago y se levantó en señal de despedida. Vio la ira cruzar los ojos de Drew, pero el escocés comprendió el mensaje. La mirada de lord Kinloch se volvió gélida cuando dejó el vaso vacío, se levantó de la silla y le deseó a Ethan unas «buenas noches» heladas.



John Alistair llegó a Calholm a la mañana siguiente para comunicar oficialmente la noticia: la petición presentada en nombre de Sarah Ann había sido aprobada. El control de la finca quedaba ahora en manos del tutor legal de la niña, y el título y las tierras habían pasado al hijo de Sarah Ann.

William aceptó la noticia en silencio. Grace lo hizo con resignación. Caroline, con la misma calma gélida que había mantenido desde las confesiones de Trapp.

Después, Ethan se reunió a solas con Alistair durante más de una hora, haciéndole preguntas y solicitando su consejo. El abogado no estaba satisfecho con sus planes, pero finalmente accedió a hacer lo necesario para llevarlos a cabo. Aun así, todo dependía del acuerdo unánime de la familia y, por el momento, Ethan sabía que no contaba con él.

Fue en busca de William y le pidió que lo acompañara a la biblioteca que Alistair había dejado libre.

William lo miró con resignación, pero lo siguió. Aceptó la bebida que le ofrecieron y, tras un silencio tenso, habló con

brusquedad.

—Me marcharé mañana. Entiendo que ya no tengo ningún derecho sobre Calholm. Te agradezco que saldes mis deudas. Es más de lo que esperaba.

Bajó la mirada hacia el suelo.

Ethan guardó silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Aún piensas irte a Estados Unidos?

—¿Por qué demonios te importa?

Ethan ignoró la réplica.

—¿Y Grace?

William se encogió de hombros.

—Grace nunca se marchará de Calholm. Y menos aún por alguien que no tiene ni un penique.

—¿Se lo has preguntado?

—No haría eso —respondió, con angustia en los ojos. Y orgullo.

Ethan conocía bien ese orgullo. Demasiado bien.

—Tengo una propuesta que hacerte.

William lo miró con evidente sorpresa.

—¿Qué? —La desconfianza vibraba en su voz.

Ethan no pudo evitar sonreír. Recordó al último hombre al que le había hecho una propuesta. Había recibido la misma sospecha, la misma falta de entusiasmo. Entonces, Diablo se enfrentaba a la horca.

William parecía enfrentarse a perspectivas igual de sombrías.

—¿Puedes dirigir Calholm? —preguntó Ethan—. ¿De forma rentable?

William lo miró como si no diera crédito a lo que oía.

—No juegues conmigo, Calder.

—No lo hago. ¿Podrías hacerlo?

Ethan lo estaba provocando. Quería saber exactamente de qué estaba hecho.

—No con esos malditos establos.

—¿Y si vendemos todos los caballos, excepto Shadow?

—¿Y el campo de entrenamiento?

—Conviértelo en pastizales para ovejas.

—¿Y los inquilinos?

—Se quedan.

William siguió mirándolo fijamente, intentando decidir si Ethan estaba loco o si era cruel.

—¿Por qué?

—Maldita sea, William, ¿puedes hacerlo?

William respiró hondo.

—Me llevará tiempo, pero creo que sí. No… sé que puedo hacerlo.

Eso era lo que Ethan quería oír. No miedo. No fanfarronería. Compromiso.

William lo observaba como quien mira a un tigre a punto de atacar.

—¿Por qué me preguntas esto? Alistair se oponía rotundamente a que yo tuviera parte alguna de Calholm.

—Alistair temía que pudieras perderlo en el juego.

William sostuvo su mirada.

—Hubo un tiempo en que podría haber ocurrido. Nunca he tenido nada. Supongo que lo sabes. Al igual que Andrew Cameron, tenía antecedentes y un apellido noble, y poco más. Pero tengo talento para la tierra. Y al final comprendí que no lo tengo para las cartas.

—Algunos nunca lo aprenden.

William resopló.

—¿Como Ian?

Ethan asintió.

—Quiero regresar a Estados Unidos. Le he dicho a Alistair que creo que puedes dirigir Calholm por Sarah Ann y vende los caballos, mantén a las familias arrendatarias. Podrán trabajar con las ovejas adicionales. te quedarás con la mitad de los beneficios. La otra mitad se dividirá en tres partes: Grace, Caroline y un fondo fiduciario para Sarah Ann hasta que alcance la mayoría de edad.

—¿Y después?

Ethan se encogió de hombros.

—Entonces dependerá de ella. No puedo prometer nada, pero espero que te venda al menos una parte, la que no esté vinculada. En cualquier caso, estarás haciendo lo que deseas y ganando dinero con ello. Es mejor que empezar de cero en Estados Unidos sin nada.

Por el rostro de William desfilaron varias emociones: asombro, cinismo, duda… y finalmente esperanza.

—¿Y Caroline?

Ethan suspiró.

—Aún no he hablado con ella. Este acuerdo depende de su aprobación. Pero no creo que se oponga. Sabe que Calholm ya no puede sostener los caballos. Y conservaría a Shadow.

William frunció el ceño.

—Soy la última persona que debería dar consejos, especialmente sobre mujeres, pero tú y Caroline… —Sacudió la cabeza—. Hemos tenido nuestras diferencias, pero se merece ser feliz. Y nunca la había visto sonreír como desde que llegaste.

Hasta hace poco, pensó Ethan. Últimamente no había habido sonrisas.

Aun así, la esperanza lo atravesó como un rayo de sol en un día frío.

Quizá…

Apartó ese pensamiento y cambió de tema.

—Grace te quiere.

La expresión de William se ensombreció.

—No lo sé.

—No la subestimes —dijo Ethan—. No creo que mucha gente le haya dado una oportunidad.

—¿Siempre vas por ahí salvando almas? —preguntó William, con un músculo temblándole en la mejilla.

Ethan dejó escapar una risa baja. Había intentado ayudar a Diablo, pero nunca había pensado en ello como salvar un alma. Quizá lo había hecho, aunque Diablo jamás lo habría admitido.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Lo harás?

William asintió.

—Sí. Y no te decepcionaré.

—No te lo habría propuesto si creyera que lo harías.

William respiró hondo.

—Mentiría si dijera que no creo que Calholm debería haber sido mío. Pero también me mentiría a mí mismo si creyera que estaba preparado. Pasar de nada a todo puede ser… peligroso.

Ethan supo en ese instante que había acertado. La frustración de William lo había llevado a atacar a todos, pero bajo esa fachada había sentido común y una creciente conciencia de sus límites. A él le había llevado años descubrir los suyos.

Le tendió la mano. William la estrechó.

—Tendrás libertad casi total —añadió Ethan—, aunque he pedido a Alistair que supervise las cuentas.

—Me parece justo —respondió William, aunque hizo un leve gesto de incomodidad—. ¿Cuándo te marcharás?

Ethan dudó. Aún tenía varios asuntos pendientes. Uno de ellos, esencial.

—No lo sé.

—Gracias —dijo William en voz baja.

Por primera vez, intercambiaron sonrisas sinceras.



A pesar del éxito de la conversación con William, Ethan solo sentía desesperación.

¿Cómo iba a decírselo a Caroline?

Subió despacio a la habitación de Sarah Ann. Caroline estaba allí, sentada en una silla, con un libro cerrado boca abajo entre las manos. Sarah Ann dormía en brazos de Annabelle, muy preñada, aferrada de nuevo al pañuelo que había abandonado durante varios días antes del secuestro.

Los ojos de Ethan se posaron en Caroline. Ella se levantó de inmediato, como si estuviera dispuesta a huir.

—He venido a ver cómo estaba —dijo casi a modo de disculpa.

Ethan supo que la culpa seguía pesándole tanto como días atrás.

¿Cuánto tiempo le había llevado librarse de la suya? Días. Semanas. Meses. Incluso ahora pensaba en Mary May, en la sangre, y sentía el peso sobre la conciencia. Supuso que siempre sería así. Pero tenía a Sarah Ann. En todos los sentidos, ella le había ofrecido la salvación. Había llegado a quererla por lo que era, pero cuidarla, criarla, ser un buen padre para ella, también le había dado una forma de saldar su deuda con Mary May. Le debía una vida, y había

sido una suerte extraordinaria que dedicarla a Sarah Ann resultara ser lo mejor que había hecho por sí mismo.

¿Pero a quién tenía Caroline para salvarla?

Ethan extendió la mano.

—Caroline.

Fue una súplica baja, contenida. Ella miró a Sarah Ann, dudando.

—Duncan la cuidará —dijo él—. Creo que le vi una lágrima en los ojos cuando la trajimos de vuelta.

—Sí —respondió ella—. Se ha ganado su corazón, igual que el de todos los demás.

—Sí —asintió Ethan.

Ambos sabían que Sarah Ann no se había ganado del todo el de Callum Trapp.

Las palabras no dichas parecían flotar en la habitación.

—Drew ha dicho que se marchará pronto —comentó Caroline con nerviosismo—. Sarah Ann lo echará de menos.

—Es un buen hombre.

Ella alzó por fin la mirada.

—¿Cómo hicisteis vosotros dos…?

—¿Las paces? —terminó Ethan por ella.

Quiso decirle quién era Drew en realidad, pero ese secreto no le pertenecía. Se limitó a encogerse de hombros.

—Es un hombre muy capaz.

Caroline frunció ligeramente el ceño.

—No mucha gente lo cree.

—Creo que ese es su propósito —repuso Ethan—. La mayor ventaja de un jugador. Nadie lo toma en serio. Así oye y ve cosas

que otros pasan por alto.

Su mano seguía tendida.

—Caroline, ven a dar un paseo conmigo.

Ella pareció sorprendida. Él no se había separado de Sarah Ann salvo para reunirse con Alistair.

—Está a salvo ahora —añadió—. No puedo quedarme a su lado cada minuto hasta que crezca, aunque a veces lo desearía. Dejaremos a Henry con ella, y ya he pedido a Duncan que vigile.

—Henry y Duncan —murmuró Caroline, con el primer atisbo de ligereza que Ethan veía en ella en días—. Un perro pacífico y un viejo sirviente. Una combinación formidable.

Dudó un instante más y luego asintió, a regañadientes.

—Me pondré el vestido de montar. Te veré en los establos en unos minutos.

—Tendré los caballos listos —respondió él, marchándose de inmediato.

Durante años había creído que no tenía emociones o que, si las tenía, las dominaba. Ahora lo azotaban por dentro como un látigo de cuero crudo.

Iba a hacerle daño y no sabía cómo evitarlo. Su único consuelo era que ella nunca perdería su hogar, que tendría recursos suficientes para vivir bien, allí o en cualquier otro lugar, aunque no para mantener una cuadra de caballos hambrientos.

Ethan quería que Caroline estuviera con él. Ya no podía imaginar su vida sin ella. Sarah Ann había encendido una vela en una existencia sumida en la oscuridad. Caroline había encendido otra. Pero él tenía poco que ofrecer. En el mejor de los casos, él y Sarah Ann tendrían una casa modesta en Denver, y él ejercerían la abogacía en lo que apenas era una ciudad en expansión. Tenía una pierna dañada y nunca sería rico, pues no tocaría nada que perteneciera a Sarah Ann. Las oportunidades de Caroline estaban

allí, en Calholm. Era lo bastante encantadora para encontrar a otro hombre, alguien de su rango y de su mundo.

Pero, Dios, no quería que encontrara a nadie más que a él.

Ethan ensilló a Bailey y a Shadow. Terminó justo cuando Caroline apareció con su vestido de montar verde musgo. Su expresión era cautelosa, pero en su porte había orgullo. Orgullo, pese a todas las sacudidas sufridas.

Deseó tomarle el rostro entre las manos y besarla.

En lugar de eso, controló sus rasgos y la ayudó a acomodarse en la silla lateral. Mientras ella se ajustaba la falda, recordó la primera vez que la había visto, saltando un muro de piedra vestida con ropa de muchacho. Supo que ese recuerdo lo acompañaría toda la vida.

—¿Adónde te gustaría ir? —preguntó.

Caroline vaciló.

—A las ruinas.

Era el último lugar al que él deseaba dirigirse. Aun así, asintió.

Juntos, galoparon por el camino.

La niebla matinal había desaparecido, consumida por el sol, y las colinas lejanas, de un verde oscuro, se alzaban hermosas.

En condiciones normales, a Caroline le encantaban aquellas colinas en los raros días despejados como aquel. Sin embargo, esa mañana sentía una pesadez, un presentimiento que creaba su propia niebla, despojada de magia y cargada de temor.

Su corazón se estaba rompiendo y no sabía cómo evitarlo. Ethan se marchaba. Lo sabía en lo más hondo de su ser. Lo había sabido desde hacía días, desde que vio aquella mirada distante, la

firmeza de su resolución. Los acontecimientos recientes no habían hecho sino confirmar una decisión tomada mucho antes.

Deseaba con toda su alma que él la llevara consigo, pero no albergaba la menor esperanza de que esa idea hubiera cruzado por su mente. Nunca le había dicho que la amaba, ni siquiera cuando se habían amado con una urgencia casi desesperada pocos días atrás. Ella había creído sentir amor en sus caricias, pero se había equivocado en tantas cosas…

No sabía qué haría cuando él se fuera, si permanecería allí o se marcharía. Se sentía perdida, sin rumbo, con todas sus anclas arrastradas por la traición de Callum. No quería saber nada de los caballos. Habían costado demasiado en vidas humanas: la de Jamie, casi la de Ethan, la de Sarah Ann.

Le habían costado todo. Y para ella, Calholm estaría siempre habitado por fantasmas.

Cuando llegaron a las ruinas, Caroline dejó que Ethan la ayudara a desmontar y entraron para sentarse entre los restos de las antiguas murallas. La vista era magnífica: el lago y las colinas cubiertas de hierba más allá, salpicadas aquí y allá por las manchas blancas de las ovejas.

La escena resultaba serena, en cruel contraste con el dolor desgarrador que sentía en su interior. Ethan permanecía en silencio a su lado, buscando las palabras, supuso ella, para decirle lo que ambos sabían. Quería tomarle la mano. Quería tocarlo. Quería que él la tocara. Pero Callum Trapp se alzaba entre ellos como un muro invisible. Así que se quedó inmóvil, rígida como una estatua.

—Echaré de menos esto —murmuró él, contemplando las colinas escocesas.

Aunque había sentido su decisión en cada fibra de su cuerpo, aquellas palabras le dolieron más de lo que jamás habría imaginado.

—Entonces no te vayas —repuso, esperando no sonar tan desesperada como se sentía.

Él le tomó la mano y un cosquilleo le recorrió el brazo, extendiéndose por todo su cuerpo.

Rompió al fin el silencio, con voz baja e insegura.

—Te dije que antes de la guerra era abogado… procurador. Se me daba bien. Ejercía con mi padre. Me empujó hacia ello desde muy joven. Habría hecho cualquier cosa por complacerlo. Cualquier cosa.

Caroline percibió en su voz la frustración y la amargura del fracaso.

—Me decía que la abogacía era una profesión noble, y yo le creí —continuó—. Lleno de esa idea de nobleza, me fui a la guerra, solo para descubrir que no hay nada noble en matar. Cuando regresé, mi padre había muerto y supe que había defendido a especuladores de la guerra, hombres que vendían al ejército productos defectuosos: botas que se rompían, armas que fallaban.

Hizo una breve pausa antes de proseguir.

—Después de eso, no quise saber nada de su bufete ni quedarme en Chicago, donde vivía mi antigua prometida con su marido. En su lugar, decidí buscar a aquel rebelde que me había ayudado. Una empresa quijotesca, sin duda, pero necesitaba algún tipo de redención. Pagar esa deuda era una forma de alcanzarla.

La mano de Caroline se cerró con más fuerza alrededor de la suya.

—¿Y ahora quieres volver a la ley?

Él asintió.

—Diablo se convirtió en forajido por culpa de un gobierno corrupto. Y como marshal yo era un instrumento de ese gobierno. Tras su indulto comprendí que podía hacer más para cambiar las cosas en un tribunal que persiguiendo hombres a caballo o desalojando granjeros de sus tierras. Estaba preparado para ello. Sarah Ann lo hizo imprescindible, pero yo ya lo deseaba.

La pasión contenida en su voz hizo que Caroline comprendiera cuánto le había costado aquel viaje. Ethan había pospuesto su propio sueño por Sarah Ann. Muchos de sus anhelos se habían hecho añicos. Ella no lo retendría más. Le facilitaría la partida.

—Quería que Sarah Ann tuviera una familia, que conociera su herencia —añadió—. Nunca fue mi intención arrebatar nada a quienes pertenecían aquí. Pero ahora no puedo darle la espalda a su futuro.

—Sarah Ann siempre ha tenido el mayor derecho —respondió Caroline—. Era lo que su abuelo habría querido. Haz lo que sientas que debes hacer.

—Tengo que volver, Caroline. No soy granjero. Nunca lo seré.

—Lo sé —susurró ella—. Siempre supe que te irías. Pero la realidad duele más de lo que imaginaba. —Dudó—. ¿Y Sarah Ann?

—Sarah Ann viene conmigo. Es estadounidense, aunque Escocia siempre formará parte de su vida. Volveremos de vez en cuando.

Caroline se sintió vacía, pero no lloró.

—Creo que William puede dirigir Calholm con la ayuda de Alistair —continuó Ethan—. He hablado con él y quiere hacerlo. Pero no firmaré nada sin tu aprobación.

Tardó un momento en recomponerse.

—Por supuesto que estoy de acuerdo —aseguró, deseando levantarse y huir antes de que él advirtiera su dolor.

—Shadow es tuyo —prosiguió Ethan—, pero…

—Pero los demás deben irse —terminó ella por él, fingiendo indiferencia—. Lo sé. Tal vez siempre lo supe.

—Lo siento, Caroline. Si Calholm quiebra, nadie tendrá ingresos. Vender los caballos es la única esperanza.

—¿Y Grace?

—Estará bien atendida. Tanto tú como ella recibiréis una parte de los beneficios.

Ella tragó saliva.

—Es muy generoso. Todo esto es culpa mía…

—Maldita sea —estalló él—. Nada de esto es culpa tuya. Aún podrás correr con Shadow. Inscríbelo en el Grand National. Conserva tu sueño.

Pero su sueño estaba reducido a cenizas.

Caroline soltó la mano de Ethan y se puso en pie.

—Os echaremos de menos… a ti y a Sarah Ann. Y a Annabelle.

Se dirigió hacia Shadow, deseosa de escapar, pero sintió a Ethan a su lado y luego su mano.

—Maldita sea, Caroline.

—Suéltame —pidió, sin fuerza alguna.

Sus dedos eran firmes como un hierro en su brazo y su calor la atravesó.

—No te vayas todavía —le susurró.

La rodeó con los brazos y la atrajo contra su pecho. Caroline cedió por un instante, abandonándose.

Ethan sintió el momento exacto en que ella se rendía a la atracción que siempre había existido entre ambos, ahora más poderosa que nunca.

Al diablo con la lógica. Al diablo con la razón. Pertenecían el uno al otro y no podía dejarla ir.

—Por favor, Ethan…

Oyó su súplica entrecortada. Y la ignoró.

La giró para enfrentarla. Sus miradas se encontraron.

—¿Qué hay entre nosotros, Caroline?

Ella permaneció inmóvil, los ojos recorriendo el rostro de él. Avellana con motas doradas. Irresistibles.

Se inclinó y la besó. Eran mundos distintos, separados incluso por siglos de forma de vida. Aun así, la amaba.

Sus labios recorrieron los de ella, luego su rostro, deteniéndose en los párpados antes de descender hasta la nuca. Intentó que sus besos no exigieran nada, aunque los necesitaba con desesperación. Quería que entendiera que aquello no era solo deseo.

Entonces Caroline se inclinó hacia él, buscándolo. Cuando sus labios se unieron de nuevo, el beso fue puro anhelo.

La mano de Ethan se deslizó hasta su cabello, recogido bajo el pequeño sombrero. Se lo quitó, luego las horquillas, y dejó que sus dedos se hundieran en aquella suavidad.

—Caroline —susurró—. Te deseo demasiado.

—Nunca podrás desearme demasiado —respondió ella—. Nunca…

Sus cuerpos se fundieron. No había principio ni final, solo la certeza de que ella le había devuelto el alma.

—¿Caroline?

—Ámame, Ethan —suplicó—. Por favor…

Él la besó de nuevo. El mundo se redujo a ese instante. Nada más importaba.

..

# Capítulo 24

La conflagración los envolvió a ambos.

Caroline se consumió en ella. Se disolvió en ese fuego. Se sintió como calor líquido. Y cuando sus ojos se encontraron con los de él, vio algo que nunca antes había visto: amor. Sólido. Real.

Él la rodeó con los brazos, con el rostro rozando el de ella. Sus cuerpos se encontraron y Caroline sintió como si un rayo la atravesara de parte a parte.

En cuestión de minutos estaban tendidos en el suelo de la capilla. El cuerpo de Ethan se fundió con el suyo, poseyéndola, reclamándola, pero en aquella unión había dulzura, un amor tierno que la atravesaba por completo. Todo en él era cuidado, gentileza. Y aun así, una pasión apenas contenida hizo que el cuerpo de Caroline se estremeciera con una necesidad que no cesaba.

Sintió la humedad en las mejillas. Él la besó mientras le murmuraba palabras que no necesitaban forma. Entonces sus cuerpos tomaron el control, diciendo lo que ellos no habían sabido expresar. Amando. Cuidando. Entregándose.

Ascendieron juntos y, cuando ya no pudieron contenerse, compartieron el triunfo, con las sensaciones fluyendo entre ambos mientras el sol los bañaba con su luz.

Caroline se acurrucó contra él, sin querer moverse, sin querer perder algo tan infinitamente precioso.

Ahora se sentía a salvo. Y amada de una forma que jamás había conocido.

Ethan se apoyó en un brazo y la miró, los ojos velados aún por la pasión.

—¿Crees en la magia?

—Ahora sí —respondió ella con timidez, tocándole la nariz con la yema de los dedos y luego trazando pequeños círculos junto a sus ojos.

—Caroline… —susurró—. ¿Crees que alguna vez podrías dejar Escocia?

El corazón de Caroline dio un vuelco. Era una pregunta que había anhelado, por la que había rezado y esperado. Pero ¿era el momento? ¿Era realmente lo que él deseaba? Nunca le había dicho que la amara.

—Te gustaría Colorado —continuó él en voz baja al no recibir respuesta—. Creo que se parecería un poco a tus Highlands.

Guardó silencio un instante y luego añadió con rapidez:

—Piénsalo.

No le dio ocasión de contestar. Se incorporó, se abrochó los pantalones y la ayudó a levantarse.

Caroline empezó a decir algo, pero él le apoyó un dedo en los labios.

—Piénsalo —repitió.

Después se inclinó y la besó.

Cuando finalmente se apartó, Caroline seguía sintiéndose cálida, deseada, maravillosa. Él la quería. La necesitaba. Ojalá la amara.

Pero sabía que iría con él, ocurriera lo que ocurriera.

De regreso en Calholm, Caroline fue en busca de Grace. Había una pregunta que necesitaba respuesta. Tal vez algún día lograría perdonarse por haber confiado en Callum Trapp, por haber sido ciega ante la verdad de sus motivos. Pero, para poder seguir adelante, necesitaba saber qué había ocurrido con Jamie. Necesitaba saber si realmente había juzgado mal a todas las personas en las que había confiado.

No podía pasar el resto de su vida dudando de su propio juicio a cada paso.

Se detuvo ante la puerta de Grace. Oyó sollozos en el interior y estuvo a punto de marcharse. Pero no podía responderle a Ethan sin saber la verdad sobre Jamie.

Llamó suavemente.

Hubo silencio.

—¿Quién es? —preguntó una voz quebrada.

—Caroline.

Se hizo otro silencio y la puerta se abrió despacio.

Grace tenía los ojos enrojecidos y marcas evidentes en las mejillas, normalmente impecables. Parecía desolada.

Se hizo a un lado para dejarla entrar.

—William se marcha —dijo antes de que Caroline pudiera hablar.

—¿Por qué se va? ¿Adónde? —preguntó Caroline.

Grace se mordió el labio.

—Ya no tiene derechos sobre Calholm. No tiene nada que hacer aquí. Dice que no quiere quedarse como… mi invitado. Planea irse a Estados Unidos.

Así que William aún no le había hablado de la oferta de Ethan. Probablemente porque Ethan le había pedido que esperara al consentimiento de Caroline.

—Le ofrecí ir con él —continuó Grace—, pero él…

—¿Fue demasiado orgulloso?

Grace asintió y se secó las mejillas.

—Suena ridículo, ¿verdad? William, orgulloso. Pero tiene una vena obstinada.

Caroline lo sabía bien.

—Quizá todo salga bien —dijo.

Grace aspiró ruidosamente por la nariz. Caroline nunca la había visto hacerlo antes.

—Si de verdad lo amas, encontrarás la manera.

Grace la miró con suspicacia.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

Caroline se encogió de hombros, sonriendo pese a todo.

—Creo que compartimos el mismo problema.

—¿Ethan?

Ella asintió.

—Él también planea marcharse.

—¿A Estados Unidos? ¿Y Calholm?

—No lo sé —respondió Caroline, odiando la mentira, pero incapaz de traicionar la confianza de Ethan.

Grace la observó con atención.

—¿Lo amas?

Caroline volvió a asentir.

—¿Qué vas a hacer?

Caroline respiró hondo.

—Callum Trapp dijo que Jamie y tú…

Grace se quedó inmóvil. Luego su expresión se endureció.

—¿Qué dijo?

—Que Jamie quería vender los caballos, que tú lo habías convencido… y que se había acostado contigo.

Grace soltó una risa amarga.

—Esa pequeña rata.

—¿Es cierto? —preguntó Caroline, con un nudo en la garganta.

—En parte —admitió Grace—. Jamie me habló de los caballos. Sabía que había que venderlos y también cuánto los querías tú. Pero él también los quería. Eran de su padre.

—No los quería como tú ni como su padre —dijo Grace con suavidad—. Era realista. Sabía que estaban asfixiando el lugar. Quería que te ayudara a convencerte. Callum debió de oírnos. Jamie fue asesinado pocos días después.

Hizo una pausa.

—Jamie te quería, Caroline. Por eso le resultó tan difícil decidir. Nunca supo cómo expresarse. Su padre consideraba el afecto una debilidad. Hamish era igual. No lo comprendí hasta que murió, y Jamie heredó esa misma torpeza. Todo el mundo pensaba que el marqués era admirable, pero su orgullo destruyó a cada uno de sus hijos.

Negó con amargura.

—No, Jamie nunca se acostó conmigo. Nunca lo intentó, aunque yo… lo intenté una vez. Te odiaba porque, tras la muerte de Hamish, tú tenías a Jamie y solo pensabas en esos malditos caballos.

—Yo también creía que eso era lo que él quería —susurró Caroline.

—Todos estábamos mirando en direcciones distintas —repuso Grace—. Y Callum Trapp se aprovechó de ello.

Caroline se volvió, con los ojos anegados.

—Caroline.

La voz de Grace la detuvo.

—Yo también me culpé por la muerte de Hamish —confesó—. Murió en un duelo absurdo porque yo coqueteé con otro hombre. Me odié por ello y lo demostré convirtiéndome en alguien que no reconocía.

Caroline la miró y vio reflejado su propio dolor. Ambas habían reaccionado de forma opuesta ante la misma herida. Grace se había arrojado a los demás. Caroline se había refugiado en los caballos. Un sueño vacío.

—No lo dejes marchar —susurró Grace en voz baja.

—Y tú no deberías dejar marchar a William —respondió Caroline—. Te quiere.

—Lo sé.

Caroline permaneció allí un instante, invadida por una melancolía dulce. Se había esforzado tanto por hacer feliz a Jamie que nunca miró más allá de la superficie. Quizá por miedo. Nunca hablaron de lo que realmente importaba. Solo supusieron.

Se prometió no repetir ese error jamás.

—Gracias —dijo.

La mujer que había creído su enemiga le devolvió la sonrisa.



—¡Annabelle había desaparecido!

Al parecer, una de las criadas la había dejado salir cuando Ethan y Sarah Ann fueron a los establos a ver a Peppermint. Sarah Ann se inquietó al no encontrarla enseguida, y esa inquietud se transformó en llanto cuando Annabelle seguía sin aparecer a la hora de acostarse.

Annabelle nunca se perdía su cuenco de leche nocturno. Nunca.

Toda la casa se movilizó en busca de la gata.

Grace y William, que habían aparecido juntos a la cena con sonrisas misteriosas, el cabello revuelto y la ropa aún más desordenada, se sumaron a la búsqueda.

Caroline pensó que Henry podría seguir el rastro del gato, pero cuando fue a buscarlo, tampoco lo encontró. Parecía que él también había desaparecido.

Los dos animales parecían haber sellado una tregua, incluso una especie de amistad, pero…

Con creciente preocupación, todos redoblaron los esfuerzos. Las lágrimas de Sarah Ann dieron paso a un estoicismo silencioso. Se sentó en la cama, sin llorar, mirando fijamente la pared, aferrada a su muñeca y al pañuelo de su madre.

Ethan permaneció con ella mientras los demás registraban la casa, pero ni siquiera él logró consolarla. Finalmente, Drew lo sustituyó y Ethan volvió a la búsqueda. Mientras iba en busca de Caroline, pensando que podrían revisar juntos, se sorprendió imaginando que Drew sería un tío estupendo y deseó que el escocés acabara contando la verdad sobre su relación.

Pero lo primero era lo primero. Ese maldito gato.

Ethan encontró a Caroline de camino a los establos y, juntos, avanzaron de uno en uno hacia la parte trasera, donde varios permanecían vacíos. Al acercarse al último, oyeron un ladrido frenético. Ethan echó a correr, pero Caroline fue más rápida. Aquel ladrido casi le detuvo el corazón; si le hubiera pasado algo a Annabelle…

Entonces oyó una risa suave.

Vio a Caroline, con la linterna alzada, iluminando el rincón del establo.

Un gruñido lo obligó a detenerse. Henry estaba agazapado en la entrada, protegiendo el interior. Al fondo, Annabelle lamía satisfecha a varios gatitos diminutos. Cuando Ethan intentó avanzar, Henry le mostró los dientes.

—Casi podría creerse que él es el padre —repuso Caroline, con una risa cálida que parecía llenar el aire.

Aún riéndose, se apoyó contra Ethan.

—Creo que él también lo cree —respondió él.

Colgó la linterna de un clavo y la atrajo hacia sí.

Caroline se fundió contra su cuerpo con naturalidad, como si aquel fuera su lugar. Y lo era. Quizá siempre lo había sabido, pero había tenido miedo de comprometerse otra vez, miedo a perder. Ahora, mientras la estrechaba y observaba a la gruñona Annabelle, tan satisfecha con la vida que había creado, y a Henry sentado allí, vigilante y orgulloso, Ethan sintió una alegría serena que valía cualquier precio.

—Te amo —dijo, probando aquellas palabras nuevas.

Luego, con más firmeza:

—Te amo.

Caroline alzó el rostro. Sonrió, radiante. Sus labios temblaron antes de que lograra hablar.

—Yo también te amo —susurró—. Muchísimo.

Él la abrazó con fuerza.

—Tendré que empezar de nuevo con mi consulta. Incluso entonces, seré selectivo con los casos que acepte.

—Bien —respondió ella, y lo miró a los ojos—. ¿Seguro que no quieres seguir siendo… cómo se llama… marshal?

—No. Pero no habrá mucho dinero, Caroline. Lo suficiente para volver y comprar una casa pequeña. No habrá sirvientes.

—Siempre he querido aprender a cocinar —dijo ella, satisfecha.

—Y yo tengo algo de dinero y…

—Eso, como lo de Sarah Ann, será tuyo —la interrumpió él—. Si me ocurre algo, quiero que estés protegida.

—Sí —respondió ella, quizá con demasiada rapidez.

—Caroline…

Ella se puso de puntillas y selló sus palabras con un beso que lo atravesó como un relámpago.

Sus labios recorrieron los de ella con lentitud, luego su rostro entero. Sintió sus temblores, el aliento compartido, los latidos acompasados.

—Caroline —repitió su nombre una y otra vez, como si al pronunciarlo la hiciera suya para siempre.

Al separarse, la observó con atención. Aún quedaban formalidades.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Oh, sí —susurró ella.

—¿Y venirte a Estados Unidos conmigo?

Sus ojos brillaban como un cielo nocturno despejado.

—Sí.

—Creo que voy a necesitar un barco entero —murmuró, sonriendo sin pudor.

—¿Un barco entero?

—Bueno… estamos tú, yo y Sarah Ann. Annabelle, los gatitos, Peppermint, Henry, Shadow… quizá incluso Bailey.

—¿Cómo demonios vamos a…?

—Nos las arreglaremos. Además —añadió con ironía—, no creo que tengamos opción. Sarah Ann no dejará a Peppermint ni a Annabelle, Annabelle no dejará a sus gatitos, Henry no dejará a Annabelle ni a los gatitos. Tú querrás quedarte con Shadow y…

—A este paso necesitaremos un arca —rió ella—. ¿Y Sarah Ann? ¿Ella…?

—¿Lo aprobará? —terminó él—. Sí. Quiere una familia. Tal vez no una tan grande, pero…

—¿Y hermanas y hermanos?

—Creo que eso la haría muy, muy feliz.

—¿Y a ti?

—Sí —respondió—. Al menos una docena.

Ella se inclinó para besarlo.

—Te quiero.

—¿Te casarías conmigo antes de irnos? —preguntó—. Así nos ahorraríamos el camarote. Sobre todo porque…

—Nos llevaremos media Escocia.

—Sí —dijo Ethan, sellando el acuerdo con un beso largo.



Sarah Ann se volvió con desgana cuando se abrió la puerta de su habitación. Caroline entró con Ethan justo detrás, cargando una gran caja. Henry avanzaba pesadamente tras ellos, como un paladín solemne.

Al ver a los gatitos, los ojos de Sarah Ann se agrandaron y una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Annabelle es mamá!

—Así es —dijo Drew, sentado a su lado.

—Y Henry cree que él es el papá —añadió Caroline con ironía.

—Son una familia —afirmó Sarah Ann.

Caroline sintió el brazo de Ethan rodearle la cintura y se dejó atraer.

—¿Te gustaría tener tu propia familia? —preguntó—. Una familia completa. Mamá y papá. Un perro. Un gato. Un poni. Un caballo. Pulgas. Y Dios sabe qué más.

Miró a Drew.

—Quizá incluso un tío.

Lo dijo casi en un susurro, pero Caroline lo oyó. Frunció el ceño. Drew lo miró con expresión airada. ¿Qué estaban tramando? No importaba.

Su corazón latía con fuerza mientras esperaba la respuesta de Sarah Ann. Temió, por un instante absurdo, que la niña no la quisiera como madre.

Los miedos se desvanecieron al ver la emoción en el rostro de Sarah Ann cuando miró a Ethan.

—¿Familia?

—Le he pedido a Caroline que se case conmigo —explicó Ethan —. Queremos tu aprobación.

—Me encanta Caroline —respondió Sarah Ann.

—Y volveremos a Estados Unidos.

La sonrisa de la niña se ensanchó.

—Nos vamos a casa.

—Te quiero, cariño —dijo Ethan.

Sarah Ann sonrió, plenamente satisfecha.

—¿Puede venir Drew con nosotros?

—¿Por qué no? —respondió Ethan—. Será más fácil de llevar que Shadow y ese perro elefante. —Luego añadió, pensativo—. Creo.

Drew lo miraba fijamente. Caroline miraba a Drew. No importaba. La idea de que los acompañara la alegraba.

Ethan la estrechó un poco más.

—¿Estás segura de que quieres todo esto? —susurró junto a su oído.

Caroline giró lo justo para quedar a un aliento de sus labios.

—Para eso están las familias —respondió—. No puedo esperar.

Annabelle maulló. Henry ladró. Drew salió discretamente de la habitación.

Y el beso que siguió prometía, sin duda, una familia muy grande.

# Epílogo

*Denver*

Las galletas se estaban quemando otra vez, y Ethan no recordaba haber olido nada más dulce.

Después de numerosos intentos, Caroline por fin había aprendido a manejar la estufa de leña. Excepto cuando su mente se distraía con otros asuntos.

A él le encantaban esos otros asuntos.

Drew Cameron había llevado a Sarah Ann y a Henry a la ciudad, y Ethan y Caroline aprovecharon la ocasión para dedicarse a ampliar su familia. Disfrutaron mucho haciéndolo. Tras un delicioso y sensual revolcón a plena luz del día, ella yacía desnuda, acurrucada en sus brazos, mordisqueándole el dorso de la mano. Entonces también empezó a olfatear el aire y, de pronto, saltó de la cama doble.

—Dios mío —exclamó, consternada, mientras él la observaba con satisfacción.

Renunciaría a las galletas cualquier día a cambio de una tarde de ocio con ella, algo poco frecuente. Su pequeño rancho se encontraba a las afueras de la ciudad en expansión, un lugar perfecto para criar la creciente manada de animales de Sarah Ann y algunos caballos. Shadow, ahora de Caroline, tenía mucha demanda y, aunque no podían cobrar las tarifas de los ganadores del Grand National, las cubriciones eran más que bienvenidas para sostener su modesto establo.

Ethan había abierto su bufete en Denver seis meses atrás y su lista de clientes no dejaba de crecer. Acababa de concluir un juicio especialmente satisfactorio, recuperando una concesión minera para un hombre despojado por una gran compañía. También había tenido otros pequeños éxitos. Redactaba testamentos, revisaba reclamaciones y solo defendía a acusados en los que creía. Incluso había salvado a un hombre inocente de la horca.

Diablo, ahora un ranchero con dificultades en el norte de Texas, le había escrito. Su primer hijo había nacido y se llamaba Ethan. El gesto había sido tan inesperado como conmovedor. Ethan sostuvo la carta largo rato antes de entregársela a una Caroline curiosa.

Nunca había sido tan feliz. Tal vez no pudiera salvar al mundo entero como una vez soñó, pero sí ayudar un poco.

Caroline y Sarah Ann daban color y alegría a todo lo que hacía. Igual que Annabelle con su prole, Henry, que seguía cuidando de todos, Peppermint, Shadow, Bailey y su viejo caballo de los tiempos de vaquero. Ahora había más animales: gallinas, cerdos y una mula anciana abandonada. Parecía que cada día aparecía un nuevo refugiado.

Y Drew. Drew había viajado con ellos a Estados Unidos y los había ayudado a restaurar el rancho en ruinas que compraron. Sin embargo, se marcharía en un par de días, y Ethan lo lamentaba. Se habían hecho buenos amigos. Drew por fin le había contado a Caroline que eran hermano y hermana, y fue casi como si ella lo hubiera sabido siempre.

Ahora Drew planeaba buscar su propia fortuna. No les diría ni cómo ni dónde, pero Ethan sabía que su cuñado era un camaleón capaz de adaptarse a casi cualquier lugar.

Caroline regresó de la cocina.

—Las galletas se han quemado —anunció alegremente, sentándose a horcajadas sobre él—. ¿Seguro que no te arrepientes de no haberte casado con Fiona?

—Sí —respondió Ethan—. Te prefiero a ti antes que a las galletas.

—¿Nos aceptarías a las dos? —preguntó ella, con un brillo travieso en los ojos.

Tardó un instante en comprender.

—¿Dos?

—Dos —confirmó Caroline.

Al principio pareció desconcertado, luego sonrió.

—Ah… ¿qué importa una boca más que alimentar?

—Piensa en volver a Escocia —dijo ella, con una sonrisa pícara.

Él había prometido hacerlo cada tres años. Cerró los ojos. Solo recordar la logística del último viaje lo agotaba. No había sido fácil y no quería pensar en repetirlo. O tal vez sí. Había sido el mejor viaje de su vida: se había casado con Caroline dos días antes de partir, en una ceremonia doble con William y Grace.

—Te quiero, pequeña escocesa.

Caroline le acarició el rostro con una delicadeza que siempre lo dejaba humilde.

—Gracias —dijo—, por quererme.

Era al revés, pero podrían haber discutido ese punto durante años. En lugar de eso, Ethan la besó despacio, aún asombrado por su buena fortuna.

Entonces oyeron un ladrido. Un ladrido potente. Y un maullido bajo la cama.

Ambos buscaron su ropa.

Se sonrieron.

La familia había vuelto. Y estaban a punto de recibir noticias.